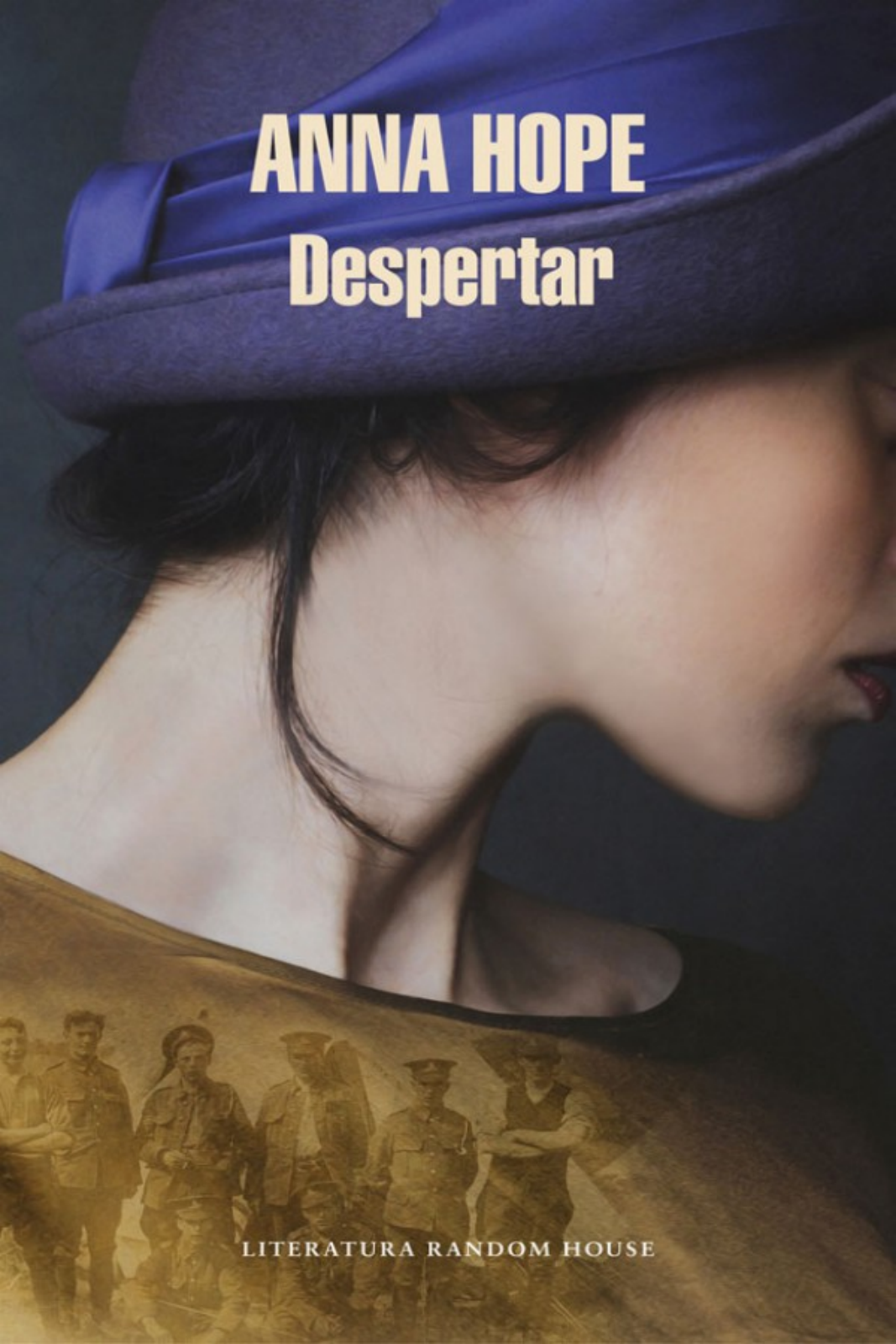
ANNA HOPE

Despertar



LITERATURA RANDOM HOUSE

Despertar

ANNA HOPE

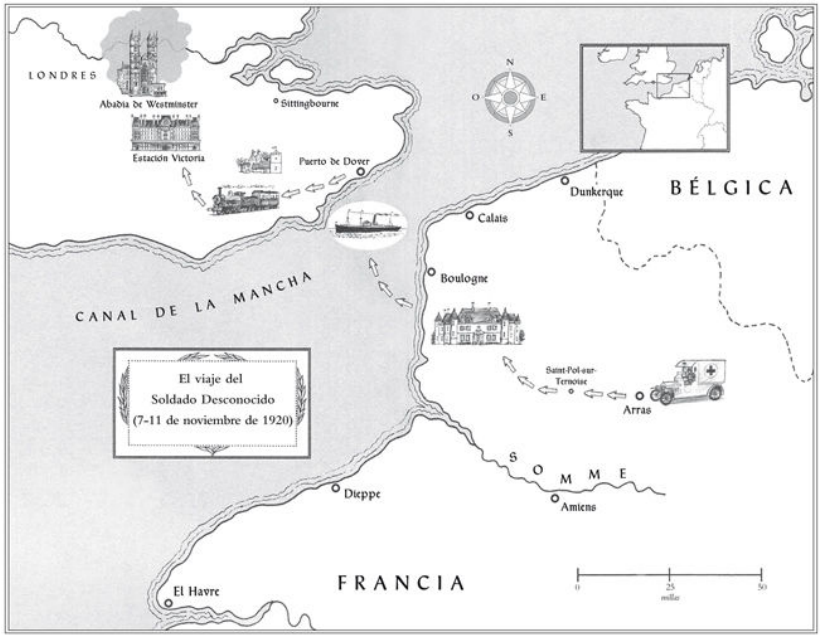
Traducción de
Cruz Rodríguez Juiz

LITERATURA RANDOM HOUSE
www.megustaleerebooks.com

Para mis padres, Tony y Pamela Hope

despertar:

1. Cortar, interrumpir el sueño a quien está durmiendo.
2. Remover o traer a la memoria algo ya olvidado.
3. Hacer que alguien vuelva sobre sí o recapacite.


LONDRES
Abadía de Westminster
Sittingbourne
Estación Victoria
Puerto de Dover
N
O
E
S
Dunkerque
BÉLGICA
Calais
Boulogne
CANAL DE LA MANCHA
El viaje del
Soldado Desconocido
(7-11 de noviembre de 1920)
Saint-Pol-sur-Ternoise
Arras
SOMME
Dieppe
Amiens
El Havre
FRANCIA
0
25
50
millas

DÍA UNO

Domingo, 7 de noviembre de 1920

Tres soldados salen de sus barracones en Arras, en el norte de Francia. Un coronel, un sargento y un soldado raso. Es casi medianoche y hace un frío glacial. Los hombres se dirigen a una ambulancia de campaña aparcada junto a la verja de entrada; el coronel se sienta delante con el sargento, mientras que el soldado sube detrás. El sargento pone en marcha el motor y un centinela soñoliento les manda salir a la carretera.

El joven soldado se agarra de una correa que cuelga del techo mientras la furgoneta da bandazos por la carretera llena de surcos. Está inquieto, y tanto salto no ayuda. La cruda mañana parece un castigo: al despertarle hace escasos minutos le han ordenado que se vistiera y saliera. No ha hecho nada malo, que él sepa, pero el ejército tiene esas cosas. En los seis meses que lleva en Francia ha transgredido las normas en muchas ocasiones y solo después le han explicado el cómo y el porqué.

Cierra los ojos, se aferra con más fuerza mientras la furgoneta avanza y gira.

Tenía la esperanza de ver cosas. La clase de cosas que se perdió porque era demasiado joven para combatir. La clase de cosas que contaban las cartas de su hermano mayor. El hermano héroe que murió tomando una trinchera alemana y cuyo cadáver nunca encontraron.

Pero lo cierto es que no ha visto gran cosa de nada. Ha estado atrapado entre los escombros de Arras una semana sí y otra también, reconstruyendo casas e iglesias, cargando ladrillos.

En la parte delantera de la furgoneta, el sargento se inclina hacia delante, concentrado en la carretera. La conoce bien, pero prefiere conducir de día porque tiene varios hoyos de obús traicioneros. No querría perder una rueda, esta noche no. Tampoco él tiene ni idea de por qué está aquí, tan temprano y sin previo aviso, pero por el silencio tenso del coronel que va a su lado deduce que es mejor no preguntar.

De modo que van sentados con el motor rugiendo bajo sus pies mientras avanzan por campo abierto, aunque nada lo indique, no se ve nada aparte del destello de los faros, solo de vez en cuando un animal espantado cruza la carretera por delante de ellos y regresa corriendo a la oscuridad.

Cuando llevan conduciendo una media hora, el coronel ordena con aspereza: «Aquí. Pare aquí». Golpea el salpicadero. El sargento detiene la ambulancia al borde de la carretera, en la cuneta. El motor se para con una sacudida. Se hace el silencio, los hombres se apean.

El coronel enciende la linterna, busca en la parte de atrás del vehículo. Saca dos palas, entrega una a cada hombre y luego coge un saco grande de arpillera, que carga él.

Trepa por un muro bajo y los hombres le siguen, caminan despacio, con la luz de la linterna cabeceando por delante de ellos.

Como el suelo se ha helado el barro está duro y resulta fácil caminar, pero el soldado va con cuidado; la tierra está cubierta de metales retorcidos y hoyos, algunos bastante hondos. Sabe que el terreno está salpicado de proyectiles sin explotar. En los barracones se celebran muchos funerales por los trabajadores chinos, contratados para limpiar los campos de cadáveres y artillería. Solo la semana pasada murieron cinco, que dispusieron en fila. Acaban enterrados en los cementerios que han venido a cavar.

Pero pese al frío y la incertidumbre, el soldado está empezando a disfrutar. Es emocionante estar fuera en plena oscuridad, donde los árboles destrozados se ciernen sobre uno y se intuye el peligro. Casi puede imaginarse en otra misión. Algo de tipo heroico. Algo sobre lo que poder escribir. Pase lo que pase es mejor que las iglesias y los colegios.

Enseguida el suelo cae en picado y los hombres llegan al borde de una zanja, a los restos de una trinchera. El coronel baja y echa a andar, y los otros le siguen en fila india por el trazado serpenteante de la trinchera.

El soldado se mide comparándose con la pared. No es alto, y la trinchera tampoco. A la derecha, dejan atrás los restos de un refugio subterráneo con la entrada en un ángulo imposible y un soporte desaparecido. Titubea un momento frente al refugio, apunta con la linterna dentro, pero no hay mucho que ver, solo una mesa vieja apoyada en la pared y una lata oxidada y abierta encima. Aparta la luz del húmedo agujero y acelera para no quedar rezagado.

Por delante, el coronel gira a la izquierda hacia una trinchera más recta y más corta y al final, a la derecha, a otra construida en secciones breves y zigzagueantes como la primera.

–El frente –dice el sargento por lo bajo.

A los pocos metros, el rayo del coronel ilumina una escalera oxidada tirada contra la pared de la trinchera. Se para, apoya una bota en el travesaño inferior y empuja una, dos veces, para comprobar su resistencia.

–¿Mi coronel? –El que habla es el sargento.

–¿Qué pasa? –El coronel gira la cabeza.

El sargento carraspea.

–¿Tenemos que subir por ahí, mi coronel?

El soldado mira cómo el coronel traga saliva, la nuez sube y baja lentamente en su cuello.

–¿Alguna idea mejor?

Parece que el sargento no tiene nada que decir.

El coronel se vuelve y sube la escalera con un par de movimientos rápidos.

–La puta –musita el sargento.

Con todo, no se mueve.

Detrás de él, el soldado se muere por subir. Aunque sabe que al otro lado solo habrá más campos destrozados, una parte de él se pregunta si le espera otra cosa, algo más parecido a lo que vino a buscar: esa idea vaga, valiente y maravillosa que no se atreve a verbalizar, ni siquiera para sí. Pero no puede moverse hasta que el sargento se mueva, y el sargento está petrificado.

Las botas del coronel aparecen por encima de sus cabezas y el haz de la linterna les ilumina la cara.

–¿A qué esperamos? Arriba. Ya. –Habla como una ametralladora, escupe palabras.

–Sí, mi coronel.

El sargento cierra los ojos, parece casi como si estuviera rezando, luego se gira y trepa por la escalera de mano. El soldado le sigue con la sangre zumbándole en los oídos. Una vez arriba, recuperan el aliento de pie y barren con la luz de las linternas la escena que se extiende ante ellos: enormes espirales de alambrada oxidada, de entre seis y nueve metros de ancho, como el esqueleto delirante de una serpiente prehistórica, que se extienden en ambas direcciones hasta donde alcanza la vista.

–Mierda –dice el sargento. Luego, un poco más alto–: ¿Cómo vamos a atravesarla?

El coronel se saca un par de cizallas del bolsillo.

–Tenga.

El sargento las coge, calcula el peso. Sabe de alambradas, las ha cortado a menudo. Valla de delantal. También ha montado las suyas. Solían dejar huecos, cuando tenían tiempo para hacerlo bien. Huecos que no se veían desde el otro lado. Pero aquí no hay huecos. El alambre está enredado y aplastado y doblado. Destrozado. Como todo lo demás.

–Está bien. –Le pasa su pala al soldado–. Y tú ilumíname bien.

Se agacha y comienza a cortar.

El soldado, que intenta enfocar bien, se queda mirando la alambrada. Hay cosas atrapadas entre las espirales, cosas que parecen llevar ahí mucho tiempo. Hay jirones de ropa tiesos por la helada, y la luz de la linterna revela la palidez de los huesos blancos, aunque no se sabe si humanos o animales. El campo huele raro, más a metal que a tierra; lo nota en el sabor de la boca.

Del otro lado de la alambrada, el sargento se endereza y se vuelve, indica a los otros dos que le sigan. Ha hecho un buen trabajo, y el coronel y el soldado pueden avanzar sin problemas por el estrecho paso que ha abierto.

–Por aquí.

El coronel sale a zancadas a un terreno yermo, cubierto de minúsculas cruces. Cruces de madera blanca o improvisadas con un par de fragmentos de proyectil atados. También hay botellas clavadas boca abajo en el barro, dentro de algunas todavía se ven trozos de papel. El coronel se detiene a menudo junto a alguna, se arrodilla y enfoca la luz para leer la inscripción, pero luego sigue adelante.

El soldado escudriña la cara del superior mientras lee. ¿A quién estará buscando?

Al final el coronel se agacha junto a una de las pequeñas cruces de madera, un poco apartada del resto.

–Aquí. –Les indica que se adelanten–. Caven aquí.

Hay una fecha escrita en la cruz, garabateada con tembloroso lápiz negro, pero ningún nombre.

El soldado hace lo que le mandan, levanta la pala y la hunde en la dura tierra. El sargento se le suma, pero para tras un par de paladas.

–¿Mi coronel?

–¿Qué?

–¿Qué estamos buscando, mi coronel?

–Un cadáver –responde el coronel–. Y a ver si espabilan. No tenemos todo el día.

Los dos hombres se sostienen la mirada, hasta que el sargento la aparta, escupe en el suelo y continúa cavando.

Bajo la corteza helada el barro está más blando, pegajoso, y no tienen que cavar mucho rato. Pronto el metal araña metal. El sargento suelta la pala y se arrodilla, limpia el barro de un casco de metal.

–Creo que ya lo tenemos, mi coronel.

El coronel sostiene la linterna sobre el agujero.

–Sigan –dice, con voz tensa.

Los hombres se agachan y con las manos enguantadas procuran retirar el barro del cadáver. Pero en realidad no es un cadáver, solo un montón de huesos dentro de los restos de un uniforme. No queda rastro

de carne, únicamente algún jirón marrón ennegrecido pegado al lateral del cráneo.

–Limpien cuanto puedan –dice el coronel– y luego busquen las insignias.

El cadáver yace retorcido en la tierra, con el brazo derecho debajo del cuerpo. Los hombres se inclinan, lo levantan y le dan la vuelta. El sargento saca la navaja y rasca donde debiera estar el hombro. Las insignias del regimiento siguen en su sitio, pero no son legibles, se han descolorido hace tiempo, se han filtrado a la tierra; imposible saber lo que fueron.

–No se leen, mi coronel. Lo siento, mi coronel.

La cara del sargento se ve roja a la luz de la linterna, sudada por el esfuerzo.

–Busquen por todo el cadáver. Quiero cualquier detalle que sirva para identificarlo.

Los hombres acatan la orden, pero no encuentran nada.

Se incorporan despacio. El soldado se frota la zona lumbar con la vista clavada en los magros restos del hombre que han desenterrado, retorcido sobre un costado. De pronto le asalta una idea: su hermano murió allí. En un campo como ese, en Francia. Nunca encontraron el cadáver. ¿Y si fuera él?

Pero no hay forma de saberlo.

Vuelve a mirar al coronel. También es imposible saber si ese es el cadáver que buscaba. Ha sido una pérdida de tiempo. Espera a que el hombre reaccione, se prepara para ver su cara de ira.

Pero el coronel simplemente asiente.

–Bien –dice, arrojando el pitillo al suelo–. Sáquenlo de ahí y métanlo en el saco.

* * *

Hettie frota la ventanilla empañada del taxi con la manga y atisba fuera. No ve gran cosa; en cualquier caso, nada que se parezca a un club nocturno, solo calles vacías y a oscuras. Nadie diría que están a escasos segundos de Leicester Square.

–Aquí, por favor. –Di se inclina hacia delante para hablar con el conductor.

–Será una libra. –El taxista enciende la luz sin apagar el motor.

Hettie entrega los diez chelines de su parte. Un tercio de su paga. El estómago le da un vuelco al verlos pasar adelante. Pero el taxi no es un lujo, a esas horas no; ya no pasan autobuses y el metro está cerrado.

–Valdrá la pena –susurra Di mientras bajan–. Te lo prometo. Te lo juro por mi vida.

El taxi arranca y se quedan cogidas de la mano caminando por un callejón oscuro mientras los zapatos de baile aplastan grava y cristal. Pese al frío, a Hettie se le forman cercos húmedos en la espalda. Debe de ser la una pasada, nunca había estado tan tarde en la calle. Piensa en su madre y en su hermano, dormidos en Hammersmith. Dentro de pocas horas se levantarán para ir a misa.

–Tiene que ser aquí.

Di se ha parado delante de una vieja casa de tres plantas. No se ven luces detrás de las persianas y solo una pequeña bombilla azul ilumina la puerta.

–¿Estás segura? –pregunta Hettie, y el aliento forma nubes delante de ella en el aire frío.

–Mira.

Di señala una plaquita clavada en la pared. Tiene apariencia normal; podría incluso corresponder a un médico o a un dentista. Pero hay un nombre grabado en el bronce: DALTON'S N.º 62.

Dalton's.

Un club legendario.

Tan legendario que hay quien cree que no existe.

–¿Lista?

Di dibuja una sonrisa triste y espectral y luego levanta una mano y llama a la puerta. Se abre un panel corredero. Dos ojos pálidos en un rectángulo de luz.

–¿Sí?

–Vengo a ver a Humphrey –dice Di.

Pone voz de pija. Detrás de ella, a Hettie le entra la risa. Pero la puerta se abre. Pasan encogidas. Al otro lado hay un pequeño vestíbulo, apenas mayor que un armario, donde un portero joven aguarda de pie tras un mostrador de madera alto. Su mirada resbala por encima de Hettie, con abrigo marrón y boina escocesa, pero se detiene en Di, de ojos negros y con las puntas del pelo asomando por debajo del sombrero. Di tiene un modo peculiar de mirar, abajo y a un lado y luego lentamente hacia arriba. Lo está haciendo ahora. Hettie ve al portero abrir los ojos como un pez atrapado.

–Tienen que registrarse –dice por fin el portero, señalando un libro grande abierto delante de él.

–Por supuesto. –Di se quita un guante, se inclina y firma con gesto experto–. Te toca –dice, pasándole la pluma a Hettie.

Desde abajo llegan las vibraciones de la música: una trompeta

vertiginosa. Una mujer chilla. Hettie se nota el corazón: bum-bum-bum. La tinta de la firma de Di brilla, se ha salido de su casilla y ocupa también la de abajo. Hettie se quita un guante y garabatea su nombre: «Henrietta Burns».

–Adelante.

El hombre guarda el libro y señala la escalera a oscuras detrás de él.

Di pasa primero. La escalera es vieja y cruje y, cuando alarga una mano para apoyarse, Hettie nota cómo la pared húmeda se desconcha bajo sus dedos. No es lo que había imaginado; no se parece en nada al Palais, donde reina el glamour. Nadie diría que unas escaleras tan viejas y mohosas llevan a alguna parte. Pero ahora oye la música perfectamente, a gente charlando, pies que se mueven rápido por la pista, y al llegar abajo una oleada de pánico amenaza con apoderarse de ella.

–Te quedarás conmigo, ¿verdad? –pregunta, cogiéndose del brazo de Di.

–Claro.

Di la coge, le da un apretón y luego abre la puerta.

Las asalta el olor a cerrado, a humanidad bailando. El club no es mayor que la planta baja de casa de la madre de Hettie, pero está repleto, todas las mesas están ocupadas y la pista de baile parece una batalla campal. La mayoría de la gente va de etiqueta –los hombres de blanco y negro y las mujeres con coloridos vestidos– pero algunas personas parecen disfrazadas. Lo más sorprendente de todo es que el grupo de cuatro músicos que está tocando rag en el diminuto escenario tiene un cantante negro, el primero que ve Hettie. Es alucinante, como si todo el color que le falta a la ciudad se hubiera colado en el subsuelo.

–¡Impresionante! –Di sonríe.

–¡Impresionante! –conviene Hettie, soltando aire.

–¡Allí está Humphrey!

Di saluda a un hombre rubio que avanza hacia ellas entre el gentío. Hettie lo reconoce de la noche en el Palais de hace dos semanas, cuando contrató a Di para un baile… y luego para otro y otro más hasta el final de la velada. (Porque ese es su trabajo: «Profesora de baile, Hammersmith Palais. Disponible por seis peniques el baile, seis noches a la semana».)

–¡Estupendo! –dice Humphrey, besando a Di en la mejilla–. Has venido. Y esta debe de ser…

–Henrietta.

Henrietta le tiende la mano.

Humphrey no es mucho mayor que ellas, tiene un apretón de manos relajado y una cara agradable, pecosa. Al menos es majo. No como algunos con los que Di ha salido en el pasado. Tras un año en el Palais, Hettie tiene una brújula para hombres. Dos minutos en su compañía y sabe cómo son. Si están casados, sudorosos por la culpa de haberse escabullido para pasar una noche a su aire. Esa mirada vidriosa que se les pone cuando te imaginan sin ropa. O a veces, como Humphrey, son un encanto.

–Venid –dice Humphrey con una sonrisa–. Estamos por aquí.

Le siguen abriéndose paso como pueden entre las mesas atestadas. Hettie avanza despacio porque todo el rato se retrasa, se retuerce para ver al grupo y su cantante de piel sorprendentemente oscura y a los bailarines, muchos de los cuales se mueven alocadamente, de un modo que nadie osaría en el Palais. Al final llegan a una mesa de un rincón, no muy lejos del escenario, donde se levanta un hombre bajo con frac.

–Diana, Henrietta –dice Humphrey–, os presento a Gus.

El compañero de Hettie esa noche es fornido y paliducho, apenas más alto que ella. Le clarea el pelo y le brilla el cuero cabelludo por culpa del calor. Hettie disimula el chasco con una sonrisa.

–¿Me permites el abrigo?

El hombre la rodea y ella se encoge de hombros. El abrigo viejo y marrón ya es malo de por sí, pero además debajo lleva su vestido de baile, el único que tiene, y hoy, después de trabajar un turno doble, ni siquiera está limpio.

Entretanto, al otro lado de la mesa Di se despoja del suyo y deja ver el vestido que se compró la semana pasada con el dinero de Humphrey. Hettie se hunde en la silla. Qué vestido. Ese vestido la afecta físicamente; lo desea tanto que duele. Es casi negro, pero está cubierto de tantas lentejuelas, tan minúsculas, de una iridiscencia tan deslumbrante, que resulta imposible saber de qué color es. Hettie estaba presente cuando Di lo compró en la sección de confección de Selfridges. Costó seis libras del dinero de Humphrey y Hettie tuvo que tragarse la envidia y sonreír cuando después estuvieron subiendo y bajando en los ascensores por mera diversión.

Los dos hombres la miran fijamente hasta que Gus recupera los buenos modales y se sienta junto a Hettie, señalando la bandeja de sándwiches del centro de la mesa. «No están muy buenos –comenta con una sonrisa–, pero tienen que servirlos con la bebida. No tienen licencia de bar. Los vamos amontonando a un lado.» Los aparta y

Hettie los ve alejarse. Sería capaz de matar por comer algo. No ha probado bocado desde el sándwich de jamón y paté de las seis, en el descanso entre turnos.

–Y bien –Gus sirve de una botella de la mesa y le pasa una copa–, imagino que sois muy buenas. Humph me ha contado que sois profesoras de baile en el Palais.

–Bueno… –Hettie bebe un sorbo. La bebida es dulce y espumosa. No está segura, pero diría que podría ser champán–. Supongo que no somos malas.

Son mejor que buenas, en realidad. Llevan años practicando en salones con las alfombras enrolladas, cantando canciones memorizadas, estudiando minuciosamente las fotografías de *Baile moderno*, turnándose para hacer de hombre. Son las dos mejores bailarinas del Palais con diferencia. Y no es por presumir. Es la verdad.

–Soy un pésimo bailarín –dice Gus, sacando el labio inferior como un niño.

Hettie le sonríe. Puede que no luzca mucho, pero al menos es inofensivo.

–Seguro que no.

–No, de verdad. –Señala hacia abajo con una mueca–. ¿Ves el pie izquierdo? Pues nací con dos pies izquierdos.

Se oyen estruendosos vítores en la pista y Hettie se vuelve para ver al cantante aguijoneando a sus músicos, animándolos. Son estadounidenses, seguro. Ningún grupo inglés que conozca toca así ni tiene ese aspecto; desde luego, el grupo del Palais no, ya no, desde que se marcharon los Original Dixies, con sus cencerros y silbatos y bocinas, de vuelta a Nueva York. Y la gente: bailan como locos, como si les importara un pito lo que piensen los demás. Ojalá su madre pudiera verlo. «Respetable» es su palabra favorita. Si pudiera ver a esa gente disfrutando le daría un ataque.

Hettie se vuelve hacia Gus.

–Es solo práctica –dice, bebiendo otro sorbo, con el cuerpo ansioso por seguir el ritmo.

–No, no –insiste él–. Soy un patoso. Nunca le he pillado el truco. –Le da un par de giros bruscos al vaso y añade–: Pero estoy listo para intentarlo, si te apetece dar una vuelta por la pista.

–Me encantaría –dice Hettie, lanzando una mirada fugaz a Di, cuya cabeza azabache está demasiado cerca de la de Humphrey, enfrascada en una conversación íntima, susurrada, que Hettie no alcanza a escuchar.

Los acordes estrepitosos del rag están apagándose y el grupo

pasa a un cuatro por cuatro, a algo más lento. Ellos se abren paso a empellones y encuentran hueco al borde de la pista repleta. Gus le coge las manos y luego mira al techo, como si los misterios del movimiento estuvieran escritos allí arriba. Brinca un poco, contando por lo bajo, y arrancan.

Gus tenía razón. Es un pésimo bailarín. No tiene sentido musical, ya se ha adelantado dos tiempos, tira del ritmo, no se deja guiar por él.

«¡Escucha! –quiere decirle Hettie–. Déjate llevar. ¿No oyes lo buenos que son?»

Pero no serviría de nada, de modo que intenta adaptarse a los torpes pasos de Gus.

(En el Palais tienen una norma: nunca bailes mejor que tu pareja. Te contratan para que hagas que se sientan bien. Si se sienten bien volverán a contratarte. Como le gusta decir a Di: «Al final se reduce a una cuestión económica».)

Después de unos cuantos compases, Gus le suelta las manos y levanta la vista, encantado. «¡Le estoy pillando el truco!» Giran, Hettie exagera los gestos para alabar los suyos y hacia el final del tema Gus da una vuelta victoriosa por la pista. «¡Humph tenía razón!» Está radiante, se detiene a recuperar el aliento. «Sois fantásticas. Aunque vuestro oficio da muchísima sed, eso sí.» Se saca el pañuelo del bolsillo y se seca la cara. «Espera un segundo, te traeré algo fresco del bar.»

Se pierde entre el gentío y Hettie encuentra un sitio pegado a la pared húmeda, contenta de quedarse a solas un momento para poder observarlo todo. Una pareja joven pasa por su lado entre risillas, abrazados. La chica es joven y elegante, va envuelta en seda azul y le cuelgan perlas del largo cuello, pero se le descompone la cara y no para de resbalarse del brazo de su compañero. Hettie tarda un poco en darse cuenta de que la chica está borracha. Se los queda mirando, esperando a medias que alguien se acerque a echarlos. Pero nadie mueve un dedo. No está en el Palais.

Justo entonces alguien la empuja por detrás y casi se cae, aunque consigue recuperar el equilibrio.

–Perdón. Vaya por Dios. Perdón.

Hettie se gira y ve a un hombre alto. Parece distraído y esboza una sonrisa arrepentida.

–Lo siento muchísimo –insiste él. Se tira del pelo con una mano; en la otra sostiene una bebida de color ámbar–. ¿Estás bien? Ya te veía en el suelo.

–Sí… Bien. –Hettie suelta una risilla incómoda, aunque no sabría decir si por él o por ella.

Los ojos del hombre se posan en ella con atención, asimilándola, y Hettie se sonroja. Es un hombre muy atractivo.

–Dios mío –dice él. Se le borra la sonrisa y una expresión distinta, más tímida, ocupa su lugar.

Le arden las mejillas. *¿Qué? ¿Qué pasa?* Pero Hettie no dice nada, el hombre sigue observándola, como si fuera algo espantoso que no pudiera dejar de mirar.

–Perdón –se disculpa él, sacudiendo la cabeza como para despejarse. Regresa un eco de su sonrisa–. Pensaba que eras… –Levanta la bebida–. ¿Una copa? Tienes que dejar que te invite. Para disculparme y eso.

Ella niega con la cabeza.

–Gracias. Yo… Ya me traen una.

Hettie se aleja, quiere distanciarse del hombre, encontrar un espejo, comprobar que no le pasa nada en la cara, pero él la ha cogido del brazo.

–¿De dónde eres?

–¿Perdón? –La coge fuerte.

–No, que si eres inglesa.

–Sí.

Él asiente, la suelta. ¿Es decepción lo que Hettie ve en su cara?

–Disculpa…

Hettie se escabulle, se escapa de él, avanza entre el gentío, todavía más denso, en busca de los lavabos, y los encuentra detrás de un arco, pequeños y con olor a humedad, con las paredes cubiertas por una capa negra de moho.

Se examina en el espejo con la respiración acelerada. No ve nada particularmente terrible, aparte del cuello sonrojado por la vergüenza y de que se le han soltado dos horquillas y el pelo amenaza con enmarañarse. Vuelve a empujar las horquillas del delito en el erizo que tiene que hacerse para recogérselo. Esa estúpida melena larga que su madre no le deja cortarse.

«Como vengas a casa con la pinta de esa amiga tuya te vas a enterar. Flapper, más que flapper.»

Su madre no se entera de nada. Di lleva el mejor corte de pelo de todas las chicas del Palais. Siempre están intentando que les cuente dónde se lo han hecho.

Hettie se apoya en el borde frío del lavamanos. Es tarde. Lleva horas en pie. La noche, que prometía tanto, comienza a torcerse y surgen las inseguridades de siempre. Hettie es de Hammersmith. Es

demasiado alta. Lleva un vestido viejo y no puede permitirse otro porque entrega la mitad de su sueldo a su madre y al inútil de su hermano todas las semanas. Se ha aplicado vaselina perfumada en las axilas tantas veces que ha perdido la cuenta, pero todavía apesta y es probable que nunca en la vida tenga un vestido como el de Di. Tiene que ser simpática con Gus. Y sobre todo, se le marcan los pechos, da igual cuánto intente aplastarlos.

Es culpa de ese hombre, piensa, mirándose a los ojos en el espejo. De cómo la ha mirado y de lo que le ha preguntado. «¿De dónde eres?» Como si supiera que este no es su sitio, este club con gente que actúa con libertad a la hora de beber y bailar, como si hagan lo que hagan sus vidas no vayan a cambiar.

Venga.

Se echa agua en las mejillas, comprueba que no se le vea el viso y se clava la última horquilla rebelde en el pelo. Las rojeces del cuello se han aclarado un poco.

De vuelta en el tumulto, escudriña la muchedumbre y comprueba con alivio que el hombre alto ha desaparecido. Tampoco ve ni rastro de Gus y, cuando por fin lo localiza, su calva brillante sigue cabeceando en la cola del bar. En la mesa, Di y Humphrey no se han movido. A lo sumo, quizá estén un poco más cerca. Hettie ve a Di riéndose de algo que le ha dicho Humphrey. No parece que vayan a agradecer que los interrumpan. Por un momento, mientras está de pie sola, su frágil determinación amenaza con flaquear. Pero algo está pasando en la pista de baile. La gente ha dejado de moverse y los músicos tocan más lento, sueltan los instrumentos de uno en uno hasta que solo queda el batería, manteniendo el ritmo únicamente con la caja temblorosa. Luego también él se para, detiene los platos de bronce con la mano y el silencio se adueña del club. En la mesa, Di y Humphrey levantan la vista.

Hettie, sin respirar, se aleja de la pared.

Durante un instante electrizante tiene la impresión de que podría pasar cualquier cosa, hasta que el trompetista se adelanta y alza el instrumento para tocar. Brilla bajo la luz tenue. Un destello del sonido más puro inunda la sala. Hettie cierra los ojos, dejándolo entrar, permitiendo que la vacíe, y luego, cuando el hombre comienza a tocar con fervor, las notas vierten gotas de oro fundido en el espacio creado por el músico. Y allí de pie, henchida de música, comprende con la intensidad de una revelación que no importa, nada importa en realidad: es joven, sabe bailar y los diez chelines han valido la pena solo por ver ese lugar, por escuchar a

esos músicos, por contarles el lunes a las chicas del Palais que es verdad, que hay un club en el West End, enterrado en el subsuelo, con el mejor grupo de jazz desde que los Dixies se marcharon a Nueva York.

–¿Merodeando?

Hettie abre los ojos de golpe. El hombre de antes está a escasos metros, apoyado en la pared, fumándose un cigarrillo.

–¿Perdón?

–Estás merodeando.

–No merodeo.

El corazón le golpea peligrosamente contra el pecho.

–Sí. Llevo dos minutos observándote. Dos minutos es merodear.

Hettie nota que el odioso rubor vuelve a subirle por el cuello.

–Pues no merodeo, estoy viendo al grupo.

Se cruza de brazos y aparta la mirada, tratando de concentrarse en los dedos del trompetista, intentando recordar lo a gusto que estaba hace nada.

Con el rabillo del ojo ve que el hombre se aparta de la pared.

–No serás una anarquista de esas, ¿no?

Ella se vuelve, incrédula.

Él no aparta sus ojos grises. Esta vez no sonríe.

–He leído sobre vosotros. Vais a locales públicos como este. –Abarca el club con un ademán–. Con cientos de inocentes. Con una bomba escondida en el abrigo. La dejáis en los lavabos. Merodeáis un poco y luego… bum.

Imita una explosión. Y levanta las manos y las separa, caen cenizas dispersas por el aire. Algunas aterrizan en el vestido de Hettie.

Por un momento está demasiado sorprendida para hablar. Luego:

–Tengo el abrigo allí –replica, señalando la mesa del rincón–. Y no esconde ninguna bomba. De todos modos, si pensara volar algo no me pararía a merodear. Me iría.

–Ah. –Él asiente–. Bueno, quizá te haya juzgado mal.

–Sí. Exacto.

Se sostienen la mirada. Ella intenta mantener la calma, estudiarlo, pero se le ha estropeado la brújula y no consigue calarlo.

Entonces él sonríe con toda la cara.

–Perdona. –Sacude la cabeza–. Tengo un sentido del humor penoso.

El corazón de Hettie da un vuelco. La sonrisa de él es

desconcertante; tan repentina, como si debajo ocultara a otra persona completamente distinta. Aunque se le ve respetable y viste frac y camisa blanca, hay algo raro en el modo de llevarlos. ¿Indiferencia? No se ha puesto gomina. Tiene ojeras.

Se lleva la mano al bolsillo, saca una petaca y se la ofrece.

–Toma, bebe un poco mientras esperas.

–No, gracias.

Hettie le da un poco la espalda, encogiéndose mientras se escucha decir: «No, gracias». Suena a Hammersmith. A que normalmente estaría durmiendo. A mojigata.

–Venga. Está bueno. Es de malta.

Ahora los ojos de él se ríen. ¿De ella? Es la clase de hombre capaz de hablar con cualquiera. Así que ¿qué hace con ella? Parece una trampa.

Debería ir a buscar a Gus; ya le habrán servido.

Debería.

Pero no va.

En vez de eso, acepta la petaca, la coge y se la lleva a la boca.

Porque solo ha venido para esta noche y su acompañante no está y es un inútil y su amiga está entretenida con otros asuntos.

De modo que ¿qué puede perder?

Pero no estaba preparada para una bebida tan fuerte y se atraganta y tose.

–No sueles beber whisky, ¿verdad?

Hettie replica con otro sorbo, más largo. Esta vez se lo traga.

–Gracias –responde, ufana, devolviéndole la petaca.

Él mira hacia la pista.

–Entonces ¿has venido a bailar? ¿O solo merodeas?

–He venido a bailar –dice mientras el whisky le enciende la sangre.

–Me alegro. –Él apaga el cigarrillo en un cenicero cercano y se gira hacia ella–. ¿Qué te parecería bailar conmigo?

–Si quieres…

Ahora hay poca gente bailando y pueden entrar directos al centro de la pista. Una vez allí, él levanta las manos. Es un gesto raro, no es el propio de un hombre que se dispone a bailar, sino más bien el de un hombre desarmado. Hettie coloca una mano en la de él y la otra en la chaqueta, que se le ciñe a la espalda. El cuello de la camisa le roza la oreja. Tiene la mano fría. Huele a limón y tabaco. Hettie está algo aturdida. Quizá por la bebida.

La trompeta preciosa y conmovedora ha enmudecido y el grupo va animándose, la música evoluciona hacia un rag, a un one-step.

Un-dos, un-dos.

La pista va llenándose, la gente aprieta alrededor, vitoreando, aplaudiendo, reanimando la música a pisotones.

Un-dos, un-dos.

Él da un paso hacia Hettie.

Hettie retrocede un paso.

Y ya está; ocurre en ese primer movimiento minúsculo: el destello del reconocimiento. «¡Sí!» La rara sensación que experimenta cuando alguien sabe moverse. Luego entra la música y bailan juntos por toda la pista.

–Esta noche la banda es muy buena –dice él, por encima de la música–. Son americanos. Me gustan los americanos.

–A mí también.

–Ah, ¿sí? –Arquea una ceja–. ¿A quiénes has visto?

–A los Original Dixies.

–¿A los Dixies? Caramba. –Parece impresionado–. Eran los mejores. –Cuela una pierna entra las de Hettie y ataca el giro–. ¿Dónde los has visto?

–En el Palais. En Hammersmith. –Gira y se pone de cara a él.

–¿El Palais? Fui una vez, ¡también los vi allí! –De repente parece impaciente como un niño.

Hettie lo piensa, se pregunta si bailaron juntos. Está claro que no. Se acordaría.

–¿Qué tema te gustó más?

Ella se ríe; esa es fácil.

–«Tiger Rag.»

–¡«Tiger Rag»! –Él sonríe–. Vaya. Un tema peligroso. Rapidísimo.

El más rápido de todos. Incluso a Hettie le faltaba el aliento.

–¿Cómo se llamaba? –Él arruga la cara–. El trompetista… Nick no sé qué.

–LaRocca.

Nick LaRocca, el trompetista neoyorquino mundialmente famoso. Volvía locas a las chicas. Una vez le había sonreído entre bambalinas, en el pasillo, «¡Hey, chica!», y le había guiñado el ojo mientras se anudaba la pajarita. Desde entonces Hettie tenía una foto suya colgada encima de la cama.

–¡LaRocca! Eso. –Se le ve encantado–. Menudo chalado. Tocaba como un loco.

Están al borde de la pista, donde el ruido no es tan alto.

–Entonces, cuéntame. Una anarquista aficionada al jazz americano.

–Que no soy…

Sus miradas se cruzan y se transmiten algo, un entendimiento tácito. *Es todo un juego.*

–¿Cuál es tu tapadera? –pregunta él, inclinándose hacia ella; acercándose lo bastante para que Hettie le huela el aliento a whisky.

–¿Tapadera?

–El trabajo de día.

–Ah, bailo. En el Palais. Soy profesora de baile.

–Buena tapadera. –Él sonríe, luego vuelve a arrugar la frente, como si hubiera recordado algo–. No estarás en esa caja metálica espantosa, ¿no?

Hettie experimenta el conocido estremecimiento de la vergüenza.

–Me temo que sí.

–Pobrecita.

El Corral. «Esa caja metálica espantosa.» Donde Di y ella se sientan, atrapadas, junto con otras diez chicas hasta que las contratan, mientras los hombres sin pareja acechan de aquí para allá, decidiendo si les apeteces, si vales los seis peniques que cuesta dar una vuelta por la pista.

Él se echa hacia atrás, como para verla mejor.

–Pues no pareces la clase de chica que se alquila.

¿Está riéndose otra vez de ella? Podría ser un cumplido, pero no está segura.

–Por cierto, me llamo Ed. Disculpa la mala educación. Debería haberme presentado antes.

Hettie titubea.

–Está bien –dice él con una mueca–. Ya me dirás tu nombre después, en el potro de tortura.

Hettie se ríe. El baile casi ha terminado. Por encima del hombro de él ve a Gus de pie al borde de la pista, mirándolos consternado, con dos copas en las manos, y mientras la música toca a su fin Hettie se vuelve torpe de golpe, consciente de su cuerpo, de las partes que están cerca de Ed. Baja las manos y retrocede.

–Espera. –La agarra de la muñeca–. No te vayas. Al menos no te vayas sin decirme cómo te llamas.

Su rostro ha vuelto a cambiar. La sonrisa se ha esfumado.

–Me llamo Hettie –responde ella.

Porque cualquiera que fuera el juego al que estaban jugando ha terminado y, en general, no es de las que mienten.

–Hettie –repite él, apretándole la muñeca. Luego se acerca–. No

te preocupes. No te delataré. Sé lo importante que es. Yo también quiero volar cosas.

Después la suelta, da media vuelta y se aleja sin detenerse, sin mirar atrás, por entre la gente, por la pista, escaleras arriba y fuera del club.

La sala da vueltas, es un calidoscopio en movimiento.

Y ahí está Gus cruzando alicaído la pista, perdida toda alegría.

–¿Quién era ese? ¿Un conocido?

Ella niega con la cabeza. Pero todavía le siente, siente a Ed, a un hombre que no conoce, una quemazón en la muñeca.

–Pues parecía que le conocías –dice Gus. Parece agraviado.

Hettie de pronto está furiosa. Con el pobre Gus, tan calvo. Su torpeza al bailar y esa mirada medio servil en la cara. Y entonces, al comprender que Gus lo nota, le da pena.

–Es posible que le conozca –dice en voz baja–. Puede que hayamos coincidido antes.

Gus parece quedarse más tranquilo. Como Hettie no dice nada más, asiente.

–¿Una limonada? –pregunta, tendiéndole la bebida.

* * *

–Evelyn.

Alguien la llama.

–Evelyn, apaga el maldito despertador, ¿quieres? Lleva siglos sonando.

Evelyn abre los ojos a oscuras. Saca una mano por debajo de la manta y busca a tientas el despertador de la mesilla de noche. Se produce un silencio repentino, desconcertante, hasta que Doreen gruñe desde el otro lado de la puerta:

–Gracias.

Evelyn se acurruca de lado, los nudillos en la boca, mordiéndolos, mientras los pasos de Doreen se alejan.

Estaba teniendo otra vez el mismo sueño.

Se queda un momento tumbada, luego aparta el puño, se sienta y abre las cortinas. Una tenue luz se refleja en la esfera de su despertador. Las realidades inmutables de la mañana imponen su presencia. Son las ocho. Es domingo, el cumpleaños de su madre, y tiene que estar en Oxfordshire para el almuerzo.

«Maldita sea.»

En el cuarto de baño, las tuberías traquetean y crujen. Se levanta de la cama, apoya la planta de los pies desnudos en el suelo

frío y mientras Doreen tararea y salpica en la habitación contigua, ella se viste a media luz, selecciona la blusa menos gastada, la falda de sarga más larga, se pone las medias y los zapatos y se ajusta la chaquetilla.

Para cuando termina de vestirse la luz es más intensa; con todo, evita su reflejo en el espejo de la pared.

Fuera, en el trocito de césped descuidado que hace las veces de jardín, abre la puerta del aseo húmedo y se agacha, mea tiritando, tira de la cadena y sale. Tiene un paquete de Gold Flakes arrugado en el bolsillo de la chaquetilla y tose al encenderse uno. Levanta la vista hacia los árboles, a las ramas invernales negras y mojadas, que dibujan una celosía en el cielo. Mientras está allí parada, una hoja cansada se desprende y cae girando al sendero. Tras un par de caladas, Evelyn tira el pitillo junto a la hoja y aplasta ambos con el pie, hundiéndolos en la tierra.

En la cocina, hierve agua para el café, luego se sirve los toscos posos directamente en la taza, se la lleva a la mesa y enciende otro cigarrillo.

–Buenos días.

La cabeza sonriente de Doreen asoma por la puerta.

–Buenos días.

Se echa dos cucharadas colmadas de azúcar al café y remueve.

–¿Qué tal?

–De primera, guapa. –Evelyn saluda–. De primera.

–¿Desayunas?

Doreen desaparece en la despensa a ver qué encuentra.

–Uf, no.

Se sienta.

–¿Vas al campo?

–Tengo que estar en Paddington a las diez.

Doreen vuelve con pan y mantequilla.

–Pues espabila.

Por mucho que quiera a Doreen, por mucho que compartir piso con ella sea la solución de alojamiento más tranquila y menos problemática que pueda imaginar, ahora mismo, solo esta mañana, de verdad que no tiene ganas de hablar. Preferiría sentarse a solas envuelta en los restos del sueño como en una estola para protegerse del aire de la mañana gris.

Doreen aparta una silla y se pone a rebanar pan. Tararea. Va vestida para salir, con un bonito vestido, las mejillas frotadas y

maquilladas, el pelo recogido. Aunque cuesta verlo con esa luz, hasta es posible que se haya pintado los labios.

–¿Y tú qué haces levantada? –pregunta Evelyn–. Es domingo. ¿No deberías estar en la cama?

Doreen levanta la vista del pan.

–Hoy también salgo. El hombre aquel. Te hablé de él la semana pasada. Me prometió llevarme a Londres. Dijo que me estaba consumiendo en este humo.

–Ah.

–Ya sé que me arrastrará hasta la cima de una colina cualquiera para enseñarme las vistas. Pero aun así… –Doreen sonríe, contrita, sonrojada.

Evelyn aplasta la colilla en el cenicero.

–Tienes razón. Será mejor que espabile. –Se pone el abrigo–. Estás preciosa. Eres preciosa. Que lo pases bien. Saluda de mi parte. –Se encamina a la puerta, se gira–. Y deséame suerte.

–Buena suerte –dice Doreen, sonriendo, con el cuchillo de la mantequilla en la mano–. Y recuerda, no te dejes hundir por la vieja.

Evelyn espera bajo el reloj, dando golpecitos en el suelo con el pie, escudriñando entre la multitud Paddington en busca de su hermano. Ni rastro. Consulta los horarios de salida una última vez y luego echa a andar por la estación, cruzando anchas franjas de luz matinal. Irritante. Es irritante que se retrase.

La locomotora escupe ceniza cuando Evelyn llega al andén con el tiempo justo para subir al último vagón antes de que arranque el tren. Recorre todo el tren bamboleante, busca en todos los compartimentos la figura alta y flaca de su hermano, la bienvenida de su sonrisa. Pero no está, y el tren va lleno, pero en el último vagón de segunda clase encuentra un compartimento para ella sola.

¿Dónde narices está su hermano? Hace semanas que quedaron. Se encoge de preocupación por él, pero solo brevemente. No quiere pensar en su hermano. Su hermano sabe cuidar muy bien de sí mismo. Ella quiere pensar en su sueño. En cómo comienza.

Comienza así: Evelyn está en el salón de la casa donde se crió, leyendo un libro. Suena el timbre; señala la página y se levanta, camina por la alfombra hacia la puerta. Solo tiene que girar el picaporte y salir al vestíbulo y se encontrará con Fraser esperándola al otro lado. Ase el picaporte, lo toca, nota el frío latón resbalándole en la palma de la mano; lo empuja hacia abajo, la

puerta se abre y…

Nunca pasa de ahí.

Recuerda algunas cosas: una mañana de verano; Fraser a su lado en la cama; las sombras cambiantes en su cara.

El tren traquetea al cruzar un túnel. Cuando vuelve a salir a la prometedora mañana, Evelyn se ve reflejada en el espejo de encima de los asientos. Debido a la inclinación del espejo, ligeramente hacia abajo, se ve perfectamente la raya del pelo. Hacía tiempo que no se veía el pelo a la luz del día y entre los cabellos negros asoman canas gruesas, demasiadas para contarlas.

He aquí la verdad de las cosas, piensa. Incluso si el sueño fuera real, si Fraser consiguiera recomponerse con sus mil pedazos dispersos, si ella pudiera abrir la puerta y encontrárselo de pie, entero, él se asustaría: Evelyn cumplirá treinta años el mes que viene. Le ha traicionado. Ha envejecido.

Fuera se suceden los barrios periféricos de Londres. Piensa en toda la gente de todas esas casas despertándose en mañanas grises, con el pelo gris, en una vida gris.

Somos camaradas de gris, piensa.

Es lo que queda.

Cuando Evelyn se despierta hay un niño en la rodilla de una mujerona que va sentada en el asiento de enfrente. Los dos la miran fijamente. El crío tiene el pelo naranja y rizado, la tez pálida. La mujer desvía inmediatamente la mirada, como si la hubiera pillado haciendo algo vergonzoso, pero el niño sigue mirándola, boquiabierto, con un rastro de moco plateado entre la nariz y la mejilla. Hay más pasajeros en el vagón: un hombre, y dos ancianas junto a la puerta. Evelyn mira por la ventanilla. Están saliendo de una estación. Reading: está a medio camino.

–A esa señora le falta un dedo.

–Chsss… –le ordena la mujer al niño–. Chsss…, Charles.

Evelyn levanta una ceja.

–Mira por la ventanilla, Charlie –dice la mujer con una voz aguda, ahogada–. ¿Ves las ovejitas?

–No –insiste Charlie, retorciéndose y escurriéndose del regazo de la mujer–. Mira. –Se dirige al hombre de al lado–. A esa señora le falta un dedo.

Se inclina hacia delante, el hilillo de babas casi roza la falda de su madre.

Evelyn se mira la mano. Es verdad que le falta un dedo. O

medio dedo. Su índice izquierdo acaba en un suave muñón redondeado justo después del nudillo.

–Dios santo, Charlie. –Evelyn mira al niño–. ¿Sabes que tienes razón? –Mueve el muñón hacia el crío–. ¿Te lo has comido mientras dormía?

Charlie retrocede de un salto. El resto del vagón aguanta la respiración y luego, como en un juego de las estatuas, todos congelan la mirada al frente.

–Tócalo si quieres –dice Evelyn, inclinándose hacia el niñito.

–¿Puedo? –susurra el crío, alargando la mano.

–¡No! –consigue exclamar la madre, sonrojada, tirando de Charlie–. De ninguna manera.

–Bueno. –Evelyn se encoge de hombros–. Si cambias de opinión, dímelo.

Charlie vuelve a saltar a las rodillas maternas. Su mirada va pasando del muñón a la cara de Evelyn y de vuelta al muñón.

–¿Adónde vas, Charlie? –pregunta Evelyn.

–A Oxford –responde Charlie, embobado.

–Perfecto. Yo también. Despiértame cuando lleguemos.

En Oxford Evelyn se despide de Charlie, cambia de tren y coge la línea que conduce al pueblo. Más o menos todavía espera ver a su hermano asomando medio dormido de algún vagón de más adelante, pero ella es la única persona que se apea en el minúsculo andén. La pequeña ventanilla de ventas está cerrada; en las cestas colgantes sobreviven algunos restos moribundos de geranios y, en los arriates, quebradizos esqueletos de dedaleras. Pasa por un cruce, donde la carnicería y la oficina de correos se miran con vacías expresiones de domingo, y deja atrás la hilera de cinco adosados bajos que conduce al parquecillo.

Allí vivía un chico, Thomas Lightfoot, hijo de uno de los empleados de sus padres; su hermano a veces jugaba con él cuando eran niños. A ella siempre le gustó su nombre. Fue la primera persona conocida que murió. Recuerda que se lo contó su hermano una tarde soleada en Londres, en la primavera de 1915. Tenía mujer y un hijo y vivió y murió y todo lo hizo antes de haber cumplido veinticinco años. Evelyn mira la casa de Thomas al pasar por delante, ve a una joven por la ventana, de espaldas, frotando algo en el fregadero.

Sigue adelante, sus pasos son lo único que se oye, y deja atrás el pueblo, hasta que pasa junto a campos abiertos donde cuervos

dispersos picotean los cultivos. Ha salido el sol. Evelyn cierra los ojos para protegerse de él, dejando que la luz naranja baile en sus párpados, y respira hondo el aire puro, contenta, a su pesar, de haber salido de Londres. Por delante aparece el muro bajo de piedra que delimita las tierras de sus padres, detrás de él, grupos de abetos altos, de ramas oscuras que se perfilan contra el cielo luminoso.

Coge el camino que conduce a la parte de atrás de la casa para poder acercarse sin ser vista, abre la puerta del muro y se queda de pie en el prado. Frente a ella está la casa, vista de lado, edificada con piedra Cotswold de un dorado oscuro por efecto del sol. Mientras la contempla, por la puerta lateral sale corriendo una doncella vestida de negro que se escabulle detrás de un tronco y desaparece de la vista. Enseguida se eleva en el aire una nubecilla de humo. Evelyn sonríe. Bien por ella.

Evelyn echa a andar en dirección a la parte trasera de la casa. La hierba está muy alta para ser noviembre, y cuando llega a las escaleras se le han empapado los zapatos. Abre la puerta con la cadera y maldice entre dientes mientras se los desabrocha. Son de ante, de tiras finas, el único par vagamente femenino que tiene y una rara concesión a los gustos de su madre, pero ahora están demasiado mojados. Se descalza y los lleva al armario que hay junto a la puerta trasera, donde la recibe un olor familiar: humedad y telas de araña y el aroma invernal de las botas de goma almacenadas. Tira los zapatos entre el paragüero y un tensarraquetas viejo, medita un momento la opción de calzarse unas botas para el almuerzo, se lo piensa mejor y echa a andar con las medias empapadas por las frías losas del pasillo. Pasa de largo la cocina. Un rápido vistazo por la ventana interior le dice que bulle de actividad, con una escuadra de sirvientes trajinando de aquí para allá.

Cuando alcanza el final del pasillo se detiene, apoya la mano en la pared.

Porque en cuanto dé la vuelta a la esquina estará en el vestíbulo principal, al fondo del cual se encuentra la puerta acristalada de la entrada y detrás de la puerta es donde aparece Fraser en su sueño. Sabe que es una tontería, pero aun así…

Cierra los ojos, se deja inundar por la sensación de su cercanía, deja que le llene el pecho, los brazos, el aire que le toca la cara, hasta que…

–Evelyn.

Abre los ojos de golpe.

–¿Qué haces? –Su madre, ataviada de crema y oro, se yergue ante ella–. ¿Y los zapatos?

–Eh… –Evelyn se mira las medias, que se le pegan a los dedos–. He venido por detrás. Están en el armario de debajo de las escaleras.

Su madre emite un ruido, ese chasquido especial de la lengua contra el paladar.

–Bueno, pues no puede ser. Y esa blusa tampoco. Pareces una tendera. ¿Ahora vas de tendera?

–Eh…

–Ha venido tu prima. –Su madre se inclina hacia delante, cuchichea–. Tus vestidos siguen arriba. Sube inmediatamente a cambiarte. –Da un paso atrás, entorna los ojos–. ¿Y tu hermano?

–Eh… No lo sé. Se suponía que vendríamos juntos, pero luego…

–Pero ¿qué?

–Pero no se ha presentado.

–¿No se ha presentado? Entonces ¿dónde está?

Evelyn se encoge de hombros, derrotada.

–Lo siento, madre. La verdad es que no lo sé.

Su madre se yergue en toda su estatura –y es impresionante de verdad, Evelyn no puede negarlo– y alza al viento su enorme pechera eduardiana.

Evelyn aprieta los dientes. De vez en cuando, solo muy de vez en cuando, consigue reunir fuerzas para escoger sus batallas.

–¿Madre?

Su madre se vuelve hacia ella.

–Feliz cumpleaños.

Su madre asiente una vez, rápidamente, como si reconociera algo doloroso pero necesario, como la extracción de una muela, luego abre la puerta de la cocina. Al volver a cerrarse se apaga el alboroto de la cocina. Su madre ruge una orden, algo relacionado con el pescado.

Evelyn vuelve atrás, cierra los ojos. Pero no sirve de nada. La sensación ha pasado. Da la vuelta a la esquina. La puerta delantera está ahí, tres metros de impasible madera, pero tras sus paneles: nada. Nadie la espera al otro lado. No hay nada salvo la claridad del día y los dibujos danzarines que crea el sol contra el vidrio soplado, hinchado.

* * *

Jack aparta el plato del desayuno y se levanta, luego, sacando una

calabaza del fondo de la mochila, dice: «Ayer se me olvidó. Tiene buena pinta». La deja en el centro de la mesa y se carga la mochila vacía.

–Bueno, pues. Hasta la noche.

Se demora un momento, como si quisiera añadir algo más.

Veinticinco años.

Ada permanece sentada. Las anchas espaldas de él llenan toda su vista. Jack lleva su ropa vieja de los domingos, ropa regalada, desgastada. Ella todavía ve en su silueta al hombre joven que fue. Por poco.

–Sí –dice ella–. Nos vemos esta noche.

Él asiente, se va, la puerta trasera se cierra tras él y sus pasos se pierden por el sendero.

Mañana hace veinticinco años. Veinticinco años desde que entraron en la capilla de planta circular y juraron sus votos, el día tan cálido como la primavera mientras Ada recorría el sendero de piedras irregulares hacia la puerta. Luego, la oscuridad fría del interior, y ahogó un grito, como si se hubiera zambullido en el agua: apenas podía respirar de lo apretada que iba. Por un momento tuvo la impresión de estar sola, hasta que vio la silueta de él, de pie junto al pastor al fondo del pasillo. Lentamente fue distinguiendo a los invitados, repartidos en filas a ambos lados. Puso rumbo a Jack e intentó caminar recto.

«Está bien. –Él le cogió la mano y guiñó un ojo–. No pasa nada.»

La cocina por la mañana está en penumbra, pero la calabaza que le ha dejado es de un amarillo anaranjado brillante, su piel parece latir con el recuerdo del sol. Será de lo último que cosechen antes de que las heladas invernales ataquen el huerto. Realmente rebosa vida.

Ada recoge los platos del desayuno, los deja en el fregadero y sale, llena la tetera en la bomba del patio, luego vuelve adentro y la pone a hervir en el fogón.

Desde la ventana trasera ve las cercas y los jardines de siete casas. Se sabe los nombres de todas las madres de esta calle y de la siguiente, de todos los niños, de todos los hombres, vivos y muertos. Hace veinticinco años que vive en esta casa. Jack la entró en brazos, los vecinos se reunieron, entre risas, contentos con el espectáculo inesperado.

Cuando la tetera silba, vierte la mitad del agua en la palangana de fregar y el resto en la tetera de loza, luego frota los restos solidificados del desayuno de los platos. Cocinará la calabaza mañana. Preparará una cena de celebración. Estofado con

dumplings. Comprará algo de carne buena. Le gusta su plan.

Una vez secados y guardados los platos, Ada se dispone a retirar la calabaza de la mesa, a meterla en la alacena hasta mañana, cuando llega un ruido de la parte delantera, casi un correteo, como si un animal se hubiera acercado a la puerta. Al principio supone que será Jack, que vuelve porque se ha olvidado algo. Pero él nunca entraría por delante. ¿Un vecino, entonces? ¿Ivy? Pero ella tampoco entraría por delante, en domingo no, ni ningún otro día.

Llaman a la puerta y Ada da un brinco, se mueve a toda prisa, se quita el delantal, se alisa la falda y va a abrir.

–¿Sí?

Hay un joven de pie en el escalón. Pelo fino y pajizo, ojos pálidos, un conato de bigote tratando de asomarle del labio superior. Tiene la cara irritada allí donde la piel recién afeitada ha recibido el sol matinal. Parece sorprendido, como si fuera ella quien hubiera perturbado su tranquilidad y no al revés. Se quita el sombrero, lo sostiene pegado al pecho.

–Buenos días, señora.

–Buenos días.

La mirada del joven recorre su cara y su hombro hasta el vestíbulo de detrás. Carraspea.

–¿Vive usted aquí, señora?

–Sí.

–Entonces ¿po-podría importunarla un minuto?

Parece aliviado de haber pronunciado esas palabras. ¿Qué querrá? En ese momento Ada ve la enorme bolsa a sus pies. Están por todas partes, chicos con bolsas como esa; en todas las esquinas, vendiendo de todo, desde cerillas a cordones para las botas. O mendigando. Llaman a las puertas y piden chaquetas y zapatos viejos.

–No necesitamos nada.

El chico la mira fijamente.

–¿Perdón, señora?

–No necesitamos nada –dice Ada, haciendo ademán de cerrar la puerta.

Él se adelanta, presa del pánico.

–¿Puedo pasar? Será solo un minuto. Por favor.

Su voz es zalamera. Se mueve un poco para dejar ver el brazo izquierdo por debajo de la chaqueta. Ada ve el borde amarillento de un cabestrillo. Se queda quieta, con la puerta entreabierta, y el chico cambia el peso de pierna. Luego se le enternece algo dentro y da un paso atrás, abre un poco más la puerta y permite entrar al

chico.

Los dos están muy cerca. Ada lo huele, acre por debajo del olor a limpio, la crudeza del aire libre. Copos blancos salpican los hombros de la chaqueta. Permanecen como están un par de segundos incómodos. No quiere acompañarlo a la sala, pero uno de los dos tiene que moverse.

–Por aquí.

Él la sigue a la cocina. A la altura del fregadero, Ada se gira hacia el joven y se cruza de brazos. El chico titubea en la puerta, como si esperase permiso para entrar, y entonces Ada ladea ligeramente la cabeza y él, con una serie de movimientos extraños, como dando bandazos, entra en la cocina. Cuando llega a la mesa, se apoya en el respaldo de una silla.

–Bonita casa. –Parece sin aliento, como si un esfuerzo tan pequeño lo hubiera agotado–. Bonita y tranquila.

Mira fijamente a Ada, como esperando a que dé el paso que hay que dar, el que sea.

–Será mejor que me enseñes lo que llevas –dice ella al final.

–¿Perdón?

–En la bolsa.

–Ah, sí.

Y se inclina, coge unos paquetitos de papel marrón y los coloca sobre la mesa, cada gesto cargado con la misma intensidad cuidadosa, como si no pudiera confiar en que su cuerpo cumpla las pequeñas órdenes que le da. A Ada le recuerda a su hijo cuando era pequeño: los movimientos impredecibles de sus extremidades.

Neurosis de guerra.

Uno de tantos.

Ada mira los paquetes sobados en las manos sucias del chico, sabe que solo contienen baratijas.

–Lo siento. No necesitamos nada.

Él la mira, con el rostro pálido y tenso, y asiente brevemente, como reconociendo la futilidad de su intercambio.

Ella espera a que recoja, pero el chico no lo hace. En cambio, subiendo el tono un par de notas desesperadas, continúa:

–¿Bayetas? –Abre uno de los paquetes de papel para enseñarle un montón de trapos finos de color arenoso–. Todos necesitamos.

–Estoy servida, gracias.

–¿Y un paño de algodón? –Se agacha hacia la bolsa.

La bolsa es grande. Podrían pasarse así toda la mañana.

–¿Cuánto cuestan las bayetas?

Él se endereza de golpe.

–¿Bayetas? –Parece sorprendido–. Dos peniques. Cinco por dos peniques.

–Pues me las quedo. Cinco. Voy a por el monedero.

Va a buscarlo, pero entonces cae en la cuenta de que está atrapada, no puede coger el dinero sin enseñarle dónde guarda el monedero.

–¿Le importa que fume? –pregunta el chico, otra vez con la voz zalamera–. Solo uno. Estoy un poco harto del frío. –Se mueve con rapidez y antes de que ella le diga que no ha sacado la cajetilla con el brazo sano, se coloca un cigarrillo entre los labios temblorosos y busca fuego en el bolsillo–. ¿Quiere uno? –Le ofrece la cajetilla.

–No, gracias.

Él asiente, deja el tabaco en la mesa.

–¿Puedo sentarme?

Algo extraño se cierne en el ambiente, más allá del descaro del chico. Ada siente un vago temor. Pero asiente despacio y saca una silla.

–Gracias.

Se oye el roce del fósforo contra la caja, el breve chisporroteo de la llama.

Ada se acerca a la cocina y aviva el fuego, luego pasa rápidamente por detrás del chico hacia los cajones donde guarda el monedero. Se gira para comprobar si está mirando, pero está de espaldas, fumando a caladas cortas y rápidas. Ada abre el cajón procurando no hacer ruido, saca el monedero, y está buscando dentro cuando de pronto oye algo, una especie de grito ahogado. Se gira y ve al chico con la mirada perdida, echado hacia delante, tratando de alcanzar con todo el cuerpo algo que Ada no ve.

–¿Michael? –dice el chico.

Luego sacude la cabeza una, dos veces, como si le estuviera dando la corriente, y se queda quieto.

Ada devuelve el monedero al cajón.

–¿Qué has dicho? –Se acerca al chico.

–Nada. –Él se estremece y menea la cabeza–. No he dicho nada. En ningún momento.

–Sí lo has dicho. –Ada habla despacio a pesar de que se le ha acelerado el corazón–. Te he oído.

–No.

Se levanta. Apaga el cigarrillo. Se aleja un par de pasos de ella como un cangrejo.

–Has dicho «Michael».

Entonces el chico comienza a temblar, y el temblor se extiende

hasta que prácticamente se convierte en un ataque de espasmos horribles, es espantoso y Ada debería ayudarle, pero le da miedo y no puede, así que se queda de pie, petrificada, hasta que el ataque remite y el chico se tranquiliza.

Ada tarda un poco en poder hablar.

–¿Por qué has dicho «Michael»?

Intenta hablar en un tono leve, despreocupado. Quiere retener al chico.

–No he dicho nada. –Recoge los paquetes–. Nada. Solo he llamado a la puerta. Soy vendedor, ¿no?

Y le ofrece sus tristes paquetitos antes de volver a embutirlos en la bolsa.

–Has dicho «Michael». Le conocías.

–No, para nada. –Sacude la cabeza con violencia–. No conozco a ningún Michael. No.

–Basta. Para ya. Le conocías. Conocías a mi hijo.

Pero el balanceo de la cabeza se acelera cada vez más hasta que da dos pasos hacia Ada, le agarra una mano y se la coloca contra su propia cabeza.

–Lo siento –dice el chico, apretando con fuerza la mano de Ada contra su cráneo–. Lo siento, señora.

Luego sale dando tumbos de la cocina.

La mujer permanece inmóvil un momento, todavía nota el tacto ardiente del chico como un zumbido. Luego corre al recibidor, sale de la casa y le pide a gritos que pare.

Pero ya no hay nadie en la placidez dominical de la calle. El chico ha desaparecido.

Como si nunca hubiera estado allí.

* * *

En las afueras de la pequeña población de Saint-Pol-sur-Ternoise, cerca de Azincourt, en la carretera que lleva a la costa, una joven enfermera contempla desde su cuarto en los barracones del ejército británico la llegada de una ambulancia de campaña.

Es rarísimo; es la cuarta que ve hoy.

La enfermera se suena. Está resfriada y se encuentra mal. Estaba leyendo una carta de casa, tratando de arrimarse a la minúscula estufa. La carta es de su prometido. Una carta encantadora, plagada de cosas encantadoras. De un hombre encantador.

Pero…

La semana pasada recibió la documentación de desmovilización. Es

de las últimas que quedan. No tenía prisa por marcharse. Pronto tendrá que enfrentarse a él. A ese hombre menudo, aburrido, al que hirieron en 1918 y al que cuidó y del que se apiadó y con el que aceptó casarse cuando todo terminara.

Desde entonces la enfermera se ha enamorado. De un capitán francés. Lo conoció en una reunión social. La llama chérie*, como a las cerezas.*

Sabía que el capitán francés estaba casado. Él nunca la engañó. Pero le prometió que dejaría a su mujer. Y luego, la semana pasada, cuando la enfermera pasaba su día libre de compras por Saint-Pol, una ciudad pequeña, sucia y maltrecha, los vio: la familia al completo. Dos críos morenos, el francés y su joven y bella esposa. Todos riendo, cogidos de la mano, parloteando en un idioma incomprensible para ella. Se escondió en un portal, mortificada, hasta que se fueron.

La enfermera deja la carta y se acerca a la ventana, ajustándose el cárdigan para protegerse del frío. Cuatro hombres están descargando un ataúd de la ambulancia. Las otras ambulancias también traían ataúdes. Observa cómo los hombres levantan la sencilla caja y la transportan hasta la pequeña capilla que construyeron la semana pasada. Aquello también fue raro, porque nadie explicó por qué levantaban un pequeño barracón prefabricado y clavaban una cruz encima de la puerta. Hasta entonces se las habían apañado sin capilla.

Se pregunta quién habrá dentro de la caja.

Hoy día no suelen verse ataúdes. No tantos como antes, cuando los cargaban y descargaban como panes. La enfermera decide que preguntará por ahí, descubrirá qué puede haber pasado para que traigan cuatro cadáveres en un solo día.

Cuando la ambulancia se marcha vuelve junto a la estufa y coge de nuevo la carta. Después la deja otra vez. Le escribirá luego. De momento no se le ocurre qué decir.

* * *

En su antiguo dormitorio en lo más alto de la casa, Evelyn se sienta al borde de la cama y fuma. Se queda mirando de mala gana la hilera de vestidos del armario abierto que tiene delante, dejando caer la ceniza en la palma de la mano. Luego abre la ventana de guillotina y tira la colilla.

A lo lejos se ven las aguas gris azuladas del lago. En realidad no es un lago; creció llamándolo así, pero en realidad, desde allí, es una laguna grande. Alcanza justo a distinguir el tejado rojo de la casa de verano de dos estancias que hay en el islote lleno de juncos

del centro. Una de las habitaciones contiene una chimenea. Podría colarse en la cocina y afanar algo de leña, ir en el bote de remos, encenderse un buen fuego y pasarse el día escondida leyendo. No sería la primera vez que se escabullera así de una reunión familiar.

Mejor eso que la pantomima del almuerzo de cumpleaños de su madre; mejor eso que su prima Lottie y sus mordisquitos a la comida, sus bocaditos de conversación con su boquita de piñón.

Además, sin su hermano, será diez veces peor.

Llaman a la puerta. Se aparta de la ventana justo cuando entra una joven de uniforme. Evelyn no la reconoce. Será nueva. Su madre siempre ha ido cambiando de criadas como quien cambia de pañuelo.

–¿Sí?

–Me mandan a que le pregunte si necesita ayuda.

–¿Ayuda?

La chica se sonroja.

–Para cambiarse, señorita.

–Ah, ya. No. Gracias. –Rechaza la ayuda con la mano–. Dile a mi madre que soy perfectamente capaz de elegir un vestido sola, por favor.

La chica desaparece con aire aliviado y desde el fondo de la casa resuena un gong, insistente y grave. Evelyn se acerca al ropero y pasa la palma de la mano por la fila de vestidos, que cabecean y tintinean en las perchas, maleables y preciosos como marionetas. Saca el vestido más discreto que encuentra, un vestido de día de seda verde olvidado desde hace años, y se lo pone por la cabeza. Huele a humedad y naftalina. El color le sienta mal, le mata el poco color de la cara.

La animada conversación de la sala matinal resuena en el vestíbulo mientras Evelyn desciende por la amplia escalera principal de la casa. Escucha, pero no oye la voz de su hermano, así que decide cruzar el vestíbulo hacia el comedor. Pronto llegarán todos.

Los muchachos, casi niños, están dando los últimos retoques a los cubiertos. También deben de ser nuevos, porque ella tampoco los reconoce. Inclinan la cabeza, dan media vuelta, hacen una pequeña reverencia y salen de la estancia.

Se acerca a la ventana y contempla el lugar donde la pendiente de hierba desciende hacia el lago. Apenas distingue el bote, amarrado al muelle, y evoca la madera húmeda y su olor a barniz, la fricción de los remos contra el pulpejo de las manos.

–Aquí está.

Se vuelve y ve a la tía Mary, la madre de Lottie, regordeta y enjoyada, encabezando la marcha. Se somete a sus besos y su escrutinio a un brazo de distancia.

–Se te ve cansada. ¿Todavía trabajas?

–Hum… –Evelyn asiente.

La cara de su tía se arruga.

–¿Y todavía sigues en aquel pisito espantoso?

A su pesar, Evelyn sonríe.

–Sí, tía Mary –admite, soltándose delicadamente–. Me temo que sí.

Entonces llega el resto, todos ellos: el tío Alec, la prima Lottie y Anthony –lord Anthony–, su marido. Todos sonrosados y petulantes y sonrientes. Ni rastro de su hermano. Por un fugaz instante se pregunta si le habrá pasado algo, pero luego se le echan encima y se arma de valor, compone la expresión para saludarlos, para emitir los ruidos correctos mientras avanza por la fila, el improvisado y renuente comité de bienvenida al almuerzo de cumpleaños de su madre. Su padre asiente, con la mandíbula cuadrada y la vista fija, como siempre, en algún punto a la izquierda de la cabeza de Evelyn. Pero junto a él, la mirada de su madre la bombardea, de la cabeza a los pies. Y contiene la inevitable decepción ilimitada. «Mejor –dice su expresión–, pero no lo suficiente.»

La familia ocupa sus sitios a la mesa y los dos muchachos vuelven a aparecer con el carrito de la sopa deslizándose silenciosamente por la sala. Anthony se sienta enfrente de Evelyn. El asiento a la derecha del hombre está vacío.

–Y bien –dice Lottie, a la izquierda de Evelyn.

–Y bien –repite Evelyn, girándose hacia su prima, resplandeciente de encaje amarillo.

–¿Qué tal Londres?

Lottie ladea la cabeza, como si Londres fuera un viejo conocido díscolo con el que antes salía pero con quien ha perdido el contacto. Cuando se casó, hace dos años, Lottie se mudó de un piso en Chelsea en el que apenas vivió a la fea mole almenada de estilo victoriano de Anthony. Ahora es lady. Lady Charlotte. Lady Lottie. Evelyn se puede imaginar la furia que aquello debió de despertar en las entrañas de su madre.

–Londres está bien –dice Evelyn, bebiendo un sorbo de vino–. Va tirando. ¿Le doy recuerdos de tu parte?

Lottie responde con una sonrisilla indulgente.

–¿Y todavía vives con Doreen?

Todas estudiaron en la misma escuela, Lottie, Evelyn y Doreen; Evelyn y Doreen iban tres cursos por delante y fraguaron su amistad a partir del desprecio común hacia todo lo que representaba la institución. Cuando Evelyn heredó una pequeña suma de su abuela al cumplir veintiún años, compró un piso en Primrose Hill e invitó a Doreen a mudarse con ella, y el escándalo familiar no habría sido mayor si hubiera anunciado que entre las dos pensaban regentar un burdel.

–Todavía vivo con Doreen –dice Evelyn.

–¿Y sigue… –Lottie deja una pausa delicada– sin compromiso?

Evelyn mira a los ojos acuosos de su prima.

–Sí –miente–. Sin compromiso.

Se oye trajín en el pasillo. La voz de su hermano. Por fin. Eveleyn alza la vista y lo ve entregándole el abrigo a uno de los muchachos.

–¡Edward!

–Perdona, mamá. Me han entretenido. Y he perdido el tren. Estás divina.

Mientras Ed abraza a su madre, la piel de esta se sonroja de placer. Ed no tiene su mejor día –lleva la chaqueta arrugada y el pelo como si se lo hubiera remojado por el camino de cualquier modo–, no obstante, consigue dar el pego. Mientras la onda de su llegada se expande por la sala sonriente, Evelyn se sorprende, no por primera vez, de la gracia natural de su hermano, su habilidad aparentemente ilimitada para repartir encanto. Si ella hubiera llegado así de tarde a una reunión familiar la habrían borrado del testamento.

Es la última. Cuando Ed se inclina a besarla, huele a alcohol, y no reciente, sino saturado, como si llevara mucho tiempo bebiendo.

–Creía que vendríamos juntos –le susurra al oído.

–Perdona, Eves.

–¿Dónde has estado? Tienes una pinta horrible.

–Por ahí. –Se encoge de hombros.

Evelyn pone los ojos en blanco y su hermano se sienta enfrente, en diagonal. Su madre sabe que no debe sentar juntos a sus dos hijos. Los muchachos continúan paseando el carrito de la sopa y comienzan a servir.

–¿Y tú qué tal? –Evelyn se vuelve hacia Lottie–. ¿La vida del campo te sienta bien?

Lottie coge la cuchara.

–Pues estoy bastante bien. O sea, por así decir. He estado delicada.

–Perdona un momento. –Evelyn intenta llamar la atención de su hermano con la mirada, pero Ed está conversando con Anthony, de modo que se inclina a robarle un cigarrillo del paquete que ha dejado sobre la mesa. Se vuelve de mala gana hacia Lottie–. ¿Decías?

–Voy a tener un bebé.

La frágil vocecilla de Lottie sube al final de la frase, como si no tuviera clara la situación.

Evelyn se anima.

–Voy a tener un bebé –repite Lottie un poco más alto.

–Te he oído. –Evelyn expulsa una bocanada de humo azul–. Dios mío.

Nota a su derecha, en la cabecera de la mesa, la mirada de su madre puesta en ella. Evelyn gira como es debido hacia Lottie, dándole la espalda a su madre, y dice, demasiado alto:

–Qué maravilla. Enhorabuena. ¿Qué crees que será?

–¿Cómo? –Lottie parece confusa.

–¿Qué crees que será? ¿Carne de cañón? ¿O de la otra clase? ¿Cómo llamarla? ¿Carne de salón? ¿Carne de tedio?

Lottie deja la cuchara.

–No estoy segura de estar entendiéndote.

–¿Niño o niña? –explica Evelyn despacio.

Del otro lado de la mesa, como alertados por un instinto caballeresco, Anthony y Ed levantan la mirada. Anthony carraspea y se inclina hacia delante.

–¿Y a ti cómo te va, Evelyn?

Está aún más gordo, piensa Evelyn mirándolo a los ojos, mientras que Lottie nunca había estado tan flaca. Tal vez se hayan confundido y sea Anthony quien esté comiendo por dos. Durante un instante breve, atroz, la asalta una imagen mental espantosa: Lottie y Anthony en pleno acto. Él sonríe animosamente.

–¿Vendrás con nosotros el jueves?

–¿El jueves?

–Al funeral. En la abadía de Westminster. Tengo un amigo con un buen sitio en Whitehall. Con muy buena vista del cenotafio. Tomaremos unas copas. Estás más que invitada.

«El funeral.» «Unas copas.» Hace que suene como una excursión al West End.

–No estoy segura. No me van mucho los funerales.

Anthony la mira, aparentemente sopesando la verdad del comentario.

–¿Sigues al pie del cañón? –dice por fin–. ¿Qué era? ¿La oficina

de empleo?

–Las pensiones –corrige Evelyn.

Sabe que él lo sabe. Ya han tenido esa conversación.

–Las pensiones.

Anthony sacude la cabeza. Ya le cuelga un pellejo por debajo del mentón. Pronto será uno de esos hombres con cuellos como aves de corral.

–No sé cómo lo soportas –interviene Lottie, entre risitas, más valiente ahora que han llegado refuerzos–. Estoy segura de que yo no aguantaría.

–Yo sé por qué lo hace. –Anthony se inclina hacia delante.

El resto de las conversaciones de la mesa parecen haber cesado.

–¿Y por qué? –pregunta Evelyn.

–Los hombres. –Anthony se ríe socarronamente y vuelve a recostarse en la silla. Se da una palmada en la pierna y extiende los brazos–. Está lleno de hombres. Justo lo que necesita una chica como tú. La mayoría tullidos que no pueden escapar. Basta con elegirlos. –Levanta ambas manos y simula que dispara–. Es pan comido, ¿eh?

Lottie se ríe.

A Evelyn le arde la piel.

–Difícilmente –replica.

Y por fin consigue cruzar la mirada con su hermano. Ed sonríe, pero su mirada es una triste versión de la que ha visto tantas veces: una mezcla de humor y asombro que la reta a seguir. Se le ve cansado, como si no tuviera fuerzas para lo que sea que va a suceder. Y entonces Evelyn enfurece, está más furiosa con su hermano que con el resto de ellos juntos.

–Difícilmente –repite, esta vez un poco más alto.

–¿Y eso? –Anthony la anima con una sonrisa.

–Creo que todos conocemos mi postura al respecto.

–¿Y cuál es tu postura, Evelyn? –pregunta su madre desde la cabecera de la mesa–. ¿Dónde te posicionas exactamente?

Evelyn se gira hacia su madre.

–Pues en la estantería, por supuesto.

–¿La estantería? –dice Lottie.

–Sí. La estantería. Ya sabes. Una vieja y polvorienta. –Mira alrededor de la mesa, ninguno de los presentes la mira, ninguno de los presentes aparta la mirada–. ¿No lo sabéis? Pues os garantizo que aquí arriba se está la mar de cómodo. Las vistas no están mal. Aunque, claro, vosotros no lo entenderíais. –Levanta el cuchillo del pescado–. Estáis todos del otro lado. ¿Cuál es lo opuesto de la

estantería? ¿La pomada? ¿Estáis en la pomada? Mirad a Lottie. –Blande el cuchillo en dirección a su prima, que ahoga un grito–. Adorable, ¿verdad? Un pastelillo, ¿no os parece?

–Evelyn –dice su madre despacio.

Evelyn vuelve la cabeza.

–¿Sí, madre?

–¿Un cenicero?

Evelyn mira el cigarrillo que sostiene en la mano, cuyo precario cilindro de cenizas está a punto de caerle en la sopa. Uno de los muchachos le pasa un cenicero por debajo del brazo derecho.

–¿Evelyn? –repite su madre.

–¿Sí?

–¿Cuándo aprenderás?

–¿El qué? –Aplasta el cigarrillo.

–Que la amargura sencillamente no resulta atractiva.

Evelyn abre la boca. Vuelve a cerrarla.

Cuando estaba creciendo solía imaginarse a su madre como una salvaje con cerbatana que iba lanzando dardos envenenados. Jamás erraba el tiro. Tenías que aprender a esquivarlos.

Deja el cuchillo, alineándolo a un lado del plato.

¿Amargura?

No está amargada.

Está de todo menos amargada.

* * *

Ada está al otro lado del parquecito cuando ve a Jack camino de casa, con la espalda algo encorvada y la cabeza doblada contra el frío. Se ha quedado fuera más de lo que pretendía, intentando serenarse, respirando el aire gélido de la tarde, andando en círculos por el césped irregular, de punta a punta, evitando los montones de hojarasca. Echa a andar hacia él; si aprieta el paso lo alcanzará.

Jack levanta la cabeza mientras ella se acerca.

–Ada. –Parece sorprendido–. ¿Qué haces aquí fuera?

–Eh… –Trata de sonreír, pero tiene las mejillas adormecidas–. Me apetecía tomar el aire.

–Podrías haber ido a buscarme. –Se coloca bien la bolsa–. Hoy había mucho que hacer en el huerto.

¿El tono de Jack es rencoroso? Ada no sabría decirlo. Pero de todos modos acompasan el ritmo y cruzan juntos el parque camino de casa. Por delante de ellos el sol está bajo, en un cielo color hojalata. Entre ellos se cuela esa leve distancia constante, la

distancia que no nombran ni mencionan. Ada coge aire.

–¿ Jack?

Él aminora el paso y se vuelve hacia ella.

–¿Qué?

Ella se para, con las manos cerradas dentro de los bolsillos.

–¿Qué pasa, Ada? –Los ojos de Jack buscan los de Ada–. ¿Qué ocurre?

–Antes, justo después de que te fueras, ha venido un chico. Ha llamado a la puerta.

Jack arruga el ceño.

–¿Quién?

–No lo sé. Uno de esos chicos, un vendedor. De baratijas. Pero… le he dejado entrar.

–¿Le has dejado entrar?

–Estaba herido.

Él asiente, lo acepta.

–¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho algo?

–No, nada de eso. No.

–Bueno, ¿pues entonces?

Ada respira el aroma de las hojas amontonadas a su alrededor, el dulce comienzo de la descomposición.

–Había algo en él. Algo no andaba bien. Le he dicho que le compraría unas bayetas solo para que se fuera. Pero cuando he ido a por el monedero, cuando estaba de pie en el rincón… lo ha dicho.

–¿Qué ha dicho?

El viejo aguijón del peligro.

Su matrimonio está plagado de trampas.

Todavía puedes parar.

–«Michael» –dice Ada.

Prende la mecha. Ada la nota, silbando en el aire entre ellos.

De pronto Jack se queda muy quieto.

–¿Ha dicho «Michael»?

–Sí.

–¿Michael Hart?

–Solo Michael.

Jack se aleja un paso.

–Bueno, ¿y quién era? ¿Te ha dicho cómo se llamaba?

–No le he preguntado.

–Entonces ¿qué aspecto tenía?

Una pareja joven pasa por el lado con las cabezas juntas. Ada espera a que se hayan ido y luego habla con voz baja, urgente.

–Era menudo. Estaba herido. Llevaba el brazo izquierdo en

cabestrillo. Yo estaba de pie con la mano en el monedero y ha dicho «Michael», y cuando me he dado la vuelta estaba mirando al frente. Como si viera algo.

El viento incordia a los sicomoros. Una lluvia de hojas cae al suelo alrededor de sus pies.

–Estaba sentado en tu silla.

–¿Y después qué ha pasado?

–Nada.

–¿Nada?

–Le he preguntado por qué lo había dicho. Me ha contestado que me lo había imaginado. Que estaba equivocada. Pero no estaba equivocada. –Nota que se le acelera el pulso–. Lo he oído –insiste–. Claro como el agua. Michael. Es lo que ha dicho.

Jack le sostiene la mirada un poco más, buscando, con la cara enrojecida y arrugada a la luz de la tarde. Luego mira para otro lado.

–¿Qué? –dice Ada–. Di algo. ¿Qué?

–Hace frío. –Su voz es monocorde, controlada–. Me voy para dentro. ¿Vienes?

Ella guarda silencio, furiosa.

–Muy bien. –Jack se aleja un par de pasos.

–¡ Jack! Ha dicho su nombre, Jack.

Él no responde, solo niega con la cabeza antes de echar a andar por el parque.

Ada coge aire, una, dos veces. Alza la vista hacia el sol, que sangra uno de esos magníficos ocasos otoñales que tiñen el cielo. Luego agacha la cabeza y sigue a su marido.

* * *

Por alguna razón la luz del compartimento no funciona. Evelyn toquetea el interruptor, cada vez más enfadada, y luego sale al pasillo. Las luces del pasillo también están apagadas. No se ve al revisor por ninguna parte, pero el siguiente vagón tiene luz. El hombre de mediana edad que lo ocupa levanta la vista del crucigrama, la mira a los ojos y le sonríe. Ella frunce el ceño y regresa a su compartimento a sentarse a oscuras.

Ni siquiera puede mantener una conversación agradable porque enfrente de ella Ed duerme, como lleva haciendo desde que el tren salió de Oxford, boquiabierto y con la cara relajada. Por el aspecto y el olor que tenía en el almuerzo se diría que la noche anterior no había pegado ojo. Evelyn se mete las manos en los bolsillos. Está

helada; la calefacción debe de ser eléctrica. Los campos tras las ventanillas azulean a la luz cada vez más tenue. Solía gustarle esta época del año. Invierno. La que precede a las navidades. Ahora la inquieta. Hasta primavera lo único que hay es oscuridad.

El tren da una sacudida y Ed se despierta. Se frota la cara, le dedica una sonrisa vaga y soñolienta antes de mirar por la ventanilla.

–¿Dónde estamos?

Ella mira hacia fuera. Hace rato que no pasan por ninguna estación.

–Ni idea. –El aliento comienza a formar una nube delante de su cara–. ¿Has dormido bien?

–Sí, gracias.

–Pues muy bien jugado. –Evelyn no logra reprimirse.

–¿El qué? –Sus miradas se encuentran.

–Presentarte tarde.

Él se ríe.

–Pero si no he llegado tan tarde, ¿no? Al final no tanto.

–De todos modos, ¿dónde estabas?

–¿Cuándo?

–Esta mañana. Se suponía que habíamos quedado a las diez, ¿te acuerdas? ¿En la estación de Paddington? ¿Debajo del reloj?

Ed bosteza.

–Perdona, Eves. Anoche salí.

–¿Adónde?

–Por ahí.

Evelyn piensa en lo que hizo anoche. Regresó a un piso vacío tras dar un paseo, leyó hasta que se apagó la chimenea y se acostó. Su hermano nunca la ha invitado a salir de noche. Solo puede imaginarse adónde va. Analiza su silueta en la oscuridad creciente. Sus trazos gráciles. Durante años estuvieron muy unidos. Ahora apenas hablan. Se pregunta qué pasa bajo la superficie. Ni siquiera la guerra parece haberle dejado cicatriz; apenas pareció afectarle, su rostro y su cuerpo están inmaculados, su encanto, como mucho, ha aumentado.

Ed se gira, la pilla mirando y sonríe, saca la pitillera y le ofrece un cigarrillo.

–Es curioso.

–¿El qué? ¿Anoche?

–No. Bueno… –Rebusca en el bolsillo y saca un mechero–. En parte sí, pero no me refería a eso. Hablaba de hoy.

–¿De veras? ¿Y qué te ha parecido curioso?

A ella no se le ocurre nada que despertara su curiosidad.

–Me he acordado de una cosa cuando he salido a fumar al jardín.

–¿De qué?

Se enciende una llama que le demacra la cara. Evelyn se inclina para encender el cigarrillo.

–De la casita de verano. De la isla. ¿Te acuerdas de la noche que te escondiste allí?

–De hecho fueron dos noches. –Se siente un poco orgullosa.

–Eso. –Ed se ríe–. Ya me acuerdo. En casa estaban fuera de sí.

–Tenía solo once años. No podía estar en muchos sitios.

–Pues yo siempre supe dónde estabas.

–¿Ah, sí?

–Sí.

–Bueno, ¿y por qué no aparecisteis antes?

–Me pareció que preferías estar sola.

Evelyn se ajusta el abrigo.

–Seguro que sí.

Por entonces no le importaba estar sola. Siempre hacía esas cosas.

–¿Eves?

–¿Qué?

Ed se estira.

–¿Estás bien, cosita?

–Sí. ¿Por qué? ¿No debería?

–Es que me has parecido algo…

–¿Qué?

–No lo sé. Un tanto apagada durante el almuerzo.

–¿Apagada? –Evelyn tuerce el gesto–. Qué generoso por tu parte. Tú parecías un muerto viviente.

–No te digo que no. –Levanta ambas manos. Sigue un silencio–. Venga, Eves –añade en voz queda–. ¿Cuánto tiempo puedes seguir así?

–¿Así? ¿A qué te refieres?

Alguien pasa por el pasillo.

¿Amargada? ¿Soy una amargada?

Dímelo. Por favor. Te haré caso.

Ed se inclina hacia delante y ella le ve los ojos en la luz decreciente, el halo de humo azul que le envuelve la cabeza.

–Es solo que… Bueno, ser feliz no es un crimen, ¿sabes?

Evelyn silba.

–¡No! Qué gracia. Qué cosa tan fácil de decir.

–Lo siento. –Vuelve a recostarse en el asiento–. Perdona, Eves. Tienes razón.

Ella se gira, hacia la oscuridad cada vez más densa del exterior.

Fácil.

Para ti es fácil decirlo.

Para ti todo es la mar de fácil.

* * *

–¿Di?

–¿Hum?

–¿Estás despierta?

En la salita de Di no hay chimenea y a Hettie se le ha enfriado la nariz.

–¿Qué hora es? –Di bosteza, con la voz soñolienta.

–No lo sé. Pero está oscureciendo.

Di se gira de espaldas y Hettie tiene que moverse. De todos modos se le ha dormido el brazo derecho. Lo deja colgando por el lado de la cama y la sangre vuelve a circular entre cosquillas y pequeños dolores.

–Tengo que irme. Si llego tarde mi madre me matará.

El aliento de ambas dibuja suaves nubes sobre sus cabezas.

–Podrías quedarte.

Hettie vuelve a cobijar el brazo bajo la manta. Es tentador. Vistas sus opciones, debería quedarse. Debería quedarse en el piso de Di encima de la tienda de muebles, donde no hay madre que te repase de arriba abajo ni olisquee restos de la noche anterior en tu ropa.

–No puedo. Le dije que iría a cenar.

Pero no se mueve. Todavía no. Debajo de la manta se está a gusto, en el calor que huele a su cuerpo.

–Menuda noche.

Di se despereza y Hettie la oye sonreír.

Se quedaron horas, y cuando se marcharon ya era por la mañana: las palomas las miraban sorprendidas, los hombres con mono de trabajo salpicaban las calles. Humphrey le dio a Di dinero para un taxi con el que recorrieron calles semidesiertas sobre las que justo comenzaba a salir el sol rosado del invierno.

Silencio, luego:

–Humphrey quiere que me vaya con él –dice Di.

–¿Qué? –Hettie se gira para estar tumbadas cara a cara–. ¿Cuándo?

–La semana que viene. A un hotel.

Está demasiado oscuro para ver la expresión de Di, pero Hettie nota una sensación de frío que se adueña de su estómago.

–¿Y vas a ir? –susurra.

–Sí. Creo que sí.

El corazón de Hettie late con fuerza en el espacio entre las dos. Han hablado de este tema infinitamente. De lo que significaría estar por fin con un hombre. No con los chicos con los que se criaron ni con los chicos con los que trabajan en el Palais, que andan siempre tratando de llevarlas detrás del escenario para fumar un cigarrillo y algo más. No con la mayoría de los hombres que las contratan, con sus trajes raídos, apretándose siempre un poco de más. Sino con un hombre de verdad. Con alguien que te gustara. Conocen a dos chicas que ya lo han hecho: una con un soldado durante la guerra, que tuvo que entregar al niño, y la otra, Lucy, del Palais, que lo hizo con un tipo de Ealing por cinco libras, la entrada para un abrigo de piel de foca.

Está aquí. El futuro ha llegado para Di.

–Pero ¿y si…? Eso… ¿Y si pringas?

–No pringaré –responde Di a la ligera–. Sé lo que hay que hacer.

Hettie cierra los ojos. Ve una habitación de hotel a oscuras, una cama. Una chica y un hombre. Pero no son Di y Humphrey.

«Llevo dos minutos observándote.»

La recorre un dolor agudo. Tan fuerte que se asusta.

–¿Y tú? –pregunta Di–. ¿Te ha gustado Gus?

Hettie abre los ojos, exhala a oscuras. Al final bailó con Gus varias horas, pero ahora apenas consigue resucitarlo: sus diferentes partes le resultan indistintas, su forma, demasiado borrosa.

–Es… –Busca la palabra–. Majo.

–Le has gustado. Se notaba.

–Hum.

Se produce un silencio.

–Será mejor que me vaya.

Hettie sale a regañadientes de la cama.

Ha dormido vestida porque cuando regresaron la habitación estaba helada, así que solo tiene que meter los pies en los zapatos y ponerse el sombrero y el abrigo.

–Hasta mañana.

Se abrazan brevemente, el cuerpo de Di es cálido y pesado, está volviendo a dormirse.

Hettie se encamina a la puerta, donde el vestido de Di está tirado de cualquier modo sobre el respaldo de una silla. Lo toca,

levanta un trozo de tela negra y diáfana y palpa el delicioso crujido de las lentejuelas entre los dedos. A su espalda, Di se revuelve en la cama.

–Adiós –se despide Hettie, apartando la mano.

Fuera, se ajusta la bufanda y pasa junto al escaparate de la tienda de muebles, misterioso a la luz del crepúsculo, con sus camas y cómodas y sillas ordenadas en pequeños grupos cerrados, como si no necesitaran humanos interfiriendo en los oscuros asuntos que las ocupan. Al final de la calle gira a la izquierda por Goldhawk Road, donde el hedor a pescado y el olor metálico de la carne y el delicado y dulzón aroma de las verduras en descomposición todavía flota por encima de los puestos cerrados. Luego, apresurándose, ve a gente sentándose a cenar y las lámparas de las casas van derramando luz a medida que las cortinas se cierran contra la noche que se acerca. Todo está en su justo lugar, todo con ese espíritu de Hammersmith tan ordenado y sofocante que a veces, en sus pensamientos más lúgubres, la empuja a desear que los zepelines hubieran arrojado sus bombas aquí en lugar de pasar de largo hacia la ciudad.

Eso es porque no encaja. Hasta que le alcanza la memoria siempre ha sentido estas ansias de algo más. Algo que creyó que se contentaría con el trabajo que tenía en Woolworths y descubrió que no, daba igual que estuviera bien pagado o lo elegante que fuera el uniforme. Que pensó que se contentaría con el Palais, pero en cambio tiene la impresión de no hacer más que dar vueltas en círculo alrededor de la pista. Di también tiene el mismo deseo, Hettie está convencida. Pero Di lo ha transformado en gestos de la cabeza y caídas de ojos que le atraen hombres y dinero y medios para escapar. Hettie carece de esas habilidades, no sabe adular ni coquetear, ni siquiera sabe si quiere, así que el ansia, cruda y harapienta, permanece dentro de ella.

La asalta el olor a carne hervida en cuanto abre la puerta delantera y se mira en el espejo del recibidor mientras reza en silencio para que su cara no delate las aventuras de la noche anterior.

–¿Het? ¿Eres tú?

La voz quejumbrosa de su madre llega desde la cocina.

–Sí.

Se quita el sombrero y entra en el estrecho corredor que da a la cocina. Su madre está junto a los fogones. Su hermano Fred, en mangas de camisa, apoya los codos en la mesa y las ventanas están empañadas de cocinar y el calor y el denso aroma de la carne lo

dominan todo. Fred levanta la cabeza, la recibe con su habitual mirada vacía de ojos vidriosos.

–Hola, mamá. Fred.

Su madre la repasa de arriba abajo. Fred murmura un hola.

–Llegas tarde.

–¿Sí?

–Nos preguntábamos dónde andarías.

–Estaba en casa de Di. –Levanta un pie, se roza con él la otra pantorrilla–. Te lo dije, ¿no te acuerdas?

–Pues te has tomado tu tiempo para volver. Pensábamos que te había pasado algo. ¿Verdad, Fred?

Hettie lanza una mirada a su hermano, que no tiene pinta de estar preguntándose gran cosa.

–¿Por qué no has vuelto antes? No me gusta que cruces el mercado de noche.

Es mejor no decir nada.

–Bueno, quítate el abrigo y lleva esto a la mesa.

Hace lo que le mandan, coge dos platos y coloca uno delante de su hermano.

–Gracias –dice Fred, flojito.

«Gracias», hasta ahí llega. «Por favor» y «gracias» y a veces, si tienes suerte y le planteas una pregunta directa, «sí» o «no». Cualquier otra cosa supone demasiado esfuerzo. Desde que regresó de Francia. Aunque por la noche no se calla. Grita y chilla nombres de hombres en sueños. Le oye a través de la pared.

–A ver –dice su madre, tomando asiento–. ¿Damos gracias, pues?

Hettie apoya la barbilla en las manos juntas.

Es lo que solía decir su padre. «¿Damos gracias, pues?»

Era irlandés y amable y a veces los miraba con asombro, como si le sorprendiera haber acabado ahí, con una mujer y unos hijos ingleses, compartiendo la vida con desconocidos que se fingían su familia.

Hettie cierra los ojos y por un instante fugaz vuelve al club, como si lo proyectaran en el dorso de sus párpados: el cantante negro, el frenesí de los músicos, la manera en que todos bailaban como si nada importara.

–Por lo que vamos a recibir…

«Entonces ¿has venido a bailar?»

– … te damos gracias, Señor –musitan Hettie y su hermano.

Hettie abre los ojos. En el plato que tiene delante hay un trozo de cordero junto a un montón de puré veteado, todo rodeado por

un charco de espesa salsa de carne. Su madre prepara la salsa la noche del domingo con los huesos del cordero y para la siguiente cena dominical, después de toda una semana, la salsa se parece a lo que es: pegamento.

La madre de Hettie coge cuchillo y tenedor y se hace el silencio; un silencio grumoso de domingo, roto solo por el chirrido del cuchillo y el tenedor contra el plato.

–He visto a Alice en misa. La chica con la que trabajabas en Woolworths.

Hettie pincha la comida.

«Llevo dos minutos observándote.»

–¿Hettie?

–¿Qué?

Levanta la vista. Su madre la está mirando fijamente.

–¿Alice? La que se le murió la hermana de gripe, al mismo tiempo que papá.

Hettie ve a su padre acostado en la cama. Un día estaba bien y al siguiente había muerto, con la piel brillante y morada; un florecer horrible, del color de los heliotropos del jardín de atrás. Le añora. Compensaba a su madre.

–Me acuerdo –dice en voz baja.

–Se ha casado. Está embarazada.

–Ah. –Sabe lo que sigue.

–Dice que el trabajo va a más.

Su madre nunca le ha perdonado que dejara el departamento del hogar de Woolworths, donde estuvo trabajando desde los catorce años, y aceptara el trabajo en el Palais. Es como si se hubiera comprado un boleto para el siguiente tren al infierno. Sin paradas, sin trasbordos. *Directo.* A su madre no la alegró ni interesó ni enorgulleció que Hettie le contara cuántas candidatas se habían presentado al puesto. *Quinientas para ochenta plazas*, cribadas a lo largo de un día. Su madre se limitó a decir: «Ninguna chica decente se dejaría ver en semejante lugar».

–Ya tengo trabajo, mamá, gracias.

Su madre suelta un gruñido.

Hettie pincha la carne con el tenedor.

–¿Qué tal Di?

–Bien. –Hettie suspira–. Di está bien.

Una conversación ensayada:

«Pero ¿por qué tiene que vivir sola?»

«No vive sola, mamá. La casera vive en la habitación contigua.»

«Aun así. Ahí pasa algo. No está bien, ¿no? Podría pasarle

cualquier cosa.»

No sirve de nada que precisamente esa sea la cuestión; y si Hettie se saliera con la suya, ella también estaría viviendo allí.

Los mira: su madre, pelo fino recogido en un moño, vestida con una bata que Hettie detesta porque la hace parecer lo que es, una asistenta que sale cada mañana a limpiar las casas de otras mujeres. La cocina pequeña y ordenada. Y Fred, masticando, con la mirada vidriosa, tan pálido que casi se transparenta la pared de detrás.

Tiene que entregar medio sueldo por esto. Quince chelines a la semana por esto. En la mesa los lunes por la noche. Todas las semanas desde que su hermano regresó inútil y su padre murió y los dejó en la estacada. Podría compartir piso con Di por menos. Y le sobraría algo para ropa.

«No serás una anarquista de esas, ¿no?»

No son de verdad, piensa. Ninguno de ellos. Ni su madre ni su hermano. Ni tampoco la cocina. Nada de todo esto es real.

«Yo también quiero volar cosas.»

Hettie imagina una explosión, enorme, la casa hecha trizas, la calle en llamas, el ancho cielo y las estrellas en lo alto, y salir a la inmensidad con cenizas revoloteándole en el pelo.

–¿Qué? –dice su madre.

–¿Qué? –dice Hettie.

–Estás sonriendo.

–¿Sí?

La expresión de su madre se turba.

–¿Qué te hace tanta gracia?

–Nada –dice Hettie, negando con la cabeza.

Luego mira al plato y se lleva un bocado de cordero a la boca.

DÍA DOS

Lunes, 8 de noviembre de 1920

En Saint-Pol-sur-Ternoise, justo pasada la medianoche, el general de brigada Wyatt se baja de un coche militar. Es el director de la Comisión de la Commonwealth para las Tumbas de Guerra, el hombre encargado de organizar el sepelio del muerto del ejército británico. Junto a él está su ayudante, el coronel Gell. Ambos caminan hacia dos soldados de guardia frente al barracón prefabricado.

–Están listos, mi general.

–¿Han salido las misiones de selección?

–Sí, mi general, ya han salido.

–¿Se han escalonado las llegadas según las órdenes?

–Sí, mi general.

–Muy bien.

Wyatt pasa junto al hombre y cruza la puerta de metal corrugado. Tras una pequeña lámpara de parafina, apenas visibles en la penumbra, hay cuatro camillas. Wyatt se detiene, escucha cómo el viento arrecia y se cuela silbando por los costados del barracón. A su izquierda, abierto y vacío, con la tapa en el suelo, está el cascarón de un sencillo ataúd de madera. Las camillas de delante contienen cuatro formas, cada una de ellas cubierta por una bandera británica.

Son fardos pequeñísimos. No pueden ser cadáveres. Son solo retazos de cosas, parecen poco más que jirones.

Por un segundo tiene la impresión de que se ha cometido un error garrafal.

Pero luego sacude la cabeza. Pues claro que no son cadáveres. Llevaban demasiado tiempo enterrados para serlo.

Piensa en la razón que lo ha llevado hasta allí, apenas tres semanas después de que el Gabinete decidiera dar luz verde: de la lluvia de telegramas, de las reuniones breves y apresuradas del comité de selección de emergencia; cuánto costó convencer a un rey reacio de que podría ser una buena idea.

Wyatt confía en que lo sea. De verdad confía en que hayan juzgado correctamente al país y que dentro de cuatro días todos piensen que, al fin y al cabo, valía la pena.

Fuera, uno de los soldados tose.

Wyatt echa un vistazo a los ataúdes para grabar ese momento en su

memoria. Luego cierra los ojos y, muy brevemente, alarga la mano y toca una de las camillas. Llama a la pared del barracón y entra el coronel. Sin hablar, Wyatt señala la camilla que ha tocado. Entre los dos levantan el fardo, todavía envuelto en un saco atado con cordel por los extremos, y lo depositan en el ataúd vacío. Colocan la tapa y la cubren con la bandera raída. Después se van, vuelven a subir al vehículo del regimiento, que petardea una, dos veces, en mitad de la noche y se alejan.

De madrugada, mientras el cielo todavía está oscuro, otros dos hombres se aproximan al barracón. Se saludan y los guardias se hacen a un lado.

Los hombres ven el ataúd cerrado con la bandera raída encima. Se detienen un momento y luego se dirigen a las otras camillas, a las tres que no han sido elegidas. Levantan la primera y la cargan en la ambulancia. Después entran a por la segunda camilla. Luego a por la tercera.

Un capellán, recién despertado, con el sobretodo verde del ejército echado encima de cualquier modo, se suma a los hombres delante de la ambulancia. Conducen hacia el sur por la carretera de Albert. Cuando llevan unos veinte minutos de trayecto paran. Un proyectil ha abierto un boquete enorme en la cuneta. Han pasado por ahí de día y han marcado el lugar.

Encienden un farol y lo dejan en el suelo, donde la llama ilumina un agujero de tamaño medio, de unos cuatro metros y medio de ancho. Un viento afilado les corta la cara. Están ansiosos por regresar a cubierto, a la cama. Deslizan el primer saco al agujero. Apenas hace ruido al caer. Cuando todos los sacos están en el boquete, el capellán se apea del vehículo. Se sitúa al borde del hoyo con la Biblia encuadernada en cuero en la mano. La silueta de los sacos apenas se distingue al fondo del agujero. De pie junto al hoyo, con el viento agitándole el pelo contra la frente, reza una oración corta. Cuando ha terminado, los soldados cogen las palas y cubren los cadáveres con tierra sin muchos miramientos. Luego los tres vuelven a subir a la ambulancia y se van.

* * *

Ada se levanta y se viste apresuradamente, se acerca a la ventana y descorre las cortinas. Abajo la calle está en calma, el cielo reluce. Es temprano, y aunque Jack ya ha salido, los últimos hombres todavía van camino del trabajo. La luz matinal inunda la

habitación, encuentra objetos conocidos que iluminar y expulsa las sombras de la noche anterior.

Ada casi no ha dormido. Ayer, Jack y ella se pasaron toda la tarde persiguiéndose en círculos, y a ella le parecía que el chico seguía allí, en la habitación, entre ellos y su hijo Michael, cuyo nombre, pronunciado por primera vez en tres años, resonaba en las paredes.

Pero estar bajo esta luz tan normal tiene un efecto especial.

Quizá entendió mal al chico. Quizá simplemente oyó lo que quería oír. No sería la primera vez.

Con independencia de la explicación, por el modo en que se marchó, no es probable que el chico regrese.

Ada se vuelve hacia el tocador, donde hay una fotografía de Jack y ella que se tomó hoy hace veinticinco años. Los dos miran fijamente a la cámara y se ríen. Ada coge la foto, se la acerca. Se le ocurrió a ella. Todavía en las nubes, justo después de la ceremonia, lo arrastró al estudio de High Road, donde un joven atolondrado los acompañó a la trastienda y sostuvo objetos en alto para que los mirasen: un osito de peluche, un plumero, una bocina de bicicleta. Cuando la hizo sonar se les escapó la risa, al tiempo que la cámara emitía un fogonazo.

Se les ve muy jóvenes. Ada limpia por encima el tocador con la manga y devuelve la foto a su lugar. Recuerda cómo se sintió al recorrer esta calle por primera vez, camino del hogar común: el futuro ante ellos, a la espera de que lo pisaran, soleado, amplio.

Veinticinco años de matrimonio. De aprender a convivir. De aprender a quererlos. De aprender a enterrar las cosas a las que no osan enfrentarse.

Es lunes y, por tanto, como todos los lunes, deshace la cama. Pero hoy, antes de retirar las sábanas, se detiene, presa otra vez de los recuerdos. Solían pasar aquí mañanas enteras, los domingos, cuando deberían estar en la iglesia, con los dedos de él enredados en su pelo, rodeándose uno al otro con las piernas, hablando en susurros. Ada dio a luz en esta cama, con una comadrona de la calle de al lado. Qué impresión. El júbilo asombrado y desgañitado de su hijo.

Se gira, se ve en el espejo. La luz lateral de la ventana no la favorece. ¿Qué piensa su marido ahora cuando la mira? Ada se lleva las manos a la cara, estirándola para que la piel flácida de la barbilla se tense, brevemente, antes de dejarla caer de nuevo.

¿Qué le pasa hoy? Es el aniversario, que la hace recordar, le impide trabajar. Recoge en un fardo la ropa sucia y vuelve abajo,

llena los cubos en la bomba del patio, echa las sábanas a hervir en el caldero. Prepara el almidón, primero lo mezcla con agua fría, luego con agua caliente, después aclara las sábanas y las escurre en el rodillo. Es un trabajo pesado y, mientras gira la manivela, la asalta un nuevo recuerdo: su hijo de pequeño, de pie junto a ella, ayudándola, aguantando las sábanas lo más recto posible mientras ella giraba el rodillo, alimentándolo con algodón empapado.

Michael.

El recuerdo le corta la respiración.

Al poco, se fuerza a respirar otra vez, aparta el recuerdo.

* * *

Esta mañana la cola es muy larga. Evelyn la ve al pasar junto a la entrada del metro, la cola da la vuelta a la esquina y llega hasta media calle. Tiene que cruzar la cola para entrar por la puerta trasera del despacho, de modo que se cala el sombrero y se sube el cuello del abrigo.

–Disculpe.

Un hombre rubio le deja paso y ella se cuela encogiendo los hombros. La alivia llegar a la puerta del despacho, a veces algunos de los visitantes asiduos la ven y no le gusta que la reconozcan en la calle. Se quita el sombrero y el abrigo y los cuelga en el recibidor, luego cruza por la cocina, pequeña y atiborrada. Pese a que el día es frío, abre la ventana mugrienta que da al patio trasero. Por un momento, con ese silencio, piensa que ha sido la primera en llegar, hasta que oye abrirse la puerta del despacho y a Robin acercarse por el pasillo.

–Buenos días.

Se gira y ve a Robin de pie en el umbral, con su amplia figura revestida por una chaqueta y unos pantalones de tweed, sonriendo, como si supiera algo bueno sobre lo que va a deparar el día.

Irritante. De inmediato.

–Buenos días.

Evelyn habla en el tono más neutro que puede. No tiene sentido esforzarse demasiado. Robin todavía es nuevo, solo lleva una semana. Ha habido muchos Robin. Vienen durante un mes o dos; a veces, los más tenaces aguantan incluso seis, armados con sonrisas y buenas intenciones, y luego, al cabo de otro par de meses, se marchan, derrotados por la monotonía, la miseria y los hombres. Uno de ellos duró solo un día, un hombre menudo de cara colorada que había sido maestro antes de la guerra. Alguien lo hizo llorar.

Cuando ya se iba, dio media vuelta en la puerta y le dijo que estaba loca, que era peor que estar en Francia.

Robin coge la tetera abollada y se inclina sobre el fregadero para rellenarla.

–Un día precioso –comenta Robin, asintiendo frente a la ventana abierta en señal de aprobación–. Bonito y seco.

–No sé si tienes tiempo para contemplarlo.

Robin parece sorprendido.

–Supongo que no. –Deja la tetera al otro lado del fregadero–. ¿Cómo te encuentras?

Se le ve tan fresco, tan descansado. Tan amistoso. Casi parece que le interese la respuesta.

–Bien –contesta Evelyn–. Perfectamente.

Lo deja de pie junto a la ventana, coge su cartera y se dirige al pequeño despacho desde cuyo interior vislumbra las siluetas encorvadas de los hombres que esperan fuera. Los primeros de la fila están tirados en el suelo, probablemente dormidos; llevarán horas allí. Cuando Evelyn enciende la luz los que están sentados en el suelo se ponen en pie entre empujones y codazos generalizados. Oye las palabrotas amortiguadas por el cristal.

Al tiempo que Robin entra en el despacho a sus espaldas, Evelyn comprueba que tiene todo lo necesario para el trabajo de esa mañana: lápices afilados, suficientes formularios de los diversos colores que debe rellenar con cada caso, cada comentario, cada queja. Rosas para los oficiales, verdes para los demás rangos. Luego se mira el reloj. Las nueve menos tres minutos. Saca el manojo de llaves del cajón superior del escritorio y se dirige a la puerta.

–Es pronto –dice Robin.

–Sí. –Se gira hacia él–. ¿Estás listo?

Robin conduce su alta figura alrededor de la mesa y, una vez sentado, le dirige un saludo marcial.

–Será mejor que lo esté.

Ella pone los ojos en blanco y abre la puerta.

Del fondo llega una oleada de gente y algunos de los hombres adormilados de delante trastabillan antes de conseguir recuperar el equilibrio. Evelyn sale al aire gélido de la mañana.

–Los que molesten tendrán que irse o ponerse al final de la cola. ¿Comprendido?

Se oye un murmullo de descontento hacia el final de la cola.

–¿Comprendido?

El murmullo amaina. Un puñado de dóciles «Sí, señorita» vuelan en su dirección. Vuelve a la mesa, con la acostumbrada

preocupación por ese montón de hombres desaliñados. Pero la compasión es una ciénaga. Mejor no caer en ella. Sobre todo un lunes a las nueve de la mañana. No podría aguantar toda la semana.

Mientras el primer hombre se abre paso hacia la mesa Evelyn le echa un vistazo rápido. *Amputado.* Por la forma en que se ha enganchado la pernera derecha se diría que le han amputado la extremidad entera hasta la cadera. No lleva pierna ortopédica; probablemente el muñón era demasiado pequeño para encajarla. Se sienta enfrente de Evelyn. Es un juego, Evelyn trata de adivinar el rango del hombre antes de que hable. En este mundo poscaqui, los extremos de la escala son demasiado fáciles de detectar y, en su opinión, permanecen igual de rígidos que siempre, pero el territorio intermedio es distinto, todavía no se ha fijado. Los caballeros temporales son los más peliagudos, aquellos que han sido ascendidos por los servicios prestados en el campo de batalla y que ahora están atrapados entre niveles sociales. «Caballeros temporales», una expresión mezquina; aun así, precisa. Este en concreto, Evelyn lo tiene claro: no es un caballero, ni temporal ni de los otros; por la indumentaria y el porte es soldado raso de cabo a rabo.

Evelyn agacha la cabeza y coge el primer formulario.

Cuando el cuarto hombre se acerca a la mesa, sabe que le dará problemas sin necesidad de mirarlo dos veces.

–¿Qué? ¿Por fin tiene tiempo para mí? –dice el hombre, sentándose enfrente de Evelyn.

Hay algo en él, cierta confianza, quizá la postura. ¿Un oficial? Su acento es indeterminado. Evelyn alinea el formulario con el borde de la mesa. ¿Rango? Difícil de saber: a este no logra calarlo.

–¿Nombre?

–Reginald Yates.

–¿Rango?

–Alférez.

Evelyn anota «Reginald Yates» al principio de un formulario rosado.

–¿Es su primera visita al Ministerio?

–No –espeta él–. Diría que no.

Tiene un rostro afilado, el pelo castaño rigurosamente peinado hacia atrás y un bigote cuidado. Cuesta calcular su edad. Podría tener veinticinco años, pero también podría tener diez años más.

Desprende cierta agitación, impaciencia. Evelyn ya se ha acostumbrado a evaluar el peligro potencial de quien se le acerca; una vez, hace un año, un hombre atacó a una mujer con un cuchillo. Su última colega femenina. La mujer pasó la noche en el hospital y nunca regresó.

–Me dan menos –dice el hombre, sacando un paquete de picadura del bolsillo y liándose un pitillo con gesto experto.

Ella le acerca un cenicero.

–¿Menos dinero?

–Sí.

Se enciende el cigarrillo y expulsa el humo entre los dos.

–Me temo que es algo que a veces ocurre, señor… Yates.

Él la mira a los ojos a través del humo.

–¿Puedo preguntarle qué herida sufrió?

–No, no puede.

Y al decir esto, Evelyn capta que su petulancia ha perdido brillo.

–Muy bien. Como quiera.

«Entonces fue en las nalgas o la ingle; nunca quieren confesar esas heridas.»

El hombre se inclina hacia delante, señalando con el dedo al hablar:

–Le basta con saber que me tocan diecisiete chelines semanales y ahora me dan menos.

Evelyn nota que el acento empieza a delatarle.

–Bueno, estará usted al corriente, señor Yates, de que, en los casos que el departamento califica como heridas de segundo grado, es decir, todas las que no impliquen pérdida de un miembro, la paga se reduce a partir de los tres años. ¿Podría decirme cuándo fue herido?

–En 1917.

Evelyn abre las manos.

–Ahí lo tiene. Lo siento, señor Yates. Siempre puede usted apelar.

El hombre escupe una hebra de tabaco al suelo.

–¿Eso es todo?

–Me temo que sí.

–¿No piensa decirme si van a darme más?

Evelyn suspira. Todavía le sorprende seguir ahí, portavoz de un comité que considera todas las reclamaciones sospechosas y a todos los hombres farsantes, culpables hasta que se demuestre lo contrario, obligados a suplicarle las sobras a un gobierno que hace

ya mucho que dejó de preocuparse por ellos.

–Lo siento, señor Yates, pero esta es solo la primera parada. Si quiere presentar una reclamación oficial, puede presentarla aquí y nosotros la derivaremos donde corresponda. Debería pedir cita para una nueva evaluación, que incluirá un examen médico, dentro de un mes.

–¿Un mes? –El hombre se inclina hacia delante, imitando el acento de Evelyn. Cosa que, se fija Evelyn, no se le da nada mal–. ¿Y los subsidios? ¿Cómo puede ser que si no hubiera pasado de soldado raso estaría cobrando más? Un país para héroes, ¿no es eso lo que dicen?

Tiene razón. En cierto sentido, los ex soldados tienen suerte, les han concedido un pequeño subsidio de desempleo. Los oficiales no han recibido el mismo trato; se supone que ellos tienen amigos o recursos. Los caballeros temporales han aterrizado de golpe. El hombre se recuesta en la silla, apuntándola con el cigarrillo como si estuviera decidiendo si disparar o no.

–Puta mujer.

–Sí, bueno. Mucho me temo que las mujeres desempleadas tampoco reciben ningún subsidio.

Él parece capaz de escupirle.

Evelyn lanza una mirada a Robin, pero está enfrascado en una conversación con el pelirrojo que tiene enfrente. Este ha dicho algo que le ha hecho reír.

–Lo siento –dice Evelyn, girándose–, señor Yates. Ahora, si hace el…

–¿Cuántos hijos tiene?

–Eso a usted no le…

–Cinco. Yo tengo cinco. –Tose, se inclina hacia delante y baja la voz–. Usted no tiene ninguno, ¿verdad?

Evelyn no dice nada.

–Solterona, ¿eh? Con los bajos más secos que una pasa.

Cualquier compasión que hubiera sentido se esfumó hace tiempo. Se imagina golpeándole o clavándole el lápiz en la mano.

–Esto le encanta, seguro. Ahí, en su trono.

–Pues claro que me gusta –responde Evelyn, echándose hacia atrás en la silla–. ¿Quiere saber por qué?

–¿Por qué?

Evelyn vuelve a echarse hacia delante.

–Porque soy una sádica.

Él abre la boca, vuelve a cerrarla.

–Zorra –insulta entre dientes, y se levanta arrastrando la silla.

–Exacto, señor Yates. Soy una zorra sádica.

Evelyn alarga una mano y, sin levantar la vista, deposita el papel rosa en el montón para archivarlo.

–¡Siguiente!

* * *

Anchas franjas de luz matinal rayan la cama de Hettie y rozan las caras de las fotografías de más arriba, clavadas en la pared con orden primoroso: Vernon y Irene Castle en pleno foxtrot; Theda Bara; y, en un fotograma de *Lirios rotos*, Lilian Gish. A su lado están los Dixies, en una foto recortada del periódico justo antes de que se marcharan de Londres: Billy Jones, Larry Shields, Emile Christian, Tony Spargo y Nick LaRocca, blandiendo la trompeta cual arma letal.

Esta mañana parecen todos contentos, sonríen bajo un sol inesperado.

Oye a Fred en la habitación de al lado, arreglándose para salir. Su madre ya se ha ido a trabajar, mucho antes del amanecer. En cuanto Fred se marche, la casa será suya durante unas horas maravillosas hasta que tenga que salir hacia el Palais, a las doce. Pondrá agua a calentar y se dará un baño. Pero primero quiere seguir tumbada bajo ese sol delicioso y pensar en el hombre de Dalton's. Ed.

Cierra los ojos e intenta evocarlo. Su olor. Su modo de bailar. Su modo de hablar, como si todo fuera un juego.

«Dos minutos es merodear.»

Nadie le había hablado así.

A su espalda, el ropero de Fred se abre con una sacudida que retumba a través de la pared. Hettie abre los ojos de golpe, derrotada. No puede concentrarse en nada bueno con su hermano hurgando por ahí.

Fred volvió a despertarla anoche. Esta vez fueron solo cuatro gritos y luego debió de despertarse él también, porque después volvió el silencio.

Las perchas repiquetean al sacar la chaqueta. Se viste todas las mañanas y sale, aunque no tiene a donde ir. No tiene trabajo. No trabaja desde que regresó de Francia, en diciembre hará dos años, justo después de morir su padre. Estuvo varias semanas sin salir de casa, sentado en el sillón de su padre, en el salón. Hettie volvía de trabajar en Woolworths y se lo encontraba en la misma posición que al marcharse. A menudo, la penumbra y su manera de sentarse

le hacían pensar que era su padre, que había regresado de entre los muertos. Le daba escalofríos. Pero Fred se limitaba a quedarse sentado, hora tras hora, como si el viejo sillón fuera a decirle dónde encontrar empleo.

Fue entonces cuando Hettie tuvo que empezar a entregar la mitad de su sueldo. Y Fred allí, sentado, sin hacer nada de nada.

Antes no era así. No había forma de hacerlo callar. Era un incordio. Ocupaba mucho sitio. Esparcía piezas de la bicicleta por toda la mesa de la cocina y se burlaba de las clases de baile y las postales de películas de Hettie. Fred trabajaba en la fábrica de lámparas de Brook Green con su padre. Los dos solían irse juntos por la mañana en la bici. Como dos gotas de agua. A veces, después del trabajo, Fred iba al pub y regresaba cantando y su madre fingía enfadarse, pero saltaba a la vista que no estaba molesta, porque él siempre había sido su favorito. Tenía una novia que se llamaba Katy, con el pelo tan rubio que parecía casi blanco y que olía a virutas de lápiz porque trabajaba en la papelería que había cerca del metro.

Fred también podía ser simpático. Una vez, cuando iba a regresar de Francia de permiso, coincidía con el cumpleaños de Hettie y le preguntó por carta qué quería de regalo. Ella había pedido ir al teatro y su hermano compró entradas para ver *Chu Chin Chow* en el Her Majesty. Fue la primera vez que Hettie visitaba el West End y el espectáculo estaba plagado de números musicales, bailes y animales de verdad. En mitad de la representación se produjo un bombardeo y en lugar de refugiarse en la bodega con todo el mundo, ellos salieron a la calle, compartieron un cigarrillo y contemplaron el vuelo de los zepelines a la luz del atardecer, sus vientres hinchados como ballenas gigantes.

«No se lo cuentes a mamá.» Fred le había guiñado un ojo, como si confabularan, y ella se emocionó, se sintió adulta y agradecida.

Hettie oye los pasos de su hermano frente a su puerta, el delicado descenso por las escaleras.

–¿Fred? –le llama.

Fred no responde, y Hettie se levanta de la cama, se acerca a la puerta y abre.

Su hermano está a mitad de las escaleras.

Hettie se asoma a la baranda.

–¿Vas a salir?

Él asiente, encogiéndose, como si lo hubiera pillado haciendo algo vergonzoso.

–¿Adónde vas?

–Pues… –Se encoge de hombros, carraspea, le da vueltas al sombrero–. A la oficina de empleo. A ver qué tal.

–¿A ver si consigues trabajo?

Se produce un silencio horrible, muy largo, en el que las mejillas de Fred se encienden de un rojo que duele. Parece que va a decir algo… pero decide ocuparse en alisar el ala del sombrero.

–Sí –responde por fin–. Eso espero.

Luego se pone el sombrero y prácticamente echa a correr escaleras abajo.

Hettie regresa a su cuarto, cierra y se apoya en la puerta.

Fred no va a la oficina de empleo.

Una vez lo vio, cuando había salido a dar uno de sus paseos. Sencillamente deambulaba por ahí como un viejo. Se ha convertido en uno de esos hombres del Palais, los callados; los que te contratan y luego se arrastran por la pista y cuyos silencios son como la piel fina de las ampollas, cubren cosas que no pueden decir.

Ve el vestido de baile tirado en la cama.

Si Fred trabajara, al menos le quedaría dinero para ropa.

¿Por qué su hermano no puede pasar página?

No es solo él. Son todos. Todos los ex soldados, mendigando en la calle, con carteles colgados del cuello. Todos te recuerdan algo que quieres olvidar. Ya ha durado suficiente. Hettie creció con ello, bajo una especie de ocupación ilegal que le chupaba todo el color y la alegría a la vida.

Manda el vestido a un rincón de una patada.

La guerra acabó, ¿por qué narices no pueden pasar página?

* * *

–Buenos días, señora H. ¿Qué le pongo?

El delantal del chico del carnicero está rojo de limpiarse los dedos. El olor de hoy es intenso, y golpea a Ada como una pared en cuanto entra.

–¿Qué tienes que esté bien?

–El hígado está espléndido.

El chico presiona con el dedo la carne morada, que rezuma un charquito de sangre a la bandeja plateada de debajo.

–Pues un poco de hígado y media libra de ternera.

–Muy bien.

El chico, silbando, se gira a por el cuchillo.

Ada saca el monedero del bolso. En el mostrador, enfrente de ella, hay un costillar, los huesos blancos asoman por un extremo de la carne veteada. El olor se hace más denso. Ada desvía la mirada a la calle, donde el sol abrasa el suelo. Dos mujeres esperan bajo el toldo de la pescadería, un joven pasa de largo mirando para otro lado.

El joven es delgado y de pelo castaño. Se parece a Michael. Se parece a su hijo.

–¿Señora Hart?

El chico del carnicero le tiende los paquetes de carne por encima del mostrador. Ada no los coge. Sino que sale corriendo a la calle. Al principio no le ve, pero luego atisba su nuca, unos cincuenta metros más adelante, en la otra acera. Camina con brío, balanceando los brazos. Ada lo llama, pero está demasiado lejos y no la oye. Una camioneta se interpone entre los dos y le tapa la vista: «Jabón Sunlight para mamá», una niña de mirada tímida con un pichi azul sostiene una caja con escamas de jabón. Ada esquiva la camioneta. Su hijo sigue allí, caminando por la calle al sol, rumbo al parque.

–¡Michael! –lo llama, apretando el paso, pero se diría que él camina más rápido que antes.

Ada intenta salvar la distancia que los separa, no perderle de vista. Tiene buen aspecto. Eso lo ve, incluso desde atrás. Tiene los dos brazos, las dos piernas, y camina con energía y gracilidad y no agacha la cabeza, y lleva el mismo corte de pelo que la última vez que lo vio; y el sol le roza la punta de las orejas y, lo que sea que le haya pasado, dondequiera que haya estado, lo ha superado y está vivo y sano. Vuelve a llamarlo a gritos.

Hay una pequeña cola frente al ultramarinos, pero Ada se abre paso a través de ella, y nota que las cabezas se giran a mirar. Se le ha acelerado el pulso, está empezando a sudarle la frente, la espalda, y le cuesta respirar, pero la distancia entre ellos se mantiene. Él tiene que intuir que le sigue porque parece que adapte el paso al de Ada, como si estuvieran enzarzados en un juego tortuoso.

Cuando él llega al final de la calle, Ada le ve titubear, parado por fin junto a la ferretería, como si estuviera decidiendo adónde ir y de repente dudara del camino.

Gira a la izquierda.

Ve a casa.

Gira a la izquierda y Ada le grita justo cuando desaparece de su vista.

Ahora que sabe que va camino de casa, Ada se permite aminorar un poco el paso, pero cuando llega a la ferretería mira a la izquierda y la calle está vacía. Su hijo ha desaparecido. Y un viejo camina hacia ella avanzando despacio, con un bóxer olisqueando el suelo a sus pies.

–Perdone. –Ada se acerca y le agarra del brazo–. ¿Ha visto a alguien por aquí?

–¿Cómo dice?

–Si ha visto a alguien. A un chico. ¿Un joven?

El anciano, que parece asustado, niega con la cabeza.

–No, hija, a nadie.

Le suelta, se apoya en la pared a recuperar el resuello.

–¿Te encuentras bien?

–Sí. –Ada asiente–. Estoy bien.

Se incorpora y sigue a toda prisa rumbo a la calle que bordea el parque, con la cabeza a mil por hora. Entonces cae en la cuenta y está a punto de llorar de alivio, porque comprende que habrá corrido; al ver dónde estaba, al ver lo cerca que estaba, habrá corrido el último tramo antes de llegar a casa. Y Ada también quiere echar a correr, pero se obliga a caminar; no quiere convertirse en un caso clínico cuando lo encuentre sin aliento, incapaz de articular palabra. Aun así, al llegar a la puerta de la cocina tiembla tanto que necesita ambas manos para girar la llave.

Dentro de casa todo está como lo dejó. El rodillo en el rincón, el ambiente cargado, caliente y con olor a sopa, la colada en la pantalla frente a la chimenea y colgando del tendedero del techo.

–Michael –lo llama, amortiguada la voz por la humedad. Luego más fuerte–: ¿Michael? ¿Estás en casa?

Ada levanta las sábanas húmedas. Mira detrás de las sillas del salón. Se planta en lo alto de las escaleras de la bodega y lo llama en la oscuridad mohosa.

Arriba, el dormitorio que comparte con Jack está vacío. Sale al descansillo y espera frente al cuarto de Michael con el corazón acelerado. Solo silencio. Un silencio pesado. Denso. Abre la puerta con la cadera.

La habitación está vacía.

Hacía meses que no entraba. Le cuesta respirar. Levanta la manta, solo encuentra una sábana sin usar. Se pone a cuatro patas y se queda mirando el aire vacío de debajo de la cama. Ya solo le queda el armario del rincón. Cuando lo abre, huele a madera, a falta de uso. Dentro no hay nada. Nada salvo dos perchas vacías y una cajita de cartón, atada con cordón. Una caja atada para que

nadie la abra con prisas; una caja que lleva años sin abrirse.

* * *

Evelyn relega a Reginald Yates al fondo de su memoria y trabaja a ritmo constante, cada hombre significa un papel nuevo, cada queja se anota y se archiva en el formulario del color correspondiente. A las once menos cuarto toca la campanilla y cierra la puerta para hacer un descanso. Los hombres de fuera gruñen. Pero hoy no se está tan mal. Después del frío inicial, el día se ha templado, algo impropio de la estación; el sol lleva colándose por la ventana del despacho toda la mañana, caldeando la habitación. Le iría bien tomar el aire. Evelyn coge la chaqueta y el tabaco y sale al patio trasero, pequeño y sucio, se apoya en la pared y mira al cielo. Todavía le duele el cuello de dormir en el tren la noche anterior. Se lo estira a un lado y a otro con la mano.

–¿Te importa si te acompaño?

Al girarse ve a Robin en el umbral.

–No sabía que fumaras.

–No fumo. Me apetece un poco de aire fresco. –Con una sonrisa añade–: Si no te molesto.

Ella se encoge de hombros.

«Un poco de aire fresco.» Un comentario propio de Robin.

Se coloca junto a ella en la pared.

–¿Y cómo anda la tropa?

Evelyn enciende un cigarrillo, expulsa el humo, se encoge de hombros.

–Como siempre.

Sigue una pequeña pausa antes de que Robin hable.

–He tenido un caso interesante.

–¿Sí?

–Alguien que conocí antes de la guerra.

–¿Sí? –Evelyn le mira–. ¿Y eso?

–Escalábamos juntos.

–¿Escalar? ¿El qué?

–Montañas. –Le dedica una sonrisa breve, compungida–. Nos conocimos en Gales. En el hostal de Pen-y-Pass.

Evelyn da una calada.

–Suena precioso.

Robin no capta la sorna del comentario o decide obviarla.

–Sí, muy bonito. Estuvimos en 1912. Y volvimos al año siguiente. De día escalábamos y por la noche bebíamos y

charlábamos. Daba la impresión de que todo era posible. –Tiene la vista clavada al frente, como si el pasado estuviera allí, flotando delante de él, en lugar del tosco patio y la pared negra de hollín–. Ha perdido una pierna. Como yo.

Evelyn mira a Robin, le presta atención por primera vez. No es feo. Mucha gente le consideraría guapo. Tiene buena planta, un cuerpo fornido y una cara agradable. Es la clase de hombre perfecto para coronar picos de montaña. Pero hay algo más: la salud, la amabilidad. Solo pensar en él la agota. Evelyn mira la hora.

–¿Hora de volver? –Robin parece decepcionado.

–Sí.

Apaga el cigarrillo en la pared y pasa por delante de Robin, camino de su mesa.

* * *

La caja de cartón está a su lado, en la manta. Pero Ada no la ha tocado. Tiene las manos en el regazo. Pero le tiemblan y le zumba la cabeza como si tuviera un enjambre de abejas atrapado dentro.

¿Por qué ha vuelto a verle? ¿Por qué ahora?

¿Es ella? ¿Lo evoca? ¿Le juega malas pasadas a su mente?

No. Es el chico aquel, balbuciente y distante.

Que la busca.

Correteando como un cangrejo por el suelo.

Ada levanta la cabeza. La habitación está vacía, los únicos restos que quedan de su hijo son leves diferencias de color, las sombras de la pasta con la que Michael colgaba las fotografías de fútbol en la pared. Ada las toca, repasa el borde con los dedos.

«Venga, pregúntame los jugadores, mamá.»

La cara de su hijo de doce años concentrándose, sentado en la cocina tras volver del colegio, con el uniforme, con la puerta abierta al jardín y la tarde estival fuera.

Parker,

Jonas,

McFadden,

Scott.

Clapton Orient. *Los O.*

Jack comenzó a llevarlo a los partidos cuando tenía seis años, cogido de la mano de su padre, y ya ninguno de los dos se perdió ningún encuentro, al menos que ella recuerde, hasta que suspendieron la liga en 1915. Para entonces todo el primer equipo

se había alistado. Su foto apareció en primera plana del periódico, sonriendo uniformados. Fue el año de Kitchener, con su imagen empapelándolo todo: omnibuses, tranvías, camionetas, acusándote con el dedo desde cada rincón. ¡EL PAÍS TE NECESITA! Dondequiera que te pusieras, te sostenía la mirada. Culpable. Te hacía sentir culpable. Ada solía preguntarse cómo diantre lo conseguían.

En el último partido de la temporada, todos los jugadores dieron una vuelta al estadio y luego desfilaron por High Road para pavonearse. Ada fue a verlos como todo el mundo, con Michael delante de ella, saludando y gritando hasta enronquecer y sin parar de vitorear.

Al día siguiente Jack se lo encontró en la oficina de reclutamiento, haciendo cola para alistarse. Lo sacó de la fila arrastrándole de la oreja y lo acompañó todo el camino hasta casa. Michael echaba chispas. No entendía por qué le obligaban a quedarse en casa cuando tenía ocasión de luchar junto a sus héroes.

Las peleas que tuvieron después…

Una vez que Michael se fue hecho una furia de casa, Ada se acercó a Jack, que estaba de pie junto al fregadero, mirando hacia fuera. Le tocó en el brazo y él dio un respingo como si le hubiera quemado.

–¿Qué?

–Tal vez deberíamos dejarle ir. La guerra terminará pronto.

Jack se volvió a mirarla.

–Te crees todo lo que te cuentan, ¿eh? ¿Que la guerra acabará enseguida? ¿Gracias a los valientes de Kitchener?

El desdén de Jack la impresionó. Porque Ada se lo creía. Ese verano flotaba por todas partes una sensación creciente de optimismo, de esperanza.

Estaban todos en instrucción: Parker, Jonas, McFadden, Scott y el resto de los Clapton O; Joe White, Sam Lacock y Arthur Gillies de su calle, chicos con los que Michael se había criado, solo un poco mayores que él. Ellos y otro millón de jóvenes estaban haciendo la instrucción, convirtiéndose en los soldados que ganarían la guerra. El país entero esperó todo ese espléndido verano adelantado de 1916, esperó a que estuvieran preparados, como si todos aguantaran la respiración.

Los cañonazos comenzaron la última semana de junio. Ada los notaba desde su cocina, en Hackney, una especie de explosión sorda, apenas audible, día y noche durante una semana. Luego pararon. A las siete en punto de la mañana del primero de julio. Salió a la calle de casitas de ladrillo, al repentino silencio de una

mañana de pleno verano con el sol ya alto. Había más mujeres en la calle. Ivy White estaba allí. Cruzó la calle para reunirse con Ada.

–Ha comenzado, ¿verdad?

Agarró a Ada de las manos con las suyas mojadas y resbaladizas. Cubiertas de espuma de jabón.

–Ahora irán para allá, ¿no? Es el final de la guerra.

Pero no fue el final. Jack tenía razón. Era el comienzo de algo nuevo y terrible. La prensa publicaba las listas de las bajas, más largas cada día. Joe, el hijo de Ivy, desapareció en combate, se le suponía muerto. Ada la veía a veces, al acabar el día, de pie en la ventana delantera, oteando la calle, como si Joe fuera a aparecer silbando de vuelta a casa.

Hasta Kitchener murió. Se ahogó rumbo a Rusia. Lo hundió una mina alemana.

Hacia el final de ese mes de julio Ada volvió a casa y se encontró a Michael sentado a la mesa de la cocina, con el diario abierto y la cabeza entre las manos.

–¿Qué ocurre? ¿Pasa algo?

Él la miró, pálido, le pasó bruscamente el periódico y salió.

Al principio Ada no encontró lo que Michael estaba leyendo. Luego vio la fotografía: «Soldado William Jonas, Clapton Orient». El pelo negro aplastado con una elegante raya en medio, su rostro joven y serio por encima del cuello en pico del uniforme. El periódico decía que había muerto en una trinchera junto con el sargento McFadden. Acompañaba a la fotografía una lista de su historial futbolístico: «Delantero centro, 73 partidos jugados, 23 goles». Fuera se oía una pelota pateada con furia contra la pared.

Ada salió con el periódico en el puño.

–Mira. Mírame.

Michael siguió pateando la pelota.

–¿No te alegras de estar aquí? –Su voz sonaba aguda, descontrolada. Le daba igual–. ¿No te alegras de que tu padre te obligara a volver a casa? ¿De estar a salvo? Podrías haber sido tú.

Michael paró la pelota con el pie y se giró.

–¿A salvo? –le espetó su hijo–. Nada está a salvo. Eso no existe. Para nadie, ya no.

Ada entró en casa, se sentó y descansó las manos temblorosas en el regazo.

Michael tenía razón.

Y entonces supo que había llegado la hora. Que había llegado la hora para todos ellos. Era como la Biblia, como las historias que recordaba de la infancia, como si hubieran dado la orden de matar

a todos los niños.

Llegó el otoño y los días comenzaron a acortarse y empezó el servicio obligatorio. A ella le dio por rezar, algo que no había hecho desde hacía años. Rezaba de forma egoísta, frenética, por ella, por Michael, por que la guerra no entrara en su casa. No sabía a quién rezaba, no sabía quién era más poderoso: un Dios distante que quizá escuchara o quizá no, la guerra insaciable gruñendo tras los barrotes o Kitchener, con la cara descolorida medio tapada por anuncios de Ovaltine y tabaco, pero con el dedo todavía apuntando, todavía acusando desde el más allá.

Michael cumplió años el 20 de febrero. El aviso de reclutamiento llegó la primera semana de marzo de 1917.

La noche antes de que partiera para Francia, cuando ya había concluido la instrucción y estaba en casa al final de una semana de permiso, Ada llamó a la puerta de su habitación. Estaba terminando de hacer las maletas, el talego y el sobretodo esperaban en el recibidor. Tenía la mochila abierta en el suelo y repartidos a su alrededor como un abanico los diversos elementos del equipo. Ada rodeó el semicírculo perfecto que había formado su hijo. Cepillo de dientes, jabón y toallita, dos cordones de recambio para las botas, lata de campaña, tenedor y cuchara. La ventana estaba abierta y un pálido sol invadía la habitación. Él la miró, bizqueando por culpa de la luz.

–¿Me pasas revista, mamá?

–Tal vez.

Michael se sentó sobre los talones.

–Menudo brigada estás hecha.

Ella se agachó a su lado y recogió el pequeño costurero, le dio vueltas.

–¿Te enseñan a coser?

–Lo mínimo.

Volvió a dejarlo en el suelo, se levantó y se sentó en la cama a contemplar a su hijo. Parecía más fuerte que cuando partió para recibir instrucción militar. Las formas blandas, cambiantes de la juventud comenzaban a asentarse, emergían las líneas del hombre que sería. Ada observó cómo doblaba y agachaba la cabeza, su espalda larga y estrecha, la piel bronceada moviéndose por encima del hueso superior de la columna. Le colgaba algo del cuello.

–¿Qué es eso? –preguntó, señalando.

Él la miró, y luego siguió la dirección de su mirada.

–Mi identificación.

–¿Me la enseñas?

Se la desprendió de la pechera de la camisa, se levantó y se acercó.

–Aquí está mi nombre –explicó, señalando el disco de fibra marrón–. Esto es el regimiento. Y mi número.

Ella se quedó mirando el número. Seis dígitos. El pulso en la vena de su hijo, marcando el ritmo. Su hijo.

–¿Te encuentras bien, mamá?

–De fábula. –Asintió, volviendo a engancharle la identificación, abrochándole la camisa.

Se fue por la mañana, antes de que el sol alcanzara su cénit. Se habían ofrecido a acompañarle a la estación, pero Michael no quiso. No discutieron. Se quedaron juntos en la puerta y le vieron echarse el petate al hombro y luego se despidieron de su curiosa silueta excesivamente cargada, con el casco golpeándole la nuca. Se giró una vez, al final de la calle, y alzó el brazo bajo la luminosa mañana antes de perderse de vista.

Un tren pasa por la vía férrea y los cristales de las ventanas traquetean en los marcos.

Ada alarga una mano y se sube la caja a las rodillas. Intenta deshacer el nudo, pero se resiste, está tan apretado que tendrá que cortarlo con algo. Titubea un instante, pero es un titubeo breve, antes de bajar a la cocina a por un cuchillo.

* * *

–Buenas tardes, cielo. –Graham, el portero, saluda a Hettie con el brazo sano–. ¿Qué tal está mi bailarina favorita? ¿Hoy tienes turno doble?

–Mucho me temo que sí.

Se inclina hacia el cuchitril donde Graham se sienta junto a la puerta con el calefactor encendido. Huele raro, a lana caliente y pipa. Graham es un fijo del Palais. Un musculoso obrero londinense con acento a juego que trabajaba en el ferrocarril antes de la guerra y con anécdotas para dar y vender. Cuentan que puedes echarte horas en ese cuchitril y al salir parpadeando a la luz haber envejecido diez años, abandonada ya la juventud.

«Uno de los últimos que llamaron.»

«No querían a vejestorios como yo.»

«Pero es un orgullo haberlo perdido al final.»

«¡A dos días del armisticio!»

«Lo vi agitándose en el suelo. La mano todavía se movía.»

«¡Supe que era el mío por el tatuaje de la muñeca!»

–No sabes cuánto lo siento –dice Graham.

–Necesito el dinero. –Hettie se encoge de hombros.

–Como todos. Espera un momento. –Se lleva la mano al bolsillo y saca una lata, la abre y extrae una pastilla–. Ten. –Le pasa el alijo, una pastilla de menta Nelson, de color rojo amarronado–. Te dará fuerzas. –Guiña un ojo–. A nosotros nos mantenían durante horas. Durante las marchas. Por toda Francia.

Es lo que dice siempre.

–Gracias –contesta Hettie, guardándosela en el bolsillo del cárdigan–. Para luego.

Es lo que hace siempre. Es una costumbre de los dos.

¿Sospecha Graham que solo guarda las pastillitas pegajosas para tirarlas a la papelera del vestuario?

Pero es un ritual, y Hettie supone que les ayuda a sentirse bien.

–No sé cómo aguantáis –dice Graham, meneando la cabeza–. Bailáis durante horas. De verdad que no me lo explico.

Hettie se encoge de hombros, como diciendo: «¿Qué remedio?» Luego se ajusta la chaqueta y echa a andar por el largo pasillo sin calefacción que termina en el vestidor iluminado por fluorescentes. Las chicas se giran al verla entrar e intercambian saludos mientras Hettie cuelga la bolsa de pana. Las que ya se han cambiado están sentadas, charlando, fumando cigarrillos pese a los carteles de PROHIBIDO FUMAR que cuelgan de las paredes.

El gélido vestuario del Palais es una de las dudosas ventajas del trabajo. Aunque no es lo que una se espera viendo los guardarropías de fuera, que están todos engalanados con papel pintado chino rebosante de aves y pagodas. Las paredes de dentro solo tienen una capa de pintura, y de un verde deprimente. Algunas chicas han garabateado su nombre en el enlucido, que empieza a desconcharse. Hay incluso una graciosilla que ha escrito un poema a la altura de las rodillas:

Con el viejo Grayson, cuidado,
que si te has retrasado,
te llevará detrás
y te dará por donde estás.

Cuando Hettie empezó tuvieron que explicárselo: se rumorea que Grayson, el encargado de labios finos cuya intransigencia con los retrasos es legendaria, vive con otro hombre por Acton Town.

Los chicos juran y perjuran que les lanza miraditas.

Hettie se quita el cárdigan, la blusa y la falda, las cuelga y saca el vestido de baile, tiritando al pensar en el frío que va a pasar. Sin la presión de los cuerpos que llenan el Palais a finales de semana, la inmensa pista de baile será una nevera. La dirección no permite que las chicas lleven prendas de abrigo, así que se inventan todos los trucos que pueden, se cosen capas extras por debajo de los vestidos o se ponen dos pares de medias, pero nada funciona un lunes por la tarde de invierno; la única esperanza es que te contraten y no parar de bailar para no estar sentada demasiado rato.

–¡Hola, Hettie!

–¿Entrasteis? ¿Lo visteis? ¿Fuisteis al Dalton's el sábado por la noche?

Se vuelve y descubre que detrás se ha formado un corro de chicas expectantes; animales hambrientos, esperando las sobras.

–Sí.

–De modo que existe.

–Sí, es de verdad. Pero está muy escondido, no dirías nunca dónde está.

Las chicas parecen exhalar al unísono y Hettie casi nota su respiración posándose sobre ella, recubriéndola de envidia. Piensa en hablarles de los bailarines, del modo en que la gente se movía como si nada importara, pero no es algo fácil de explicar.

–¿Y los músicos? ¿Eran tan buenos como los Dixies?

–Eran alucinantes.

–¿Y el chico de Di? ¿Cómo es?

–Un encanto. Y rico.

Las chicas suspiran, se dispersan, vuelven a los espejos, a los polvos y el tabaco, a darse los últimos retoques al maquillaje y al peinado. Hettie saca los zapatos de baile de la bolsa y se sienta para atárselos, arropada por una inusual sensación de satisfacción. Para variar es la envidia de todas. Puede que no esté bien, pero sienta genial.

Di entra corriendo en el último momento, poniendo caras, se quita el abrigo y se viste a la velocidad del rayo, justo cuando se abre la puerta y asoma la cabeza de Grayson.

–Es la hora, señoritas. –Da una palmada–. A la pista. –Mete la cabeza en la sala y olisquea exageradamente–. Y como os pille fumando, os descuento una semana del sueldo.

Las chicas salen al gélido pasillo, Hettie y Di las últimas, mientras los chicos salen del vestuario de enfrente. Son doce, todos

de traje, listos para el turno de la tarde.

La mezcla habitual de sentimientos compite en Hettie mientras los bailarines cruzan las enormes puertas dobles que dan a la pista. No cabe duda de que el Palais es espectacular: todo es chino, la pista entera está cubierta por la reproducción del tejado de una pagoda, alrededor cuelgan cristales tintados y paneles lacados que representan escenas chinas y altas columnas negras soportan el techo, todo él decorado con deslumbrante caligrafía dorada. En mitad de la pista se eleva una montaña en miniatura, con una fuente corriendo por sus laderas, y bajo una de sus dos réplicas de templos, la banda calienta.

La primera vez que vio el Palais fue cuando se presentó a la selección un frío día de enero. Todavía estaba parcialmente acordonado y las sierras y los martillos acompañaban de fondo al piano machacón mientras Grayson instruía a los esperanzados bailarines frente a una mujer de expresión severa, que ladraba órdenes y que eligió a ochenta hombres y mujeres entre quinientos a lo largo del día.

Incluso entonces, aún por acabar, oliendo a virutas y serrín, se intuía que sería un sitio especial.

Se anunció en toda la prensa local:

¡PALAIS DE DANSE! ¡LA COMIDILLA DE LONDRES!
¡El salón de baile más grande y lujoso de Europa!
Dos bandas de jazz.
Profesores de ambos sexos.
Traje de etiqueta opcional.

Hettie solía recortar los anuncios y dejarlos en la mesa de la cocina para que los leyera su madre.

El primer fin de semana fueron seis mil personas, y al salir a la pista de baile aquel primer día, viéndolo en todo su esplendor, realmente le pareció un palacio. Pero Hettie no tardó en darse cuenta de que tanto esplendor no estaba enfocado al personal. Iba todo dirigido a los clientes, a los que pagaban dos con seis. A Hettie, Di y el resto de los bailarines les esperaba el Corral. Igual que hoy.

Entran en fila, chicos a un lado, chicas al otro, cabizbajos mientras Grayson pasa revista en busca de chaquetas de punto, pañuelos, hombros caídos, cigarrillos de contrabando o agujas de tejer con las que matar el tiempo durante los bailes en los que no te contratan. Los barre con la mirada: «General Grayson», le llaman

los chicos, en particular los que estuvieron en Francia.

Doce chicos y doce chicas por turno.
Veinte bailes por la tarde (3-6) y veinticinco por la noche (8-12).
Seis peniques el baile.

–¡Qué frío hace esta noche! –susurra Di cuando Grayson pasa por su lado.

Grayson se detiene. Da la vuelta lentamente y Di se mira las manos. Pero no hay tiempo para reprimendas porque las puertas se abren y los clientes entran en masa; a cientos, incluso un lunes por la noche, pisoteando el suelo de tarima flotante.

Los músicos comienzan algo torpes y las primeras parejas salen a la pista. Siempre tocan un vals al principio de la noche. Hettie observa la triste escena con las manos en las axilas para calentarse. Si alguien se toma alguna vez la molestia de acudir al Palais de etiqueta, desde luego no es los lunes, la pista es una mancha marrón, negra y gris de hombres en traje de calle y mujeres vestidas, mayoritariamente, con blusa y falda.

Una matrona muy tiesa envuelta en un traje chaqueta de lana está cruzando la pista con paso decidido, directa al corral masculino. Di da un codazo a Hettie y se ríe. «Mírala.» Al otro lado del pasillo, Simon Randall se endereza, se escupe a escondidas en la mano y se alisa el peinado. La mujer se para delante de él y le tiende tímidamente un tíquet. Simon lo acepta con una sonrisita y se levanta. Contratado. Simon es uno de los hombres con más éxito, lo contrata la misma mujer dos veces a la semana por once chelines cada baile. Propinas aparte.

El gentío se ha dispersado, unos se han sentado a las mesas y otros piden bebidas en las pequeñas cabinas repartidas alrededor de la pista. La inmensa sala va llenándose, la pista está cada vez más concurrida, la banda suena mejor y la tarde comienza a tomar forma. Hettie se fija en un hombre alto que avanza despacio entre la gente del otro lado de la pista y se endereza, se inclina hacia delante, con el corazón desbocado; se parece a él, al hombre del Dalton's: Ed.

«¿El Palais? Fui una vez.»

Se agarra a la baranda. ¿Vendría a buscarla?

El hombre entra en la pista de baile y ella se inclina todavía más para verle mejor, casi está levantada, pero en cuanto se aproxima ve que no es él. Este hombre, salvo por la altura, no se parece en nada a él; este tiene los andares arrastrados y vacilantes

de los que usan prótesis. Se ve a kilómetros. Tienes que andarte con ojo; te pisotean y ni se enteran.

–¿Qué pasa? –susurra Di.

–Nada. –Hettie, enfadada, niega con la cabeza.

Pero ha llamado la atención del hombre, que se abre paso por la pista. Hettie reconoce su actitud: un poco indecisos, silbando entre dientes sin ganas, como fingiendo no saber cómo funciona la cosa.

–Buenas –la saluda, con las manos en los bolsillos.

–Buenas tardes.

–¿Cuánto cuesta la fantochada esta?

–Seis peniques.

–¿Seis peniques? –El hombre parece ofendido, sube un poco el tono–. Pero acabo de pagar dos con seis por entrar.

–Si no quiere pagar, venga acompañado –interviene Di.

El hombre se pone rojo como un tomate.

Al instante Hettie se siente fatal. Se le parte el corazón: por él, por ella, por todo el maldito tinglado.

–Los tíquets se compran allí –le informa con amabilidad, señalando a la cabina de su izquierda–. Lo siguiente es un foxtrot.

El hombre traga saliva.

–Vuelvo enseguida, ¿sí?

La pregunta es agresiva, reta a Hettie a que le responda que no.

–Sí. –Hettie le sonríe–. Por favor.

El hombre se aleja con paso torpe, como si se hubiera chocado con todo lo que podía romper y su dignidad y él mismo hubieran acabado por los suelos.

Di resopla.

–Lo vas a pasar de miedo.

–A ti no te hace falta. –Hettie la mira de frente–. Yo necesito el dinero. No tengo un amigo que me compre cosas.

Di abre la boca, sorprendida.

–¿A ti qué te ha dado? ¿Te has levantado con el pie izquierdo?

Hettie se encoge de hombros. No sabe por qué, pero hoy está molesta con Di. Con el Palais. Con todo. El hombre vuelve con el tíquet en la mano. Hettie lo acepta, se lo guarda en el bolsito y deja que la ayude a salir por la portezuela metálica. Y cuando le sonríe no es mero paripé porque, la verdad, sabe Dios qué les empuja, a cualquiera de ellos, a ir solos al Palais.

Hettie levanta los brazos, abre las manos.

Funciona así: te contratan y bailas. Si eres amable con ellos y les gusta cómo te mueves, te piden otro baile, que significa seis peniques más, y ya está. La dirección se queda la mitad, de modo

que sale a cuenta ser amable.

Las manos del hombre están húmedas cuando la atrae hacia él. Huele a sudor y a sótanos y a ropa que convendría lavar. No podría parecerse menos al hombre del Dalton's.

Ya son dos.

La banda empieza a tocar y ellos se adentran en la pista.

* * *

A las tres la cola casi ha terminado, solo quedan cinco o seis hombres. Evelyn se recuesta en la silla, reprime un bostezo. El primero de la fila la está mirando, dubitativo, moviéndose muy levemente de un lado al otro, como si el suelo se balanceara bajo sus pies.

Neurosis de guerra.

Soldado raso.

–Adelante –dice Evelyn–. Siéntese.

Se sienta en la punta de la silla.

–¿Nombre?

–Rowan.

Evelyn destapa la pluma.

–¿Apellido?

–Hind.

El nombre es tan bonito que deja de escribir. «Hind»: dorado y natural. Evelyn levanta la vista y se descubre mirando con más atención de la habitual, buscando en su rostro una belleza a juego con el nombre. Pero no es guapo: demasiado menudo para el traje, brazo izquierdo en un mugriento cabestrillo, el aspecto de viejo marchito de quienes han llevado una vida al límite. De uno de esos que se alistó por el rancho.

–¿Rango?

–Soldado raso, señorita.

La pluma garabatea el papel. El sol vespertino le calienta la mejilla. Con suerte, para cuando termine todavía quedará luz para volver a casa cruzando el parque.

–¿En qué puedo ayudarle, señor Hind?

–Pasaba por aquí. Y entonces yo… yo…

Evelyn se recuesta. Está acostumbrada: tartamudean, balbucean. Puede ser paciente si se lo propone; puede ser amable. Rowan Hind baja la mirada y se calla un momento. Luego habla:

–Su dedo –dice al verlo.

–¿Sí?

–¿Qué le pasó? –Sus ojos pálidos la miran.

Tiene una curiosa capacidad de persuasión, desarma; Evelyn decide contarle la verdad.

–Fue en una fábrica.

–¿Durante la guerra?

Evelyn asiente.

–¿De municiones?

–Sí.

–Lo imaginaba. –Parece complacido–. Una canaria, ¿verdad? Todavía tiene la cara un poco amarillenta.

–¿Sí?

–¿Le dolió? Tiene que haberle hecho daño.

Evelyn se mira el vacío donde solía tener un dedo y el resto de la mano se cierra en un acto reflejo de protección.

–Sí. Aunque al principio no.

Al principio se rió. Menuda sorpresa: un dedo. Su dedo. Hasta hacía un segundo estaba unido al resto de la mano. El momento extraño, extenso, previo a que la sangre le empapara el delantal, la cara. Recuerda girarse hacia la mujer que trabajaba a su izquierda y ver que también ella tenía la cara ensangrentada. Luego se volvió hacia la máquina, que seguía troquelando, con su dedo dentro, con el tendón blanco aplastado como goma de pegar. Recuerda que alguien gritó. Luego todo se volvió negro. Cuando volvió en sí, estaba vendada y en una ambulancia rumbo al hospital.

Enfrente, el señor Hind asiente.

–Yo también lo he visto. He visto a hombres que perdían un brazo o una pierna, y durante los primeros segundos no sabían ni dónde tenían la cabeza. Si fuera usted soldado –se inclina en gesto cómplice– recibiría una pensión vitalicia.

–Sí. –Evelyn sonríe a su pesar–. En fin.

El hombre de detrás de Rowan remueve los pies.

–¿Tiene alguna queja? ¿Por eso ha venido?

El hombre se lo piensa.

–No –responde–. No es eso.

Evelyn espera a que continúe, pero él se limita a seguir sentado mirándose las manos.

–¿Tiene empleo?

–Trabajo. –Alza la vista–. De vendedor. Sí.

–¿Y cómo le va?

Se lleva el pulgar a la boca y se muerde un pellejo de junto a la uña.

–Es horrible.

Por supuesto que lo es. ¿Le gusta a la gente que llame usted a sus puertas? ¿Señor vendedor ambulante? ¿Pequeño señor Hind?

–Pero tampoco es eso. Es otra cosa.

–¿Sí?

–Quiero localizar a mi regimiento. Quiero encontrar a mi capitán. No sabía por dónde empezar… Y pasaba por aquí y he visto el cartel. Estuve en el 17.º Middlesex durante la guerra, luchando con los hombres de Camden.

–Comprendo. –Coge un trozo de papel de la mesa y busca la pluma. No es su trabajo, pero siempre podría ir al Registro con el pase de empleados. Tiene que poder saltarse alguna regla de vez en cuando–. No creo que sea complicado. Siempre y cuando, claro está, el hombre siga vivo. Anotaré primero su dirección. –Desenrosca el tapón de la pluma.

–Vivo en el número once de la calle Grafton, en Poplar. –Se inclina hacia ella para verla apuntar.

–¿Y su regimiento?

–17.º Middlesex.

Evelyn lo anota.

–¿En qué años sirvió?

–Desde 1916 hasta 1917.

–¿Y en 1917 le dieron la baja por invalidez?

–Sí.

–¿Y dónde lo hirieron?

Duda.

–En el brazo.

–Ya veo. –Espera a que se explique–. ¿No puede moverlo?

–No.

De nuevo, el hombre no añade nada más. Evelyn siente un atisbo de irritación.

–¿Y su capitán?

–¿Sí?

–¿Cómo se llamaba su capitán?

Se le crispa la cara.

–Montfort.

Al principio Evelyn cree que lo ha entendido mal.

–Capitán Montfort. –El hombre se inclina a la espera de que Evelyn lo anote.

Ella mira la pluma que sostiene en la mano, presionando el papel. La tinta corre por los minúsculos valles y depresiones de color gris veteado. Levanta la punta del papel.

–¿Capitán Montfort?

Él asiente.

–Pues lo siento. –Se endereza–. Me temo que no puedo ayudarle.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Aquí solo nos ocupamos de las pensiones. Pensiones y subsidios. No somos una oficina de desaparecidos. –Coge una ficha de un montón, la gira por la cara en blanco, saca un librito de cuero, lo abre y copia una dirección. Lo hace todo con sumo cuidado, muy despacio, tratando de mantener firme la pluma–. Le recomiendo que contacte directamente con el ejército. Le anoto aquí toda la información.

Él mira el trozo de papel que le tiende como si las letras pertenecieran a un alfabeto extranjero.

–Pero –dice, y la mira– me acaba de decir que podía ayudarme.

–Lo siento. Estaba equivocada.

Él la observa sin disimulo. Evelyn cree que sabe que le está mintiendo. Le sostiene la mirada. Él comienza a sacudir la cabeza.

–¿Señor Hind?

Las sacudidas se intensifican, se transmiten al cuerpo hasta que termina moviéndose como un muñeco de una caja sorpresa y contorsiona la cara en una mueca horrible. Pero Evelyn ya ha presenciado ataques similares. Por espantosos que sean, lo único que puedes hacer es esperar. Se clava las uñas en las palmas de las manos y mira para otro lado, al suelo de moqueta marrón y sucia.

–¿Estás bien?

Levanta la vista y ve a Robin justo delante de ella, con la mano en el hombro de Rowan. Por un segundo cree que se lo dice a ella. Luego: «Calma, calma». Habla en voz baja, como si tranquilizara a un animal, acariciando despacio la espalda del otro hombre, más menudo. Al lado de Rowan parece enorme, firme como un roble.

–Ya está. Tranquilo. Ya está.

Poco a poco las sacudidas remiten y Rowan recupera el control, resuella. Robin se aparta un poco para dejarle espacio y crea un triángulo entre Rowan, Evelyn y él. Se mete las manos en los bolsillos.

–¿Estás bien, amigo?

Rowan asiente, con la vista clavada en el suelo.

–Sí, señor. Perdone, señor.

–No te disculpes –dice Robin en voz baja. Mira a Evelyn–. ¿Todo bien?

–Estamos bien –contesta ella, tajante–. Gracias.

–Pues muy bien.

Le lanza una mirada y regresa a su mesa. Evelyn le ve alejarse mientras le hierve la sangre; todos lo intentan, antes o después. Decirle lo que tiene que hacer. Lo odia. Lleva dos años aquí; es la empleada de más antigüedad. Se gira y ve que Rowan la está mirando.

–Usted –dice Rowan. Habla despacio, como si tuviera que empujar las palabras por algo más espeso que el aire–. Se le parece muchísimo.

–¿A quién me parezco?

–Al hombre. Al hombre a quien quiero ver.

–Bueno –responde, acercándole el papel por encima de la mesa–. Aquí podrán decirle si… si el hombre que busca está vivo.

* * *

Cargan el ataúd en la ambulancia militar número 63638. Al lado: seis barriles de tierra, de seis campos de batalla distintos, en total, cien sacos. La ambulancia arranca rumbo al norte por la carretera larga y recta que conduce a la costa. La acompaña una escolta militar: dos coches delante y uno detrás. Cuatro soldados viajan en silencio en cada vehículo, con las gorras en las rodillas.

Aquí, aunque todavía son visibles los estragos de la guerra, la tierra se parece más al campo que en Somme, más al sur. Aquí están comenzando a regresar a las granjas algunos indicios de vida. Aquí, incluso después de todo lo ocurrido, los campos siguen pareciendo campos, tierra donde todavía podría crecer algo.

El convoy pasa junto a un granjero con su arado. El granjero mira a la escolta y la vieja ambulancia rayada. Regresó a la granja el año pasado. Le hirieron en Verdún y perdió un ojo, y lo mandaron de vuelta a casa, secretamente aliviado. Un ojo no parecía un precio demasiado caro por su vida. Pero dejó la granja para instalarse con su suegro en Borgoña tras el avance alemán de 1918, después de que los alemanes aceleraran la ofensiva primaveral y le requisaran la granja, la bodega y las tierras. Después se lo bebieron todo, mataron a las gallinas y se las comieron, aturdidos ante tanta abundancia, chicos que habían estado muriéndose de hambre tras la línea de combate. Se emborracharon tanto que despertaron al granjero, a su mujer y a sus hijos con sus gritos mientras daban tumbos desnudos por el patio, tapándose las vergüenzas con el casco, entre botellas de vino vacías tiradas por el suelo. El granjero supo entonces que se había terminado. Que los alemanes estaban acabados. Que aquellos chicos hambrientos y borrachos habían detenido el avance.

Son algunas de las imágenes que le acompañan de la guerra. Ahora solo quiere que le dejen en paz. Quiere terminar de arar sin tocar ningún resto de artillería que haya quedado por ahí. Conoce a muchos granjeros que han perdido alguna pierna, o algo peor, tratando de sacar partido de sus tierras.

Se pregunta brevemente quién irá en el coche que se acerca: ¿quizá un dignatario extranjero? Pero no le dedica mucho tiempo a la idea. Reanuda el trabajo, encorvado contra la llovizna, contra el cielo gris, pensando en cenar frente al fuego, sentado al lado de su mujer.

* * *

Con un único movimiento limpio y fiero, Ada corta los nudos y el cordel cae al suelo levantando una nubecilla que parece humo.

Arriba de todo están las cartas que Michael les escribió a Jack y a ella, dos montones gruesos, atado cada uno de ellos con otro trozo de cordel anudado. Las saca y las deja en la cama. Todavía no.

Debajo hay una colección menor de postales sueltas. Una es la fotografía de una iglesia. «Albert», dice en la esquina inferior derecha. En lo alto del campanario hay una estatua de una mujer con un bebé, la mujer lo sostiene con los brazos estirados, el bebé pende en el vacío. Al dorso, en la letra de su hijo:

> La mujer es la Virgen María. Lleva inclinada un par de años. Dicen que cuando se caiga, terminará la guerra. ¡Reza para que se caiga cuando vayamos ganando, mamá!

Fue la primera postal que mandó, recién llegado a Francia, en 1917, y desde el día que la recibió, Ada la tuvo clavada con chinchetas en la pared de la cocina. Pero la inquietaba; algo en aquella mujer colgando en el aire, aferrando desesperadamente a su hijo, le recordaba a ella.

Tenía el mismo mapa en la pared que todos sus conocidos; lo habían regalado con el *Daily Mail* y la ciudad de Albert aparecía justo en el centro de la zona británica, marcada en rojo. La rodeó con un círculo. Al menos así se lo podía imaginar en alguna parte, podía mirar la iglesia, ver algo que él también había visto. Además el nombre sonaba perfecto en inglés; Albert, fácil de pronunciar, no como el resto de nombres del mapa: Ypres, Thiepval, Poperinghe. Ada no tenía ni la más remota idea de cómo se pronunciaban.

Revuelve el contenido de la caja. Caen más postales por debajo de la primera: una fotografía de un río y su ribera y gente de picnic vestida de verano. «El Somme», indica abajo. En el dorso de la

postal, Michael ha escrito: «¡Ya no se parece en nada a esto!». Ada se acuerda de lo que hizo cuando esa postal llegó a su puerta: examinó las caras de la ribera, y le alivió comprobar que los franceses no eran tan distintos de ellos.

La última fotografía muestra una calle adoquinada. Hay algo enganchado por detrás. Ada lo despega con cuidado: es una fotografía de Michael. Ahora se acuerda: se la mandó junto con la que tiene enmarcada en el salón de abajo, no mucho después de llegar. Debieron de sacarlas con escasos segundos de diferencia y en el mismo fotógrafo, porque se ve el mismo fondo en las dos, una pared pintada. Pero Michael no sonríe; no se le ven los ojos y los bordes están borrosos, de modo que cuestan distinguir dónde acaba la pared y comienza el uniforme. Ada sabe que su hijo debió de moverse cuando se cerró el obturador y por eso la fotografía salió como salió, pero aun así no le gusta. Le parece que Michael ya está entrando en un futuro donde no existe.

Debajo encuentra tres cartulinas más pequeñas de color marrón claro. Estas postales no están ilustradas y en las tres pone lo mismo, impreso y alineado a la izquierda:

Estoy bien.
Me han hospitalizado porque he caído
{enfermo / herido} y estoy recuperándome.
Confío en que pronto recibiré el alta.
Me mandan de vuelta a la base.
He recibido tu {carta(s) con fecha ..... / telegrama » ..... / paquete » .....}
Escribiré en cuanto pueda.
No recibo carta tuya
{desde hace un tiempo / mucho.}
FIRMA
Fecha .....

Las dos primeras son de junio de 1917, cuando Michael entró en combate por primera vez. Recuerda que no recibieron carta durante más de una semana y luego llegaron esas postales, una al día siguiente de la otra, con todas las frases tachadas menos una: «Estoy bien».

Cuánto la había aliviado recibirlas pese a lo poco que decían.

Cuando por fin publicaron la lista de bajas de su compañía, Ada se abalanzó sobre el periódico y repasó la lista con el dedo, buscando frenéticamente su nombre entre los heridos y los fallecidos. No estaba. Con todo, tuvieron que esperar otra semana para recibir una carta normal. Entretanto leyó e intentó comprender lo que implicaba lo que leía: cincuenta supervivientes de doscientos hombres.

Y entonces supo que lo que había visto su hijo, fuera lo que fuese, lo había llevado a un lugar fuera del alcance de su madre.

En la caja queda otra tarjeta postal de campaña. Con fecha del 14 de septiembre de 1917. Llegó tras dos semanas de silencio. Dos semanas durante las cuales Ada le escribió cuatro veces. Dos semanas durante las cuales, cada mañana cuando llegaba el correo, salía corriendo al recibidor; durante las que Jack entraba en la cocina todas las noches, estrujando el gorro entre las manos, fingiendo que no miraba si había una carta apoyada en la tetera para él. También esta postal dice lo mismo:

> Estoy bien.

Fue la última vez que tuvieron noticias de él: el 14 de septiembre de 1917.

Revisaron la prensa, pero esta vez no se mencionaba a su compañía. Los diarios no hablaban de ninguna acción en la que pudiera haber participado, no contenían ninguna pista.

Al fondo de la caja hay una carta en un sobre marrón pequeño. La saca y la sostiene en las manos. Contiene tanto dentro, y pesa tan poco.

Llegó un lunes de septiembre, un día soleado de finales de verano. Ada estaba tendiendo la colada. Por toda la calle había mujeres fuera, haciendo lo mismo, engalanados los jardines con sábanas blancas. Ada no había oído la tapa del buzón y cuando regresó a la penumbra del recibidor apenas distinguió la forma de una carta sobre el felpudo. Se agachó a recogerla y vio el matasellos oficial y el nombre de Jack impreso en negro. La soltó y volvió afuera.

Lucía el sol, pegaba sobre la blancura de sus sábanas y de toda la ristra de jardines, como si todas las mujeres de Londres se hubieran rendido a la vez. Justo enfrente tenía la conejera que Jack todavía no había reparado. Se quedó mirando el punto donde el alambre hexagonal estaba separado de la madera gris, sin barnizar. Lo había arrancado un zorro hacía años. El gato de los vecinos estaba durmiendo al lado, descansando en un trocito de suelo

caliente, subiendo y bajando la barriga al sol.

Lo siguiente que recuerda es estar de pie en la cocina mientras las sombras se iban alargando a su alrededor, cuando entró Jack. Le tendió la carta a su mujer. Le pidió que se sentara.

–No la abras –dijo ella.

Pero Jack la abrió. Ella observó su cara mientras leía. Sus ojos moviéndose por la página. Paró. Volvió a empezar. Y con esos movimientos insignificantes Ada sintió que su vida, su futuro, se contraían y se derrumbaban.

–No es verdad.

Jack dejó la carta en la mesa. La empujó en su dirección.

Ella miró las manos de su marido, los pelos negros de los dedos.

–Tienes que leerla, Ada.

La cogió.

Estimado señor Hart:

Lamento mucho tener que comunicarle que su hijo Michael falleció el 11 de septiembre por causa de las heridas recibidas.

Atentamente,

———

Ni una palabra más en toda la página. Ni siquiera un nombre, solo una firma al final, pero borrosa, como garabateada con prisas o bajo la lluvia.

–No es verdad –dijo Ada, mirando a su marido–. Lo sabría. No es verdad.

No llegaron más cartas, nada que explicara cómo había muerto su hijo. Jack escribió a la compañía de Michael, pero no recibieron respuesta. Todo el mundo recibía dos cartas. Todos los que habían perdido a alguien. La mayoría incluso más: la carta de alguien que estaba con él cuando murió, de alguien que tenía palabras de consuelo, algún pequeño detalle.

Ada estaba convencida de que habían cometido un error.

Después, durante un tiempo, la gente la paraba por la calle para darle el pésame. Para decirle el orgullo que era para ella, como si la muerte de su hijo la hubiera hecho mejor. Ada se limitaba a dejarlos hablar hasta que seguían adelante. No sacó el vestido de luto, guardado en un arcón a los pies de la cama, doblado con bolas de naftalina y papel de seda; el vestido que se había puesto por última vez por su madre, hacía veinte años.

Entonces, en el invierno de 1918, una vez terminada la guerra, los chicos comenzaron a volver a casa. De repente estaban por todas partes, pululaban por las calles con sus trajes de desmovilizados y sus abrigos de quince chelines. Era como si en

Francia hubieran hecho un truco de magia a la inversa, como si en lugar de morir allí hubieran florecido en los campos cenagosos, hubieran vuelto a criarse en sus fértiles suelos. La prensa iba plagada de historias, de milagros: chicos que se habían escondido tras las líneas enemigas y habían regresado a casa a pie; chicos que ni siquiera sabían que la guerra había terminado, pero se habían plantado en el jardín trasero harapientos y sucios a la hora del té.

Fue entonces cuando lo vio por primera vez: al borde de un grupo reunido en una esquina, de espaldas. Ada se acercó; el chico se dio la vuelta, no era él y ella salió corriendo, sudada, temblorosa. Luego, a los pocos días, lo vio cogido del brazo de una chica en el parque. Salió tras él, lo llamó. No era Michael. Le pasaba constantemente. Salía corriendo tras él y se paraba al descubrir que era otra persona, alguien de la misma altura, con la misma forma de ladear la cabeza o el mismo color de pelo. O sencillamente perdía de vista al chico que estaba persiguiendo.

A menudo, durante las noches de insomnio, dejaba a Jack durmiendo y se metía en la cama de su hijo, se acostaba en el estrecho colchón del cuarto también estrecho, con las paredes empapeladas con fotos de fútbol. Empezó a verle allí. Se despertaba y estaba con ella, sentado en la cama. Ada no se sorprendía. Hacía ademán de tocarlo, pero él la detenía levantando la mano. A su alrededor se movían sombras.

–¿Quiénes son? –le preguntó Ada.

–Chsss… –Michael se llevó el dedo a los labios y sonrió–. No te preocupes, mamá, no pasa nada. Solo están muertos.

Un día, en las postrimerías del largo invierno de 1918, se presentó un médico en casa. Le puso una inyección, Ada notó un pinchazo en el brazo. Cuando volvió en sí estaba de vuelta en el dormitorio que compartía con Jack, y este estaba sentado en una silla en el rincón. La luz era clara y fría. Jack se acercó y la ayudó a levantarse.

–Vamos allá –dijo Jack.

No le preguntó.

De bajada pasaron frente al cuarto de Michael. La puerta estaba abierta, la habitación vacía. Solo quedaban los huecos y las marcas oscuras de los bordes donde antes colgaban las fotografías de futbolistas, solo las minúsculas motas de la pasta de agua con harina con que las pegaba. Ada miró la habitación y luego miró a su marido.

–¿Y sus cosas? –Le pareció que la lengua no le cabía en la boca.

–Guardadas. –Tenía expresión culpable pero firme, apretaba la

mandíbula.

Entonces Ada le odió, pero incluso el odio le pareció distante, como si lo sintiera otra persona, cercana pero inalcanzable, como atrapada detrás de un cristal.

Se oye un ruido en la planta baja. La puerta trasera al abrirse. Jack entra en la cocina.

Ada recoge las postales de cualquier modo. El cielo se ve negro al otro lado de la ventana.

–¿Ada?

La carne, se la ha olvidado en la tienda. La comida que quería preparar. El día ha volado. ¿Adónde ha ido? Guarda las cartas al fondo de la caja, pero deja fuera las oficiales, se las mete en el bolsillo del delantal. Intenta volver a anudar el cordel, pero tiene los dedos torpes y no lo consigue y Jack ya está en las escaleras. Devuelve la caja al armario, lo cierra a toda prisa. Y Jack abre la puerta, Ada se gira, se alisa el peinado.

–¿Qué haces?

–Nada… Limpiaba.

–¿Aquí?

Le mira las manos vacías, después otra vez a la cara.

–Sí… Hacía meses que no entraba, así que… He pensado entrar por si hacía falta algo. –El corazón le late acelerado.

–¿Con qué estabas limpiando?

–Todavía con nada. Estaba… a punto de empezar.

Se sonroja hasta la punta del pelo.

Jack revisa la habitación con la mirada, ve la cama, las tijeras encima.

–Yo la veo bien.

–Sí. Está bien.

Ada pasa por el lado, coge las tijeras y baja apresuradamente, agradeciendo el frío y la penumbra de la cocina. Oye los pasos de Jack en la planta de arriba. Escucha cómo camina por el cuarto de su hijo. Diría que está de pie junto a la ventana, mirando afuera. Los pasos giran, dudan. ¿Abrirá el armario? ¿Verá que ha movido la caja? Ada no se atreve ni a respirar. Pero los pasos vuelven a cruzar el suelo de la habitación, luego salen y bajan las escaleras. Ada se apoya en el fregadero.

–Qué oscuro.

Jack entra en la cocina por detrás de ella.

–Sí.

Ada enciende el gas con una cerilla. La luz amarilla lame las paredes.

–¿No hay nada de comer?

–Lo siento. Eh… Se me ha olvidado.

–¿Se te ha olvidado?

–Perdona –dice, volviéndose a mirarle.

Veinticinco años. Espera a que Jack diga algo, a que mencione la fecha. Pero no lo hace.

–Pues voy por una ración de pescado –dice por fin, con calma–. ¿Te apetece?

Ada asiente, derrumbada.

Jack le da un golpecito a la gorra y se la pone.

–Entonces hasta luego.

Ada le ve marcharse. Se desploma en una silla. Piensa en la carne, abandonada en el mostrador con el chico del carnicero. ¿Qué habrá pensado de ella al verla salir corriendo? Hunde la cabeza entre las manos.

Una loca, una vieja.

Que persigue fantasmas.

Que grita por la calle el nombre de su hijo muerto.

* * *

La ambulancia de campaña que transporta el ataúd pasa junto a los soldados británicos y franceses que llenan las calles de Boulogne. Cruza las puertas de la ciudad vieja, luego sube la empinada colina con vistas al puerto, salva el puente que conduce a la entrada fortificada del castillo y después pasa bajo el gran arco de piedra y se detiene en el patio, aplastando gravilla con los neumáticos.

Ocho soldados cargan con el ataúd por los pasillos serpenteantes del viejo castillo, dejando atrás a varios soldados franceses, hasta el comedor de los oficiales, en la antigua biblioteca, donde se ha instalado una chapelle ardente*, una capilla ardiente provisional. La sala está decorada con banderas y palmas, flores y hojas otoñales alfombran el suelo de amarillo, naranja y rojo.*

Una guardia de soldados franceses se acerca a velar el cadáver. Todos pertenecen al 8.º Regimiento, todos acaban de recibir la Legión de Honor por méritos de guerra. Se encienden velas. Los soldados flanquean el ataúd con los fusiles apoyados en el hombro. Uno de ellos, un veterano de treinta años, mira fugazmente el ataúd antes de clavar la vista en el suelo. Es una caja tosca y sencilla. No corresponde a un funeral de Estado. Se pregunta si tanta mesura será algo típico de los

británicos.

Los británicos que conoció en la guerra eran unos tipos curiosos, estaban chalados. Hubo uno en particular que no olvidará jamás. Lo conoció una noche en un bar, justo detrás de la línea del frente. El inglés estaba comiéndose un huevo con patatas fritas. Es lo que pedían todos, todo el tiempo, con esas voces suyas tan raras y contundentes; no querían otra cosa: ¡huevo con patatas! ¡Huevo con patatas! Este en particular era bajo y fornido. Cuando el soldado francés se sentó enfrente de él con la cerveza y el inglés alzó la vista, el primero supo, sin hablar, lo que no tardarían en hacerse el uno al otro. Y lo hicieron: detrás de una iglesia en ruinas, junto a lápidas antiguas, con la tripa llena de cerveza y fritos.

Después, recuerda el francés, el chico se derrumbó y lloró. Y el francés supo que no era por lo que habían hecho, en realidad no, sino por todo lo demás. Y se abrazaron entre las piedras ruinosas hasta que los pájaros cantaron y un sol blanco asomó entre los restos de la iglesia.

Fue en junio de 1916, justo antes del Somme.

El soldado francés se queda mirando al suelo, que centellea iluminado por la luz de las velas. Mira las hojas, las flores que yacen a sus pies.

* * *

Evelyn mete sus cosas en la cartera, preocupada. Robin ha hablado con ella al marcharse y ella le ha replicado, pero ahora que se ha ido ya no recuerda nada de lo que se han dicho. Se ha olvidado incluso de enfadarse con él por lo sucedido antes, por inmiscuirse en el asunto de Rowan Hind. Apaga las luces y se queda un momento de pie, mirando afuera. Por la ventana, el cielo del anochecer, que se veía negro con las luces encendidas, todavía es de un azul intenso, cada vez más oscuro.

Capitán Montfort.

Evoca la cara del hombre al pronunciar el nombre. Parecía asustado. Muchos hombres parecen asustados a diario. ¿Por eso no ha querido ayudarle?

Se pone el sombrero y el abrigo y recorre el pasillo a oscuras, sale a la calle y saca las llaves para cerrar la puerta.

–¿Evelyn?

Evelyn da un brinco y grita, suelta las llaves, se lleva la mano al cuello. Robin está en la penumbra de la puerta, a su lado.

–Por Dios, me has asustado.

–Perdona. No era mi intención.

Se agacha a por las llaves del suelo. Evelyn comprende que intenta recogerlas.

Se agacha y las coge ella. La cara de Robin se ve pálida con tanta oscuridad.

–¿Y bien? –pregunta al final Evelyn–. ¿Qué pasa? ¿Te has olvidado algo? ¿Tienes que volver a entrar?

Cada vez hay menos luz. Evelyn quiere llegar al parque antes de que cierren. Se pasa las llaves entre los dedos sin tratar de disimular su irritación.

–Quería preguntarte una cosa.

–¿Qué?

Robin da un paso adelante.

–Eh… Suelo salir a bailar por la noche y… me preguntaba si… Bueno… –Se endereza cuan alto es, levantando la cara por encima de Evelyn–. En pocas palabras, me preguntaba si querrías acompañarme. El jueves toca un grupo de dixie bastante bueno. Es el Día del Armisticio. Se me ha ocurrido celebrarlo. Hacer algo especial. Menos aburrido.

Evelyn da un paso atrás.

–No. Gracias, Robin.

–Oh. –Parece que se queda sin aire–. ¿Tienes otros planes?

Evelyn hace un gesto con la mano que no la compromete a nada.

Él le da vueltas al sombrero entre las manos.

–Pues ¿quizá otro día?

–Quizá.

Se produce un silencio.

–Bueno. ¿Puedo…? –Señala hacia el metro–. ¿Vas…?

–No. Voy a pie.

Se calla antes de mencionar el parque. No quiere que la acompañe con esa pierna, que se desvíe de su camino. Cae en la cuenta de que no tiene ni idea de dónde vive, de que prácticamente no sabe nada de él.

Robin asiente.

–Bueno, pues mañana.

–¿Mañana?

–Digo que hasta mañana –dice, y da media vuelta.

Evelyn se abrocha el abrigo hasta el último botón.

–¿Robin?

–¿Sí? –Vuelve a girarse, otra vez con expresión expectante.

–En el futuro, te agradecería que no te entrometieras.

–¿Cómo dices?

–El caso de neurosis de guerra. Lo tenía controlado.

–Ah. –Se acerca un paso–. Lo siento. Lo aprendí en Francia. A veces… bueno, funciona.

–Preferiría que no probaras tus métodos en mi turno.

Silencio. Junto a ellos, en la acera, se ve cada vez más gente que vuelve a casa al anochecer.

–Por supuesto. –Robin asiente–. Perdona. Hasta mañana, pues.

Evelyn da la vuelta y echa a andar hacia la calle principal, en dirección contraria, feliz de alejarse de Robin, de dejarse engullir por el gentío. Empuja contra la marea que va al metro y gira a la derecha, hacia Parkway. *¿Robin?* Invitándola a bailar. Casi da risa. Quizá se haya limitado a ser amable, a apiadarse de ella. O quizá lo tuviera todo planeado, una reunión de atormentados: podrían arrastrarse torpemente por la pista de baile, ella le hablaría del dedo que le falta y él de la pierna que no tiene. *¿Bailar?* Hace años que no baila. La idea le parece casi obscena.

Cuando llega a la entrada del parque hay menos gente por la calle. La verja está abierta. Se supone que cierran al anochecer, pero anochece una hora antes desde que hace dos semanas retrasaron los relojes. Aunque no se ve al guarda por ningún lado. Una vez dentro, Evelyn respira a grandes bocanadas ansiosas, con la mirada ávida de los últimos rayos de luz, subiendo a toda prisa la colina, contenta de moverse tras pasarse todo el día sentada, balanceando las manos, notando cómo se le activa la sangre, cómo se le acaloran las mejillas.

El corazón le da un brinco cuando alcanza la cima y descubre que su banco está vacío y que, salvo algunos dueños que pasean al perro a los pies de la colina, no hay ni un alma. Más abajo, en uno de los numerosos senderos que entretejen el césped, el farolero se mueve despacio, dejando un rastro de pequeños fuegos amarillos tras él. Nubes bajas se echan carreras por el cielo plomizo. A pesar del frío, Evelyn se quita los guantes y apoya las manos planas en la tosca madera del banco.

Aquí es donde se sentaron, Fraser y ella, bajo un cielo abrasador, hace tres años y cuatro meses, el 7 de julio, a las tres de la tarde; la última hora que pasó con él en este mundo.

Fraser le había escrito a finales de junio de 1917. Le habían concedido diez días de permiso en casa, los primeros desde hacía diez meses. Era afortunado. Se habían anulado muchos permisos. Se avecinaba algo importante. Tendría que ir a Escocia a visitar a la familia pero, dependiendo de los trenes, todavía le quedarían los dos últimos días.

«Pensar en Londres, lleno de caqui por todos lados, desanima casi tanto como esto. ¿Podríamos ir a algún sitio? ¿A algún lugar más verde? Que ninguno de los dos conozcamos. Quiero sentarme en un prado contigo a mi lado y ver solo verde.»

Por entonces Evelyn trabajaba en un despacho por encima del Strand contrastando listados de mercancías de los muelles con los pedidos del gobierno, y se moría de aburrimiento. El colega más cercano era una mujerona sudorosa de la mesa siguiente que llegaba a diario desde Horsham y que charlaba básicamente de los pequeños ajustes del servicio ferroviario por culpa de los cuales llegaba siempre tarde. El día que recibió la carta de Fraser, a la hora del almuerzo Evelyn salió a comprarse un mapa en Stanford's y lo escondió bajo las órdenes de envío para que nadie lo viera. Después dedicó toda la tarde fétida a analizarlo, mientras las moscas chocaban con las ventanas, seis plantas más arriba.

Revisó el mapa en busca de algo solo verde y eligió un pueblo al azar, entre Londres y Hastings, en la línea de Victoria. En el mapa aparecía rodeado de campos y con una mancha azul oscuro, un lago o un embalse, del tamaño más o menos de la uña del meñique. Quizá, pensó, podrían nadar un poco.

Cuando llegó el día, hacía bochorno. Lejos de escapar de los uniformes, el tren iba repleto de hombres con sus novias de camino a la playa. Fraser había llegado temprano esa misma mañana, en el tren de Edimburgo, con el tiempo justo para cruzar Londres y reunirse con ella. Evelyn casi se lo pasa de largo en la estación. Él la agarró del brazo y ella se paró, estupefacta. No le reconoció. Aparentaba diez años más, el agotamiento lo había vaciado. Al instante, Evelyn comprendió que su plan era ridículo. Ojalá hubieran decidido quedarse en casa.

Fraser durmió todo el trayecto, cabeceando sin parar. De vez en cuando llegaban restos de algún sonsonete y él se despertaba sobresaltado, con expresión asustada y confusa, y luego la veía a su lado y le apretaba la mano y sonreía, y volvía a dormirse. Evelyn sacó un libro de la bolsa e intentó leer, pero las letras se embrollaban. Había algo de desesperada en la jovialidad forzada del vagón cargado de humo, del olor acre del caqui y los cuerpos y el calor. La ventanilla estaba cerrada, atascada, y el tren se paraba todo el rato entre estaciones sin razón aparente. La impacientó todavía más que la retuvieran así, en plena campiña, con la exuberancia del follaje aplastándose contra las ventanillas, le pareció impactante, siniestro, el verano en todo su esplendor inconsciente.

Al llegar a la pequeña estación que habían elegido despertó a Fraser y se apearon del tren, que arrancó entre una nube de humo y vapor dejándolos a los dos mirándose en silencio, convertidos de pronto en dos desconocidos a la deriva.

Fraser sacó un cigarrillo y lo encendió.

–Estaba soñando –dijo, por fin.

–¿Sí? ¿Con qué? ¿Me invitas a uno?

Le pasó el cigarrillo y se encendió otro para él.

–No estoy seguro. –Se protegió los ojos y atisbó al otro lado de las vías, donde los campos se extendían hasta donde alcanzaba la vista–. Algo malo, creo.

El trigo estaba alto. El sol estaba en su cénit. El aire estaba a la temperatura de la sangre. Fraser era alto, pero parecía encogido bajo la fuerza del sol, empequeñecido, Evelyn nunca lo había visto así. Tenía el terrible presentimiento de que iba a pasarles algo, allí, en el campo; que no podría salvarlo si ocurría cualquier cosa.

–No hemos traído agua –dijo Evelyn.

Inútil. ¿Cómo habían salido al campo sin agua? ¿Ni comida? Había tenido días para planearlo. ¿En qué había pensado tantos días? Ahora estaban en la campiña, no iban preparados y estaba a punto de sucederles algo terrible, y salir al campo era lo único que Fraser había dicho que quería hacer.

–Bueno –dijo él, mirándola con una sonrisa–, al menos si muero de sed no tendré que volver a Francia.

Mientras salían de la estación, Fraser la cogió de la mano y bajaron juntos por una colina, dejaron atrás un pequeño grupo de casitas de ladrillo con los jardines rebosantes de flores estivales. Un gato dormitaba a la sombra de un árbol. A lo lejos, las campanas de una iglesia tocaron los cuartos. Al pie de la colina giraron por un sendero donde los árboles se tocaban formando un dosel. Solo se oían sus pasos por la tierra fría del camino.

Estaban callados, pero la mente de Evelyn no paraba. Siempre pasaba lo mismo: después de tantas cartas, tenías la presencia física real ante ti y no te comunicabas.

Cribó diversos temas y los descartó. Imposible preguntar por Francia. Pensó que debería interesarse por Escocia, por sus padres, por la vuelta al hogar, pero no se le ocurría por dónde empezar.

–¿Saco el mapa? –dijo al final–. Está en la bolsa.

Al menos lo había traído.

Cuando se volvió hacia ella, Fraser parecía distraído, como si Evelyn hubiera interrumpido algo importante.

–No –dijo, negando con la cabeza–. Mejor seguimos paseando.

Subieron la colina. El dosel de árboles clareó y cada vez que se levantaba algo de brisa, las hojas de lo alto se separaban y de pronto el sol moteaba el suelo. Al cabo de un rato llegaron a un hueco entre los árboles desde el que pudieron contemplar la campiña, y a Evelyn se le cayó el alma a los pies: aquellos prados no eran verdes. Eran amarillos y sosos y estaban sembrados de trigo.

–Yo… –No pudo acabar.

Fraser no estaba mirándola; se cubría los ojos con las manos.

–Mira. –Fraser señaló.

Evelyn siguió el dedo hasta un bosquecillo de una ligera elevación y se encaminaron hacia allí. Como no cabían uno junto al otro avanzaron en fila india, Evelyn iba detrás. De vez en cuando Fraser miraba a izquierda o derecha como si fuera a aparecer algo entre el trigo. Al final llegaron al bosquecillo y se sentaron a la sombra achaparrada de un roble. Él dobló las piernas y apoyó los codos en las rodillas, con la vista fija en el paisaje, que descendía un poco más allá de donde estaban. Parecía algo más relajado desde que estaban en un terreno elevado, y se encendió otro cigarrillo. Evelyn buscó uno para ella en el bolsillo de la chaqueta. En los campos de más abajo los pajarillos aceleraban y se lanzaban en picado. Comenzaba a dolerle la cabeza del calor.

–Lo siento.

Fraser la miró.

–¿Por qué?

Le vio tan agotado que se le hizo un nudo en el estómago.

–Por esto. –Evelyn abarcó el campo con un gesto del brazo–. Es un poco… –Arrugó la nariz.

Él miró a donde le indicaba y asintió.

–¿Podemos volver?

–¿Adónde?

–A Londres.

–¿Ya?

–Sí.

–Pero ¿por qué? –Notó su voz más aguda, como la de una niña.

–Porque esto es un error.

–Lo siento –repitió.

–No. No es culpa tuya. Es solo que… estoy muy cansado. ¿Volvemos, por favor?

–¿Yo también soy un error? –Las palabras se le escaparon sin tiempo para reprimirlas.

Fraser siguió contemplando el valle, como si contuviera algo

que no terminara de captar, como si se esforzara por distinguir algo a lo lejos.

–No me preguntes eso –dijo al final–. No es justo.

Evelyn sintió ganas de llorar, notó las lágrimas subiéndole por el pecho. Dio una calada honda para obligarlas a bajar.

Esa noche, de vuelta en Londres, se acostó junto a él, despierta, con el peso de Fraser dominando la estrecha cama. Él había dormido durante todo el trayecto de regreso, y luego otra vez en cuanto se había tumbado en el piso, y había dormido toda la tarde, larga y calurosa, y cuando la tarde dejó paso a la noche y el cielo se tornó azul marino siguió durmiendo. Pero Evelyn estuvo en vela toda la noche y cuando comenzó a clarear se levantó y se acercó a la ventana abierta a escuchar a los pájaros. Cuando el sol ya llevaba un rato en el cielo, oyó que Fraser se removía en la cama.

–¿Evie?

Siguió de espaldas a él. Era temprano, pero ya apretaba el calor. Dos niños jugaban en la calle, sus voces agudas, finas, se elevaban por el aire en calma.

–¿Evie?

Se volvió.

–Ven aquí. –Fraser estaba apoyado en los codos. Tenía la expresión relajada, descansada de dormir. La almohada le había marcado arrugas en la mejilla–. Ven aquí –repitió–. Lo siento, Evie. Por favor.

Una brisa de la ventana abierta le rozó la nuca. Evelyn cruzó la habitación. Él le tendió una mano, pero ella no se acurrucó entre sus brazos, sino que volvió a la cama y refugió las piernas y se ovilló, con la cara a escasos centímetros de la de él.

–Lo siento mucho –insistió Fraser, apartándole el pelo de la frente y recogiéndoselo tras la oreja.

Evelyn vio el brillo del sudor que se había juntado en la pequeña depresión del labio superior. Lo tocó con el dedo y luego se metió el dedo en la boca. Sabía salado; a la acidez de dormir. Entonces él la besó en las mejillas, primero una y luego la otra, y le desabrochó la camisa del pijama y la apretó contra su pecho. Luego la agarró por la nuca y se la acercó.

–¿Te parece bien? –preguntó Fraser.

–Sí.

Luego Evelyn recostó la cabeza en su pecho. Por encima oía chisporrotear el papel del cigarrillo cuando Fraser daba una calada.

El sol comenzaba a entrar en el cuarto, a tocarle y calentarle las piernas, las plantas de los pies, y los sonidos de la mañana subían desde la calle, como viaja el sonido en verano: percutiendo, como si la ciudad fuera una batería tensada por el calor.

Luego salieron, fueron al parque, y subieron por la colina hasta este banco. Faltaban dos horas para que tuviera que coger el tren. Fraser cerró los ojos y ella los observó, se movían bajo los párpados, las ojeras ya no eran tan negras.

–¿Sabes una cosa? Los soldados… –dijo Fraser–. A veces me parecen ridículos.

–¿Por qué?

–Porque creen en cosas. –Abrió los ojos lentamente y la cogió de la mano–. Incluso después de lo que han pasado. La mayoría sigue creyendo en Dios. Todos creen en la vida del más allá. Camino entre ellos por las noches y sé que ninguno cree que vayan a matarlo. Ni uno. –Repasa con la yema del dedo la línea que le cruza la palma de la mano–. Leen la buena ventura.

Algo dentro de Evelyn se tensó.

–¿Sí? –Intentó poner voz despreocupada–. Y… ¿tú?

–¿Qué?

–¿Alguna vez has ido a que te echen la buena ventura?

–No –respondió, cobijando su mano en la de ella.

Pero Evelyn sabía que mentía.

Les rodeaba un paisaje endurecido por el sol, el verde amarillento del verano londinense. El sol estaba en lo más alto. Evelyn notaba a Fraser a su lado, y también dentro de ella, su recuerdo, el recuerdo de haber compartido la cama hacía escasos momentos como si todavía estuvieran allí: el peso de Fraser, el roce de su mejilla con la de ella. Su boca.

–¿Tú piensas lo mismo? –preguntó al final–. ¿Que no te matarán?

–Esa es la cuestión –respondió con una pequeña risa–. Que en el fondo soy igual que ellos.

Le apretó la mano y Evelyn sintió que la recorría la vida que él llevaba dentro.

Y permanecieron sentados bajo el sol de julio y el olor del verano y los insectos y los pájaros y el aire repleto del zumbido, de los murmullos de la vida.

–Billy, Billy.

Evelyn abre los ojos. Tiene las manos heladas. Se ha levantado

viento y arrastra las nubes del cielo. Un perrillo le olisquea los tobillos y ladra. A su espalda, el dueño lo llama, su voz suena aguda y débil por el viento.

–Bil-ly. Venga, chico. Hora de irse.

El perrito se aleja correteando y Evelyn se levanta y pisotea el suelo para activar la circulación. Es casi de noche. Apoya una vez más la mano en el banco, toca la madera basta con la palma; luego da media vuelta y comienza a bajar.

A media colina se detiene, para en seco asaltada de nuevo por el recuerdo de Rowan Hind.

«Quiero encontrar a mi capitán.»

«Capitán Montfort.»

¿Qué quería de su hermano?

Siente una oleada de culpa mareante. La reprime. Seguro que hay más de un capitán Montfort. Si ayudara en cada caso perdido y sin esperanza que se le planta delante, jamás tendría un momento para ella.

* * *

Cuando los clientes se han marchado, cuando Hettie, Di y el resto de los bailarines han escuchado con la espalda recta bajo el escrutinio de Grayson («¡Nada de encorvarse mientras suena el himno!») cómo la banda toca los últimos acordes de «Dios salve al Rey», cuando el reloj ha tocado las doce, los bailarines por fin, por fin, pueden irse a casa.

–¡Se acabó, caballeros! –grita Simon Randall en cuanto las puertas dobles de la pista se cierran tras ellos y quedan a salvo de la mirada de Grayson. Algunos chicos se ríen y se empujan–. Ojalá… Qué no daría por una pinta de cerveza.

Las chicas desfilan cansinamente hacia el vestuario, se ponen chaquetas, suéteres, abrigos, guardan los zapatos de baile en sus bolsas. A estas horas de la noche charlan poco.

–¿Cuántos? –pregunta Di.

–Veinte. –Hettie se desploma en el banco de madera. Nueve por la tarde y once por la noche. No está mal para un doble turno en lunes–. ¿Tú qué tal?

–Veinticuatro.

Hettie se encoge de hombros. Rara vez gana a Di.

–Mañana, fiesta –dice Di.

Hettie reúne fuerzas para asentir mientras se agacha a desabrocharse los zapatos de baile y frotarse los pies.

Di está ajustándose el abrigo, enrollándose la bufanda al cuello.

–Pues ¿qué? ¿Te apetece acompañarme por el mercado?

–Esta noche no. –Hettie niega con la cabeza.

–¿Het? –Di se sienta a su lado; la preocupación arruga su cara pálida y preciosa–. No estarás enfadada conmigo, ¿verdad?

Hettie alza la vista. ¿Cómo explicarlo? Se siente un poco vacía. Es desde el sábado. Está claro que Di avanza hacia el futuro mientras que ella sigue varada. Vete a saber si Di se quedará mucho tiempo más en el Palais.

–No. –Niega con la cabeza–. Estoy… cansada.

–¿Pasas a buscarme mañana? –Di se levanta–. Podríamos ir de compras.

–Muy bien.

–Bueno, pues adiós.

Di se pone el sombrero y se marcha con otras chicas, sus voces rebotan en el corredor y salen a la noche. Hettie permanece en el banco un minuto sin moverse, con la vista fija en las baldosas sucias del suelo. Esta noche está de capa caída. Cualquier lustre que pudiera habérsele pegado el sábado se ha desvanecido.

Es la última en marcharse, apaga las luces y avanza por el corredor a oscuras hacia donde la luz de Graham ilumina un trocito de suelo. Está a punto de pasar de largo sin detenerse, pero se acuerda de la paga y asoma la cabeza por el hueco de la ventanilla. Graham está dentro, de espaldas, ordenando papeles.

–Buenas noches, Graham.

–¡Hettie! –Se gira, sonriente–. ¡Creía que te me habías escapado! Ten. –Busca en el bolsillo y le regala una pastilla para la tos–. Nos vemos en casa. –Guiña un ojo.

Al ver la pastilla, a Hettie se le revuelve el estómago.

–No, gracias. –Se la devuelve–. Guárdatela. Hoy no me apetece. ¿Tienes mi sobre, por favor?

Graham se vuelve hacia el casillero de madera.

–A ver… Burns. Aquí está.

Lo saca y se lo pasa.

–Gracias, Graham.

Hettie toquetea el sobre marrón. Contendrá tres billetes de diez chelines. En la mesa de la cocina esperarán quince chelines dentro de media hora.

Se dispone a marcharse, pero Graham levanta un dedo.

–Espera un segundo. Se me olvidaba una cosa.

Hurga un momento en el bolsillo y saca un papel doblado por la mitad.

–Te lo han traído antes –dice, empujándolo a través de la ventanilla.

Hettie se queda mirando el papel doblado sin tocarlo. Lo primero que se le ocurre es que es peligroso. O mortal. O de su padre. Las desgracias golpean rápido.

–Parecía un tipo agradable –dice Graham, guiñando un ojo.

–¿Quién? –Le mira.

Graham se encoge de hombros y Hettie abre la nota.

> Estoy pensando en reventarte la tapadera.
> Chantaje inminente.
> ¿Quedamos para acordar las condiciones?
> ¿En el Dalton's? ¿El martes? ¿A las diez?

–¿Quién ha sido? –Se inclina hacia Graham con las manos temblorosas–. ¿Han venido hasta aquí?

Graham niega con la cabeza.

–No. Han telefoneado.

Hettie vuelve a mirar el papel.

«Estoy pensando en reventarte la tapadera.»

¿Di? ¿Una broma?

Pero Di no lo vio. Di no lo conoce. Di no sabe cómo habla.

«Chantaje inminente.»

Hablaba así.

–Muy pijo. Muy educado. Ha preguntado por Hettie y si le podía dejar un mensaje. –Arruga la cara, preocupado–. Espero no haberte molestado, cielo.

–No –responde ella, negando con la cabeza y sonriendo–. No me has molestado. De verdad. Para nada. –Y se inclina y le da un beso en la mejilla curtida y con olor a pipa–. ¡Gracias, Graham!

–Caramba. –Sonríe–. A ver si mañana cae otro igual.

–Buenas noches.

–Hasta luego, cielo.

Hettie prácticamente va dando brincos por el corredor y sale por la puerta al cielo abierto y sin nubes, solo se ven las estrellas, dispersas como si las hubiera arrojado una mano generosa.

«Estoy pensando en reventarte la tapadera.»

Nadie sabe que habla así.

Y ahí está, en el aire nocturno; lo saborea. El futuro ha salido a su encuentro por fin, le cosquillea en la lengua como un granizado.

* * *

Cuando llega a casa, Evelyn está helada. A duras penas consigue meter la llave en la cerradura. El piso está silencioso y vacío. Se arrastra escaleras arriba, decepcionada. Doreen habrá vuelto a salir con su amigo. Ya casi no se ven. Solo se dejan notas: «¿Carbón? Diez chelines. ¡Tu parte!». O: «¿Leche? ¿Dos botellas? ¡Han desaparecido!».

Se tumba en la cama con las manos en los bolsillos de su viejo abrigo, demasiado cansada para encender el fuego, demasiado helada para moverse. Se queda mucho rato así, con las ramas de los árboles de fuera proyectando extrañas sombras sobre el techo y la única luz del resplandor amarillo de la farola de la calle, escuchando los ruidos de la noche multiplicarse y remitir: la cadena del lavabo del piso de al lado, una pareja que pasa a toda prisa cuchicheando hasta que la mujer se ríe de repente, feliz, y luego un taxi, que se detiene lo justo para dejar a alguien y luego da media vuelta.

Se coloca de lado, apoya la cabeza en la mano. Vuelve a ver a Rowan Hind, casi como si estuviera con ella en la habitación: su rostro pequeño, su cuerpo agitándose. El brazo que le cuelga inútil.

Capitán Montfort.

¿De verdad buscaba a su hermano?

¿Qué interés puede tener un soldado en un capitán después de tanto tiempo?

Se acerca a la chimenea y rastrilla los restos de carbón, se sopla en las manos para calentárselas, luego hace unos rollos de papel apretado y los cuela por la rejilla. Junto al cubo del carbón hay un montoncito de ramitas y coloca unas cuantas sobre el papel. Mientras el fuego prende, se enciende un cigarrillo, abrazándose las rodillas, sin quitarle ojo a las llamas.

Se enteró por una carta breve y simple del padre de Fraser. Como no estaban casados no le habían dicho nada, puesto que no era su pariente más próximo.

Pero Fraser les había hablado de ella. Les había dejado su dirección por si pasaba algo. Lamentaban mucho no haberla conocido. Lamentaban mucho que ese fuera su primer contacto. Quizá podrían verse otro día.

Dos semanas. Dos semanas durante las cuales Evelyn había creído que el mundo todavía contenía a Fraser, durante las cuales le había escrito cartas sentada en el despacho viciado con la mujer de Horsham, con el recuerdo de él ayudándola a aguantar mientras seguía con su vida.

¿Cómo era posible? ¿Por qué ningún instinto la había obligado

a parar?

O sea que es así.

Pero no se parecía a nada; se sentía entumecida, como si por algún truco de magia hubiera salido de su cuerpo y se observara desde fuera. Volvió a leer la carta intentando concentrarse en cada pequeño detalle.

Al principio, puesto que no se encontró el cadáver…

Apartó la vista. Lo pensó. *No se encontró el cadáver…*

Volvió a mirar la carta.

Al principio, puesto que no se encontró el cadáver, mantuvimos la esperanza.

Pero luego recibimos dos informes de su compañía: Se le había visto avanzando y luego explotó un proyectil a su derecha. Cuando se despejó la nube, él había desaparecido.

¿Desaparecido? ¿Qué significaba eso? ¿Cómo podía desaparecer? Le entraron unas ganas extrañas de reír. Comenzó, pero luego la risa se cortó. Esperó a que la reemplazara otra cosa, pero no pasó nada.

Avanzar.

Desaparecer.

Ya no tener cuerpo.

Estás ahí y al instante siguiente sales volando a los cuatro vientos.

Sentían muchísimo, escribieron, *que no hubiera cadáver. Que no pudieran enterrarlo. Pero confiaban en que, con el tiempo, tendrían un sitio al que ir.*

Fueron muy amables. Como si fuera culpa de ellos que su hijo hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

Evelyn levantó la vista hacia las cosas que la rodeaban: el paragüero con el paraguas roto dentro, la mesa con los arañazos de cuando Doreen y ella la golpearon contra la puerta del recibidor al entrarla. Todo estaba como siempre y también cambiado; y entonces comprendió perfectamente a lo que se refería Fraser. Aquí nada era real.

Evelyn tenía que conseguir ser real.

Al día siguiente fue a la fábrica de municiones y pidió trabajo. Le dijeron que podía empezar fabricando casquillos el lunes. Le entregaron el uniforme en el acto.

DÍA TRES

Martes, 9 de noviembre de 1920

Fuera, la lluvia cae silenciosamente, los restos de hojas muertas amortiguan el golpe. Ada está despierta, pensando en su hijo. En dónde yacerá en Francia y en si allí también estará lloviendo.

Jack se mueve a su lado y ella cierra los ojos, finge dormir mientras él se levanta, se rasca y bosteza. Oye cada minúsculo movimiento, cada pequeño gruñido y gemido mientras se pone los calcetines, se abrocha los pantalones, se ajusta y se estira los tirantes. Cuando ya se ha ido, Ada se vuelve de espaldas y se queda mirando al techo, contemplando cómo la luz llena la habitación.

Abajo, Jack se prepara para ir a trabajar. Ada le oye detenerse un momento, como si considerase despertarla. No lo hace. La puerta se cierra de golpe tras él.

De modo que les resulta más fácil no hablarse.

Siempre es más fácil no hablar.

Ada sale de la cama y se viste, se acerca a la cómoda de madera que ocupa un extremo del cuarto, abre uno de los cajones y saca la carta de debajo del montón de ropa de cama donde la escondió anoche. Se la guarda en el bolsillo del cárdigan. La necesitará, tiene que ver a alguien.

* * *

Hace un par de años instalaron el teléfono del despacho, pero se supone que es solo para emergencias y apenas se usa. Evelyn se dirige al aparato, descuelga. Ha estado lloviznando casi toda la mañana, pero ahora llueve con ganas y chorretones gruesos y densos resbalan a toda velocidad por el cristal de la ventana. Fuera, los hombres se cobijan bajo sobretodos y trozos de lona y el humo forma una cortina húmeda por encima de ellos.

–Qué lúgubre –comenta Robin, mirando afuera.

–Sí. En fin.

Esta mañana se han sentido más incómodos que nunca; ninguno de los dos ha mencionado la conversación de la noche anterior. Evelyn se lleva el auricular a la oreja y espera a que la atienda una operadora.

–¿Hola?

–¿Podría ponerme con el 8142 de Londres?

El teléfono suena y suena y Evelyn escucha los tonos huecos. Nota su aliento que rebota en el teléfono, la sangre zumbando como una marea lejana; luego, tras un rato bastante largo, contestan al teléfono.

–¿Ed?

–¿Eves? –La voz de su hermano suena confusa, soñolienta–. Perdona, estaba… estaba liado.

–¿Cómo estás?

La voz de ella suena afectada, no se le da bien hablar por esos chismes.

–Bien. Un poco resfriado, pero bien.

–Me preguntaba –tamborilea con los dedos en la mesa de madera pálida– si te apetecería salir a almorzar conmigo.

Oye a su derecha que Robin se remueve en su asiento.

–¿Hoy? –Su hermano parece sorprendido.

–Sí. –Intenta animar el tono de voz–. ¿Por qué no?

Le oye encender un cigarrillo, toser. Cuando vuelve a hablar, lo hace más fuerte.

–Está bien. ¿Dónde?

–No tengo mucho tiempo, solo una hora, hay un Lyon a la vuelta de la esquina…

–¿Una cafetería?

Evelyn podría habérselo imaginado.

–Bueno. Pues ¿qué tal el pequeño restaurante francés que hay de camino al parque? La Forchette. ¿Quedamos allí? ¿A la una y diez?

–Muy bien. Hasta luego. ¿Eves?

–Sí.

–¿Estás bien, cielo?

–Por supuesto. Solo… Me ha parecido buena idea.

–Está bien, pues, hasta luego.

Evelyn devuelve el auricular a su sitio y permanece de pie, con la mano apoyada en el micrófono. Detrás de ella Robin carraspea. Evelyn lo mira. Él sonríe sin demasiada convicción.

–¿Una cita para almorzar?

–Uy, no, es… –Se sonroja.

–Perdona. –Robin alza una mano–. Me ha podido la curiosidad.

–Es solo mi hermano.

Fuera, un hombre llama a la ventana echando vaho por la boca mientras señala hacia el reloj que cuelga por encima de Evelyn. Es

hora de que abra la puerta.

* * *

–Pero ¿quién es?

Están sentadas en la cama de Di. Pese a que es casi la hora de almorzar y a que el día se esfuerza por manifestar su presencia detrás de las finas cortinas, Di sigue en camisón, con el pelo negro revuelto de dormir, fumando, inclinándose hacia delante, estudiando la nota de Hettie.

–Ya te lo he dicho. Le conocí en el Dalton's. Bailamos.

–¿Cuánto tiempo?

–Solo un baile.

–¿Cuándo?

–Al principio.

–¿Y yo dónde estaba? –Di parece desconfiar.

–Estabas ocupada, con Humphrey.

–¿Y Gus, dónde estaba?

–En la barra.

Di abre más los ojos. Parece pasmada de que Hettie se haya atrevido a algo semejante.

–Pero… ¿por qué no me lo dijiste? –pregunta con vocecilla dolida.

–No lo sé. –Hettie se encoge de hombros–. No… no he tenido ocasión.

Di se levanta, se dirige a la cómoda, rebusca encima y coge una lata de sardinas vieja, que coloca en equilibrio en el cubrecama amarillo entre las dos.

–A ver, entonces… ¿quién es? –insiste, soltando la ceniza en los restos de aceite.

–No lo sé.

Di expulsa el humo con un soplido de incredulidad.

–¿No lo sabes?

–No. –Hettie aparta la nota con un suspiro–. Tienes razón. No debería ir.

–Yo no he dicho eso. A ver, dame. Veamos. –Di recoge la nota, la lee con voz entrecortada–. «Estoy pensando en reventarte la tapadera.» –Levanta la vista, arqueando delicadamente una ceja–. ¿Y eso qué quiere decir?

–Me dijo… –Hettie trenza las borlas que adornan la colcha– que me había tomado por una anarquista.

–¿Una anarquista? ¿Qué? ¿Como las de la prensa? ¿Las de las

bombas?

–Era una broma. O… eso creo.

–Ah. Bueno. –Di le devuelve la nota a Hettie–. Pues a mí me parece un chiflado.

–Es probable que esté chiflado, sí.

–¿Es guapo?

Hettie asiente.

–Pero diferente.

Piensa en su cara, en sus ojos grises, y luego en el modo en que los abría al sonreír, como si llevara una máscara tras la que se ocultara alguien completamente distinto.

–¿Diferente? –Di no parece impresionada–. ¿Es rico?

–No lo sé. Bueno, podría, pero…

–Pero ¿qué?

–Nada, no sé.

Imposible explicarse. Hettie vuelve a mirar el papel que tiene en las manos.

«¿En el Dalton's? ¿El martes? ¿A las diez?»

–Voy a ir.

–¿Quéééé?

–Me gustó. Voy a ir.

–Me parece muy bien que te guste –dice Di, con los ojos como platos–, pero ¿y si es uno de esos… pervertidos? ¿O si se dedica a la trata de blancas?

Hettie sonríe.

–¿O si… –Di se inclina sobre la cama hacia Hettie y baja la voz– quiere llevarte a Limehouse y obligarte a fumar opio?

Las dos han visto *Lirios rotos*, la han visto tres veces y podrían haber sido más, en un cine grandioso de Broadway, sentadas entre las naranjas exprimidas y las cáscaras de cacahuetes, derritiéndose mientras Lillian Gish se enamoraba del chino y fumaba opio y recibía una paliza de su padre y moría.

–No va a llevarme a Limehouse.

–¿Cómo lo sabes?

Le coge el cigarrillo a Di.

–No lo sé.

«Yo también quiero volar cosas.»

–Voy a ir –repite, dando una calada honda, placentera.

–¡Estás loca! –chilla Di, meneando la cabeza.

Tal vez. Quizá esté loca. Pero de repente se siente maravillosamente libre.

–¿Di?

–¿Qué?

–¿Me prestas algo de ropa?

Di frunce el ceño.

–Por favor. Solo tengo un vestido viejo. Y apesta.

–Pues lávalo.

–Di. Por favor.

Di parece contrariada, frunce el labio superior.

–Creía que esta noche íbamos al cine. Han estrenado *La marca del Zorro*.

Normalmente no va así. Va al revés. Di es la más menuda, la más bonita, la que el futuro quiere. Ella es la que sabe labrarse una vida, a quien le pasan las cosas. Hettie la ve luchar con el giro que ha dado la situación, intentar ser amable.

–Muy bien –dice al final, a regañadientes–. ¿Qué quieres que te preste?

Pero ya lo sabe. Hettie sabe que lo sabe. Solo existe un vestido. Lo ve, colgado de la barra junto a la cama, con su belleza negra titilando a la luz filtrada, neblinosa, de la mañana. Lo necesita tanto que se le encoge el estómago.

–¿Me… me prestas el negro?

–¿El negro? –Di refunfuña–. Por Dios.

–¿Por favor?

–Bueno, está bien.

Se deja caer de espaldas sobre la cama y lanza una nube de humo al aire con resignación.

–¿De verdad?

Hettie se pone inmediatamente de pie.

Cruza la habitación hacia el vestido, se lo acerca. Es bonito. Pesa incluso más de lo que imaginaba, y por fin lo nota, siente la falda cayéndole sobre las piernas, moviéndose mientras bailan los dos juntos por la pista.

–¿Y cómo piensas ir al Dalton's?

Hettie da media vuelta, con el vestido firmemente agarrado.

–Iré en metro. Hemos quedado a las diez.

Las palabras golpean el aire como teclas de una máquina de escribir.

Hemos quedado a las diez.

Increíble. Indeleble. Imposible retractarse.

–Pues cuídamelo –dice Di, sentándose y señalando–, o te arrepentirás.

–Lo haré. Te lo prometo. –Hettie se acerca a su amiga, se inclina y la abraza–. Gracias, Di.

–Hum.

Di arquea una ceja.

–Quería preguntarte otra cosa…

* * *

El restaurante es más pequeño de lo que Evelyn recordaba, tiene solo cinco mesas, cubierta cada una con el mismo mantel sencillo y decorada por una vela roja encendida. Solo una de las mesas está ocupada, por una mujer elegante y un hombre que está quedándose calvo, con las cabezas inclinadas sobre la comida. Levantan la vista al oírla entrar, y Evelyn capta una leve perturbación cuando asimilan su presencia: una mujer sola. Sacude el paraguas y lo deja en el paragüero que hay junto a la puerta al tiempo que el camarero se acerca a cogerle el abrigo. En la pizarra se anuncia un *menu fixe* en tiza: bistec con patatas, *tarte tatin*.

Toma asiento de cara a la ventana, pide una jarra de vino y, en cuanto se la sirven, se bebe medio vaso con prisas, contemplando la calle tras el cristal salpicado de lluvia. Se enciende un pitillo. La pareja de la mesa de al lado la mira y siente su clara desaprobación. Apaga el cigarrillo y se enfada consigo misma por haberlo apagado. Cuando vuelve a encenderlo sabe fatal.

Se abre la puerta y aparece Ed, cubriéndose la cabeza con un periódico empapado. Se acerca riendo.

–No he mirado por la ventana como es debido. No tenía ni idea de que llovía tanto.

Se le ve pálido. Va vestido de cualquier modo, con chaqueta y la corbata mal anudada, como si se hubiera levantado de la cama y se hubiera vestido a oscuras. La pareja le mira. Evelyn ve que la mujer se endereza en la silla, estira el cuello.

Ed, como de costumbre, parece felizmente ajeno al efecto que provoca. Siempre ha sido así. En aquellos bailes campestres horribles a los que les obligaban a ir cuando eran más jóvenes las chicas hacían cola por él cuchicheando, pero Ed prefería bailar con su hermana. Y como ella detestaba aquellas veladas, las charlas superficiales, la torpeza al bailar, las carabinas y, en general, el mercado matrimonial, se lo agradecía de todo corazón. Ed era el mejor bailarín de todos.

Evelyn gira la esfera del reloj. Ya es la una y veinte.

–Tengo hambre. ¿Pedimos?

–Tú misma. –Ed hace un gesto con la mano y se sienta–. Me da lo mismo.

Evelyn llama al camarero y pide bistec para los dos.

Ed se inclina, prueba un sorbo del vino de su hermana y hace una mueca.

–Venga, va, que no está tan malo.

Ed se enciende un cigarrillo.

–Si tú lo dices.

–O sea, que a las once seguías en la cama. –No puede reprimirse.

–Me acosté tarde.

–Menuda vidorra.

–En cambio a ti, cosita, te ha tocado una mala racha. –Coge el vaso–. Este vino, por ejemplo. ¿Merece ser llamado vino? –Llama la atención del camarero–. ¿Me trae la carta de vinos, por favor?

Le traen la carta de vinos. Le echa un vistazo.

–Un borgoña. Del 94.

–Déjame ver. –Evelyn le quita la carta–. ¡Sale a dos libras la botella!

–¿Y?

–Y tengo que regresar a la oficina, Ed.

–Vamos, mujer. –Sonríe y se inclina hacia delante–. ¿Cuándo salimos a comer?

Casi nunca. ¿Y de quién es la culpa?

Llega la botella nueva, junto con dos copas. Ed deja que lo pruebe Evelyn. El camarero le sirve un poco y ella se lo bebe cerrando un instante los ojos. Delicioso. Pues claro. Cuesta dos libras. Evelyn asiente y el camarero les llena las copas y se va.

Evelyn bebe un buen sorbo. El vino baja fácil. Fuera, la lluvia rebota en las aceras y los tejados de los coches aparcados, golpea los geranios empapados de las macetas que flanquean la puerta. Evelyn se recuesta en la silla. Está contenta de ver al guapo de su hermano. Contenta de beberse un vino de dos libras la botella. Sería capaz de quedarse allí, arrebujada en la calidez de la despreocupación de Ed, y vaciar la botella. De no regresar a la oficina deprimente, con el deprimente de Robin y el resto de hombres deprimentes.

–¿Y bien? –Ed la mira con curiosidad–. ¿A qué viene este almuerzo? ¿Alguna falsa excusa?

–¿Excusa? –Se sonroja–. En absoluto. Es solo… –Deja la copa–. Ya no quedamos nunca.

Ed levanta la copa hacia su hermana.

–Pues la ocasión merece un brindis.

Brindan.

–De hecho, quería preguntarte algo –dice Ed.

–¿El qué?

–¿Vienes el jueves?

–¿Adónde?

–¿La invitación de Anthony?

Evelyn debe de parecer desconcertada, porque su hermano menea la cabeza, sonriendo.

–El piso de Whitehall. Para la ceremonia. El Soldado Desconocido. ¿Lees alguna vez la prensa?

–Ah. –Arruga la nariz–. La verdad, no me he acordado más.

–Se me ha ocurrido que podíamos ir juntos. –Se inclina hacia delante–. Para compensar el domingo. Por dejarte plantada en Paddington. Negligencia en el cumplimiento del deber y eso.

–No sé, Ed. –No sabe por qué, la propuesta le incomoda–. ¿No te parece un poco…?

–¿Qué?

–No sé. ¿Hipócrita? Como si fuera a cambiar algo. Conseguir que la gente olvide.

–No creo que sea para que olvidemos, Eves. Si algo es, es una conmemoración, ¿no?

Ella se encoge de hombros.

–Quizá.

–Bueno, piénsatelo. Podríamos pasar un día especial. Ir luego a alguna parte. A mí me encantaría ir contigo, si te apetece.

A su pesar, se siente complacida.

–De acuerdo. Podría estar bien.

Llega la carne. Filetes delgados, con pimienta, cocinados con crema de leche y humeantes, con patatas con mantequilla de acompañamiento. Evelyn pincha con el tenedor, alza la vista y ve que su hermano no está comiendo.

–¿No tienes hambre?

Él se encoge de hombros.

–Podría picar un poco. –Abre la pitillera–. ¿Te molesto?

–En absoluto.

Ed fuma y Evelyn come, en un silencio cordial.

–Entonces –dice él, cuando su hermana casi ha terminado–, ¿me cuentas de qué va esto?

Evelyn se come un último bocado de carne y crema y luego deja el tenedor en el plato.

–Ayer vino un hombre al despacho.

–¿Sí?

–Creo que te estaba buscando.

–¿A mí?

–Sí, creo que sí. –Coge un trozo de pan de la cesta y lo parte encima del plato–. Se llama Rowan Hind.

La mano de su hermano se ha detenido, prácticamente paralizada, y el humo del cigarrillo se pierde por el aire. Evelyn oye el tintineo de los vasos a su lado, los tenedores de los comensales de la izquierda.

–¿Rowan Hind?

–Sí.

Se lleva un trozo de pan con mantequilla a la boca, mastica, traga.

Ed da un sorbo al vino. Se le dibuja un pequeño surco en el entrecejo.

–¿Qué aspecto tenía?

–Es un nombre bastante raro.

–Sí. –Ed asiente–. Estoy seguro de que lo recordaría. A ver, refréscame la memoria. ¿Algún rasgo distintivo?

Evelyn se apoya en el respaldo.

–En realidad no. –Coge un cigarrillo. Bien pensado, su rasgo más distintivo era ser de lo más corriente–. Era menudo. Con pinta de pasar hambre. Había sido soldado raso. Lo repatriaron en el 17.

–¿Qué le pasó?

–Tiene un brazo inutilizado. –Se enciende el cigarrillo–. Aunque lo conservaba, en cabestrillo. Y también diría que por los nervios.

Ed asiente.

–Bueno. ¿Y por qué acudió a ti?

–Para encontrarte.

Ed parece sorprendido.

–Es ridículo. ¿Cómo iba a saber quién eres?

–No lo sabía. No tenía ni idea de que soy tu hermana. Ha sido casualidad.

–¿Y le dijiste quién eres? –Ed se acerca un poco más.

–Pues claro que no. No habría sido ético.

Mira a su hermano a la cara, a la vena que le late en la sien, a la piel que se tensa sobre el cráneo.

–Pero le di la dirección del Registro. Si se apiadan de él tal vez le digan dónde vives.

–No es probable.

–¿Por qué?

Ed se recuesta en la silla, da un buen sorbo al vino, mira el bistec; la mantequilla de la salsa se ha cuajado y ha formado una piel.

–Disculpa un momento.

Se le cae la servilleta del regazo al suelo al levantarse. Evelyn se agacha a recogerla y la deja en su sitio.

–¿Han terminado? –El camarero está a su lado.

–Sí, gracias.

–¿Les apetecería algo de postre?

–No, gracias. La cuenta, por favor.

Evelyn tamborilea con los dedos en el mantel, apura la copa de vino. Todavía queda casi toda la botella. Se sirve otra copa bien llena. A su espalda se escucha la cadena del retrete y una puerta que se cierra y Ed vuelve a aparecer, justo a su izquierda, detrás de la silla.

–Tendría que ir tirando.

–He pedido la cuenta –dice Evelyn, girándose, en tono conciliatorio–. Espera conmigo.

Ed se sienta. No para de mover la pierna debajo de la mesa, haciendo temblar y repicar los platos como si pasara el metro.

–¿Ed? ¿Estás bien?

–Sí. –No puede mirarla a los ojos.

–Es que me parece raro, ¿no? –Evelyn se inclina hacia delante–. ¿Para qué iba a buscarte un soldado? ¿Después de tanto tiempo?

–¿Y yo qué sé? –espeta él–. Venga, Eves. Ya sabes cómo es la gente. Se les meten ideas fijas en la cabeza. No pueden pasar página. Tú, por fuerza, tienes que saberlo.

Eso duele.

–¿Qué insinúas?

Él abre las manos.

–Lo que tú quieras.

–No. Dime. ¿Qué? ¿Qué has querido decir?

Él se le acerca.

–Mira, Eves. No te lo tomes a mal, pero deberías airearte un poco más. Así no le darías tantas vueltas a todo.

Evelyn siente la acidez ya conocida de la ira recorriéndole el cuerpo, fastidiando la tarde, agriándole el bistec, el vino y la crema.

–¿Hago eso? ¿Amargarme? Perdóname, no me había dado cuenta.

Ed bebe otro sorbo de vino y luego, con expresión tensa, impaciente, busca al camarero con la mirada. De repente se parece a su padre. Evelyn lo ve de pronto transcurridos quince años: la misma seguridad, la misma complacencia, la mandíbula igual de firme.

–¿Qué estará haciendo ese hombre, por Dios?

–Ed…

–¿Qué? –Le lanza una mirada rauda.

–¿No te suena de nada ningún Rowan Hind?

–Yo no he dicho eso. Ya te lo he dicho. El nombre. Nada más. ¿Sabes cuántos hombres tenía a mis órdenes?

No lo sabe.

–¿Un centenar?

Ed pone expresión de desdén.

–Doscientos cincuenta. Más o menos. ¿Crees que me acuerdo de todos los soldados que perdieron la chaveta?

–No he dicho que esté loco.

Evelyn nota que algo, algo gélido, se interpone entre ellos.

Su hermano hace una pausa, luego añade:

–Eves –dice en voz muy baja–, ¿qué esperabas conseguir exactamente viniendo aquí?

–Yo…

Cierra la boca. Sinceramente, no lo sabe: algún tipo de información, pero ¿cuál?

–Déjalo.

–¿Cómo?

–Que lo olvides. Te estás metiendo donde no te llaman.

–¿Perdón?

–Sí, Eves. Ese trabajo tuyo. Es deprimente. Por amor de Dios, no te sienta nada bien. Y tampoco puede decirse que necesites trabajar.

–No. Bueno. No todos queremos dormir hasta mediodía. A ver, que no me acuerdo, aparte de pedir buenos vinos, ¿qué es lo que haces?

Ed vuelve a agitar la pierna. Apoya las manos en la mesa, como si quisiera detenerla, pero no funciona.

–Fingiré que no has dicho nada. ¿Te parece?

El aire que los separa está seco como la yesca, bastaría una chispa para prenderle fuego.

Evelyn se gira y se topa con el camarero, que lleva la cuenta en un plato pequeño. Hace ademán de abrir el bolso, pero Ed ya se ha levantado. Su hermano tira dos billetes y se inclina por encima de la mesa, rozándole levemente la mejilla con los labios.

–Hasta pronto, Eves. Espero que la próxima vez te encuentres mejor.

Cruza la puerta de la calle antes siquiera de que Evelyn se haya puesto de pie.

* * *

La tienda es pequeña e íntima, está escondida en un callejón al final de Shepherd's Bush. Huele a espuma de afeitar y cuero y hombres. Costó un poco, pero al final Hettie se lo sacó a Di.

«Por fuera no parece gran cosa. No dirías nunca que está allí. Parece una barbería. Que es lo que es. No hagas caso de los hombres: se te quedarán mirando, pero tú pasa. Pregunta por Giovanni. Di que te envío yo. Es el mejor.»

Al final fue una decisión fácil.

Ni fácil, ya estaba tomada.

Y ahora está aquí, sentada en el sillón de cuero cuarteado, en mitad de una barbería atestada, con lo que parece un mantel blanco cogido al vestido y un viejo italiano blandiendo unas tijeras por su nuca.

–¿Cuánto? –repite el hombre. Con marcado acento italiano.

Hettie ve a los hombres que la observan desde el otro lado del escaparate. Pero no le importa. No le importa.

–Todo –responde.

El barbero la rodea, completa un semicírculo levantando largos mechones y soltándolos de nuevo.

–Todo –repite para sí mientras la rodea, después se para–. Tiene una melena preciosa –dice, mirándola a los ojos–. Pero le queda mal. Parece un caballo.

–Lo sé –admite Hettie–. Por eso quiero cortármela.

–Un caballo no –se corrige–. Un poni.

Levanta un puñado de pelo y las tijeras. Las hojas destellan al sol de la tarde.

–Será un placer –dice el barbero.

¡Chas!

El hombre tiene el primer puñado en la mano. Un trofeo. Ha cortado la cola de caballo. Hettie se horroriza. Por un momento, cree que sangrará.

¡Chas!

Hettie ve a su madre.

¡Chas!

¡Tu padre! Tu padre adoraba tu melena.

¡Chas!

Ve a su padre, las arrugas de su cara. Cómo se dulcificaban cuando sonreía.

¡Chas!

Perdona, papá.
¡Chas!
Siento que hayas muerto.
¡Chas!
Flapper, más que flapper.
¡Chas!
¡Chas!
Estoy pensando en reventarte la tapadera.
¡Chas!
¡Chas!
¡Chas!
¿Te gusta volar cosas?
¡Chas!
Se acerca el futuro.
¡Chas!
Cada vez más.
¡Chas!
¡Ya
¡Chas!
casi
¡Chas!
está
¡Chas!
aquí!
El golpe de aire. El cuello a la vista.
El hombre da un paso atrás.
–Pre-cio-so –dice el barbero.
–Impresionante –susurra Hettie, mirándolo a los ojos en el espejo.

* * *

«Espero que la próxima vez te encuentres mejor.»
La frase no para de darle vueltas en la cabeza. ¿Cómo se ha atrevido? Como si a ella le pasara algo, como si estuviera enferma, y por eso ha tenido el valor de cuestionarle, a él y a todos. Como si toda la maldita guerra no fuera más que un gran club de caballeros.
Sigue lloviendo y la acera es un peligro, atestada de peatones y paraguas. Evelyn choca con un hombre que avanza despacio delante de ella y trastabilla, tropieza con el talón del hombre. Tiene que agarrarse de una barandilla para no caerse.
–Mire por donde va, señorita.

Es anciano pero camina erguido, con porte de militar, y su voz rotunda resuena incluso en una tarde lluviosa.

Evelyn se queda de pie balanceándose, con la vista clavada en el viejo. Hay demasiados hombres así: están por todas partes y está harta de ellos y de su dignidad teatral; son los viejos quienes han heredado la tierra.

–Váyase a paseo –le espeta.

El hombre abre la boca dispuesto a replicarle, pero vuelve a cerrarla. Da media vuelta sin perder la compostura y se aleja muy erguido. De inmediato Evelyn se avergüenza. Se aferra a los remates de la barandilla. El mundo a su alrededor es una neblina. Ahora que se ha parado comienza a darse cuenta de que le falta el equilibrio. ¿Cuánto vino ha bebido? Casi ha vaciado la botella ella sola. Está borracha. Tendrá que despejarse antes de volver al trabajo. Sacude el reloj de muñeca y lo mira fijamente. Llega tarde, pero no puede presentarse así. Su casa no queda lejos, puede acortar si gira a la derecha. Es tentador, y es preferible llegar tarde a borracha. Se aleja de la barandilla y se desvía por un callejón apretando el paso, casi corriendo, esquivando charcos y levantando el paraguas.

El piso la recibe con la sensación de sorpresa vacía de una tarde entre semana. El ambiente está algo cargado. En el fregadero se apilan los platos sucios de todo un día. Las cortinas del dormitorio están corridas. No recuerda la última vez que las abrió. Las abre, y capta un movimiento en el piso de enfrente. Hay alguien en la penumbra; pero no alcanza a ver bien. Se queda un rato más junto a la ventana, mirando, pero la lluvia lo emborrona todo.

Da media vuelta y se estremece. A la luz del día su cuarto es espantoso. Un agujero. ¿Por qué no ha venido la mujer de la limpieza? Entonces lo recuerda. Está fuera, ha ido a visitar a su madre; a Dorset, Devon o algo parecido. Doreen se lo explicó en una nota la semana pasada. Se quita el abrigo mojado y lo deja en la cama, luego va al baño y deja correr agua fría por el lavamanos. Levanta la cara y se mira en el espejo.

Su hermano mentía.

Mentiroso, Edward Montfort. *Mentiroso.*

Se echa agua helada a la cara y ahoga un grito.

Ed sabe perfectamente quién es Rowan Hind; Evelyn se lo ha visto en la cara.

Entonces ¿qué tiene que esconder?

Vuelve a mojarse la cara una y otra vez hasta empaparse la pechera de la camisola. Se la quita. Luego se cepilla los dientes a

conciencia, se seca con una toalla y regresa al dormitorio.

En el piso de enfrente las sombras se mueven. Evelyn da un salto. Se había olvidado de que ha abierto las cortinas. Va desnuda de cintura para arriba. La lluvia ha remitido un poco y se ve mejor. Las sombras se espesan, luego se dispersan y distingue a un hombre, un hombre en silla de ruedas, que la mira fijamente desde el otro lado de la calle.

Mientras ella permanece allí de pie, observándole, él se acerca con la silla al cristal. Ella ve la línea pálida de su piel, los ojos de párpados caídos y las sombras bajo ellos. Es más joven que ella; desde donde ella se encuentra, no parece tener más de veinte años. Tiene un rostro hermoso, y la está mirando muy fijo, directamente a los ojos.

Evelyn nota que se le contrae la piel de alrededor de los pezones.

El tabaco está en la esquina de la cama. Desde donde está Evelyn, ve la pitillera y el mechero. Con cuidado, sin volverse, sin quitarle los ojos de encima al chico, se inclina a por el tabaco.

Se enciende un pitillo, inspira y suelta el humo, deja caer el mechero. Aterriza en la cama a su lado con un golpecito amortiguado. El chico se desabrocha los pantalones. Ella observa cómo mete la mano dentro. Nota el contacto del aire por toda la piel; se oye respirar, bajo. Da otra calada. La mano del chico empieza a subir y bajar lentamente. La mira a la cara. Evelyn separa un poco las piernas, siente la fricción de las bragas con la piel: se le acelera el pulso. Da otra calada al cigarrillo. Los dos se sostienen la mirada mientras el chico se mueve cada vez más rápido. A Evelyn se le corta la respiración. Cuando ve al chico relajarse, deja escapar un suspiro.

El chico ha agachado la cabeza. Permanece así bastante rato y luego, sin alzar la vista, se aparta de la luz.

Evelyn se cubre el pecho con un brazo y cierra las cortinas, sumiendo el cuarto en una oscuridad repentina. Se sienta al borde de la cama y apoya la cabeza entre las manos. Por un momento, cree que va a romper a llorar.

Pero no. Se levanta. Se centra, coge otra camisola del armario y se pone encima otro jersey.

Llega con más de hora y media de retraso al despacho. Milagrosamente la cola no es demasiado larga, solo esperan diez o quince hombres.

Robin no la ve sentarse. Pero Evelyn sabe el momento exacto en que, a los pocos segundos, por fin se percata de su presencia. Lo nota moverse, nota un rumor en el aire. Es raro, pero Evelyn no levanta la cabeza para no toparse con la mirada de Robin.

* * *

–¡Ada! –Ivy está en el umbral. Con las mejillas sonrosadas y una fina capa de sudor que hace que le brille la piel–. Qué sorpresa tan agradable. Acabo de hervir agua. Prepararé un té.

Ada toca el sobre que lleva en el bolsillo y luego sigue a Ivy por el pasillo a oscuras hacia la cocina, donde algo pringoso cuece a fuego lento. Las ventanas están empañadas y la mesa cubierta de ramas, el olor a madera recién cortada se mezcla con el vapor dulzón.

–Qué bien huele.

–Escaramujos. –Ivy levanta un cuenco de escaramujos pelados–. Ya me conoces. Siempre preparo un poco de jarabe para los resfriados invernales. Ya te llevaré un poco cuando lo termine.

–Muchas gracias.

–Siéntate mientras preparo el té, ¿vale?

Ada se sienta a la mesa mientras observa a Ivy trajinar por la cocina, levantar la tapa de la tetera, mirar dentro, remover el líquido, echar unas cuantas hojas más y luego verter el agua humeante. Ivy está más gorda que antes, ahora se mueve mucho más despacio. Se conocen desde hace años: Ivy, que le lleva unos tres años, ya vivía aquí cuando Ada se mudó; por entonces Ivy tenía dos niñas. Se quedaron embarazadas de los chicos a la vez, Ada de Michael y Ivy de Joseph, su tercer hijo. Ivy era una mujer encantadora, siempre echaba la cabeza hacia atrás para reírse de cualquier cosa. Perdió a su hijo el verano de 1916. Después estuvo mucho tiempo sin reír.

Ivy acerca la tetera y dispone las tazas y los platos y sirve el té.

–Hacía siglos que no te veía. –Sonríe, y Ada, como siempre, se sorprende. Ivy se cambió la dentadura justo al acabar la guerra; sus hijas ahorraron y se la compraron; se arrancó la suya y se puso dientes nuevos, arriba y abajo. Le quedan raros, como si los hubieran fabricado para otra persona. Y tampoco le encajan del todo bien, tabletean y silban cuando habla–. Jack va tirando, ¿no? ¿El huerto sigue dando bastante?

–Todavía da algo.

–Qué bien. –Ivy se sienta–. Me alegro de que hayas venido, hace

tiempo que quería preguntarte algo.

–¿Qué?

–Si vas a ir a la ciudad, para el funeral. Lo del Soldado Desconocido. Ya sabes.

De momento Jack y Ada han eludido la cuestión. Ada sabe sin necesidad de preguntarlo que su marido no querrá ir.

–He leído en el diario –continúa Ivy– que vallarán las calles. Se esperan miles de asistentes.

–¿Cabrá todo el mundo?

–Bueno, es la idea, ¿no? Que vaya todo el mundo, que vayamos todos a presentar nuestros respetos.

–Supongo.

–Pensaba ir con mis hijas, pero ninguna quiere ir. –Ivy se entristece un momento, aunque enseguida se anima–. Pero después se me ocurrió que podríamos ir las dos dando un paseo… Si te apetece.

–Pues… No sé. ¿Me lo puedo pensar?

–Claro. Hay tiempo.

Ada se toca la carta del bolsillo, deja la taza.

–¿Puedo preguntarte una cosa, Ivy?

–¿Qué cosa?

–Es sobre Joe.

–¿Qué pasa con Joe?

–Recibiste una carta, ¿verdad? Donde explicaba lo ocurrido. Después de su muerte.

–Sí.

–¿Y luego otra? Donde decía dónde está enterrado.

Ivy asiente.

–¿Me las enseñas?

Por un momento Ada teme haber hablado de más. Pero enseguida:

–Claro –dice Ivy–. Si quieres… Voy a buscarla.

Va al salón y Ada la oye rebuscar.

En el jardín a oscuras, tras la ventana, una brisa repentina levanta un puñado de hojas por el aire. «El Soldado Desconocido.» Suena grandilocuente. Ada entiende el sentido del funeral –representa a todos los caídos cuyos cadáveres no volvieron a casa– pero ¿por qué no le han llamado simplemente soldado? Como al resto.

–Léelas tú. –Ivy ha vuelto, está en la puerta–. Lo siento. Yo soy incapaz. –Deja dos sobres marrones en la mesa delante de Ada–. De todos modos tengo que limpiar esto.

Coge una brazada de ramas y se las lleva a la encimera, donde comienza a partirlas por la mitad.

Ada saca la primera carta del sobre.

Señora:

Se me ha encargado comunicarle que hemos recibido un informe según el cual el difunto soldado Joseph White está enterrado a unos dos kilómetros al noroeste de Gueudecourt, al sudoeste de Bapaume.

La tumba consta en este registro y está identificada por una cruz de madera duradera inscrita con todos sus datos.

Su humilde servidor,

Capitán,
Oficial Ayudante del General de Brigada,
Director, Registro Militar, Oficina de Fallecidos

La otra carta es más larga, está mecanoescrita en caracteres más gruesos. Lleva un sello con fecha del 20 de marzo de 1920. Ada mira la página bizqueando. Le cuesta leer con tan poca luz.

Señora:

Con el debido permiso, le informo de que en cumplimiento del acuerdo alcanzado con los gobiernos francés y belga para retirar todas las tumbas dispersas y los pequeños cementerios situados en lugares poco apropiados para su permanencia, nos hemos visto en la necesidad de exhumar cadáveres enterrados en ciertas zonas. Los restos del soldado raso White han sido trasladados al cementerio de Grass Lane, en Gueudecourt, al sur de Bapaume.

Debo añadir cuánto lamentamos la necesidad de esta reubicación, del todo inevitable por las razones anteriormente expuestas. Tenga usted la seguridad que de esta se ha llevado a cabo con mimo y respeto, y que se han realizado los servicios religiosos pertinentes.

Su humilde servidor,

Comandante D. A. A. G.
Asistente del General de División
D. G. G. R. & E.

–No será por falta de grandes palabras –dice Ada, volviendo a doblar la carta.

Ivy retira el cazo del fuego meneando la cabeza.

–Son los cuentos de siempre. Lo hacen por ellos. Se limitan a juntarlos a todos para que les sea más fácil contarlos. No me gusta pensar en ello. ¿Por qué no le dejaron en paz y ya está? Y el trocito del final, lo de los servicios religiosos. Jamás me preguntaron su religión. Podría haber sido un hindú ferviente, que ellos no lo sabrían. Aunque era ateo, ¿sabes? Como su padre.

–¿Ni siquiera te preguntaron?

Ivy sorbe entre los dientes.

–No. ¿Y ves ese otro papel?

Acerca una vela a la mesa. Hay otro papelito pegado al dorso que contiene la siguiente información:

Nombre: Joseph White
Regimiento: 10.º Londres
Situación de la tumba: Cementerio A. I. F., (Grass Lane) Gueudecourt, Parcela 7, Fila D, Tumba 4.
Estación más próxima: Bapaume
Población más próxima: ”
Oficina de información más próxima: Albert

–Lo conozco. –Ada señala, emocionada porque reconoce el lugar–. También salía en la postal que mandó Michael. Albert. Es donde está la iglesia con la mujer y el niño.

–Exacto. Yo también la he visto en fotos.

–Ten. –Se saca la carta del bolsillo–. ¿Te importaría echarle un vistazo?

Ivy mira el sobre.

–Perdona, Ada. Pero no sé si soy capaz.

–Por favor.

Ivy cede. Saca la carta del sobre marrón, la lee rápido, luego asiente y la aparta.

–A mí me mandaron una igual. Al principio. Es lo que suelen enviar, ¿no?

–Ya lo sé. Pero no recibí nada más. Nada sobre cómo murió. Nada sobre dónde lo enterraron. Nada de esto. –Gesticula hacia las cartas de la mesa.

Ivy se sorprende.

–Pero ¿por qué no dijiste nada en su momento?

–Estaba convencida de que volvería. De que había sido un error.

–¿No intestaste escribir a alguien?

–Jack escribió a la compañía. Respondieron que debíamos preguntar al Ministerio de la Guerra. De modo que les escribió. Y no respondieron.

Ivy se sorbe la humedad entre los dientes.

–Por Dios, me hierve la sangre. Han muerto tantos chicos y les da completamente igual. Ten, mira esto. –Se dirige a un cajón y regresa con un recorte de diario plegado que deja sobre la mesa–. ¿Has visto esto? Ahora organizan viajes para que visites las tumbas.

–Lo sé.

–Entonces sabrás lo que cobran.

Sobrevuela con el dedo un anuncio en un recuadro en la parte inferior de la página.

Viaje completo. Tumbas y campos de batalla. Guiados por un veterano compasivo. 6 libras (comida y transporte incluidos).

Ivy niega con la cabeza.

–Me preguntaron si quería alguna inscripción en la lápida. Costaba seis peniques cada letra. Cualquiera pensaría que lo pagarían ellos, ¿no? Al menos la inscripción. Luego me senté con Bill a calcular cuánto tardaríamos en ahorrar para todo. Ir los dos nos costaba doce libras. ¿Cuánto tardaríamos? Tengo quince chelines a la semana para llevar la casa. Si ahorro dos chelines semanales, tardaré más de cuatro años. Eso no lo pensaron cuando decidieron no traerlos a casa, ¿verdad? –Tiembla de rabia–. Está muy bien para quien pueda permitírselo. Como todo lo demás.

Llega un ligero olor acre del fogón.

–Espera, tengo que echar un vistazo.

Se dirige a los fogones. Fuera, el viento arrecia, hace vibrar las ventanas. Ada entrecruza los dedos sobre el regazo.

–¿Ada? –Ivy parece más calmada–. ¿Te acuerdas de mi prima May? ¿La que vive cerca de Islington? ¿La que perdió a sus dos hijos? La conociste el verano pasado, en la boda de Ellie.

Ada mira hacia Ivy, que remueve despacio el contenido del cazo.

–Sí. La recuerdo.

May era una mujer pequeña como un pajarillo que rezumaba tristeza por todo su ser.

–Bueno, pues el otro día recibió una carta sobre sus hijos.

–¿Sí?

–Diciendo que saldrían en un monumento. Un gran monumento que harán en Francia para que la gente vaya a presentar sus respetos, con los nombres de sus chicos junto con todos los demás. Estará en uno de esos sitios con nombre raro. Creo que empezaba por T.

Ada asiente. En realidad no consigue imaginarlo. Qué aspecto tendrá el monumento. En qué ayudará.

–Ya sabes que no encontraron los restos de sus hijos. –Ivy habla en voz baja–. Nada.

Se produce un silencio.

–¿A ti no te han mandado ninguna carta así, Ada?

–No.

–Pues ya te llegará.

–Puede. –Ada deja la taza. Coge su carta y la hace girar entre las manos–. ¿Ivy?

–Dime.

–¿Y la mujer aquella?

–¿Qué mujer?

–La que decía que hablaba con los muertos.

Ivy vuelve a tapar el cazo, se gira, se seca las manos en el delantal.

–¿Qué pasa con ella?

–¿Tú crees que era verdad? ¿Funcionó?

Ivy se cruza de brazos.

–¿A qué viene todo esto, Ada? ¿Qué lo ha provocado? ¿Qué andas buscando a estas alturas?

Ada se frota un nudillo por el lado con el pulgar.

–El otro día vino un chico a casa –dice, a toda velocidad–. Vendía baratijas. No sé por qué, pero lo dejé entrar. –Se le pasa una idea por la cabeza y levanta la vista–. ¿Aquí vino alguien? ¿El domingo por la mañana? ¿Llamaron a la puerta? Vendía trapos y cosas de esas.

Ivy piensa, luego niega con la cabeza.

–No, y estuve todo el día en casa.

–Entró en la cocina. Yo no quería comprar nada, pero el chico tenía frío, así que le dejé que se fumara un cigarrillo. Y entonces… entonces dijo «Michael». –Levanta la vista–. Y ya sé que es de locos, pero cuando dijo su nombre fue como si lo estuviera viendo. Como si estuviera en la habitación.

Ivy se sienta en una silla al lado de Ada.

–¿Qué quieres decir? ¿Como un fantasma?

–Supongo… Sí.

–Pero, Ada –dice Ivy con delicadeza–, los fantasmas no existen.

–Ya lo sé. Pero luego, ayer… Le vi en la calle.

–¿A quién?

–A Michael. Y le seguí hasta casa, pero cuando llegué… había desaparecido.

–Ay, Ada, querida.

Ivy alarga una mano, durante un breve instante permanecen sentadas cogidas de la mano, hasta que Ada se suelta. No ha terminado. Todavía no.

–Ayer saqué todas sus cartas. Hacía dos años que no las miraba. Y no paro de pensar: ¿por qué? ¿Por qué nadie nos ha contado lo que pasó? ¿Y por qué vino a verme ese chico tan raro? Aquí no vino, ¿no? Seguro que no estaba vendiendo trapos sin más.

–Nunca se sabe.

–No. –Ada niega con la cabeza, con convicción–. Vino a verme a mí. Lo sé. Sé que sabía algo de Michael. Y luego pensé que ya no volverá más. Y yo nunca sabré nada. O sea que no paro de pensar en la mujer que consultaste. Y no consigo quitármela de la cabeza.

¿Dónde estaba? La mujer. ¿Dónde vivía?

Ivy se cierra en banda. Se levanta y niega con la cabeza.

–No me gusta hablar de eso. Los muertos, muertos están, es mejor dejarlos tranquilos.

Llaman a la ventana. Las dos mujeres se quedan petrificadas. Fuera se dibuja una silueta, una sombra jorobada, pero con la vela tan cerca no se ve qué o quién es. Ivy se levanta y va a la ventana.

–Es Ellie –dice, y Ada capta el alivio en su voz al abrir la puerta.

Se cuela una ráfaga de aire frío cuando Ellie, la hija de Ivy, una chica lista y limpia, entra en la habitación con su bebé cargado en la cadera.

–¿Estás bien, mamá? –Ellie se asoma a la penumbra–. ¿Ada? ¡Hola! ¿Estás bien? Vengo de casa de Sal. Y se me ha ocurrido pasar a ver cómo estás.

–Estamos tomándonos un té.

–Falta un poco de luz.

–Tendría que ir tirando. –Ada se pone en pie.

–No te vayas por mí. –Ellie mira a una y después a la otra.

Ada esboza una sonrisa.

–De todos modos tengo que preparar la cena. Jack llegará enseguida.

Ellie asiente, pierde interés, y se acerca al fogón a enseñarle al bebé cómo hierve el jarabe del cazo.

–¿Y esto qué es, Johnny? ¿Qué es esto?

–Ivy –dice Ada–. Dame su dirección. Por favor.

–Ada. –La voz de Ivy suena grave, a advertencia–. Ya te lo he dicho. Fue hace cuatro años. En cuatro años pueden pasar muchas cosas.

–Eso ya lo sé. Solo…

Ivy se aparta de ella. Se acerca a su hija y su nieto, junto a la cocina.

–Ada ya se va –le dice al niño–. Dile adiós.

Ellie levanta la vista.

–Dice la abuelita que le digas adiós a Ada.

Levanta la manita del niño, que se deja hacer, con la boca muy abierta y las mejillas coloradas por el calor de la cocina, mientras su madre le mueve el brazo arriba y abajo.

* * *

Dos trabajadores británicos de pompas fúnebres recorren los pasillos serpenteantes de techo abovedado del château*, sus pasos resuenan en*

los suelos de losas de piedra.

Se llaman señor Sowerbutts y señor Noades. Llegaron ayer a Francia, en el barco de la noche. En el bolsillo del traje, el señor Sowerbutts lleva una carta de presentación de sir Lionel Earle, secretario permanente del Ministerio de Obras de Su Majestad. Les siguen seis soldados británicos cargados con el pesado ataúd vacío que los funerarios han traído desde Londres. El ataúd se ha tallado de un roble de Hampton Court Palace. Los señores Sowerbutts y Noades supervisaron en persona la construcción. Se tardaron dos semanas, durante las cuales se cepilló, lijó y abrillantó el roble siguiendo las indicaciones exactas de los trabajadores de pompas fúnebres, durante las cuales se reforzó la madera con vigas de hierro, durante las cuales se remachó el metal con anillas. Durante las cuales se injertó en la tapa una espada de cruzado donada por el rey y se grabó en letras góticas la siguiente inscripción:

Un guerrero británico caído en la Gran Guerra 1914-1918 por su rey y su país

El señor Sowerbutts y el señor Noades se detienen en el umbral de la capilla. Miran asombrados el suelo, cubierto de flores y hojas enroscadas. Los colores son extraordinarios. La escena desprende un aire vagamente inquietante, casi pagano.

Los guardias franceses saludan, sus botas repican como una descarga de fusilería al marcharse.

El señor Noades indica a los soldados británicos detrás de él que depositen el ataúd de roble. El señor Sowerbutts coge la bolsa que ha traído consigo desde Inglaterra. Se sitúa al lado del sencillo ataúd de madera. A los dos les dijeron que pidieran cualquier cosa que necesitaran para el trabajo, pero son unos perfeccionistas. Se consideran los mejores, y con razón; prefieren trabajar con sus herramientas.

No les han dicho de dónde procede el cadáver, cuánto tiempo ha pasado bajo tierra. Solo saben que proviene de los campos del norte de Francia. Sienten curiosidad. Saben que allí los campos son de tierra densa, arcillosa. Pero ¿cuál era el contenido de arcilla? ¿Cuál la humedad del suelo?

El señor Noades se une a su colega junto al ataúd.

–¿Listo?

Asiente. Dejan una pausa y luego levantan la tapa entre los dos.

Un olor mohoso a cerrado se escapa de la caja. Nada particularmente desagradable. Hace mucho que acabó la putrefacción y la descomposición. El cuerpo todavía está dentro del saco de arpillera donde lo metieron hace dos días. El señor Noades saca las tijeras de esquilar y corta la tela de abajo arriba. Ambos hombres se inclinan hacia delante, aguantan la respiración.

Dentro hay un esqueleto pequeño, encorvado. Algunos restos de piel pegados a los huesos del cráneo. Queda un trozo junto a la mejilla derecha. Parece pergamino. Otro cubre la barbilla, y hay otro resto minúsculo en el cuero cabelludo. Jirones embarrados de color caqui siguen adheridos a los huesos; la guerrera se mantiene prácticamente intacta, aunque los pantalones han desaparecido casi por completo, salvo la zona de la bragueta, alrededor de la cual estaba encorvado el esqueleto enterrado.

Cinco años, calcula el señor Sowerbutts.

Cuatro y medio, calcula el señor Noades. Dependiendo, por supuesto, de la humedad del suelo.

Otoño de 1915, calcula el señor Sowerbutts.

Primavera de 1916, calcula el señor Noades.

Con delicadeza, levantan los restos del saco y los trasladan al ataúd de roble. Poco pueden hacer que respete los preparativos acostumbrados. Se limitan a colocar los huesos con mimo, de modo que el esqueleto yazga de espaldas, con los brazos a los costados.

Llevan a cabo la tarea en silencio.

Ambos saben que muy pronto el país entero estará mirando ese ataúd. El poder del ataúd dependerá de cada una de las personas que al mirarlo imagine que su contenido le pertenece.

Resulta curioso saber, aunque sea de manera aproximada, el momento en que este hombre falleció.

Y aunque se los ha comido la curiosidad durante todo el viaje, en cierto modo, decidir un año, precisar una fecha, tiene algo de irrespetuoso.

No obstante, mientras trabajan, cada uno va descartando a los conocidos que combatieron: uno que era más alto o uno que falleció más avanzada la guerra.

Cuando el cadáver está listo, lo sellan con una tapa pesada.

Sin necesidad de mediar palabra los dos saben que nunca hablarán de esto. En presencia del cadáver, jamás, con nadie. Da igual quién pregunte.

* * *

Evelyn no levanta la vista de la mesa hasta que ha atendido al último hombre. Luego se apoya en el respaldo de la silla y se despereza. Las cinco.

Robin está de pie junto a su mesa, cerrando la bolsa de espaldas a Evelyn.

–¿Cierro yo? –pregunta en voz baja, sin girarse.

–Si quieres… Tengo que atender un asunto.

Evelyn saca el llavero de su bolso y lo deja al borde de la mesa. No mira cuando Robin cruza la habitación, pero ve su mano recogiendo las llaves, el vello que remata los dedos. Mientras Robin le da la espalda, Evelyn rebusca entre los papeles de la mesa. No encuentra lo que busca; debieron de archivarlo el día anterior.

–Bueno, pues adiós. –Robin está de pie a su lado.

–Espera. –Evelyn levanta la vista–. Robin, siento muchísimo haberte dejado tirado esta tarde.

–No pasa nada.

–No, sí que pasa. Ha sido el almuerzo. Se ha alargado.

–¿Con tu hermano?

–Sí.

Los ojos de Robin se posan en el jersey. Evelyn recuerda entonces que se lo ha cambiado, que va vestida diferente, y le sube el color a las mejillas. No hay forma de arreglarlo. Si lo intenta, cavará un hoyo más hondo.

–Ten. –Él le tiende las llaves en la palma de la mano–. Para ti.

Evelyn las deja en la mesa.

–Robin, espera. –Por alguna razón no quiere quedarse sola en la oficina, ni siquiera un par de minutos–. ¿Te importaría esperarme fuera, por favor?

–Si quieres… –Parece sorprendido.

–No tardo, te lo prometo. –Se dirige a los archivadores de la pared, los repasa hasta que encuentra la letra H y revuelve en el cajón hasta dar con lo que buscaba: una pequeña cartulina azul con el nombre de Rowan Hind. Copia la dirección en su agenda, «Grafton n.º 11, Poplar», y levanta la vista. La silueta de Robin se dibuja contra la ventana, con las manos en los bolsillos, mirando a la calle. Llueve, el cielo está gris y bajo. Es casi de noche. Evelyn siente la misma amenaza del pánico que hace un momento; lo más probable es que Doreen haya salido otra vez y que no haya nadie cuando llegue a casa–. Ya estoy –anuncia al cabo de un momento.

Robin sigue de espaldas, mirando por la ventana.

–Qué asco de lluvia.

–Sí, tiene mala pinta.

–No sé si estoy de humor para enfrentarme a la lluvia. –Evelyn suelta una risita–. Quizá antes me prepare un té.

–Bueno. –Robin asiente–. Pues entonces, hasta mañana.

Hace ademán de marcharse.

–¿No te lo tomarías conmigo?

Robin se para en seco junto a la mesa de Evelyn.

–¿Un té?

–Sí.

–Eh, no, gracias. No me gusta ser premio de consolación.

–Por Dios. No era mi intención… –Se levanta demasiado rápido y le late con fuerza la cabeza. La borrachera de antes ha quedado reducida a una cinta gruesa y estrecha que le constriñe la cabeza–. En realidad –le dice, sacudiendo la cabeza y apoyando los dedos en la mesa– no quiero un té. Pienso tomarme una copa como Dios manda. ¿Te apetece?

Robin abre la boca, pero Evelyn levanta una mano.

–¿Sabes qué? No te molestes. Da igual. Siento haber preguntado.

Se pone el abrigo y recoge sus cosas. Pero Robin no se ha movido. Cuando Evelyn le mira, se lo encuentra sonriendo. Con una sonrisa peculiar que todavía no le había visto.

–En realidad, iba a decirte que lo que necesito es una copa como Dios manda.

El pub está en la esquina, a solos unos portales de la oficina, es uno de esos locales de tonos marrones para trabajadores donde rara vez entran mujeres. Normalmente Evelyn lo evitaría, pero llueve mucho y no sabe cuánto puede andar Robin sin molestias.

Dentro se está bastante tranquilo, hay solo un puñado de bebedores solitarios, encorvados sobre su cerveza. Evelyn se asegura de llegar la primera a la barra.

–Una ginebra con naranja para mí y… –Se vuelve hacia Robin.

–Una pinta de cerveza. –Asiente al camarero.

Robin mira hacia las ventanas salpicadas de lluvia.

–Vaya día.

El recuerdo de estar medio desnuda y borracha frente a una ventana se adueña de Evelyn.

–Sí –dice, tamborileando con los dedos en la barra de madera del bar–. Horrible.

El camarero sirve las bebidas y Robin se lleva la mano al bolsillo.

–¡No! –Evelyn lo coge del brazo, pero al instante aparta la mano–. Déjame a mí. Quería compensarte por lo de esta tarde.

Robin arquea las cejas, pero se aleja un poco de la barra y abre las manos fingiéndose derrotado.

–Una chica con carácter –le dice el camarero a Robin, que sonríe.

Evelyn saca el monedero y paga con expresión imperturbable. Se giran con las copas en la mano y se quedan de pie, incómodos. ¿Qué mesa? En el rincón es demasiado íntimo; junto a la puerta hay demasiada corriente. Evelyn se dirige a una mesa vacía en mitad de una hilera y pasa al asiento pegado a la pared. Cuando Robin se acomoda en la silla de enfrente, Evelyn ve que la pierna ortopédica le asoma un poco, afuera y a un lado.

«Suelo salir a bailar por la noche.»

¿Cómo se las apaña? ¿Con esa pierna?

–Bueno –dice Evelyn.

–Bueno.

Robin la mira. Y hay algo diferente en su mirada. Un reto. Es la misma mirada de hace un momento en la oficina.

–¿Ha sido horrible? –Evelyn bebe un poco.

–¿Cómo? –Robin parece confuso.

–La tarde.

–Ah, no, normal. Aunque probablemente debería fingir lo contrario. –Sonríe y alza la copa–. Qué interesante. Nunca me había invitado a beber una mujer.

Evelyn enarca una ceja mientras se enciende un cigarrillo.

–Seguro que la bebida sabe igual.

Él levanta la cerveza a contraluz con gesto teatral. Da un sorbo para probarla.

–Sí. Todo correcto.

A su pesar, Evelyn sonríe. Nota que la ginebra le llega a la sangre y la cinta que le constriñe la cabeza afloja un poco.

–No me invitarías a uno de los tuyos, ¿no? –Robin señala el tabaco.

–Creía que no fumabas.

–Solo a veces, cuando me tomo una copa. Antes fumaba como un carretero, como todos, pero respiré un poco de veneno, me entró gas en los pulmones.

Evelyn empuja los cigarrillos por encima de la mesa.

Él se enciende uno, da una calada corta y luego lo deja en el

cenicero, donde desprende penachos de humo azul que llenan el silencio que los separa.

–Y bien –dice al final Evelyn–. ¿Qué te parece el trabajo?

–¿Qué me parece el trabajo? –Se recuesta en el respaldo–. Bueno… muchas cosas. –Hace girar el vaso entre las manos–. En algunas cosas más duro de lo que creía y en otras más simple. Pero, sobre todo, estoy contento de tener empleo. No es fácil con… esto. –Se señala la pierna.

Evelyn la mira solo un instante. Por un momento se pregunta cómo será. Plástico en lugar de carne. Cómo habrá sido acostumbrarse a ella.

–Y es mejor que vender revistas puerta a puerta o cerillas por la calle. –Se inclina hacia delante con el vaso en la mano–. El otro día vi a un hombre con un organillo, y llevaba fotografías de sus hijos pegadas a los lados.

–¿Cuántas?

–Conté nueve.

Evelyn silba bajo.

–Y al lado, su hoja de servicio.

–¿Dónde había servido?

–El Somme y otros sitios. Todos los años que duró la guerra, por lo que vi.

–Dios. –Evelyn coge un reposavasos y lo rasga por la mitad–. Me ponen de los nervios. Es como si todos camináramos dando vueltas al mismo agujero. Uno de esos cráteres que abrieron las bombas en plena ciudad, solo que dentro hay un millón de hombres a los que nadie hace caso. La gente pasa de largo, silbando, fingiendo que no los ven.

–Eso de que no los ven… –dice él, en voz baja.

–Vale, de acuerdo. –Le mira–. Puede que los vean. Pero me hierve la sangre cuando pienso en esos hombres, condenados a mendigar por las calles. Y los mayores son los que más me afectan; se plantan con su mejor traje y el sombrero y se les ve tan pacientes, y todos tienen tal… tal dignidad y nosotros nos limitamos…

No termina la frase, sacude la cabeza.

–Y entonces ¿por qué trabajas para ellos?

–¿Perdona?

La misma mirada retadora.

–Para los que los han condenado al pozo. Si no ha sido la administración con sus pensiones, ya me dirás quién. Está claro que si distribuyeran de manera más justa el…

–La culpa es del mensaje, no del mensajero.

–Puede. Pero podrías dedicarte a otra cosa.

–Tal vez. –Evelyn se echa hacia atrás, abre las manos–. ¿Qué me sugieres?

Él se encoge de hombros.

–Seguro que hay vacantes para administrativas.

–Sabes igual que yo que no. En particular para mujeres. Ahora no hay trabajo.

¿Están discutiendo? Evelyn no está segura, pero se lo parece; está irritada.

–¿Y cuánto tiempo llevas en el mismo trabajo? –pregunta Robin en tono más amable, conciliatorio.

–Dos años.

–¿Y antes qué hacías?

–¿Antes de la oficina o antes de la guerra?

–Las dos cosas. Empieza por el principio, si te parece.

Evelyn se ríe.

–No saldremos de aquí en toda la noche.

–Bueno… –Robin se mira el vaso vacío y la copa mediada de Evelyn–. Siempre podemos pedir otra ronda.

–Sí. –Evelyn sonríe–. Eso sí.

Robin apura la cerveza, se levanta y se dirige a la barra. Su cigarrillo sigue consumiéndose despacio en el cenicero y Evelyn lo coge, le da un par de caladas y lo apaga. Le mira acercarse con las bebidas. Viéndolo andar cuesta adivinar que lleva una pierna ortopédica; se mueve con una gracilidad sorprendente.

–¿Desde cuándo llevas la pierna ortopédica? –pregunta cuando se acerca a la mesa, y se arrepiente en el acto, pero Robin no se inmuta.

–Hace tres años. –Deja las bebidas en la mesa–. Aunque tardó lo suyo en ajustarse. Pero espera… –Levanta un dedo–. Todavía no hemos terminado. Ibas a contarme a qué te dedicabas antes.

–Municiones.

Levanta una ceja, sorprendido.

–¿Y qué tal? ¿Muy duro?

–Bastante. –Se pregunta si debería mencionar lo del dedo.

–¿Y antes de las municiones?

–Bueno… –Mete el índice y el pulgar de la mano buena en la bebida y estruja la rodaja de limón. Cuando la suelta, el limón flota en la superficie y choca con el hielo. *Antes de eso me enamoré*–. Vine a Londres. Compartí piso. Hice un poco de todo. Pensé que tenía mucho tiempo para decidirme, pero luego estalló la guerra y… –Le

mira. Él la está observando con tal intensidad que Evelyn tiene que desviar la mirada–. Cuando terminó ya estaba aquí. –Coge la mitad del posavasos y vuelve a rasgarlo por la mitad–. En fin. Te toca. Hasta ahora has sido muy listo y me has hecho hablar a mí.

–Diría que no me has contado demasiado. –Robin sonríe–. Pero está bien. ¿Te importa si finjo que me fumo otro cigarrillo?

Evelyn se los acerca por encima de la mesa.

Robin enciende uno, pero esta vez se lo queda en la mano.

–Cuando empezó la guerra estaba en la universidad. Comencé tarde. No sé por qué me pareció que primero tenía que viajar un poco.

–¿Por dónde?

–India, Nepal, el Levante.

–¿Y eso?

–¿Has estado alguna vez?

Ella niega con la cabeza.

–Pues deberías.

Evelyn lo mira, sorprendida. *¿Debería?*

–No tenía mucho dinero y vivía con muy poco, y pasé mucho tiempo alejado de la gente y de las cosas. Fue maravilloso.

–¿Qué hiciste?

–Pues caminar mucho. También escalé un poco. Por el norte de la India y Nepal. Se me había ocurrido que me gustaría ingresar en la administración colonial, pero una vez allí… –Sonríe–. Bueno, quedó claro que no era lo que quería. Pensé dedicarme a algo de provecho. De modo que conseguí plaza en Cambridge y me puse a estudiar Clásicas. –Suelta una risa breve–. A saber por qué.

–¿Y te pareció de provecho?

Robin niega con la cabeza.

–Era mayor que el resto de los estudiantes. Solo tres años o así, pero me sentía una antigualla. Lo único que quería era regresar al mundo. De modo que en cuanto estalló la guerra pedí entrar en servicio. Quería ir a Jerusalén. Creía que había probabilidades de que se abriera un tercer frente. Así que insistí. –Esboza una mueca–. ¿Parezco un cínico?

Evelyn dice que no.

–¿Llegaste a Jerusalén?

–No. Moví algunos hilos, pero eran los hilos equivocados y acabé en el frente occidental.

–Qué mala suerte.

–Quizá.

–¿Dónde estuviste?

–Al principio en Ypres. Allí me pasó lo del gas. Luego me mandaron unos meses a casa. Después fue lo de la pierna, en el 16.

–Y… ¿cómo fue? –No sabe cómo preguntar.

Robin baja la vista al cigarrillo que tiene en la mano, como sorprendido de que aún siga ahí. Da una calada superficial, rápida.

–No recuerdo nada del proyectil. Cuando me desperté en el hospital y me dijeron que me faltaba una pierna, al principio no me lo creí. Todavía la notaba. A veces todavía la noto. Es… raro. Y luego –se le dibuja una arruga en la frente– solo podía pensar en todos esos hombres. De pie por las esquinas con una muleta y una lata. No volver a escalar jamás. Quizá no volver a caminar. Me quería morir.

Lo dice con total naturalidad. Y a Evelyn le gusta más por ello.

–Luego aquello cambió también, y me sentí… No estoy orgulloso de ello, pero me sentí aliviado.

–Sí. –Evelyn se inclina hacia delante.

–Y después, cuando el alivio pasó, me inundó una sensación de…

–De culpa.

Él la mira.

–Perdona –se disculpa Evelyn, retrocediendo, ruborizándose–. Estoy poniendo palabras en tu boca.

–No. –Niega con la cabeza–. Tienes razón.

Pero es como si se hubiera roto una membrana delicada y el ruido le inundara los oídos. El pub está bastante lleno, el ambiente está cargado de humo, los hombres hablan a gritos en las mesas de alrededor.

–Debería irme –dice Robin, apurando lo que le queda de cerveza.

Evelyn lo imagina en su casa. ¿Vive solo? ¿Cómo es la casa? De pronto, no quiere que se vaya.

–¿Dónde vives?

Él parece sorprendido.

–En Hampstead –responde con una sonrisa–. En la parte barata. Lejos del parque.

Evelyn asiente, no se le ocurre nada más que añadir.

Se ponen los abrigos. Robin la deja pasar y se dirigen juntos a la puerta. En la calle ya es noche cerrada. El aire huele a hojas y chimeneas encendidas.

–Bueno. –Robin sonríe, se pone el sombrero–. Gracias por la copa.

–Un placer. –Mientras se abotona el abrigo hasta el mentón,

vuelve a sentir el mismo pánico acelerado y hueco que en la oficina. ¿Miedo a estar sola? ¿Cómo comenzó? Es culpa de su hermano, piensa; es por las cosas que le ha dicho esta tarde–. ¿Robin?

–¿Sí? –Se gira de cara a Evelyn.

–El grupo aquel de dixie que dijiste. El jueves, ¿no? ¿Todavía te apetece ir a verlos? –No se cree lo que está diciendo. No se cree que las palabras hayan salido de su boca–. ¿O ya has encontrado quien te acompañe?

–Sí. –Parece sorprendido, gratamente–. Y no. No he encontrado a nadie.

–Bueno, pues… Me preguntaba… Podríamos ir los dos, ¿no?

* * *

Ada entra y sale del bosquecillo de plátanos y maleza del parque. Bordea el campo de críquet, con el césped acordonado durante el invierno, y luego llega al ruinoso muro de ladrillos del norte, da media vuelta y regresa, entrando y saliendo, mientras pensamientos y pasos repiquetean al unísono.

Ivy es egoísta, egoísta. Con sus papeles, con sus mapas de cementerios. Son cosas de rico; Ivy es rica. Costará varias libras visitar Francia, pero si ella supiera que hay un pedazo de tierra donde descansa su hijo, no se quejaría por el dinero. Ahorraría cuanto tiene hasta poder ir a visitarlo. A sentarse junto a ese trozo de hierba. A tocarlo con las manos.

Es la falta de un cadáver.

Si al menos tuviera un cadáver.

Cuando murió su padre, Ada tenía ocho años. Se plantó a la entrada de la habitación del sótano donde lo habían trasladado, mirando fijamente a donde su padre yacía de espaldas. Era un hombre grande, pero en aquella mesa parecía pequeño, como si la muerte le hubiera quitado algo más que la vida. Su madre le pidió que hirviera un balde de agua, cogiera una toalla y se lo bajara. «Ya puedes irte», le dijo su madre, acariciándole la coronilla y cerrando la puerta. Pero Ada se quedó y escuchó, con la oreja pegada a la madera. Oía gotear la toalla, los ruidos de lavar, de su madre sollozando por lo bajo. Cuando volvió a salir, su madre tenía una expresión serena, como si también ella se hubiera lavado la cara. Ya entonces, Ada comprendió que tenía sentido.

No como esto, no como esta… ausencia. Ni cuerpo, ni tumba.

Una ráfaga de viento amenaza con volarle el sombrero y Ada se

lo sujeta mientras hojas húmedas se arremolinan y giran en el aire. Se ven figuras dispersas al atardecer, gente que pasea al perro, gente que vuelve del trabajo. Jack podría ser uno de ellos. Ada da media vuelta, se dirige al extremo norte del prado, donde solo crecen árboles.

Si hubiera tenido el cadáver de Michael en casa, lo habría lavado. Por muy herido, por muy destrozado que hubiera estado, lo habría lavado con mimo, como hacía cuando era bebé, cuando era niño. Y si no –si se le hubiera negado ese rito postrero, a ella y a todas, a todas las madres, hermanas, amantes–, al menos, saber dónde descansa su cadáver.

El viento le azota el pelo contra la cara.

¿Por qué las hijas de Ivy no le compraron un pasaje a Francia en lugar de esos dientes ridículos que encima no le ajustan bien? ¿Por qué no la acompañan al entierro del jueves, si es lo que la mujer quiere? Menudas niñas bobas y estiradas.

No es justa. Sabe que no. Sabe que debería dejarlo. Que Ivy tiene razón. Que debería dejar de tocarse, de rascarse una herida que no deja sanar. Pero él no se lo permite. Su hijo no le deja. Es como si tirase de ella, como si le estirase de la manga como hacía cuando era pequeño.

Se detiene, es la única presencia en ese trozo de hierba, donde los árboles de color púrpura se yerguen contra el cielo. Comienzan a encenderse las primeras luces en las casas que bordean el parque, se ven sombras moviéndose tras las ventanas, las mujeres se afanan en las cocinas, preparan la cena de la familia: de sus hijos, de sus maridos. Es extraño estar ahí, mirando desde fuera los ritmos y las rutinas de la vida. De pronto está clarísimo. Se ha incumplido un contrato. Se ha roto. ¿Cómo se han avenido todos a seguir adelante?

Debería irse a casa. Preparar algo para cenar, o serán dos noches seguidas sin nada que comer. Pero cuando lo piensa, cuando piensa en Jack y ella en silencio, cada uno a un lado de la mesa, se pondría a chillar. ¿Por qué ninguno de los dos reacciona? Simplemente levantarse y romper el silencio gritando: «¡Ya está! Ya no aguanto más».

Decir lo indecible, presentar los cargos, dejar que las explosiones acaben con todo.

Pero después ¿qué? ¿Adónde iría? A ninguna parte. No tiene adónde ir.

Avanza por el parque a oscuras, gira a la izquierda por su calle, sintiendo que la vida la reclama a cada paso. En la cocina, se seca

la cara con la manga, saca un par de patatas polvorientas de la despensa y comienza a frotarlas con fuerza.

Llaman a la puerta principal. No hace caso. Quienquiera que sea vuelve a llamar, más fuerte, y Ada se ve obligada a parar y salir al recibidor.

Es Ivy, de pie ante el umbral, azotada por el viento.

–¿Puedo pasar?

–¿Por qué?

–Lo siento, Ada.

–Muy bien. Pero no hacía falta que vinieras para disculparte. –Se dispone a cerrar la puerta.

Ivy la detiene con un gesto de la mano.

–Vivía en Walthamstow. En una casa del montón. En una calle del montón. ¿Me dejas pasar, Ada? Por favor.

Pasan a la cocina. Ada se cruza de brazos.

–A ver, dime. ¿Qué hizo? ¿Cómo lo hizo?

–No estoy segura. –Ivy, nerviosa, vacila–. La mujer… me pidió que llevara algo conmigo, una fotografía de Joe, y además… algo importante para él. No sabía qué llevar. Me pasé horas dándole vueltas, pensando. Al final llevé un trozo viejo de tela que tenía de niño. Durante años la llevaba a todas partes con él.

–Lo recuerdo.

–¿Te acuerdas? –La expresión de Ivy se dulcifica–. Cuando la echaba a lavar lloraba sin parar. No tenía valor para quitársela. En fin, había guardado un trocito todos estos años. Dentro de la Biblia. –Se ríe, compungida–. Nunca la leía, o sea que no molestaba. Me sentí bastante boba, la verdad, allí sentada en su salón, sacando aquello del bolso.

–¿Y qué hizo con la tela?

–Creo que sencillamente… se sentó con la tela en las manos. La sostuvo un rato. Y luego… comenzó a decir cosas.

–¿Qué cosas?

Pero es como si la energía que Ivy había reunido se esfumara y la mujer se viene abajo, ha terminado.

–Ada, por Dios. Yo qué sé, casi ni me acuerdo, de verdad. Ten. –Da un paso adelante y le tiende un papel.

Ada lo acepta; es la dirección, escrita a mano con letra pequeña y primorosa.

En la puerta, Ivy se gira.

–Pero una cosa te voy a decir. Después, a la semana de haber ido, recibí una carta donde decían que habían identificado el cadáver de Joe. Me decían dónde estaba.

Ada levanta la vista, con el pulso acelerado.

–Lo identificaron por la chapa que llevaba al cuello.

Asiente.

–Gracias.

–Venga… –Ivy cruza la estancia y tira de Ada, apretándola contra su pecho en un abrazo incómodo. Ada huele la lana mojada del cárdigan, la piel suave y limpia de su amiga. Ivy da un paso atrás, la coge de las manos–. Ven conmigo el jueves. Te sentará bien. A todos nos irá bien. Quizá nos ayude a superarlo.

–Lo siento, Ivy. –Se aparta–. Yo… no creo que pueda.

–Bueno. –Ivy asiente–. Cuídate mucho, ¿quieres?

–Sí. –Ada juguetea con el trocito de papel que tiene en la mano–. Lo haré.

* * *

Incluso con la vieja boina escocesa puesta, Hettie se siente distinta: con la piel más viva, como si todas las terminaciones nerviosas quedaran expuestas. Y por debajo del abrigo siente el vestido, un peso que de algún modo resulta a la vez tranquilizador y aterrador. No termina de creerse que esté aquí, casi podría imaginar que es otra calle si no fuera por la extraña bombilla azul y la placa de bronce de al lado de la puerta.

Confía en haber calculado bien el tiempo.

No ha vuelto a casa después del barbero, sino que se ha pasado por casa de Di, que ha gritado y ha descorrido las cortinas y le ha pedido que se girara y se mostrara desde todos los ángulos y por fin ha dictaminado que estaba «arrebatadora», y luego la ha ayudado a vendarse los pechos para que quedaran lo más planos posible. Después Di se ha ido a trabajar y Hettie se ha sentado a esperar en su piso, se ha fumado demasiados cigarrillos de Di y no ha parado de tocarse la V recién afeitada de la nuca, acariciándola de un lado y de otro, levantándose cada cinco minutos para mirarse en el espejo, para ajustarse el vestido, hasta que han dado las nueve y se ha puesto el abrigo viejo y se ha tapado el peinado con la boina también vieja y se ha ido al metro.

Pero cuando ha salido en Leicester Square eran las diez menos cuarto. Demasiado temprano, puesto que había convenido con Di que debía llegar tarde.

«No querrás esperar sola en el club, ¿no? ¡Ya sabes lo que pensará la gente!»

Así que se ha alejado un poco del metro, cohibida entre el

gentío que salía de los teatros y llenaba las calles, y al final se ha refugiado en un pequeño café, donde se ha sentado con una taza de té entre las manos mientras el camarero de ojos tristes limpiaba huellas de las estanterías de cristal y amontonaba bandejas para pasteles en el fregadero. A las diez y veinte el camarero le ha dicho, doblando el trapo con gesto cansino:

–Lo siento, encanto. Pero tengo que irme a casa.

Hettie le ha llevado la taza vacía y el plato y se ha visto reflejada en el espejo del mostrador. Parecía aterrada.

–¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

Hettie ha tragado saliva.

–Estoy bien.

Pero se ha sentido de todo menos bien al dejar atrás las luces de Charing Cross Road y recorrer sola esta calle. Incluso siendo más temprano que la última vez, la calle está desierta, con la inquietante bombilla azul como único indicio de vida.

Y ahora aquí está.

Coge aire, levanta una mano y llama. Abren el panel corredero y aparece el mismo rectángulo de luz.

–¿Sí?

Hettie carraspea, intenta serenar la voz.

–Vengo a ver a Ed.

Sigue una pausa y luego:

–¿Ed? ¿Qué Ed?

Por Dios. No lo había pensado. ¿Por qué no lo había pensado?

Pero la puerta se abre de todos modos y Hettie se cuela hasta situarse frente a un portero distinto, mayor y más desconfiado, con cara flaca y ratonil.

–¿Cuántos años tienes? –La mira de arriba abajo.

–Ten-tengo veintidós.

El hombre resopla.

–Encanto, si tú tienes veintidós, yo tengo cuarenta.

Hettie piensa con nostalgia en Graham sonriendo dentro de su cuchitril. Sería capaz incluso de comerse una de sus pastillas de menta por verle.

–No puedes entrar si no vienes con un socio. Vienen montones de chicas… –se inclina hacia delante– a probar suerte.

Hettie se aprieta el cinturón, sabe por qué clase de chica la ha tomado, se ha preparado para defenderse. Pero parece que al final ha calculado mal el tiempo y que la noche ha terminado incluso antes de empezar.

Entonces se le ocurre una idea.

–¿Me deja consultar el registro?

El portero no parece convencido, pero se lo planta delante.

Hettie nota cómo la observa mientras repasa las firmas con el dedo. Ningún Ed, ni Edward ni nada que se le parezca. Comienzan a sudarle las manos. ¿Era su nombre de verdad? Hettie mira de nuevo al portero.

–Disculpe. ¿Podría decirme qué hora es?

El hombre se mira el reloj de pulsera.

–Las diez y media. –Gira el libro, vuelve a ponérselo de cara–. Lo siento, encanto, parece que no ha habido suerte.

La puerta se abre a sus espaldas y Hettie se gira con un nudo en la garganta… pero es solo una pareja, la mujer va envuelta en pieles y se ríe, con la boca roja grande como la de un gato. El hombre se inclina a firmar y se marchan, desaparecen entre el taconeo de los zapatos por las escaleras.

–¿Sigues aquí? –El portero menea la cabeza–. Mira, encanto. Hazte un favor y vete a casa.

Hettie se adelanta apretando los puños.

–¿Podría ser que hubiera venido antes?

No tiene muy claro de dónde nace tanto atrevimiento.

El hombre se atusa el bigote con los dedos.

–Bueno, eres una chica decidida, no hay duda. ¿Qué tiene de especial ese tal Ed?

Hettie no contesta, pero el portero le escudriña la cara y descubre algo en ella que lo enternece.

–Está bien. –El portero suspira–. Echaremos un vistazo. –Se lame el dedo y va pasando páginas–. Veamos. Esto es de esta tarde. Pero no se lo digas a nadie o me quedo sin el puñetero trabajo.

Hettie se inclina, revisa la lista de nombres, y a media página lo encuentra: «Edward Montfort. Hora de entrada: 14.00». Y debajo de la columna correspondiente a la hora de salida, nada.

–Tiene que ser este.

Hettie empuja el libro de vuelta al portero, con el corazón aporreándole las costillas.

El hombre echa un vistazo a la firma.

–Vaya, parece ser que lleva aquí todo el día. –Se yergue con expresión preocupada–. ¿Seguro que es buena idea que se reúna con él, señorita?

Hettie no puede irse a casa. Ahora no. Después de todo esto, no.

–Adelante –dice el portero, señalando con la cabeza–. Y mándamelo a que me diga que has llegado bien. Eso si todavía es capaz de tenerse en pie.

En las escaleras nota el mismo olor a humedad que la otra vez, pero lo que un sábado con Di le pareció emocionante ahora le resulta amenazador, sórdido. ¿De qué demonios estaba tan segura antes? Podría estar en casa, descansando, es su única noche libre en toda la semana, y no aquí, bajando estas escaleras hacia…

Chalada.
Limehouse.
Trata de blancas.
Eres
una
niña
boba.

Al abrir la puerta no la golpea estruendo alguno. Ni calor ni ruido ni atmósfera viciada. El club está medio vacío. Otra orquesta toca sin ganas en el escenario; esta vez el cantante no es negro, es solo un blanco lechoso con un acento poco creíble y solo hay un puñado de parejas desganadas que matan el rato en la pista. No se ve a Ed en ninguna de las mesas apenas ocupadas y de pronto le entra miedo, ni siquiera recuerda su cara. Se queda de pie junto a la puerta, con las manos todavía metidas en los bolsillos y dispuesta a dar media vuelta y marcharse cuando un grupo de gente entre la barra y ella se mueve y se dispersa y de repente allí está, sentado solo en una mesa del rincón, no muy lejos de los músicos, ligeramente encorvado, con la mano izquierda alrededor de la copa, casi como si se aguantara en ella.

Hettie se dirige hacia allí. Después, en mitad de la pista, titubea.

Se le ve muy triste.

Justo entonces él levanta la vista y la ve, y su expresión cambia al instante mientras saluda con la mano y se pone en pie.

–¡Mi anarquista! –exclama, saliendo de detrás de la mesa–. ¡Has venido!

No viste de etiqueta. Lleva la camisa arrugada y parece cansado. Pero no está mal. Y ahora que lo tiene delante, Hettie se queda muda.

–Así ¿qué? ¿Has venido a causar problemas? –pregunta con una media sonrisa.

–Yo… –Hettie dice que no con la cabeza; tiene la boca seca–. No, creo que no.

–Lástima. –Se endereza y apura la copa–. No me importaría.

Esto está muerto.

Hettie sigue su mirada. Tiene razón. Hasta los músicos parecen aburridos.

Él se apoya en la mesa.

–¿Tomamos un poco el aire? Llevo horas aquí dentro –dice, meneando la cabeza–. Esperándote.

–Pero… dijiste… en el mensaje… decía que vendrías a las diez.

–¿Ah, sí? –Coge el abrigo y se lo pone con aire abstraído–. Bueno, pues… me he equivocado.

El suelo se mueve debajo de Hettie.

¿Equivocado con la hora?

¿O equivocado al invitarla?

Suben las escaleras juntos y Hettie lo nota detrás de ella, sujetándose al pasamanos. Esquiva la mirada del portero, pero Ed le dedica un saludo militar y le llama «sargento», y luego se quedan los dos solos, de pie en la calle a oscuras. Se hace el silencio, se oye la chispa de una cerilla. Una voz fantasmal tararea una canción militar, «Mientras tengas una cerilla…», y luego, la cara de Ed distorsionada, iluminada desde abajo.

–¿Quieres uno? –Le oye atrapar el cigarrillo entre los dientes.

–No, gracias.

Está borracho. Pues claro que está borracho. Se ha pasado toda la tarde allí dentro y ahora está borracho.

A Hettie se le cae el alma a los pies. Debería marcharse.

Ed apaga la cerilla agitándola y esta cae al suelo con un sonido casi imperceptible.

–Bonita noche –dice él, y la punta del cigarrillo se ilumina.

Hettie mira al cielo. Es una noche bonita, aunque antes no se había fijado; el aire está limpio, húmedo todavía por el recuerdo de la lluvia. Jirones de nubes altas enmarcan la luna.

–¿Te apetece pasear? No me importaría dar una vuelta. Llevo horas encerrado allá abajo, esperándote.

Hettie no va vestida para pasear. Va vestida para bailar. Pasará frío. Y el vestido y el peinado nuevo, todo su nuevo ser, se desperdiciarán.

–Detesto ese club.

–De acuerdo –acepta por fin, porque ¿qué más puede decir?

Y probablemente, en cierto modo, corre más peligro fuera.

Dejan el callejón oscuro y ponen rumbo a Charing Cross Road, que todavía bulle de vida con las luces de teatros y restaurantes. Ed camina rápido, como si tuvieran prisa, y ella tiene que dar grandes zancadas para no retrasarse, pero cuando llegan a la entrada del

metro, Ed se detiene y se vuelve hacia ella.

–Mira. No soporto todo esto. ¿Y tú?

Es como si la hubiera abofeteado.

–Perdona –dice Hettie, moviendo la cabeza–. No sé a qué te refieres.

–Los preliminares. Todas las tonterías por las que hay que pasar. Es decir… ¿A ti no te molesta?

–No te entiendo.

Él se acerca.

–Lo que nos mantiene separados. ¿No crees que por una vez deberíamos… decir la verdad? ¿Hablarnos sin tapujos?

Hettie se calla, con el corazón acelerado.

–Perdona –se disculpa Ed, arrojando el cigarrillo y viéndolo caer–. He tenido un día… extraño. –Se pasa las manos por el pelo y se enciende otro pitillo–. ¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Podemos hacer un pacto? ¿Solo para esta noche? No decirnos nada que no sea sincero. ¿Te parece? Por favor.

–Sí.

–Muy bien. –Asiente–. Bueno, pues empezaré yo. Y luego te toca a ti.

Hettie se siente en una de esas atracciones de feria en las que tardas muchísimo en subir y luego te provocan ese nudo de miedo en el estómago en cuanto comienzan a girar y te preguntas para qué querías subir.

–Me recuerdas a alguien que conocí hace tiempo. Y desde que te vi, la otra noche en el club, quiero besarte.

A Hettie todo le da vueltas.

–¿Puedo besarte? Por favor. Porque no se me ocurre una ocasión mejor.

Ed da un paso adelante y Hettie cierra los ojos mientras él le acerca la boca. Sabe a whisky. Es un beso delicioso, dulce.

–Gracias –dice Ed en voz baja, al apartarse.

Cuando Hettie abre los ojos Ed la está mirando, pero su expresión es más tierna, como si se hubiera desprendido de algo.

–Ahora te toca hablar a ti. Dime algo que sea verdad. Solo quiero escuchar verdades.

Hettie no está segura de estar lista para hablar, con la boca que acaba de besar ese hombre. En realidad, lo que quiere es que la bese de nuevo. Intenta pensar, pero su cabeza es un caos.

–No sé… –Niega con la cabeza–. No estoy segura.

–Eso –dice él, dando un paso atrás, señalando.

–¿Qué?

–Eso que ibas a decir. Ahora mismo. Eso. Dímelo.

Hettie traga saliva.

–Está bien… Iba a decir que me gustó lo que dijiste la otra noche en el club, lo de volar cosas.

–Por Dios. Debes de pensar que estoy chiflado.

Hettie piensa en Fred, reduciéndose a nada, sentado en la silla de su padre, en los ruidos horribles que se le escapan por la noche. En su madre, furiosa y sola, encerrándose cada vez más en sí misma. Niega con la cabeza.

–Yo también quiero volar cosas.

Él echa atrás la cabeza y se ríe.

–Gracias. –Luego da una palmada y mira a su alrededor–. Menudo frío hace aquí fuera, ¿no?

Hettie no se había fijado, pero es verdad. Ahora hay menos gente en la calle. Parece que todo el mundo se ha ido a casa.

–Necesito una copa. ¿Te apetece beber algo? Conozco un sitio por aquí cerca. –Ed sonríe, de pronto parece dócil–. Bueno, en realidad, me refiero a mi piso, puestos a ser sinceros. Que es lo que estamos haciendo. ¿Qué te parece si tomamos algo en mi casa?

Cuando la ve titubear, levanta las manos. Es el mismo gesto que hizo en el club el sábado por la noche. Como si fuera desarmado.

–Te prometo que me portaré como un hombre de honor.

El suelo, de parquet oscuro, huele a cera y madera vieja, cara.

Así que es rico.

Hettie se queda al borde del parquet, como a orillas de un lago hondo y gélido. El apartamento es inmenso. Cabrían sin problemas cinco pisos como el de su madre en Hammersmith.

Ed recorre el salón encendiendo las luces.

–Espero que no te importe. Me he pasado la tarde en una madriguera a oscuras. Dame un minuto y enseguida caldeo la casa.

Se le ve distinto ahora que está en su piso, más estable, menos borracho.

Hettie se acerca a la chimenea, donde Ed está agachado añadiendo carbón de un cubo. Junto al hogar, una puerta abierta conduce a otra habitación. Hettie ve la esquina de una cama.

Un hombre. Una mujer. Una cama.

–Bien –dice Ed cuando por fin se endereza. Se dirige a la mesita baja donde varias botellas con tapón de cristal reflejan la luz–. Tengo whisky, ginebra y… ¡vodka! –Levanta una botella llena de un líquido transparente, se la muestra–. ¿Alguna vez has probado el

vodka?

–No.

Jamás había oído hablar del vodka, pero no quiere admitirlo.

–Todo anarquista debe tener su vodka. Esos rusos sí que saben lo que se hacen. Tomemos un vodka a su salud.

Se vuelve hacia el mueble bar tarareando, coge unos vasos y sirve la bebida.

Hettie se calienta las manos en la chimenea. En la repisa hay dos fotografías. Una es de Ed, serio y de uniforme. La otra fotografía es muy diferente: aparece más joven, con el pelo más largo, con suéter de críquet. Junto a él hay una joven bellísima, que mira directa a cámara y se ríe. A Hettie se le encoge algo en el pecho.

–Mi hermana. –Ed se acerca por detrás, gesticulando con la copa.

–Ah. –El pecho de Hettie se relaja cuando acepta la copa: líquido transparente con hielo.

–Más o menos de la última vez que la vi sonreír. –Se toma un trago, balanceándose sobre los talones, con la vista clavada en la foto–. Es absolutamente infeliz. Todo el tiempo. ¿Tú tienes?

–Si tengo ¿qué?

–¿Hermanos? ¿Hermanas?

–Un hermano.

Intenta probar el vodka. Está frío y limpio.

–¿Y también es absolutamente infeliz?

Hettie se ríe.

–Pues sí, la verdad, creo que sí.

Ed se enciende un cigarrillo y le ofrece otro.

–¿Fue a la guerra?

–Sí.

Se inclina para encenderlo.

–¿Dónde sirvió?

–En Francia.

–¿Sabes dónde?

Hettie se estruja el cerebro, pero no consigue recordar si se lo ha dicho alguna vez. Ya durante la guerra, su hermano nunca hablaba de Francia. De pronto se siente fatal. Debería saberlo, ¿no? Pero Ed asiente.

–Ven. –Deja la bebida–. Parece que vayas a salir corriendo. Dame el abrigo.

Le coge el abrigo y lo deja en el respaldo de una silla. Y ahora, por fin, cuando Hettie casi había olvidado que lo lleva, se ve el

vestido. El tejido susurra al recolocarse, las lentejuelas captan la luz y brillan, y Hettie se acalora: de repente, siente como si hectáreas enteras de su piel estuvieran desnudas.

–Dios mío –exclama Ed.

Hettie se quita la gorra y la sostiene delante del vestido. Cuando por fin mira a Ed, este parece desconcertado.

–Te has cortado el pelo.

–Sí.

–Pero ¿por qué? –Su voz carece de entonación.

–Porque… –Hettie se lleva la mano a la punta afilada de la nuca–. Porque quería. Hacía siglos que quería cortarme el pelo y…

No termina la frase. A su espalda, el fuego crepita y chisporrotea.

Sigue una pausa, y luego:

–Te queda bien –dice Ed, en el mismo tono neutro.

Estás mintiendo.

–No es verdad –replica ella, con el corazón acelerado.

–¿Cómo dices?

Por un instante, Hettie ve algo en él: ¿ira? Un destello rápido que desaparece enseguida.

–Antes has dicho… has dicho que no diríamos mentiras.

–Muy bien. –La apunta con el pitillo–. Tienes razón. Lo he dicho. Pero te equivocas. Es verdad. Estás guapa. Solo que…

–¿Qué? –Parece que Ed le esté retorciendo las entrañas.

–Nada. –Ed da media vuelta, arroja el cigarrillo al fuego–. No me hagas caso.

Hettie se ríe. Suena áspera y dolida.

–Ten. –Ed rebusca en los bolsillos y saca una cajita redonda de cartón–. Tengo un poco. ¿Sabes lo que es? –pregunta con voz persuasiva, suave.

Hettie no tiene ni idea.

–Nieve. –Como Hettie sigue sin reaccionar, se dirige a un sofá con una mesilla baja de madera delante–. Ven a sentarte conmigo.

Hettie se queda donde está, observándole vaciar un montoncito de polvo blanco en el tablero de ajedrez y dibujar dos rayas largas.

–Así me animaré un poco. Seré una compañía más amena, te lo prometo. –Se saca un tubito plateado del bolsillo–. Ten. –Se lo ofrece a Hettie–. Prueba tú primero.

Hettie recuerda vagamente una historia. Algo que leyó en la prensa. Una chica, hará un par de años. Una actriz. La encontraron muerta en el dormitorio, en el West End.

–Venga. Quizá te guste. Nunca se sabe.

Cruza la habitación.

–¿Puede matar?

A Ed le hace gracia.

–Supongo, si tomas mucha. Pero la gente se muere todo el tiempo, ¿no?, de cualquier tontería.

¿Quién se permite pensar así? ¿Decir esas cosas? ¿Tomarse las cosas tan a la ligera?

Ella no.

Ni su madre, ni su padre ni su hermano, ni la gente del Palais. Nadie que conozca. Ni siquiera Di. Están demasiado ocupados aguantando el tirón, esquivando peligros, sin mirar ni a derecha ni a izquierda por si el mundo está derrumbándose a su lado.

Se sienta al borde del sofá.

–¿Qué tengo que hacer?

–Esnifa.

–¿Esnifo?

–Mira, así. –Ed se agacha, pasa el tubo por una de las rayas, esnifa y el polvo desaparece. Luego se toca la nariz con el pulgar–. Sin parar. Tiene que ser del tirón.

Hettie coge el tubo, con el corazón a mil. Se inclina hacia la mesa, se tapa un agujero de la nariz y hace lo mismo que él. El golpe es instantáneo, le arde la garganta.

–¡Dios!

Se yergue, con los ojos encendidos, y la mitad de su parte todavía en el tablero.

–Bebe un poco de vodka.

Ed le acerca el vaso y se agacha a acabarse los restos.

Hettie bebe. La combinación es picante y fuerte.

Ed se endereza.

–Esto parece una tumba. ¡Necesitamos música!

Se levanta de un salto y se acerca al mueble del rincón. Por primera vez, Hettie se fija en que tiene un Victrola precioso, como el que sueñan con tener Di y ella, de madera oscura y brillantes manillas doradas.

–¿Qué te gusta? –pregunta Ed, dándole cuerda.

–Hum…

–¡Espera! Se me olvidaba. Ayer te compré una cosa. –Saca un disco del mueble de debajo–. ¡The Original Dixies! –anuncia, enderezándose y levantándolo como un trofeo.

–¡No! ¿De veras?

–Grabaron un disco estando en Londres, cuando eran la orquesta del Palais. ¿No lo sabías?

Hettie cruza el salón y Ed le pasa la funda del disco. En la portada aparecen todos los Dixies, con Nick LaRocca en el medio, sonriendo, trompeta en mano. Es como ver a un viejo amigo. Y de pronto todo le parece mejor; de pronto la noche vuelve a prometer.

–¡Impresionante! –exclama, sonriéndole y devolviéndole la funda.

–Desde luego.

Saca el disco de la funda, lo sostiene con el dedo corazón, se agacha y da un par de vueltas más a la manivela del gramófono.

El paño verde gira. Ed coloca encima el disco, baja el brazo de la aguja. Se oye un estallido de electricidad estática sobre laca y luego la inconfundible trompeta acrobática de Nick LaRocca.

Hettie se ríe en voz alta. No puede contenerse. Algo salta en su interior pidiendo ser liberado. Los polvos. La bebida. Va a tener que moverse.

–Échame una mano –dice Ed–. Rápido, ayúdame a mover esto.

Levantan la mesita, la trasladan al otro lado del salón y luego se ponen de cuatro patas y enrollan la alfombra, y el suelo se extiende, encerado, brillante, y se colocan cara a cara y bailan –como locos, como salvajes– y la pequeña parte de Hettie que sigue consciente sabe, mientras baila, que así se siente la gente del Dalton's, que es lo que estaba buscando, que así es sentirse libre, plena, moverse como si nada importara. Cuando el tema termina, se quedan de pie, cogidos, riéndose, tratando de recuperar el resuello.

–Es rapidísimo –dice Ed, agitando la cabeza.

–La han tocado incluso más rápido que en directo.

Él la mira con una sonrisa en los labios.

–No abundan. No hay muchas chicas interesadas por la música. No hay muchas que sepan de jazz.

Podría presentarte a una decena solo en el Palais.

–A mí me encanta.

El disco crepita en el silencio que los separa.

–La verdad es que eres absolutamente encantadora, ¿lo sabías?

Y vuelve a inclinarse y esta vez, cuando se besan, es distinto; es electrizante e intenso y está cargado de intenciones.

–Ven –dice, separándose de Hettie y cogiéndola de la muñeca–. ¿Me acompañas ahí dentro?

DÍA CUATRO

Miércoles, 10 de noviembre de 1920

Evelyn, enredada entre las mantas, trata de sentarse. Tiene calor y mucha sed. Enseguida comprende por qué: anoche se quedó dormida vestida. Está tumbada en transversal sobre el colchón y, no sabe cómo, la almohada ha emigrado al sur y ha terminado entre sus piernas. Se sienta y maldice, se quita la chaqueta de punto por la cabeza y se queda en jersey y bragas, se levanta y sale a trompicones al pasillo. La puerta de Doreen está entornada. Evelyn se para y escucha. Silencio. Anoche no la oyó llegar a casa; habrá pasado la noche con su amigo.

No tardarán en casarse, ahora lo ve claro.

En la cocina a oscuras el grifo protesta antes de rendirse y escupir agua a sacudidas. Evelyn se llena un vaso y lo vacía con ansia, coge la tetera del fogón y la rellena, la pone al fuego y después descorre las cortinas para poder ver el cielo. La luna casi llena, le falta solo un trocito por arriba, cuelga sobre las chimeneas que se alinean apiñadas hacia el este, hacia Camden Town. Evelyn se queda contemplándola, abrazándose el pecho, adormilada. A su espalda oye el suave silbido de la tetera al hervir el agua.

¿La luna está creciendo o menguando? Antes sabía esas cosas. Al principio de la guerra, cuando Fraser aún vivía, Evelyn solía despertarse a esta hora, bien entrada la noche pero mucho antes del amanecer, a las dos o las tres de la madrugada, con el camisón pegado al cuerpo por el sudor. Por entonces, por los apagones nocturnos obligatorios, no era fácil tener luz de noche y no podía distraerse leyendo, de modo que lo único que la calmaba era ir a la cocina, poner una tetera a calentar, descorrer las cortinas y contemplar el cielo. La distancia se contraía en las horas previas al amanecer y, si la noche estaba despejada, Evelyn buscaba la luna.

«Estoy convirtiéndome en pagano –le escribió Fraser, aquel primer invierno–. Aquí, en esta monotonía de lodo marrón, donde la sangre es lo único con color. Aquí no hay Dios, solo están la luna y el cielo.

»Y por tanto he pactado con la luna. Que las noches despejadas me llevará contigo.»

Alguien habla en la calle. Evelyn ve al lechero a la vuelta de la

esquina, luego se para bajo la farola de la acera de enfrente. El percherón piafa y su aliento se eleva en ondas blancas por el aire. Evelyn posa la vista en la ventana de la casa de delante, la del hombre en silla de ruedas. Al verla ahora, vacía, inescrutable, con las cortinas cerradas, le parece que se ha imaginado el bochorno alcohólico de ayer por la tarde.

«Las noches despejadas me llevará contigo.»

Se encoge al acordarse; como si la luna, blanca como los huesos, pudiera ver hasta el último recoveco de su yo de oropel.

¿En qué se ha convertido?

El hombre de la silla de ruedas. Robin, anoche: «Podríamos ir los dos, ¿no?».

Se apoya en el lateral de la encimera, suspira. Le echa de menos. A Fraser. En las horas menguantes de la noche. Todavía le añora muchísimo. ¿Con quién compartir lo que piensa? Sus pensamientos se marchitan dentro de ella. Ni siquiera puede escribirle como antes, no puede volver a la cama con una taza de té y sentarse con una vela durante el apagón a pensar en él, a intentar imaginar dónde está, lo que ve. No puede imaginar dónde estará porque no está en ninguna parte, ya no está. Todas las cosas que era –su forma de girar la cabeza para mirarla, de empezar a esbozar una sonrisa, de reírse, de modular la voz; cómo la calmaba, la serenaba– han desaparecido. Están todas muertas. Toda la vida que llevaba dentro, toda la vida que podrían haber compartido. Muerta.

Los latidos de su corazón suenan sin fuerza en el silencio. Ese corazón roto, que sigue latiendo.

Y ella sigue viva. ¿Para qué? Ha aguantado. Aguanta. *Mata el rato.* Como todas; esas mujeres patéticas que publican anuncios en los diarios, la desesperación que se palpa tras la alegría fingida:

«Soltera, 38 años. Buen carácter. Deseosa de corresponder».

Soltera.

Soltera.

Solterona.

Se ha convertido en una de ellas. Poco a poco y después de golpe. En una de esas mujeres por las que las otras mujeres sienten pena. Las afortunadas –con alianza en el dedo y cochecito en la calle– cambian de acera para evitarla. Lo huelen. Huelen la mala suerte.

¿Qué será lo siguiente? Para cualquiera de ellas.

¿Robin? ¿Es él lo que le espera?

«Podríamos ir los dos, ¿no?»

¿Tan malo sería?

Sacude la cabeza. No irá. Es ridículo. De débil. La vida la ha debilitado.

A su espalda, la tetera silba y vibra al fuego. La retira del fogón, se prepara el té y luego se lo lleva al dormitorio y vuelve a meterse en la cama.

Cuando trabajaba en la fábrica de municiones no se despertaba a media noche. Estaba demasiado cansada. Empezó de maquinista. Le procuraba una triste satisfacción ir troquelando agujeros en el metal una y otra vez. Cinco agujeros en cada plancha. Veintipico planchas a la hora. Pasó de veinticuatro a treinta en la primera semana, trabajando en un banco enorme con otras quince mujeres de ocho a cinco. Era agotador, pero nunca se apoyaba en el banco, jamás corría el riesgo de que la considerasen una blanda. A las diez en punto todas bajaban a tomarse un vaso de leche. Formaban dos largas filas: una de maquinistas como ella y otra para el resto de las mujeres que se ocupaban de otras tareas. El primer día en la fábrica se fijó en que todas tenían la piel amarillenta en la cara, los brazos y las manos.

–Canarias –susurró la mujer que tenía detrás en la cola–. A algunas no les queda mucho.

Evelyn se volvió.

–¿Cómo lo sabes?

–Están enfermas. Por eso tienen esa pinta.

Las canarias se sentaban en bancos aparte al otro lado de la sala.

Al final de la segunda semana, se saltó el almuerzo y fue al despacho del supervisor.

–Me gustaría cambiar de puesto. Me gustaría trabajar con TNT.

El hombre se quedó mirándola por encima de las gafas. Tenía una expresión distante, afable. Tenía aspecto de haber sido maestro de escuela antes de la guerra.

–Las mujeres como usted no trabajan con proyectiles.

–¿Perdón?

–Las mujeres como usted no trabajan con proyectiles.

–¿A qué se refiere? ¿Como yo?

El hombre se quitó las gafas; sin ellas, los ojos eran unas cositas minúsculas rodeadas de bolsas. Se los frotó. Tenía un lado del ojo derecho rosáceo, irritado. Suspiró.

–¿Señorita…?

–Montfort.

–Señorita Montfort. Las naves del TNT son un mundo aparte del

resto de la fábrica.

–Lo entiendo.

–¿Sí?

–Sí. Por eso me gustaría trabajar allí.

La miró.

–¿Por qué trabaja usted aquí, señorita Montfort?

–¿Por qué trabajan las demás?

–Por dinero, señorita Montfort. Por dinero.

–Pues yo estoy aquí por dinero.

No parecía convencido.

–Me gustaría –insistió Evelyn, con aire resuelto– trabajar con TNT.

–De acuerdo –cedió el supervisor, volviendo a ponerse las gafas y despidiéndola con un ademán–. Como usted quiera.

La chica con la que compartía banco aparentaba quince años. La primera mañana, le pasó a Evelyn un trozo de algo. La chica tenía la cara redonda y de niña, los labios carnosos.

–Cordita. Se supone que no debes comerla. Pero es muy dulce y está muy rica. –Ceceaba.

Evelyn se llevó la cordita a los labios. Era verdad. Sabía dulce.

–Si la chupas –dijo la chica– está buena.

Los bloques del TNT se encontraban al fondo de las fábricas. Para llegar hasta ellos tenías que pasar por otras naves, repletas de mujeres mayores: descalzas, flacas, encorvadas sobre botes de plomo fundido, sacando el líquido escamoso a cucharones; parecían gitanas o brujas, con el largo pelo desmadejado.

La primera vez que aplicaron el horario de verano y el mundo se hundió todavía más en la oscuridad, Evelyn se presentó voluntaria para el turno de noche. Al menos dormir de día representaba una novedad. De modo que vivía a oscuras. A la entrada del turno de noche durante los apagones, las mujeres se llamaban unas a otras y se cogían de las manos para recorrer juntas el trecho entre la estación de tren y las naves, formando largas cadenas serpenteantes.

La nombraron examinadora, es decir, que tenía que comprobar el calibre de los sacos de algodón que rellenaban con TNT. Manipulaba un centenar de sacos al día. Al cabo de un par de semanas el pelo le cogió un tono anaranjado brillante. Si alguna vez salía durante el día, la gente se la quedaba mirando por la calle. Asentían, como si reconocieran una deuda tácita, pero aun así se asustaban.

El tono amarillo fue extendiéndose por toda la piel: primero por

la cara, luego por el resto. Vio fascinada cómo se le amarilleaban las manos. Los ojos se le tiñeron de bronce. Apenas se reconocía en el espejo. Después de bañarse, el agua era de color sangre. Pero sentía que de esa vida subterránea emanaba un poder extraño. Tenía la impresión de estar acercándose a algo real. De estar transformándose en una bruja.

Luego comenzó a sentirse mal. Notaba un sabor raro en la boca después de comer. Tenía náuseas a menudo y al vomitar el sabor desaparecía. Orinaba del color de un té cargado. Empezó a adelgazar. Le subió la temperatura. Le salió un sarpullido por todo el cuerpo. Cuando se desmayó en el trabajo, la sacaron de las naves y la mandaron para casa. El médico la visitó y la examinó en cama. Cuando terminó, anotó cuatro cosas en un cuaderno. Evelyn escuchó cómo la pluma rasgaba el silencio mientras contemplaba el desvaído estampado floreado que empapelaba la pared.

–Señorita Montfort. –Pronunció una T muy marcada, que se quedó flotando en el aire.

–¿Sí?

–¿Sabe que está embarazada?

Se volvió a mirarle.

–¿No? –El médico negó con la cabeza, cerró el cuaderno y se lo guardó en el maletín–. Tiene que quedarse en cama. Recuperarse de la intoxicación de TNT. –Suavizó el tono–. Dudo mucho que el niño sobreviva.

Hizo lo que el médico le ordenó y permaneció una semana en cama. No se lo contó a nadie, ni siquiera a Doreen. Fue fácil, puesto que todo el mundo creía que estaba enferma. Dormía hasta tarde –noches largas, extrañas y plagadas de sueños– y cuando se despertaba, entrada la mañana, se llevaba las manos a la barriga y pensaba en la vida minúscula que estaba creciéndole dentro. Rememoraba la última mañana que había pasado con Fraser. El calor; el sabor salado de los labios de Fraser. Una vocecilla cristalina se alegraba dentro de Evelyn. Cualesquiera que fueran las consecuencias, ahora todo por lo que había pasado cobraba sentido.

Pero al cabo de una semana comenzó a sangrar, primero un flujo marrón y escaso, y luego rojo y brillante. La sangre paró al cabo de otra semana. El pedacito de vida la había abandonado, se había unido a las concurridas filas de los muertos.

Cuando se recuperó, volvió a la fábrica y pidió trabajo. La mandaron de vuelta con las máquinas, donde había comenzado. A los quince días, tuvo un accidente y perdió un dedo.

Cuando le quitaron las vendas casi sonrió. El muñón redondeado y suave era muy elocuente. La prueba de una ausencia. Algo real.

Se frota el final del dedo con el pulgar. A oscuras, distingue a duras penas la silueta de la cartera colgada de la puerta del dormitorio. La dirección de Rowan Hind está dentro en un papelito rosa. Hoy es miércoles. La oficina cerrará a las doce, como siempre, y Evelyn tendrá la tarde libre. Mañana, jueves, Día del Armisticio, es fiesta, de modo que si quiere encontrar a Rowan Hind debería ir a Poplar hoy después del trabajo. El jueves será imposible; habrá una multitud por las calles y lo más probable es que no esté en casa.

Dobla las rodillas y entrelaza las manos alrededor de las piernas.

Se comprometió a acudir con su hermano al entierro del Soldado Desconocido; a asomarse al balcón de Anthony con Lottie y los demás y escucharles cacarear sobre el espectáculo.

Cuánto agradece las migajas que le lanza Ed.

«Se les meten ideas fijas en la cabeza. No pueden pasar página.»

«Te estás metiendo donde no te llaman, Eves.»

Su hermano menor. Despreciándola. Antes la admiraba. La escuchaba.

No irá. De todos modos detesta el Día del Armisticio, una tradición nueva que ya gotea reverencia empalagosa, otra ocasión para que quienes tienen las manos manchadas de sangre se disfracen con sus trajes de asesinos y arrastren caballos y cureñas tras ellos mientras desfilan por las calles de Londres. Como si no hubiera otras formas de homenajear a los muertos.

Alguien debería hacer un favor al mundo. Debería coger uno de esos cañones que sacan a pasear para la ocasión y darle la vuelta; debería apuntarlo contra los dignatarios del cenotafio, en la abadía –contra el rey y Lloyd George y Haig y el grupo al completo–, y debería dispararles mientras agachan las vetustas cabezas para rezar. Rezan por el alma de los fallecidos. Hipócritas; son todos unos hipócritas asquerosos.

* * *

No ve gran cosa entre las piernas. Hay toda clase de piernas, eso sí: pantalones marrones, pantalones negros, a cuadros, y medias femeninas, azules y negras. Huele fuerte, a cerrado, como la casa de la

abuela, pero más.

La niña tira de la mano de su padre.

–¿Qué pasa? –La cara enorme del padre asoma en lo alto.

–¿Me subes otra vez, papá?

–Está bien, pollito. –Sonríe–. Ven aquí.

Y la aúpa, se la sube a los hombros con un único movimiento de brazos. La niña se coge con las manos a la cabeza tal como él le ha enseñado para mantener el equilibrio y por fin puede respirar otra vez y ver bien. Ve a su familia más abajo, a su madre y a sus dos hermanas mayores al otro lado de papá, rodeadas por cientos de personas, que se han congregado en lo alto de los acantilados. La niña ve los acantilados altos y blancos que hoy no son blancos, sino grises, y el cielo gris y el mar verde grisáceo. Y luego, por debajo, en Dover, desde donde han salido, donde viven, todavía se ve a más gente. Antes intentó contar cuánta, pero tuvo que dejarlo porque se mareaba. Papá le dijo que había miles y miles de personas. Son tantas porque hoy los niños no van al colegio. Y los padres no van a trabajar.

La niñita otea el horizonte.

Sabe que están esperando a un barco. Un barco que lleva a un soldado. Pero llevan siglos allí y ni rastro.

Entonces, por la línea borrosa donde se encuentran el cielo y el mar, aparece algo. La niñita entorna los ojos. Mira a lo lejos. Vuelve a mirar. Lo ve. Hay una silueta en la neblina.

–¡Papi! –llama, emocionada, golpeando el pecho de su padre con los talones–. ¡Mira!

Su padre se yergue y suelta una exclamación. Un murmullo recorre el gentío; la niña se estira para ver cómo se transmite por la muchedumbre a sus pies.

Aparecen unas luces, las luces del barco, y luego… un barco, muchos barcos: un barco grande y negro y seis más pequeños a los lados. Abajo, sus hermanas saltan pidiendo que las aúpen para verlo. Pero el padre no les hace caso y la niña se queda donde está, en los hombros de su padre, mientras los barcos se aproximan y el corazón le late a un ritmo frenético. El padre le da unas palmaditas en las espinillas.

–Buena chica. Buena chica.

Y la niña casi revienta de orgullo porque ha sido la primera, ha sido la primera en verlo.

* * *

Poplar está incluso más lejos de lo que Evelyn había pensado.

Ha salido de la oficina a la una, no ha almorzado y ya son casi las dos. Va sentada al fondo de un ómnibus, apretujada entre la ventanilla y una mujerona maloliente; el autobús va repleto, hay gente de pie en el pasillo y en las escaleras. Evelyn frota la ventanilla con la manga y mira fuera, pero no reconoce nada; hace horas que viajan por territorio desconocido. Aquí las cicatrices de la guerra son más visibles: faltan casas enteras en mitad de la calle, entregados los huecos a la maleza y los escombros. Hace un rato el autobús paró frente a una casa semiderruida y Evelyn vio el dormitorio de arriba, el papel de flores rojas de la pared que eligieron los desafortunados últimos inquilinos, desgastado por la intemperie, manchado de agua y óxido. Cuando el autobús volvió a arrancar se alegró; la vista era demasiado triste, demasiado íntima.

Pasa el revisor y Evelyn se inclina por encima de la mujerona y le toca en la manga.

–Disculpe.

–¿Sí, señorita?

–Busco la calle Poplar High. ¿Falta mucho?

–La próxima parada.

Evelyn vuelve a recostarse en su asiento. Parece muy bucólico. La calle Álamo. Pissarro pintaba álamos, ¿no? En una carta de Fraser, de las primeras, le describía la ruta de una marcha.

«Parece sacado de un cuadro de Pissarro, un camino largo y recto flanqueado por álamos. Jamás imaginarías lo que ocurre treinta kilómetros más al norte.»

–Perdone.

Evelyn pasa por delante de la mujer y, mientras el vehículo aminora, se apea de un salto. Después del autobús fétido y atestado, agradece el aire frío de la calle. A su izquierda hay una fila desordenada de tienduchas y puestos de fruta, algunos de ellos con una cola de mujeres de luto que la miran al pasar. Los carretones ofrecen verduras de aspecto poco apetecible: patatas y zanahorias casi grises, nabos y colinabos arenosos. De su derecha, en la otra acera, llegan lejanos ruidos metálicos de maquinaria pesada y, por encima de los tejados y los matorrales, Evelyn distingue las grúas del puerto.

Avanza por una calle ancha con las alcantarillas taponadas de hojarasca y basura. En la acera de enfrente, varios hombres fuman con expresión aburrida despatarrados en unos bancos. Evelyn esquiva sus miradas; las conoce, las ve a diario, las miradas del desempleo, de la rabia y de la apatía: una mezcla combustible. Poco después pasa frente a dos cafés de los que sale un flujo

constante de estibadores. Un par de hombres se giran y la piropean sin mucho entusiasmo. Evelyn agacha la cabeza y se sube el cuello del abrigo.

Faltan dos calles para Grafton Street: dos filas de adosados una frente a la otra, cada una a un lado de una estrecha franja de tierra. No hay aceras ni árboles, solo un puñado de niños que ha conquistado la calle con sus juegos ruidosos y rudimentarios. Evelyn busca los números de las puertas, pero no ve ninguno. Al dar media vuelta después de revisar todas las casas de un lado, descubre que los niños han abandonado el juego y están mirándola fijamente. Algunos son mayores de lo que le había parecido al principio; los hay de todas las edades, desde los dos a los nueve o diez años.

–Perdón. –Se acerca un par de pasos a los niños, maldiciéndose por su acento–. Busco a la familia Hind. Sé que viven en el número once, pero no sé por dónde empezar a contar.

El puñado de niños se contrae como una anémona marina marrón y sucia y alguien empuja a una niña pequeña por la espalda. A pesar del frío, va descalza. Cruza la calle de tierra a pasitos precavidos en dirección a Evelyn.

–¿El número once?

Evelyn le tiende el papel y señala los números.

La niña lo mira sin entender.

–¿Hind? –Se agacha para quedar a la altura de la niña–. ¿Rowan Hind?

–Es mi papá –susurra la niña y se estremece; y echa a correr, es una pálida estela que desaparece a la vuelta de la esquina.

Mierda. Evelyn se endereza. Debería haberla tranquilizado; la niña habrá creído que su padre tiene problemas y habrá corrido a avisarlo. Probablemente Hind se esconderá, probablemente no volverá a dar la cara.

El resto de los niños sigue observándola, atentos como gatos. Evelyn siente el impulso repentino y absurdo de hacer una tontería, de hacer una mueca o ponerse a bailar. Pero ni una cosa ni otra. Sino que pliega el papel, vuelve a guardárselo en el bolso y se aleja caminando despacio hacia los ruidos distantes del puerto. Mientras avanza se estruja el cerebro; podría llamar a las puertas, preguntar por los Hind, pero así solo despertaría sospechas. A saber por qué clase de persona la han tomado. Alguien que viene buscando problemas, eso está claro.

¿Y acaso se equivocarían?

Sacude la cabeza. Mierda. Mierda. Mierda.

Se abre la puerta de una casa a su derecha. Una mujer guapa aparece en el umbral. Evelyn ve a la niñita escondida tras sus faldas.

–¿Señora Hind?

La mujer está embarazada, a punto de dar a luz y cansada. Ojos pálidos. Pelo rubio y fino recogido en la nuca sin apretar.

–¿Quién quiere saberlo?

Evelyn se dirige a la casa tendiendo la mano con una confianza que no siente.

–Me llamo Evelyn Montfort. Trabajo en la oficina de pensiones de Camden Town. –Intenta sonreír, pero siente como si su sonrisa cayera al suelo, entre sus pies–. Su marido vino a verme hace un par de días. Pidiendo ayuda. Le dije que no podía ayudarle. Pero… bueno, resulta que sí.

La mujer permanece callada. Detrás asoman un recibidor sin enmoquetar y la niñita, curioseando.

–¿Está en casa el señor Hind?

La mujer niega con la cabeza.

–Está trabajando.

–Ya veo.

–Es vendedor –explica la mujer, con un atisbo de orgullo–. Puerta a puerta.

Evelyn asiente.

–Por supuesto. Qué tontería venir tan temprano.

La mujer la mira de pronto a la cara.

–¿Hay algún problema? No tiene problemas, ¿verdad?

–No, no pasa nada –responde Evelyn en voz baja, acercándose más a la puerta–. Mire, comprendo que esto debe de parecerle extraño, que me presente así, pero me gustaría mucho hablar con su marido. ¿Cree que podría decirme a qué hora termina de trabajar más o menos?

–A las cuatro. –La mujer entorna los ojos–. Más o menos.

–Entonces ¿le parece que vuelva a las cuatro?

Silencio.

–¿Señora Hind?

La mujer asiente, brevemente, y cierra la puerta.

Cuando Evelyn llega al final de la calle se gira, esperando que todos los niños sigan vigilándola, pero su efímero interés ha pasado. Han vuelto a lo suyo y se entretienen otra vez con el mismo juego ruidoso de antes.

* * *

Dos horas después de levar anclas, el barco comienza a moverse. Deja atrás los destructores y avanza despacio hacia la entrada oriental del puerto de Dover, bordeando los acantilados altos y empinados.

A popa viaja un joven oficial de marina. Delante de él, el ataúd, cubierto de coronas y rodeado también de coronas. El joven oficial ha ayudado a subirlas a bordo. Para levantar algunas se han necesitado cuatro hombres. El oficial se pregunta si se tratará de algo típico francés. Parece que les van mucho las flores.

Va de pie, con las piernas separadas y los brazos a la espalda. Ve a la multitud agolpada más abajo, congregada alrededor del puerto y en la cima de los acantilados, todos de cara al barco. En las murallas del castillo ve los cañones listos para disparar.

Los cañonazos retumban y resuenan por todo el puerto en silencio, levantan pequeñas olas temblorosas en el agua. Una salva de diecinueve disparos. Bienvenida de mariscal de campo.

Tras la salva se hace el silencio. Un silencio asombroso, limpio y desnudo. Luego la sirena del barco suena brevemente, solo una vez, y el joven se mueve para ocuparse del cabo.

* * *

Hettie se gira en la cama.

Rock-a-bye your rock-a-bye ba-by
With a Dixie melody.

La música llega de algún lugar cercano. Alguien sigue la melodía cantando. Por un momento, a oscuras, se pregunta si será su hermano, pensando vagamente que Fred se habrá comprado un gramófono, pero cuando estira una pierna inmediatamente se percata de que algo no encaja, la cama donde está es enorme. Se sienta, se abraza y se le acelera la respiración. Todavía lleva puesto el vestido de Di; las lentejuelas se le han marcado en el brazo. Entonces, como una náusea horrible, le viene todo de golpe.

No ha pasado.

Nada. Nada ha sido como esperaba.

Al principio, cuando entraron, parecía que sí. Y cuando notó la boca de Ed en su cuello y se tumbaron uno al lado del otro comenzó a pasar y Hettie estaba preparada… pero entonces…

Se abrió un espacio, se coló el aire; Ed se apartó de ella y se acomodó en la otra punta de la cama.

–Perdona –se disculpó, con la voz amortiguada por las manos.

–¿Qué?

–Yo… –Y empezó a mascullar, apenas se le oía, algo acerca de perder no sé qué, de estar perdido. Hettie lo miró aterrorizada hasta que al rato volvió a levantar la cabeza–. Quédate. Quédate hasta que abra el metro.

–No. –Hettie agitó con fuerza la cabeza–. Me voy.

–¡Por favor! –Alargó los brazos como para sujetarla contra la cama–. Por favor… quédate. Quiero que te quedes. Estarás a salvo. Te lo prometo. Es que… –Se pasó las manos por el pelo, estirándoselo–. Quédate. –Se apartó de ella, se dirigió a la puerta–. Estás a salvo –repitió.

Luego apagó la luz y cerró la puerta, y Hettie se quedó tumbada con el corazón latiéndole con fuerza en plena oscuridad, con ganas de escapar pero incapaz de moverse, escuchándole dar vueltas y hablar solo en el salón. Después de varias horas, por fin se calló y Hettie debió de dormirse, porque no recuerda nada más.

La música ha parado. Hettie se levanta de la cama y cruza la moqueta en dirección a la rendija de luz que se cuela entre las cortinas. Las abre, se inclina hacia delante, apoyando la punta de los dedos en el cristal frío. La casa donde está forma parte de una hilera de viviendas idénticas de color crema, y Hettie está bastante arriba, en una quinta planta más o menos. A la derecha, un trozo de un parque, con las ramas de los árboles casi desprovistas de hojas, se extiende colina arriba. El día parece frío y por la luz, se diría que ya menguando, debe de ser, como mínimo, por la tarde. Por tanto ha dormido todo el día. Entra a trabajar a las siete y media. Tiene que irse a casa.

Encuentra el cuarto de baño, usa el inodoro lo más silenciosamente que puede, luego recoge los zapatos y se dirige a la puerta sin hacer ruido. Todo ello de forma mecánica y con prisas, porque si piensa demasiado podría echarse a llorar.

Tras la puerta le espera el salón, con las cortinas corridas y una lámpara en un rincón por toda iluminación. La mesa sigue apartada a un lado y la alfombra enrollada. Ve la cajita de polvos en el tablero. El Victrola sisea y crepita en su rincón.

Sisss du, sisss du, sisss du.

Frente a ella hay un gran sillón orejero y, detrás, ve su gorra y el abrigo doblado sobre el respaldo del sofá. Se dirige a por él.

–Buenos días.

Da un respingo, se gira en redondo; Ed está apoyado contra el lateral del sillón, con el ceño fruncido.

–Confío en que no pensaras escabullirte sin despedirte.

Hettie se aferra a los zapatos, niega con la cabeza.

–Estupendo. –Ed asiente–. ¿Has dormido bien?

Ella se le queda mirando. Ed está sonriendo, actúa como si la noche anterior no hubiera pasado nada raro.

–No… no estoy segura. ¿Por qué? ¿Tú no?

Él se toma su tiempo para meditar la pregunta. Lleva la camisa blanca desabrochada y por fuera. Se ha quitado el cuello, que está tirado en el suelo junto con la corbata. Hay una licorera de whisky en la mesa a su lado y en la mano sostiene un vaso medio vacío.

–No sé si he dormido –dice por fin–. Aunque puede que haya echado alguna cabezadita, ahora mismo. Antes sonaba música. Y ahora ya no. –Alza la copa en dirección a Hettie–. ¿Te apetece beber algo? Ya que estás aquí, me tomaría otra.

Habla con suma precisión, como si le costara, pero los finales de las palabras le resbalan.

A Hettie se le revuelve el estómago. No quiere otra copa; no quiere estar en esa habitación a oscuras, con ese hombre al que no entiende. Está cansada, al borde del llanto, y quiere irse a casa.

–¿Sabes qué hora es?

–¿La hora? –Ed niega con la cabeza–. No te preocupes por eso. La hora no sirve para nada, es una inutilidad.

La recorre un ramalazo de furia.

–Entro enseguida a trabajar.

–Está bien. –Ed estira el cuello para mirar por un lado del sillón–. Son las tres y media –dice, al tiempo que el reloj de la mesilla avisa de la media hora–. Temprano –sentencia, agitando el vaso con una sonrisa borrosa–. Ven a tomarte una copa.

–Tengo que irme.

Se agacha, se pone los zapatos y comienza a abrocharlos.

–¿Whisky?

–No, gracias.

–¿Vodka?

Niega con la cabeza mientras se incorpora.

Ed arruga la cara de tanto pensar.

–¿Un té?

Silencio. El Victrola sisea. Se miran desde la distancia.

–Té –dice Ed, decidido–. La bebida de tarde ideal.

Se levanta del sillón y avanza dando tumbos hasta la puerta, al otro lado de la cual está la pequeña cocina.

–Ven –le dice, girándose en el umbral–. Ven a hacerme compañía.

Y algo en su forma de decirlo, algo repentinamente indefenso, la hace transigir y le sigue, espera en la puerta abrazándose por culpa del frío mientras Ed rellena la tetera.

Él no sube la persiana, se limita a encender una pequeña luz eléctrica y hurgar entre las latas, abriéndolas y oliéndolas. Se diría que no ha preparado una taza de té en toda su vida. Al poco, se endereza y se vuelve hacia Hettie, como si le hubiera leído el pensamiento.

–Normalmente me ayudan con estas cosas.

–Ah. –*Por supuesto.*

–Pero… –Se gira y vuelve a rebuscar en los armarios–. Pero le he dado la mañana libre al muchacho. A-já. –Da con la lata correcta, vacía unas hojas en la tetera y luego coge un cuchillo y lo sostiene en alto–. No tengo claro dónde guarda las cucharillas –se disculpa antes de sumergir el cuchillo para remover el té–. Pues muy bien. ¿Pasamos al salón?

Lleva con cuidado la tetera, una taza y un plato a la mesa del salón.

–Siéntate, por favor. –Él se sienta enfrente, frunce el ceño como si barruntara algo–. Creo que lo dejaré reposar un rato –dice al poco, señalando hacia la tetera–. Antes de servirlo.

Hettie esconde las manos bajo los muslos. Tiene la piel de gallina en los brazos. El fuego de ayer ha quedado reducido a un montón de cenizas en la chimenea. Piensa en ponerse el abrigo. En circunstancias normales sería de mala educación. Pero aquí ya no rigen las normas de comportamiento habituales, de modo que coge el abrigo y se lo echa encima de las rodillas.

Ed sonríe vagamente.

–Falta música, ¿no te parece? Espera.

Vuelve a levantarse, se tambalea en dirección al gramófono y se agacha a darle cuerda. Los crujidos enmudecen y vuelve la música; la misma canción que despertó a Hettie. Ed canta por lo bajo, de espaldas, balanceándose.

Rock a-bye your baby with a Dixie melody
When you croon a tune from the heart of Dixie.

–¿La conoces? –Se vuelve hacia Hettie.

–No.

–Es vieja. Una nana.

Alza los brazos y comienza a bailar con una compañera fantasma.

–Vamos –dice al poco rato.

Hettie se queda donde está.

–Venga. No eres nada divertida.

¿Divertida?

¿Y la diversión de anoche?

Evelyn se pone en pie con gesto desafiante. Se acerca a Ed. Él la coge de los hombros, apoyando el peso, y se mueven un poco, a un lado y al otro.

–Qué agradable –dice Ed, con los ojos casi cerrados.

Apesta a alcohol. Cuando intenta girar, tropieza con la mesilla y se balancea como un árbol a medio caer, y Hettie tiene que apartarse para que no la aplaste cuando termina en el suelo.

–Joder.

Se tapa los ojos.

–Lo siento. –Hettie se arrodilla a su lado–. ¿Te has hecho daño?

–Estoy bien. No es culpa tuya. No deberías ser… mierda, tan estirada. –Se queda tumbado sin moverse–. Dios. Es que… estoy muy borracho. –Cierra los ojos–. Y creo que también cansado. Es difícil saberlo.

En el Victrola la canción termina y regresan los crujidos. Hettie mira hacia la puerta. Ed abre los ojos y le sonríe.

–¿Sería mucha molestia que me dieras la mano para ayudarme a levantarme?

Ella tiende las manos y él las acepta y está a punto de tirarla cuando se levanta.

–Mucho mejor. –Se da unas palmaditas–. No hay nada roto. –Sigue oscilando un poco–. ¿Nos sentamos? Creo que necesito sentarme.

Se las apaña para llegar al sofá, donde se desploma, y la mira protegiéndose los ojos, guiñando uno como si lo deslumbrara un sol cegador.

–Mucho mejor. A ver, las dos. Venid a sentaros conmigo.

–Tengo que irme.

–Por favor.

Hettie se sienta en la punta del sofá, en el extremo más cerca de la puerta. No le mira.

–¿Te he dicho que me recuerdas a alguien?

Hettie entrelaza los dedos en el regazo.

–Sí. Ya me lo has dicho.

Nota que la mira a la cara.

–¿Y te he dicho a quién?

–No.

Se produce un silencio.

–¿Cuántos años tienes? –pregunta él.

–Diecinueve.

–¿Diecinueve?

Ella se gira y se topa de pronto con una mirada más serena, más tierna, que la atrapa. Es como si en la caída Ed hubiera perdido parte de la borrachera. Y el estómago le da un vuelco, porque él sigue ahí, el hombre que conoció en el Dalton's, el hombre que no se parece a ningún otro que conozca.

–¿Por qué? –pregunta Hettie–. ¿Tú cuántos años tienes?

–Veintisiete. –Menea la cabeza–. Pronto cumpliré veintiocho. Un carcamal. –Se saca la pitillera del bolsillo, coge un cigarrillo y se lo lleva a la boca–. ¿Te acuerdas de anoche? –Se inclina para encenderlo–. ¿De que íbamos a hablar de verdad? ¿De que íbamos a ser sinceros?

–Sí.

–Bueno, pues no lo he hecho. Soy un mentiroso.

Sus miradas se cruzan. El corazón de Hettie se acelera.

–Y ahora quiero contarte la verdad.

–Debería irme.

–Todavía no. Hay tiempo. Quédate. Solo un minuto. Por favor. –Le dedica una sonrisa tímida–. Pareces asustada.

–No estoy asustada.

–No tienes razón para estarlo. Estás a salvo. No puedo hacer nada, ni aunque quisiera.

–¿A qué te refieres?

–Eso –dice con un ademán–. De por ahí abajo.

Hettie traga saliva.

–Ya está. Ya lo he dicho. –Ed se recuesta, abre las manos–. La verdad.

Luego vuelve a levantar la vista con las manos todavía abiertas, como si le ofreciera algo. Es como si quisiera que Hettie hiciera algo con lo que ha dicho. Que se lo quitara.

Hettie no lo quiere.

Quiere que pare.

Pero él no para. Continúa hablando.

–La primera vez fue en Francia. Con una de esas chicas cerca del frente.

Hettie se abraza.

–Campesinas. Sus padres recibían a los hombres en sus casas.

Por un segundo Hettie se pregunta si lo ha entendido bien.

–¿Sus padres?

Él asiente, la mira.

–Por dinero. Estaban desesperados. Se morían de hambre. Les habían destruido las granjas. Si era en una casa tenías que pagar. Pero siempre estaban limpias. Era menos probable contagiarse de gonorrea.

Hettie no puede imaginarlo. Oyó cosas, al principio, sobre soldados alemanes y mujeres belgas y violaciones, pero lo que le cuenta es distinto. Su padre jamás habría hecho algo semejante. Él la habría protegido. ¿No?

Pero la idea ejerce una fascinación malsana: una guerra en Londres, aproximándose a Hammersmith, soldados por las calles.

Algunos padres lo harían. Puede que algunos sí.

¿Cuánta hambre tendría que pasar ella para hacerlo?

–¿Qué pasaba? –pregunta Hettie–. En las casas. ¿Cómo funcionaba?

–Normalmente hacías cola…

–¿Cuánta gente… cuántos hombres hacían cola?

–Depende. –Se encoge de hombros–. Las putas con autorización militar a veces trabajaban durante días seguidos. Tenían cuarenta, cincuenta o sesenta hombres esperando turno. Aunque no duraban mucho, las mujeres, estaban en las últimas. La casa que te digo era para oficiales y las chicas estaban bien. Solo tuve que esperar a que pasaran dos o tres hombres. –Se calla–. Era una cría.

–¿Cuántos años tenía?

–Más o menos tu edad. Quizá algo menos. –Clava la vista al frente–. Entré y me lavé. Siempre tenían un pequeño lavamanos. Luego, cuando me volví, estaba mirándome. Normalmente no te miraban. Y tenía una cara preciosa. En medio de tantas atrocidades. –Se le crispa el semblante–. Era tan… nueva. Y se tumbó y yo me tumbé encima de ella y… –Gesticula: dibuja una línea plana con la mano–. Nada. –Suelta un suspiro corto, atribulado–. No pude tocarla. –Mira a Hettie–. Tenía el pelo como el tuyo. Largo y castaño y sano. Y es en lo que pensé cuando te vi en aquel club espantoso; estaba a punto de irme a casa, pero entonces te vi. Y pensé, quizá me recupere. Quizá recupere lo que perdí. Quizá tú puedas ayudarme.

Lo que dice no tiene sentido.

–Te has cortado el pelo –dice, con una expresión terrible, implorando–. ¿Por qué? ¿Por qué te has cortado el pelo?

–¿Y qué más da? ¿Qué importa que me haya cortado el pelo?

–Pues que no puedes volver atrás.

–El pelo crece.

–Ya lo sé –responde con tristeza–. Pero no puedes volver atrás.

Y se agacha, esconde la cabeza entre las manos.

Hettie le oye jadear.

Debería tocarle. Es lo que tendría que hacer. Acercarse y tocarle un brazo. Decirle algo para que se serene. Para que recupere la hombría. Lo piensa, pero está enfadada, y el enfado es una cosa fiera y decidida, no como ella.

–No deberías habérmelo contado –dice Hettie.

Él la mira.

–Dios mío –exclama él, con la cara blanca como la pared–. Lo siento muchísimo. Solo… perdí… algo. Y… no había intentado estar con nadie desde entonces.

–Quiero irme a mi casa. –Hettie se levanta, se pone el abrigo–. Tengo que ir a trabajar y quiero irme a mi casa.

–Por supuesto. Me he comportado fatal. Dios mío –repite, meneando la cabeza–, soy un tonto sin remedio.

Y entonces se golpea, se da un puñetazo en la sien. Se pega tan fuerte que Hettie se lleva la mano a la boca. Ed se sienta un momento como si estuviera aturdido. Luego vuelve a levantar la mano.

–¡No! –Hettie lo detiene, le agarra por la muñeca–. ¡Por favor! ¡No!

Ed se tranquiliza, asiente despacio, como si reconociera algo, y descansa la mano en el regazo. Estira los dedos.

–Perdona –se disculpa en voz queda–. No sé qué me ha dado.

Al poco, se levanta. Se alisa los pantalones. Parece que la borrachera se ha esfumado. Ahora simplemente se le ve agotado. Se palpa los bolsillos y saca algo de dinero. Lo mira, como meditando.

–¿Tienes dinero para volver a casa?

–Sí. Cogeré el metro. Ya estará abierto.

–Estupendo. –Vuelve a guardarse el dinero en el bolsillo y Hettie se alegra–. El gorro –dice Ed, y lo recoge y se lo da.

Sus nudillos se rozan cuando Hettie lo coge. Luego Ed se dirige a la puerta y salen juntos al descansillo de baldosas verdes. Ed llama al ascensor.

Mira por el hueco del ascensor como si de pronto le resultara fascinante, como si el estudio de los huecos de ascensor constituyera la pasión de su vida. El aparato tarda siglos en subir. Están de pie uno junto al otro, sin hablar. Cuando por fin llega el ascensor, Ed abre la puerta.

–Perdóname –pide en voz baja–. He sido un plasta insoportable.

–No es verdad.

Él niega con la cabeza.

–Eres muy amable –replica con una sonrisa minúscula, compungida–, pero sé lo que me digo.

Hettie entra en el ascensor y cierra la reja.

Cuando el ascensor arranca de una sacudida y comienza a bajar, alcanza a ver entre el enrejado una última imagen del rostro de Ed tras la celosía, como un rompecabezas sin montar.

* * *

No es como Ada se lo había imaginado. Se había imaginado otro sitio: una habitación oscura con una mesa redonda, como salida de una película o un espectáculo de esos donde hablan con los muertos. En los últimos años han estrenado muchos. Pero la habitación es normal y luminosa. La habitación trasera de una casa en una calle tan del montón como dijo Ivy. Y la mujer que tiene sentada enfrente es también del montón, a su modo. Tiene algo peculiar, pero cuesta decir el qué. Para empezar, cuesta calcular su edad; podría tener unos cuarenta y cinco años, igual que Ada, pero también podría ser diez años mayor. Tiene el cutis terso y sin arrugas. Parece que conserva toda la dentadura.

Abrió la puerta a regañadientes. Ada lo notó cuando preguntó por la señora Kempton mostrándole el papel con la dirección, explicándole que se la había recomendado una amiga, una amiga que la había visitado durante la guerra. La mujer miró a un lado y a otro de la calle y luego dijo: «Está bien, será mejor que entre. Pero ya no me dedico.»

La condujo por un pasillo que olía a comida recién cocinada, dejaron atrás una puerta abierta por la que Ada entrevió una sala con un piano pegado a la pared y entraron en la habitación del fondo de la casa, con solo una mesa, ni un mueble más, ni siquiera fotografías, con vistas a un jardincillo donde crecía un rosal cargado todavía con las últimas flores de la temporada.

–¿Ha traído algo de él? –pregunta la mujer.

A Ada se le acelera el pulso. Ni siquiera han hablado todavía de dinero. ¿Cuánto le pedirá la mujer cuando terminen?

Ada saca el conejo ajado y tuerto del bolso. Le costó mucho decidir qué llevar. Es un juguete que le cosió unas navidades, cuando Michael era todavía un bebé, y del que su hijo no se separó durante años. Lo deja en la mesa, tiene aspecto triste y encorvado, el fieltro se ha desgastado y solo le queda un ojo marrón.

La mujer le da vueltas entre las manos. En el silencio reinante,

Ada oye un reloj en algún otro lugar de la casa.

–¿No tiene nada más? –pregunta al final la mujer–. ¿Ninguna otra cosa de él?

A Ada se le seca la boca.

–¿No sirve?

–No, no es que no sirva. –La mujer devuelve el conejo a la mesa. Tiene las manos pálidas, los dedos largos–. Es por si necesito algo más reciente. ¿No tiene ninguna fotografía?

La más reciente que Ada ha encontrado es la de la caja, la que está borrosa, y confiaba en no tener que enseñarla, pero la saca del bolso y la deposita en la mano abierta de la mujer.

–Lo siento.

Comienza a sudar, el sudor empieza a resbalarle por debajo de las ballenas del corsé en una onda larga y lenta.

–¿Por qué? –La mujer la mira. Se miran a los ojos.

–La foto no es muy buena.

La mujer la sostiene un poco más y luego, antes de dejarla en la mesa, asiente. Después se levanta y corre las cortinas, que son verdes pero finas, de modo que ahora se cuela una luz verde en la habitación.

–Espero que no le importe que corra las cortinas. Pero no quiero que nos molesten.

Ada se pregunta qué podría molestarlas por la parte de atrás de una casa tan tranquila. La mujer se sienta y vuelve a hacerse el silencio cuando toca el conejo primero y luego la fotografía.

Aunque no es divertido, Ada tiene ganas de reír.

La mujer abre los ojos.

–No me van las sesiones de espiritismo –dice la mujer. Le ha cambiado la voz, suena clara y liviana.

Ada da un respingo.

–No me van todos esos trucos y numeritos. –La mujer aparta las manos y las apoya en el regazo–. He intentado escuchar.

–¿El qué?

–A su hijo.

Un escalofrío cortante le recorre la espalda, seguido por una oleada de náuseas. Ada cierra los ojos y espera a que se le pase.

–¿Se encuentra bien?

Ada vuelve a abrir los ojos, enfoca la piel tersa de la mujer.

–Creo que sí.

–Debería haberla avisado de que, si en algún momento necesita que paremos, tiene que decírmelo. –Apoya las manos abiertas en el mantel–. He tratado de escuchar a su hijo –repite, con el ceño

fruncido–, pero me cuesta.

–¿A qué se refiere?

–Está muerto. Su hijo. No cabe duda. No le siento.

La habitación se tambalea.

–¿Se encuentra bien?

Ada se recupera. Asiente.

–Bien –dice la mujer en tono neutro–. Su hijo está muerto. Pero usted no ha venido a que le diga eso. –Habla con brío, en un tono práctico.

¿Ah, no?

Ada descubre que agradece la brusquedad.

Pues igual no.

–Háblame de él. –La mujer apoya un dedo en la fotografía–. ¿Sabe de cuándo es la foto? –La empuja por la mesa.

Ada le echa un vistazo fugaz.

–No estoy segura.

–¿Por qué la lleva encima si no quiere mirarla?

–No me gusta.

–¿Por qué no?

Se fuerza a mirar.

–Tiene la cara borrosa.

–Sí. –La mujer levanta la vista–. Si no le gusta, ¿por qué lleva encima esta fotografía en particular?

–No es eso.

La mujer enarca una ceja.

Ada se remueve en la silla, como si estuviera suspendiendo un examen, como si ya lo hubiera suspendido.

–Tengo una enmarcada, en la sala, pero no me pareció adecuado llevarla en el autobús.

La expresión de la mujer se relaja.

–¿Sabe qué? Creo que debería guardar esta foto. –Se la devuelve–. Y si le hace mal, no vuelva a mirarla.

Ada la coge, se la guarda de nuevo en el bolso y la recorre cierto alivio.

–¿Por qué no me describe a su hijo?

–¿Perdón?

La mujer le sostiene la mirada.

–¿Por qué no me lo describe? Seguro que sabe describírmelo mejor que cualquier fotografía.

Parece otro examen, todavía más difícil.

–No se preocupe –la tranquiliza con delicadeza–. No tiene que acertar en nada. Diga lo primero que se le ocurra.

Ada intenta pensar, pero se ha quedado en blanco, o mejor dicho, nota la cabeza espesa, efervescente. La agita para intentar despejarla. No consigue verlo. No logra evocar su cara. No puede visualizarlo y la fotografía está borrosa y su hijo está muerto. Se levanta, apoya las manos en la mesa. No parecen las suyas. Su sangre es como una marea. Entonces la mujer se acerca, apoya su mano fría en la de Ada. La marea pasa. Detrás llega el silencio.

–Le traeré un poco de agua.

Ada se sienta. Oye ruidos en la cocina, de verter agua de una jarra. La mujer regresa y le deja un vaso en la mesa.

–¿Quiere que paremos?

–No. –De pronto Ada tiene sed, muchísima sed. Se bebe toda el agua–. Quiero continuar. –Deja el vaso vacío en la mesa–. En tres años nadie, ni una sola persona, ni siquiera mi marido, me ha pedido que hable de mi hijo.

La mujer asiente.

–Cuénteme.

Ada cierra los ojos.

–Era… normal. Un chico normal. –Entonces se acuerda de algo, de una cosa en la que hacía mucho tiempo que no pensaba–. Era divertido. Contaba un montón de bromas tontas.

–¿Cuál era su favorita?

–Contaba un chiste sobre… –Hace una mueca–. Eran muy malos.

–Cuénteme uno.

–Siempre contaba uno sobre India… Sobre la comida india y la india-gestión.

La mujer sonríe. Ada también.

–Me lo contaba sin parar. Era malísimo. –Sacude la cabeza–. Se pasaba horas fuera jugando al fútbol, hasta que tenía que arrastrarlo de vuelta a casa. Iba a ver los partidos con su padre, desde muy pequeño. Le gustaba nadar en el canal. En verano. Yo siempre le decía que no fuera, pero no me hacía caso. Aunque yo sabía cuándo había ido a nadar.

–¿Cómo?

–Olía diferente. –Arruga la nariz–. No podía disimularlo. Me preocupaba que se pusiera enfermo. Pero nunca estaba enfermo.

La mujer vuelve a asentir.

–¿Quería ir a la guerra?

La pregunta es sencilla, pero impactante por la franqueza.

–Al principio. –Ada asiente–. Cuando todos los chicos de su equipo se alistaron. Pero él era demasiado joven. Fue en 1917,

después de su cumpleaños. –Hace una pausa–. Pero ya era… diferente.

–¿Por qué?

–Bueno, daba la sensación de que todos… como si ya no hubiera esperanza, ¿no? Como si fueran todos de camino al cadalso. Y creo que él lo sabía.

–¿Por qué lo dice?

–Por algo que me dijo. «Nada está a salvo. Eso no existe.» No podía quitármelo de la cabeza. Todavía no lo he conseguido. Y pienso que… que podría haberlo detenido.

–¿Cómo? –La mujer se inclina hacia delante en la silla.

–Podría haberle escondido.

Ada levanta la vista. El corazón le late tan rápido que sospecha que la mujer lo oye, lo ve a través de las ballenas del corsé, a través del vestido.

–¿Cómo? –insiste con la voz igual de suave–. ¿Cómo lo habría hecho?

–Mi marido –nota la voz ronca, así que se aclara la garganta– trabaja en una fábrica. Conocía a uno del sindicato que lo hacía. Una vez escondieron a dos al mismo tiempo. –Ada nunca se lo había contado a nadie. No termina de creerse que lo esté contando ahora–. Jack quería. Pero yo me negué. –Dice que no con la cabeza–. Dije que tenía que ir.

–¿ Jack es su marido?

–Sí.

–Se habría arriesgado mucho al esconderlo.

–Lo sé.

–Y usted también.

Nota una tensión en el corazón, en la garganta. La presión que se acumula. Le cuesta tragar. Habla rápido, las palabras salen a borbotones.

–Pensé que si se escondía y le descubrían sería peor. Lo habrían enviado al frente de todos modos. Los diarios hablaban de los chicos que pillaban escondidos. Y de todas formas –mueve la cabeza– no habría aceptado. Michael. Jamás se habría escondido. Pero ahora no paro de pensar: ¿Y si hubiese hecho caso a Jack? Tal vez todavía estaría con nosotros.

Lo único que se oye es el tenue siseo del gas.

–¿Se siente culpable?

Ada levanta la vista. Por primera vez desdeña a esa mujer. ¿Para qué sirve si es incapaz de ver lo evidente? ¿Si no ve lo que tiene delante de las narices? ¿Y qué está haciendo ella allí, en esa

habitación vacía, hablando de sus intimidades con una desconocida?

–Pues claro.

–La culpa ejerce una gran atracción.

–No la entiendo.

–¿Lo ve?

–¿Cómo?

–Que si ve a su hijo.

Le pica la cabeza, como si tuviera un insecto en el pelo.

–Sí.

–¿Por eso ha venido?

El insecto comienza a picar y morder.

–Sí.

–Cuéntemelo. –La mujer le sostiene la mirada.

Ada se reacomoda en la silla.

–Le veo en la calle.

–Siga.

–Al principio le veía constantemente. Después estuve años sin verlo. Y entonces esta semana… le he visto otra vez.

La cara de la mujer no se inmuta.

–¿Y habla con usted? Cuando le ve.

Ada niega con la cabeza.

–¿Alguna vez le ve la cara?

–No. Siempre está mirando para otro lado.

La mujer asiente, suspira. Parece que nada de lo dicho la sorprende.

–Voy a decirle una cosa. No sé si le será de ayuda. –Se apoya en la mesa y se levanta–. Pero nada es de gran ayuda, ¿no? En el fondo.

»He recibido a muchas mujeres, y todas se aferran, todas. Se aferran a sus hijos o a sus amantes o a sus maridos o a sus padres, igual que se aferran a las fotografías que conservan o a los retazos de infancia que me traen y dejan aquí, en la mesa. –Señala con la mano–. Todas son distintas, todas son iguales. Todas tienen miedo de soltar lastre. Y si nos sentimos culpables, nos cuesta más liberar a los muertos. Los mantenemos con nosotras, los guardamos celosamente. Son nuestros. Queremos que se queden con nosotras. –Se produce un silencio–. Pero no son nuestros. Y, en cierto modo, nunca lo fueron. Solo se pertenecen a sí mismos. Igual que nosotras somos nuestras propias dueñas. Y según cómo es horrible, pero también… también puede liberarnos.

Ada está callada, asimilando lo que le ha dicho, hasta que

pregunta:

–¿Dónde cree usted que están?

–¿Quiénes?

–Todos esos muchachos muertos. ¿Dónde están? En el cielo no están, ¿no? No puede ser. Viejos, enfermos, bebés, y luego… ese montón de jóvenes. Eran jóvenes, estaban vivos, y al minuto siguiente habían muerto. Murieron todos en cuestión de horas. ¿Adónde han ido?

–¿Alguna vez ha sido creyente?

–Antes me consideraba creyente.

La cara de la mujer cambia; de repente parece más vieja, sus rasgos menos firmes.

–No sé dónde están. Puedo escuchar gracias a los objetos que me trae la gente, puedo intentar escuchar. Y a veces, algunos parecen… tranquilos, lo noto. Y puedo transmitirlo. Y creo que ayuda. Pero con otros cuesta más.

Ada se lame los labios. Están agrietados, resecos.

–¿Y Michael? ¿Y con mi hijo?

La mujer frunce el ceño, regresa a la mesa y apoya las manos en ella. Se queda un momento de pie. Luego sacude la cabeza, como para despejarse.

–Creo que debería usted aprender a dejarle ir.

Ada no habla.

–Dígame. Su marido. ¿ Jack, ha dicho que se llama?

–Sí.

–Él está bien, ¿verdad?

Es una pregunta extraña.

–Sí, creo que sí –responde Ada.

–¿Me permite un consejo?

Ada asiente, con recelo.

–Mire a su marido. A ver qué encuentra. Él está vivo. Quiere que lo miren.

* * *

A las cuatro menos cuarto la mujer comienza a apilar las sillas en las mesas. Evelyn es el último cliente, en la punta más alejada de la cafetería, junto a la ventana grasienta, con los restos de un sándwich de beicon y la tercera taza de café. Cierra el libro y se pone el abrigo. «Gracias», le dice a la camarera al salir. La mujer se despide apenas levantando una mano.

Fuera, en la calle de tonos marrones, ya está oscureciendo, los

edificios se ven más densos, más voluminosos. Sin embargo, a lo lejos el cielo sigue alto, de color azul claro, como listo para separarse, para dejar a la tierra a oscuras y echar a volar. Por un momento, Evelyn vuelve a sentir ese pánico que últimamente la atenaza tan a menudo, y tiene que apoyarse en la pared para recuperarse.

Pasan dos minutos de las cuatro cuando llama a la puerta de Rowan Hind. De dentro solo llega un silencio vacío. La temperatura se ha desplomado con la puesta de sol. De pronto se siente una inútil, un parásito. Por todos los santos, ¿qué está haciendo ahí, acosando a la gente en su casa?

Solterona.

Solterona entrometida.

Se abre la puerta y aparece la niñita, esta vez con bata y un lacito azul en el pelo. Se enrosca una pierna con la otra. Sigue sin llevar zapatos.

–Mi papá aún no ha vuelto.

–Vaya. No podría esperarle dentro, ¿verdad? ¿Hasta que venga?

La niña se gira y se adentra en la oscuridad violeta del final del pasillo, donde se oyen susurros. Después vuelve.

–Dice que tienes que esperar aquí.

Abre la puerta de un cuarto a su derecha y Evelyn entra tras ella en la salita. Hay un sillón en un rincón y un maltrecho sofá de dos plazas pegado a la pared. La chimenea tiene pinta de no haber visto un fuego en años. Se quedan de pie un momento, mirándose en la penumbra.

–Bueno. –El aliento de Evelyn forma nubes delante de su cara–. No tendrás una vela, ¿verdad?

–Tendré que ir a buscar una cerilla.

–Espera. De eso tengo yo. Mira.

Se saca una cajita del bolsillo.

La niña acerca el cabo de una vela de la repisa de la chimenea y lo sostiene en alto. Evelyn se agacha a encenderla.

–Mucho mejor –anuncia, cuando prende la llama ondulante–. Ahora te veo esa monada de lacito. –Sonríe–. El color es precioso.

La niña no le quita ojo a Evelyn.

–¿Cómo te llamas?

–Dora.

Tiene una voz grave, rota, como les pasa a veces a los críos.

–Encantada de conocerte, Dora. Me llamo Evelyn.

Le tiende la mano.

Dora mira la mano, luego vuelve a mirarla a la cara. Se oye un

portazo y murmullos en la cocina. Evelyn reconoce la voz de Rowan Hind.

–Es mi papá –dice Dora.

Evelyn se endereza.

–¿Por qué has venido a verle? –Aprieta los labios, blancos de preocupación.

–No te preocupes; te prometo que no es nada malo.

La niñita la mira, parece considerar la posible verdad de la respuesta. Luego:

–Voy a ver si quiere venir –dice, entregándole la vela a Evelyn.

Evelyn se acerca a la repisa de la chimenea y deja la vela. Se sienta en el borde del sillón. Se levanta. Cruza la sala hacia la ventana, cubierta hasta la mitad por un trozo de puntilla amarillenta y cedida. En la calle no hay farolas; está prácticamente a oscuras. Se muere por encenderse un cigarrillo.

A su espalda, se abre la puerta y aparece Rowan Hind.

–Señor Hind. –Se adelanta con la mano extendida–. Me llamo Evelyn Montfort. Trabajo en la oficina de pensiones, en Camden Town. Vino usted a verme el lunes. –Con las prisas por hablar, las palabras chocan unas con otras.

Él mueve lentamente la cabeza a un lado y al otro, con el mismo movimiento involuntario que Evelyn recuerda del otro día. Entonces le dio pena, en el tedio de la oficina a última hora de la tarde, pero ahora que no le ve bien la cara, le da miedo.

–La recuerdo. No soy tonto. Me acuerdo de usted.

Evelyn junta las manos y se presiona una palma con el pulgar de la otra mano.

–Muy bien, pues, no quería…

–Municiones.

–Correcto.

–Le falta un dedo. –Le señala la mano.

–Sí.

–¿Qué está haciendo en mi casa?

Su voz transmite tanta hostilidad que Evelyn retrocede y se engancha el tacón en la chimenea y, por un instante, breve pero incómodo, está a punto de caerse, aunque al final se agarra de la repisa justo a tiempo.

–Cuidado.

–Perdone. –Se endereza–. He venido porque buscaba usted a una persona. Al capitán Montfort. ¿Correcto?

Él no dice nada.

–¿Era Edward Montfort? ¿El capitán Edward Montfort?

Algo en esas palabras altera la temperatura de la habitación.

–Es mi hermano. Puedo ayudarle, si me cuenta por qué le busca.

Él da media vuelta y cierra la puerta.

–¿Por qué?

–Por qué ¿qué?

Él arruga la cara, desconfía.

–¿Por qué ha venido hasta aquí?

–Porque me pareció que era lo que usted quería. Y… porque lamento haberle mentido.

Él se la queda mirando.

–No tenía obligación de venir.

En cuanto lo dice, Evelyn se da cuenta de que es mentira. Y de que suena petulante. Tenía que venir. No podría no haber venido.

Él se saca un cigarrillo arrugado del bolsillo interior, lo alisa y se lleva la mano derecha a la cabeza, frotándose el espacio entre los ojos con dos dedos.

–¿Hoy ha trabajado? –pregunta Evelyn en voz baja.

–Sí.

–¿Ha habido suerte?

Él niega con la cabeza, va a sentarse al sofá.

–No. Hace demasiado frío.

–Cualquiera diría que con este frío al menos le dejarían entrar.

–Bueno, pues no va así.

Se enciende el cigarrillo, se quita una hebra de tabaco de los labios.

–¿Le molesta si yo también fumo?

Él se encoge de hombros.

–Como guste.

Evelyn se enciende un pitillo.

–¿Qué hizo?

–¿Quién?

–Mi hermano.

Él sigue cabizbajo, pero la escucha; Evelyn nota la tensión de su cuerpo, cómo se extiende hacia ella de forma casi imperceptible. Rowan emite un ruido involuntario y se pone a temblar. Al principio Evelyn lo atribuye al frío, pero luego, como no para, se da cuenta de que son los mismos temblores que recuerda de la oficina, que precedieron al ataque. Llaman a la puerta. Evelyn da un respingo, pero es solo la hija de Rowan con una bandeja con una tetera y dos tazas, el azucarero y una jarrita de leche. La niña lleva la bandeja con cuidado, con expresión concentrada, y la deja sobre la mesa frente a la chimenea vacía.

Evelyn ve que Rowan está peleando consigo mismo, ve que los temblores amenazan con adueñarse de él, la lucha interior, el ritmo que marca en el suelo con los pies. En respuesta, el pánico comienza a apoderarse de ella. Mira a la niñita. Debería protegerla de lo que va a pasar, taparle los ojos. Pero la niña se dirige a su padre.

–¿Papá? –Deja la bandeja y se acerca a él–. ¿Papi?

El hombre tiembla descontroladamente, pero la niña trepa a su regazo y se abraza al cuello con ambas manos. Se queda sentada así, abrazándolo fuerte, hasta que su padre se tranquiliza.

Mientras los contempla, entrelazados padre e hija, la domina una envidia hiriente, abrasadora; quiere estar en ese sofá con el calor de la niña en su regazo, con esos bracitos rodeándole el cuello. Vuelve a sentarse en el sillón con los brazos fríos y el regazo vacío y piensa en Robin, en la mano que apoyó en la espalda de Rowan, acariciándolo, calmándolo, y en lo brusca que fue después con él. Tenía razón, aquel hombre horrible, Reginald Yates: es una zorra. Es una zorra sádica.

Cuando por fin Rowan se serena, su hija le toca la mejilla y deja un momento la mano en la cara antes de bajarse de sus rodillas. La niña sirve el té con leche y le pasa una taza a Evelyn.

Mirarla, no sabe por qué, cuesta.

Cuando la niña se ha ido, Evelyn deja la taza y el plato en el suelo.

–Siento mucho haberle molestado, señor Hind. Será mejor que me vaya.

Se levanta y se pone los guantes. Ha sido un error venir. Ha molestado a esa buena gente y está contenta de irse.

–Quédese –dice Rowan, y su voz suena distinta, más calmada–. Tómese el té. Es de mala educación marcharse sin tomarse el té.

Entonces la mira a la cara, con expresión firme y osada.

Evelyn hace lo que le dice.

–Su hermano –dice Rowan, cuando Evelyn deja el té.

–¿Sí?

–¿Qué le ha hecho?

–Me…

Ha hecho que me sienta pequeña. Que me sienta una solterona boba. Él puede ser feliz. Es capaz de olvidar la guerra.

–Me ha mentido.

Rowan asiente, parece satisfecho con la respuesta.

–Está bien, se lo diré. Le diré lo que quiere saber. –Enciende un cigarrillo y la apunta con él–. Pero no olvide que ha preguntado

usted.

Evelyn no dice nada.

–Dígalo –dice Rowan.

–¿El qué?

–Que lo ha preguntado usted. Quiero oírselo decir.

–He preguntado yo.

–Muy bien.

Y comienza a hablar.

–Tenía un amigo. Nos conocimos en un campamento de reposo. Lo llamaban de reposo, pero no lo era, tenías que hacer de todo. Solo descansabas cuando anochecía y por fin te acostabas. Habían incorporado un montón de hombres a la compañía, pero no me había dado cuenta. Yo iba a lo mío.

»Un día me pusieron con un tipo a cargar rollos de alambrada y repartirlos por el frente. Tuvimos que hablarnos y enseguida noté que era de la misma zona que yo. Resultó que el tipo era de Hackney. Unos kilómetros al norte de aquí.

»Para entonces los regimientos se habían separado. No era como antes, cuando servías con gente de tu zona. Habían caído demasiados. A esas alturas te encontrabas a uno de Yorkshire con un londinense y un galés. A los que quedaban y todavía eran aptos, los transferían después del combate. No pasaba a menudo eso de toparte con alguien de tu zona.

–¿Cómo se llamaba? –Evelyn se adelanta en la silla.

–Michael. Michael Hart. Venía de una compañía donde habían muerto casi todos. Las había pasado canutas, solo quedaban unos cuarenta hombres.

–¿De cuántos?

–Unos cientos. –Se encoge de hombros–. Así que los mandaron con nosotros. Nunca hablaba de lo que ocurrió. Jamás. Pero ya lo sabíamos. Se habían ahogado en el barro.

–¿Ahogado?

Rowan asiente despacio, la mira.

–Sí, hay que verlo para creerlo.

Sigue un silencio mientras Evelyn trata de asimilarlo. No puede. Su mente lo rechaza. Sacude la cabeza.

–¿Cómo era? –pregunta entonces–. ¿Cómo era el tal Michael?

Rowan se apoya en el respaldo, se rasca el cuello, lo medita.

–Una cosa le voy a decir. En el campamento, cuando terminábamos la tarea, la mayoría nos sentábamos por ahí a fumar o jugar a las cartas. Pero Michael nunca jugaba. Decía que no quería saber cuánta suerte le quedaba.

–¿Por qué? ¿A qué se refería?

–Jugábamos a juegos de apuestas. Apostábamos peniques. Pero si ganabas te ponías nervioso. Creías que ya habías gastado la buena suerte que te tocaba. Supongo que Michael, como había salido vivo del barro, creía que ya había agotado la suya. De modo que le parecía mejor no jugar. No quería enterarse.

–Entiendo.

Y lo entiende, tiene sentido.

La punta del cigarro de Rowan brilla.

–No hablaba mucho con nadie. Ninguno de los nuevos hablaba demasiado. Pero nos pasamos varias semanas en el frente. Por las noches salíamos para la primera línea en grupos de trabajo.

–¿Qué trabajos?

–Hacíamos un poco de todo. Llevábamos municiones, sacos de arena, mortero para las trincheras, alambre de espinos. Eso era lo peor. Lo transportábamos entre dos con un palo, y lo más probable era que terminaras hecho jirones antes de llegar. Caminabas de esta guisa tres o cuatro kilómetros, intentando no caerte en el barro. Pero cualquiera que fuera la tarea, Michael y yo siempre nos presentábamos juntos.

»Una vez recibió un pastel. Se lo mandó su madre. Una tarta de frutas. –La mira, insinúa una sonrisa y muestra el tamaño de la tarta con las manos–. La repartió. Estaba rica. Recuerdo que me pregunté cómo se las habría apañado para que le quedara tan sabrosa. Debió de estar ahorrando azúcar durante semanas. También le escribía regularmente. Yo nunca recibí carta de mi madre.

–¿Por qué no?

Parece resentido.

–No sabía ni escribir su nombre.

–Oh.

Por supuesto.

–A las pocas semanas empezó a llegar más comida. Raciones dobles. Así supimos que tendríamos que regresar a primera línea de fuego. Todo el mundo se inquietaba cuando le daban más comida. La querías, pero no la querías, ya me entiende. Nadie sabía adónde nos destinarían, pero todos apostábamos. Para entonces, lo único que queríamos era un trocito de frente tranquilo, bien situado.

»Por la mañana vino el capitán Montfort. Dijo que partíamos al día siguiente de madrugada. Parecía nervioso. Tuve una intuición. Enseguida supe que acabaría mal.

El nombre de su hermano en boca de ese hombre la estremece.

«Capitán Montfort.» Evelyn se inclina hacia delante.

–¿Era bueno?

Rowan la mira.

–Si era buen capitán.

Él se encoge de hombros.

–Sí. No estaba mal. Hasta el final.

–¿El final?

–Sí.

No añade más, y Evelyn intuye que no quiere que lo presione. La invade una sensación extraña, mitad defensiva, mitad culpable; descubre que desea que su hermano haya hecho bien su trabajo.

–Me volví hacia Michael –dice Rowan– para decirle algo, y estaba blanco como la pared.

»Estábamos alojados en una granja habitada y de noche no podíamos encender fuego. No podíamos hacer nada, solo acostarnos. Estábamos metidos en las literas a oscuras, pero me había desvelado. Entonces oí un ruido por donde dormía Michael.

»–¿Estás despierto? –le pregunté.

»–Sí.

»–Tengo un mal presentimiento.

»–Sí. Yo también.

»–¿Me prometes una cosa?

»–Dime.

»–Si me pasa algo, ¿se lo dirás a mi mujer?

»–Claro.

»–Cuéntale lo que pase. Como es debido. No quiero que se trague las chorradas que les escriben. Quiero que sepa la verdad.

–¿Y qué dijo Michael? –Evelyn se enciende otro cigarrillo.

–Que lo haría. Me lo prometió. Luego me pidió que hiciera lo mismo por él. No tenía mujer, pero quería que se lo contara a su madre.

»–¿Y cómo se llama tu madre? –le pregunté.

»–Ada.

»Hice una broma. Que le daría las gracias por la tarta. Se rió. Al día siguiente, me anoté la dirección.

Rowan se inclina, apoya la cabeza en las manos y habla al suelo.

–Me la aprendí de memoria por si perdía el papel. Para poder encontrarla de todos modos. Hace años que Michael murió y yo sigo con la maldita dirección en la cabeza.

–Entonces ¿no fue a verla?

–No.

–¿Por qué no?

Menea la cabeza.

–No podía contárselo. Fui un cobarde.

–No podía contarle ¿qué?

Rowan no contesta. Al poco, sigue hablando.

–Un día, hará un par de semanas, estaba vendiendo cepillos y jabones por las casas y… mierda, levanto la vista y me doy cuenta de que estoy en su calle. La calle que me había apuntado. Justo delante de su puerta. Y mientras estoy allí plantado se abre la puerta y sale su madre y pasa por mi lado.

–¿No le vio?

Dice que no con la cabeza.

–Iba pensando en sus cosas. Pasó de largo colina abajo. Pero antes me dio tiempo de verle la cara. Y es clavadita a él, solo que más menuda y con aspecto más pulcro, y pensé: «Es la mujer que le mandó la tarta. Es la mujer que le escribía todas aquellas cartas». Y me puse a temblar, allí mismo, en plena calle, mirando para un lado y para el otro y pensando: «Sabe que no he cumplido mi promesa. Alguien quiere que le cuente lo que pasó. Han pasado tres años y aquí estoy». –Tiene una expresión fiera, como retándola a contradecirle–. Supe que había sido Michael el que me había conducido hasta allí. A su casa.

Evelyn traga.

–¿Y qué hizo?

–Volví. El domingo pasado. Cogí la bolsa y fingí que estaba vendiendo. Era domingo, pero su madre no sospechó nada. En cualquier caso, me dejó entrar.

»Lo primero, nada más entrar, me di cuenta de que no se lo iba a decir. Estaba de pie en la cocina, mirándola y pensando: "Estás triste. Y yo sé por qué. Sé por qué sientes esa tristeza tan grande". –Hace una pausa, y luego la mira a los ojos–. ¿Ha visto alguna vez un fantasma?

–No –miente. Rowan no para de repiquetear en el suelo con el pie. Evelyn da una calada rápida al cigarrillo. Luego añade–: Una vez.

–Cuénteme. ¿Qué vio?

–No puedo. –Agita la cabeza–. Lo siento, pero no puedo.

–Cuéntemelo. Yo se lo estoy contando. –Rowan alza la voz–. Cuéntemelo.

Evelyn suspira. Nunca se lo ha contado a nadie. A nadie.

–Una vez… –comienza a decir despacio– me desperté en plena noche y vi a una niñita. Estaba de pie en un rincón de mi cuarto.

Parecía sentirse sola. Quería ir con ella. Quería consolarla, así que me levanté de la cama y mientras me acercaba supe… –Se traba–. Supe que era mía. Mi hija. Y que necesitaba que la abrazara. Y yo quería hacerlo, con todas mis fuerzas. Pero cuando llegué a su lado, se alejó. Atravesó la pared.

Evelyn está temblando. *No llores. No llores, joder.*

–¿Se asustó?

Evelyn asiente, le devuelve la mirada.

–Sí. Me asusté.

Rowan se inclina hacia ella.

–Yo también he visto un fantasma. Aquel día. Michael. Estaba en la cocina de su madre, justo a su lado, lo vi como la estoy viendo a usted.

A Evelyn le late la sien, la garganta.

–Apuntándome con el dedo y moviendo los labios, pero no le oí. Como en las películas, cuando no escriben lo que dicen pero aun así sabes que están furiosos. Y yo solo podía pensar en que tenía que salir de allí. Lo intenté. Pero su madre se había dado cuenta. Intentaba retenerme.

–¿Cómo? ¿Cómo lo adivinó?

Rowan abre las manos.

–No lo sé. Pero dijo su nombre. Dijo «Michael».

Evelyn oye las cazuelas en la habitación contigua. Las voces susurradas y entrelazadas de la madre y la niña.

–Así que no paro de pensar que lo único que tengo que hacer es contarle la verdad. Porque está claro que la mujer no la sabe. No tiene ni idea. Y desde luego su hermano no le contó la verdad en la carta que debió de escribirle.

–¿Qué insinúa?

A Rowan se le crispa la cara.

–Yo lo maté. Yo maté a su hijo. –Se balancea adelante y atrás, meciéndose el brazo inutilizado–. Y fue su hermano quien me obligó a hacerlo.

Por un momento parece que se para el tiempo. Luego Evelyn oye algo, una risa ahogada.

–Es ridículo. Mi… Ed… jamás haría algo así.

–¿Cómo lo sabe?

–Ed es… un buen hombre.

–¿De verdad? ¿Cómo puede estar segura?

Evelyn cierra los ojos un instante. Sacude la cabeza. ¿Qué puede decir?

Siempre me ha querido. Cuidaba de mí. Era mi aliado. Hacía que

me sintiera la parte mejor y más valiente de él.

Simplemente lo sé.

Rowan ha levantado la voz, prácticamente está chillando.

–Pues si está tan segura, ¿qué hace aquí?

Evelyn vuelve a sacudir la cabeza, se fuerza a mirarle.

–Lo siento. Supongo… que no lo estoy.

No quiere escuchar más. Sea lo que sea lo que tenga que contarle. Y, no obstante, sabe que debe escucharlo; que lo han desencadenado entre los dos y ahora no podrán moverse hasta que termine.

Rowan enciende otro cigarro, se encorva, escupe las palabras al vacío que los separa.

–En cuanto nos acercamos al frente supe que el presentimiento era verdad, que pintaban bastos. Cruzamos Albert. Todas las casas estaban tapiadas con maderos. Como si hubiera una plaga. Un ángel colgaba de la iglesia con un niño en las manos. Parecía una mujer en la proa de un barco que se hunde.

»Nos tuvieron esperando junto a la iglesia durante horas. A Michael le pasaba algo, no paraba de temblar. Me senté a su lado. "¿Estás bien?" Me miró. Empezó a decirme algo. Creo que intentaba contarme lo que les había pasado antes, a su compañía. Que había pasado por el mismo sitio de camino al frente. Pero no estaba centrado, no se le entendía.

»A nadie le gustaba que hablaras. A nadie le gustaba que te asustaras. De modo que estábamos sentados y la gente le oyó parlotear y empezó a mandarle callar. Comenzaban a ponerse furiosos. Y yo le dije: "Ahora no es el momento. Hay que seguir. Lo sabes. Lo siento, pero ahora no puede ser. Tenemos que seguir adelante". Se calló. A mí me pareció que estaba bien. Nos trajeron un té de esas cocinas de campaña y algo de manduca, y tabaco. Michael estaba callado. Esperamos hasta tarde, y cuando anocheció avanzamos hacia el frente. No había luna, cosa buena, porque las lunas eran mala cosa.

–¿Por qué? ¿Por qué eran malas?

Él la mira con desdén.

–Porque los del otro bando te veían. Lo peor era la luna llena.

«Y por tanto he pactado con la luna. Que las noches despejadas me llevará contigo.»

Evelyn tiembla. *Estúpida.* Por supuesto.

–Llevábamos mucho rato en marcha, serían las dos o las tres de la madrugada, olíamos que estábamos acercándonos.

–¿Cómo?

–Pues porque apesta. A mil demonios. Y empezó el barro. Caminábamos por un paso de tablones. Si te caías, te ahogabas. Oías a hombres y caballos atrapados abajo, desgañitándose. Pero tenías que pasar de largo. Tenías que cogerte del hombre que caminaba delante de ti y continuar. No íbamos muy rápido. Pero a medida que nos acercábamos comenzamos a distinguir a los que dejaban el trozo de frente que íbamos a defender.

–¿Cómo?

–Venían hacia nosotros, empujándose a oscuras. Lo más rápido que podían. No lo suficiente, para su gusto. Teníamos que agacharnos para que no nos tirasen al pasar y les preguntábamos por lo bajo, a oscuras, cómo era. Querías saber lo que te esperaba. Y solo decían: «Un chollo, tío, un chollo». –Deja una pausa, suelta una risa breve, seca–. Pero eso lo decían siempre.

»A oscuras no les veías la cara, pero a veces los alemanes lanzaban una de esas bengalas. Como fuegos artificiales rojos. Las lanzaban de vez en cuando para vernos bien. Michael avanzaba justo detrás de mí. De casualidad me giré justo cuando encendieron una bengala y le vi la cara. Miraba al frente y justo delante de él había una mano que asomaba de la pared de la trinchera. Yo la había rozado al pasar, pero sin saber lo que era.

–¿Cómo? –Evelyn se inclina hacia delante–. ¿Cómo había acabado allí?

–Son cosas de las trincheras. Si pasaban una mala racha, muchos días seguidos de combate, y había que volver a abrir trincheras, tenías que cavarlas entre los cadáveres. No te quedaba otra. Pero el brazo le rozó y Michael comenzó a hacer un ruido raro. Muy flojo, pero sin parar. Algo así como «Oh oh oh oh oh oh».

Incluso aquí, incluso sentada en esta habitación, es horrible. Incluso aquí, Evelyn quiere que se calle.

–Todo el mundo le mandó callar. Pero él no paraba. Como si no nos oyera. «Oh oh oh oh oh.» El capitán Montfort vino desde delante abriéndose paso a empujones y lo agarró y le dijo que como no se callara le rajaría la puta garganta y lo callaría para siempre. Y Michael se calló. Se calló. Echamos a andar de nuevo. Pero yo le oía temblar. Como si las palabras se le hubieran metido dentro, y oía la mochila golpeándole la espalda por culpa de los temblores.

»Cuando llegamos a primera línea del frente nos estaban bombardeando. Nos presentamos a nuestro superior. El sargento repartió las tareas. Michael estaba desmoronado, no estaba en su sano juicio. Intenté pensar en qué le podía decir para tranquilizarlo

un poco, pero no se me ocurrió nada. El sargento me ordenó llevar un mensaje al refugio del capitán Montfort. Me lo encontré desgañitándose al teléfono. "Qué cojones" esto y "qué cojones" lo otro. Los hijos de puta que habían estado antes que nosotros se habían ido cagando leches y no habían dejado nada de nada. Ni información, ni nada. Se habían largado sin más.

»–Hind –me dijo el capitán–. Detrás de la trinchera de apoyo se amontonan los cadáveres. Coge palas y a cinco hombres y enterrad a esos infelices. Y a Hart, llévate a Hart. No quiero tenerle gritando por aquí.

»Y pensé que si al menos nos alejábamos un rato de primera línea podría serenar a Michael. A todos nos entraba el pánico de vez en cuando. Pero nadie quería tener a un compañero así a su lado. El miedo se contagia.

»Cogí a Michael y a otros cuatro hombres y dejamos las mochilas y volvimos a la trinchera de apoyo. El capitán Montfort me había indicado dónde buscar, pero cuando nos acercamos no hizo falta: había moscas por todas partes.

Rowan se enciende un cigarrillo con la colilla del anterior.

–Trepamos fuera de la trinchera, pero agachados, porque aunque no estábamos en primera línea, no quedaba muy lejos. Allí el suelo no estaba tan enfangado. No sé por qué. Si no, se los habría tragado. Pero había que enterrarlos. Seguían bombardeándonos, el estruendo era horrible, de verdad, pero el ruido de las moscas lo tapaba todo. –Mira al vacío–. Los últimos que habían pasado por allí habían dejado que sus compañeros se pudrieran al raso.

»Así que nos tapamos la cara con la bufanda y empezamos a cavar. Cavamos a poca distancia de los cadáveres. Estaba tan oscuro que era peligroso alejarse. Bastaba con enterrarlos donde estaban. Éramos seis y trabajábamos por parejas. Yo cavaba con Michael y no paraba de preguntarle cómo estaba. Me decía que bien, pero no paraba de girarse a vomitar, aunque, claro, estábamos todos vomitando, o sea que no era raro.

»De vez en cuando una bengala iluminaba el cielo y teníamos que tirarnos cuerpo a tierra, así que nos metíamos en las tumbas que estábamos cavando. Y me dio por pensar: Qué práctico, ¿no?, si nos pasa cualquier cosa y estamos enterrados, solo tendrán que echarnos unas paladas de tierra encima. Pero estamos cavando para otros pobres desgraciados, ¿dónde los meterán entonces? Y, la verdad, no me apetecía compartir tumba con ellos.

»También buscábamos las identificaciones para inscribir las cruces. Hay que hacerlo siempre, para que los puedan localizar

cuando todo termine, si es que no han llegado volando al más allá. Michael estaba buscando la chapa de uno, pero se le resbalaba todo el rato de las manos. A ver, le dije, déjame a mí. Y me agaché y…

Se calla.

–Cayó un obús. A unos veinte metros de donde estábamos. Cuando volví en mí, no veía nada. Se me había metido medio campo por la nariz y la boca y todo estaba aún más negro que antes, y yo allí plantado, escupiendo, tratando de ver otra vez.

»Encendí la linterna. Los demás también estaban quitándose tierra de los ojos y la boca. Michael no estaba. Le llamé a gritos. Lo busqué por todos lados, pero nada.

»Estábamos todos menos él. Cubrí con un poco de tierra el cadáver que tenía que enterrar y lo dejé y regresé con los otros al tramo de trinchera que nos servía de refugio. Pero Michael tampoco estaba allí. De modo que fui a ver al capitán Montfort y le informé de que el soldado Hart había desaparecido.

»–¿Desaparecido, a qué se refiere?

»–No está. Ha caído un obús y ahora no le encuentro.

»–Sé perfectamente que ha caído un obús. Han muerto dos cocineros.

»Yo estaba sacudiendo la cabeza porque no oía bien y el pitido de los oídos lo tapaba todo.

»–Tiene sangre en la cabeza –me dijo el capitán–. Vaya a que se lo miren.

»Más que escucharle, le leía los labios de lo fuerte que era el pitido.

»De modo que fui a que me vieran y por el camino no paré de buscar a Michael, pero no lo encontré.

–Pero seguramente… –Evelyn se inclina hacia delante.

–¿Qué?

–Bueno, podía estar enterrado, ¿no? Podía haberlo enterrado el obús. ¿A nadie se le ocurrió mirar?

Rowan niega con la cabeza.

–Yo sabía que no estaba enterrado. Fui a la enfermería. Allí había de todo, el obús había hecho mucho daño y lo mío no era urgente, de modo que tardaron un rato en vendarme. Y seguí buscando a Michael, pensando que si estaba herido habría ido a la enfermería. Cuando por fin me atendieron, les conté lo del obús y pregunté si habían atendido a alguien más. Me preguntaron a qué compañía pertenecía y cuando se lo dije me contestaron que hacía un rato había llegado otro de los nuestros, temblando y hablando sin sentido. Lo habían tumbado en una camilla, pero había

desaparecido. ¿Se había vuelto a presentar en la compañía? Dije que no lo sabía. Y enseguida me asaltó una sensación horrible.

»Cuando regresé a mi puesto, Michael no estaba.

»Anocheció, y Michael seguía sin aparecer.

»Amaneció y nos tocaba diana y revista y yo sin dormir y Michael que no había aparecido, y todo el mundo me miraba como si yo supiera dónde estaba.

»Me llamó el capitán Montfort. El hombre se puso a gritarme. Tenía pinta de que tampoco había pegado ojo. Estaba bebido. A los oficiales siempre se lo notabas, olían a whisky –explica con amargura–. A nosotros no nos permitían esas cosas. Solo nos daban una ración de ron por la mañana antes de salir de la trinchera.

»El capitán me preguntaba a gritos si había visto algo. Si creía que lo había matado el obús o qué.

»Y yo solo podía pensar en lo que me había dicho el médico de la enfermería. Si alguien se enteraba, estaba acabado. De modo que tuve que decirle lo que me había contado el médico. Y el capitán salió directo a la enfermería. Y no apareció en toda la mañana.

Rowan menea la cabeza.

–Nos pasamos toda la mañana en la trinchera sin hacer nada. Es peor que entrar en combate porque no puedes moverte. Tienes que aguantar. Estás atrapado. Y yo todo el rato pensando que era como si hubiera ocurrido lo peor de lo peor y nosotros no hiciéramos nada, solo mirar. Allí metidos en un agujero contemplando lo peor de lo peor. Porque si nadie lo veía, nadie creería jamás que había pasado.

Apaga el cigarrillo.

–Aunque a nadie le interesaba saberlo.

–Yo quiero saberlo –replica Evelyn en voz baja–. Por eso he venido.

Pero Rowan no parece escucharla.

–Pues no era lo peor –dice él, encendiendo otro pitillo–. Al final no fue lo peor.

»El capitán Montfort regresó por la tarde. Lo vi pasar por delante de mi refugio. Era mi hora de echar una cabezada. Pero no podía dormir. Tenía esa sensación dentro. Y cómo no, el capitán me mandó llamar al momento. Habían arrestado al soldado Hart. Lo habían encontrado en una granja a varios kilómetros del frente. Se había encendido una fogata y un oficial de otro regimiento vio el humo y le encontró y lo arrestó.

»El capitán me tuvo allí mucho rato. Quería saberlo todo de Michael. Le dije que era buen chaval.

–¿Te escuchó? ¿Te escuchó?

Evelyn quiere que su hermano le hubiera escuchado, de pronto es lo que más desea en el mundo.

Rowan se encoge de hombros.

–Me preguntó cuatro cosas más y luego me dejó marchar.

Se recuesta en el sofá.

–Veías a hombres atados a las ruedas de las cureñas. «Castigo de campaña número uno», lo llamaban. Parecían crucificados, joder, con los brazos abiertos; y los dejaban así, de rodillas, al lado de la carretera. Para que los viésemos. Los cabrones que dirigían el tinglado querían eso, que los mirásemos, que los avergonzáramos. Pero nunca lo hacíamos. Siempre mirábamos para otro lado cuando pasábamos por delante para darles un poco de paz a aquellos pobres infelices.

Evelyn asiente. *Es lo que haría yo. Yo haría lo mismo.*

–Esa noche, si cerraba los ojos, veía a Michael atado a una rueda. Pensaba que era lo que le esperaba.

»Por la mañana, volvió a llamarme el capitán Montfort. Que van a formarle un consejo de guerra a Michael por deserción, me dijo. Que había dado permiso para que alguien hablase a su favor. Se llama "amigo del prisionero". Y que Hart había pedido que fuese yo.

»Le pregunté cuándo se celebraría el juicio y me dijo que el jueves. Después le pregunté a qué día estábamos y me respondió que a martes.

Rowan la mira, y deja un momento de silencio antes de hablar.

–Y entonces, se lo juro, supe lo que pasaría. Todo, de principio a fin. Como si estuviera todo escrito, como la Biblia. Como si pudiera saltar a la última página y leer la última frase.

Evelyn dobla y desdobla los pulgares. Le duele el dedo amputado.

–¿Y qué pasó? ¿Qué ocurrió en el juicio?

Rowan se levanta, se dirige a la ventana, se mete las manos en los bolsillos y mira a lo lejos.

–Apenas pude hacer nada. Ni siquiera le vi. Estábamos solos en una salita, dos oficiales y yo. Estuve unos minutos. No conseguí expresarme demasiado bien. Quería explicarles que se habían equivocado, que Michael estaba mal por culpa de la última experiencia en combate. Pero solo me preguntaban si había gritado durante la marcha. Su hermano ya se lo había contado, de modo que ya lo tenían decidido y no pude hacer ni decir nada.

Se gira, escupe en la chimenea, y luego descansa la cabeza en el

brazo bueno, apoyado en la repisa.

Evelyn lo observa a la luz de la vela, que parpadea; ese hombrecillo, con la camisa subida por detrás y los tirantes colgándole a los lados.

–Entonces ¿no vio a Michael? –pregunta en voz baja.

Él levanta la cabeza. Permanece un rato en silencio.

–En ese momento no.

»Lo siguiente que supe, cuando por fin salimos de primera línea, es que nos reunieron para comunicarnos que habían declarado culpable al soldado Hart y que iban a ejecutarle. Yo lo único que oía era la última frase dándome vueltas en la cabeza. "A ejecutarle, a ejecutarle." Era culpa mía, tendría que haberlo encontrado primero. Debería haberlo llevado de vuelta conmigo. Y venga a pensar si ya se lo habrían dicho, ¿se lo habían comunicado? ¿Se lo habían comunicado a su madre? Porque, a juzgar por la tarta, la mujer iba a querer despedirse de él en persona.

Suelta una risa corta, amarga.

–¿Eso se podía hacer? ¿Los padres podían despedirse de sus hijos?

Rowan resopla, todavía con más desdén en la mirada.

–¿A usted qué le parece? ¿Cree que los transportaban hasta allí para que se despidieran de los suyos antes de que lo arrojaran por el precipicio? ¿Que iban a llevarlos hasta allí para eso?

Pues claro que no. Nota sabor de bilis en la garganta. Se enciende un cigarro para hacerlo bajar.

Rowan niega con la cabeza.

–Pero mientras yo le daba vueltas a la cabeza el capitán Montfort había estado hablando, leyendo una lista de nombres. Pero yo no lo había oído. Después comenzaron a decirme que qué mala suerte y pregunté de qué hablaban. Del pelotón de fusilamiento. Qué mala suerte cargarse a un amigo. Y entonces lo entendí. No me había enterado. Pero su hermano había leído mi nombre.

La mira fijamente.

–El hijo de puta de su hermano había leído mi nombre.

Rowan tiembla.

Evelyn reza para que no le dé un ataque. Ahora no.

–Me dijeron que podía visitarle. Que le gustaría. Como si me hicieran un favor. Como si le hicieran un favor a él por dejarme despedirme. «Bueno, amigo mío. Siento lo del fusilamiento. Qué mala pata que me haya tocado a mí. ¿Últimas voluntades? ¿Quieres que le diga algo a tu madre?»

»Me dijeron que podía ir a las siete. Pero no fui. Me perdí por el bosque. Y me senté entre los árboles a pensar. ¿Qué estará pensando Michael, tan solo? Sabía que debía estar con él, ir a verle, pero no podía.

Se detiene delante de Evelyn, con una expresión de pura angustia en la mirada.

–Comprende por qué no podía ir, ¿verdad? ¿Usted me entiende?

–Sí. Lo entiendo.

Hunde la cabeza entre las manos. Su espalda sube y baja un par de veces, suspirando. Cuando vuelve a hablar escupe las palabras rápido, como si también él necesitara llegar al final.

–Por la mañana nos llevaron a un sitio en mitad de ninguna parte. Había un tocón. –Se calla–. Un tocón, allí tirado sin más. Y nos hicieron formar delante. Y luego trajeron a Michael. Le habían puesto un saco en la cabeza y no se aguantaba de pie, parecía borracho. Puede que estuviera borracho. Me dijeron que les dan de beber para que no se enteren de lo que pasa. Le acompañaba un hombre a cada lado, pero no se tenía en pie. Tuvieron que arrastrarlo por el suelo.

»Y entonces apareció su hermano a pasarnos revista. Y yo con el fusil en las manos pensando que debería pegarle un tiro. –Mira a Evelyn–. Se lo habría pegado con gusto, pero después me habrían fusilado. Y ya había nacido Dora y quería volver a casa. –Se le rompe la voz–. Lo único que quería era volver a casa.

»Lo ataron al poste y vi que se había meado encima. Y lo otro. Estaba tan cerca que se olía. Y nos habían ordenado permanecer en silencio. No movernos para que no supiera dónde estábamos. Joder, qué silencio. Y yo venga a pensar si Michael sabía que yo también estaba. Si lo notaba.

»Quería decirle algo, que supiera que no estaba solo. Pero no pude. Y habría sido mentira. Porque la verdad es que Michael estaba solo.

Se tapa la cara con las manos de modo que la red de dedos cubre también parte de la cabeza.

–Y entonces empezó a hablar. A llamar a su madre. «Mamá, mamá, mamá.»

Evelyn se tapa la boca con la mano.

–Y yo me puse a rezar. Antes, en el colegio, solo movía los labios como si rezara. En la vida había rezado como es debido. Pero no paraba de darme vueltas por la cabeza la misma frase. Perdona nuestras ofensas. Perdona nuestras ofensas… Y mientras rezaba pensaba: «¿Para qué rezas, Rowan? Nadie te escucha». Así

que paré. Y luego va su hermano y le cuelga un pañuelo blanco en el pecho.

»Yo tenía un plan. Iba a disparar desviado. Para no ser yo. Pero entonces el tipo que tenía al lado, el soldado Jones, que era un cabrón frío como un témpano, no me extraña que lo eligieran, me susurró que apuntase bien. Le harás un favor, me dijo. Apunta al pañuelo. Recto. –Menea la cabeza.

»Y dieron la orden y levanté el arma y disparé.

»Michael cayó al suelo. Su hermano se acercó. Casi no podía andar. Pero tenía que rematarlo si no había muerto. Así que fue a quitarle el saco.

Se queda un instante mirando al vacío. Luego se estremece.

–No pude mirar. Pero no oí ningún disparo más. Así que debía de estar muerto.

»Después nos fuimos. Y entonces fue cuando comenzaron los temblores. Me ponía a temblar y no podía parar. Y no me notaba el brazo. El brazo con el que había disparado. Dejó de moverse, y ya nunca más he vuelto a moverlo.

Se quita el cabestrillo y el brazo cuelga, arrugado e inútil. Lo golpea. Con fuerza. Lo aporrea una y otra vez.

* * *

Ada da forma a la masa con las palmas de las manos mientras tararea: un trozo de una melodía que le gustaba cantar. Levanta la tapa de la cazuela. El estofado lleva horas al fuego y está espeso y brillante. Lleva un buen corte de ternera, las últimas zanahorias del huerto y la calabaza que le dio Jack el domingo. Ha sido un placer cortarla, ver cómo la piel naranja se abría y revelaba una pulpa todavía más brillante. Mete las bolas de masa en el estofado una a una con un cucharón y cuando flotan en la salsa vuelve a tapar la cazuela y se limpia la harina de las manos. Le resulta fácil moverse. Se siente más ligera, a la vez más y menos ella misma.

Se toca el pelo y se retuerce algunos mechones. Antes ha puesto agua a calentar y se ha lavado la cabeza y luego se ha puesto las pinzas con el pelo todavía húmedo. Esta noche, cuando se las quite, tendrá el pelo ondulado. A Jack le gustaba así. Le gustaba que llevara el pelo suelto y ondulado. Enciende una vela y se la lleva a la mesa. Ha comprado un par de botellines de cerveza. Abre uno y se sirve un vaso mientras espera.

* * *

Hay una familia de pie junto a una ventana abierta: un padre, una madre, una hija y dos hijos pequeños. La madre contempla la luz que baña el jardín de abajo, iluminando el olmo al final del césped, el columpio que adoran sus hijos. Más allá están las vías del tren. La mujer creció en este pueblo, en una casa a la vuelta de la esquina donde todavía viven sus padres.

Durante la guerra, cuando salía al jardín y su hija era todavía un bebé, veía el techo de los trenes que pasaban de camino a la costa. Al principio siempre la emocionaba dejar lo que estaba haciendo –tender la colada o jugar con su niñita– para salir a saludar al tren desde el jardín floreado. A los chicos les gustaba; le devolvían el saludo con ganas, gritando, lanzándole besos, con cara satisfecha y esperanzada. Si el tren se paraba, aupaba a la niña, les regalaba margaritas y dientes de león por las ventanillas, que los soldados aceptaban y se guardaban tras la oreja.

También pasaban trenes en sentido contrario: trenes hospital cargados de heridos rumbo a las salas de operaciones de Londres. Si tenía con ella a la niña y pasaba un tren hospital, la metía en casa a toda prisa. Se sentía fatal, pero no le gustaba pensar en ellos, en los heridos y los moribundos, en los miles que morían tan cerca del hogar.

Veintisiete hombres del pueblo perdieron la vida. Han erigido un monumento delante de la iglesia en su recuerdo. Veintisiete nombres grabados en piedra.

Pero su marido consiguió volver sano y salvo. Antes jamás se había considerado una mujer particularmente afortunada. Ahora sabe que lo es. No hay forma de no verlo. Los domingos en misa nota cómo la miran. ¿Por qué ella? ¿Por qué él? ¿Qué tenían de especiales?

–Ya viene –susurra.

Su hija la coge de la mano. Sus dos hijos se le aferran a la falda. Su marido se mueve a sus espaldas.

Se les echa encima sin tiempo ni para pensar, un caos de vapor y ruido. Dos vagones normales y luego, en medio, uno diferente, con el tejado pintado de blanco. Tienen el tiempo justo para ver el ataúd del interior, el revestimiento morado del vagón, las enormes coronas apoyadas en cada extremo, y al momento ya ha pasado.

La mujer suspira, vuelve a apoyarse en su familia, en la fuerza de su marido, en su suerte.

* * *

Pasa más de hora y media antes de que Ada oiga la verja de atrás y

los pasos de Jack acercándose por el sendero. Luego se abre la puerta y aparece su marido, que huele a pub y a humo y al frío de fuera y cuya silueta ocupa todo el hueco de la puerta. Es como si lo viera por primera vez. La deja sin respiración.

Jack cierra la puerta, se quita el sombrero y se lo embute en el bolsillo de la chaqueta.

–¿Qué pasa? –pregunta, mirando a su alrededor.

–Estaba esperándote. –Suena tonto, infantil–. Bueno, para cenar –dice, dirigiéndose a la cocina para disimular la vergüenza–. He preparado estofado.

–¿Estofado?

Jack se sienta, mira a su alrededor con desconfianza, como si olisqueara el aire tratando de detectar algún peligro.

–Con *dumplings*. –Intenta sonar despreocupada, alegre. Se le ha subido la cerveza, no está acostumbrada a beber–. ¿Tienes hambre?

–Sí.

Ada sirve la comida, le lleva el plato a la mesa y se sienta.

–¿A qué viene todo esto?

–¿El qué?

Le sirve un vaso de cerveza.

–Esto. –Señala con la mano–. ¿A qué viene? Y tú. Te has hecho algo.

–¿Sí?

Jack entorna los ojos.

–Estás distinta. El pelo.

–Ah, bueno… Nada… Me lo he recogido.

Nota cómo el calor le sube a las mejillas.

Jack coge una cucharada de estofado sin quitarle ojo a su mujer.

–¿Y eso?

–Bueno… por cambiar un poco.

Jack asiente. Al principio come despacio, pero luego, una vez que ha probado el estofado, lo devora a grandes cucharadas y no vuelve a hablar hasta que ha terminado.

–Está rico –dice, limpiándose la boca–. ¿Hay más?

Ada se levanta y le sirve otro plato. Él la observa volver a la mesa. Ada apenas ha probado bocado.

–Aquí pasa algo. Lo noto.

–Es… Quería preparar algo especial. Por nuestro aniversario, celebrarlo.

–Fue el lunes.

–Lo sé. Pero… justo hoy he pasado por la carnicería. Y se me ha

ocurrido comprar un poco de carne y preparar algo.

–Pensaba que te habías olvidado. –Parece contento.

–No. –Ada niega con la cabeza, se sienta.

«Mire a su marido.»

«Quiere que lo miren.»

Ada lo mira mientras come, mira sus manos anchas asiendo la cuchara, el vello negro que le salpica los dedos.

De pronto se le ocurre que le gustaría besarle. Besarle los nudillos de los dedos. Piensa en hacerlo, en agarrarle la mano cuando levante la cuchara. Sería fácil. No está lejos. La idea le arranca una sonrisa y se ruboriza. Él levanta la vista y la pilla mirándole.

–¿Qué?

Ada niega con la cabeza. Pero se diría que Jack intuye parte de lo que piensa porque la atmósfera que reina entre ellos cambia. Chisporrotea. Ada ve que las mejillas de su marido se ruborizan. La expresión de su cara cambia. Jack termina, deja la cuchara al lado del plato. Se hace el silencio.

–Estás guapa –dice Jack con voz grave.

–Gracias.

Él le sostiene la mirada, la observa como a un animal. Ada se siente rara, con un renovado poder interior. Permanecen un rato sentados así.

–Ven aquí –dice Jack.

Ada se levanta, se acerca a su marido.

Él le busca la mano, se la coge, le frota la muñeca con el pulgar.

–¿Qué has hecho hoy? –pregunta despacio–. Aparte del estofado.

–Pues…

–¿Sí?

Ada no responde.

–Dime.

Jack sigue acariciándole la muñeca con el pulgar. El contacto de su piel la estremece. Ada se apoya en la mesa.

–Pues… he estado charlando con Ivy.

–¿Ah, sí?

–Quiere que la acompañe a la abadía, mañana.

–¿Al entierro? –Aprieta ligeramente, como tomándole el pulso, y Ada se nota latir contra su dedo–. ¿Y qué le has dicho?

–Yo… –Y de repente le parece mal no contárselo, no compartirlo con él, de modo que busca su mano, la agarra–. Esta mañana he ido a ver a una mujer, Jack.

–¿A qué mujer?

–Una a la que Ivy fue a ver durante la guerra.

–¿Y?

–Pues… –Suelta una risita–. Se supone que habla con los muertos.

La atmósfera vuelve a cambiar; se calma, pero no es una calma agradable. Es tensa, como un puño. Ada nota que Jack afloja la mano, que la carne se distancia, se aleja. Le suelta la mano.

–Vive en Walthamstow. En una casa de lo más corriente. Jamás dirías…

–¿Qué?

–Bueno, que… ahí viva alguien así.

Jack se calla, junta las manos sobre el regazo.

–¿Te encuentras bien? –le pregunta Ada en voz baja.

–Continúa. Has ido a ver a esa mujer. ¿Qué ha pasado?

Ada no se encuentra bien. *¿Qué ha pasado?* No lo recuerda. Le sudan las manos.

–Eh… He llevado una fotografía.

–¿Una fotografía? ¿De qué?

–De… Michael. He llevado una fotografía de Michael. Para enseñársela.

–¿Le has llevado una fotografía de Michael?

–Sí.

–¿Y qué te ha dicho?

–Que no volviera a mirarla.

–¿Por qué te ha dicho eso?

–Dice que no me hace bien.

Ante el desdén de su marido, la sensación que la ha acompañado toda la tarde se marchita, se retuerce y muere como una planta en una helada.

–Ha desaparecido algo. Y me he sentido más ligera.

Su voz se va apagando. Ahora oye lo ridícula, lo estúpida que parece.

Vuelve a hacerse el silencio. La estera de la silla cruje cuando Jack se apoya en el respaldo.

–¿Cuánto le has pagado?

–Eh…

–Venga, ¿cuánto?

Ada traga saliva.

–Diez chelines.

Jack niega con la cabeza, se levanta.

–Estás loca. –Se acerca a su mujer y, por un momento, Ada cree

que va a pegarle, pero no le pega, sino que le pone un dedo en la frente y presiona–. Llevas años loca. Viviendo con un muerto. La muerta pareces tú. ¿Crees que eres una esposa? ¿Te consideras una esposa de verdad?

Ada abre la boca, vuelve a cerrarla.

–CONTESTA.

–Iba a… Justo iba a…

Él aparta el dedo, pero Ada sigue notándolo, le quema la piel. Jack coge el sombrero y se lo pone.

–No eres una esposa de verdad. Eres un fantasma. Un puto fantasma, nada más.

* * *

Estación Victoria. Una madre está de pie junto a la barrera, con su hijo pequeño al lado. Lleva ahí desde las ocho de la mañana, decidida a conseguir un buen sitio. Lo tiene. Ve el andén vacío por el que entrará el tren: andén ocho junto a Buckingham Palace Road.

Desde que se enteró por la prensa ha tenido intención de asistir, de llevar a su hijo a que vea a su padre. Su hijo ya tiene casi cuatro años y es clavado a su padre. Los mismos ojos azules, las mismas cejas espesas.

Se conocieron cuando ella tenía quince años. Se casaron dos años después. Él se marchó a los dos meses. Su hijo nació cuando él estaba en Francia. Ella fue a sacarse una fotografía con el bebé en brazos. Sabe que él la llevaba encima al morir porque se la devolvieron con el resto de sus pertenencias. Llegaron por correo, un paquete con el uniforme ensangrentado y, dentro de la guerrera, un fajo de cartas suyas y la fotografía con el niño. Horrorizada, incrédula, sacó al niño al jardín y cerró la puerta. Lavó el uniforme, limpió la sangre. Pero no mucho. Quería que oliera a él. Luego se lo puso a un maniquí.

Lo tiene junto a la cama.

Le ha costado mantener al niño entretenido tantas horas de espera. Han jugado a toda clase de juegos. Se lo ha contado todo de su padre, todo lo que recuerda. Cuando el niño ha tenido pipí, lo ha aupado por encima de las vallas para que orinara en el andén. La han mirado mal, pero no estaba dispuesta a perder el sitio y conforme ha ido pasando el día todos han empezado a imitarla, la mayoría de los hombres han meado igual. Una mujer se ha agachado, recogiéndose las faldas como una extraña criatura marina.

Pero ahora nota que a su alrededor el gentío está inquieto; el tren está al llegar, es la hora. Coge a su hijo y él se le agarra del cuello.

–Ya viene –le susurra al cuello, al oído–. Ya viene papá.

El niño mira alrededor.

–¿Dónde está? ¿Dónde está?

–Chsss. –Le acaricia la cabeza–. Viene en el tren.

El tren se aproxima y un gemido recorre la multitud, que comienza a empujar y presionar desde atrás. La aprietan con fuerza contra la barrera. Alguien grita: «¡Basta! ¡Hay niños! ¡Basta!».

La mujer abraza con fuerza a su hijo. Los empujones se intensifican. Al otro lado de las vallas, los funcionarios se mueven con prisas, decididos. Entonces, cuando el tren entra en la estación, la barrera se derrumba y la muchedumbre se abalanza en tropel. Al principio la mujer no ve nada, solo humo y el vapor que se hincha hacia el techo de la estación, hasta que la humareda se despeja y distingue el vagón. Lleva luz eléctrica dentro. Algunos jóvenes tratan de subirse al techo del vagón y se desata el caos, a su alrededor las mujeres lloran y chillan sin control.

–Tu padre –dice la mujer, señalando–. Está ahí.

–¡Papi! –llama el niño–. ¿Papi?

El niño se zafa de los brazos de su madre y echa a correr.

Los jóvenes siguen ocupando el andén. La policía corre de aquí para allá ordenándoles retroceder. La mujer tiene una visión aterradora en la que su hijo es pisoteado. Sale corriendo tras él, pero la detiene un policía muy corpulento.

Ella llama a gritos a su hijo. Le ve, a unos seis metros, mirando desesperadamente adelante y atrás. Entonces un policía se detiene, se agacha, coge a su hijo de la mano y se lo devuelve. La madre se inclina a abrazarlo. Llora en su cuello, lo aprieta, muy fuerte.

* * *

Por lo visto aquí no hay farolas, solo las sombras bajas y jorobadas de los edificios y algunas luces amarillas a los pies de la colina. Evelyn no recuerda por dónde vino. Camina unos pasos y entonces se acuerda: a los pies de la colina están los muelles.

Sus pies son bloques insensibles al final de las piernas. En todo el rato que ha pasado en casa de Rowan, todo el rato que Rowan ha estado hablando, nadie ha encendido la chimenea. No tiene la menor idea de cuánto rato ha sido; podrían ser dos horas, podrían ser seis.

Pasa junto al café de los obreros, ve la mesa del rincón donde se sentó a comerse un sándwich, su silla está recogida. A los pies de la colina llega a la hilera de tiendas, ahora desiertas, echado el candado en todos los puestos y vacíos los bancos de sus hurraños

ocupantes. Camina hasta la parada del autobús. No se ve ningún autobús y solo a lo lejos parpadea una luz de gas; por lo demás, la calle está a oscuras.

Se le ocurre entonces que podría quedarse atrapada en Poplar toda la noche. Seguramente moriría congelada, ¿verdad? ¿Regresaría a casa de Rowan y le rogaría que la acogiera? Niega con la cabeza. Parece que todo le va lento: la cabeza, la circulación. Pues claro que no se congelaría. Si se diera el caso podría volver a casa andando, o al menos ir a algún sitio donde coger un autobús o un taxi. No puede estar tan lejos de Primrose Hill. ¿Ocho, nueve, a lo sumo diez kilómetros?

Se acerca una silueta. Es un hombre que se abraza para protegerse del frío. Evelyn se esconde junto al lateral de un edificio, no sabe si debe dejarse ver. El hombre no tarda en pasar por su lado. Le vienen a la mente las palabras de Rowan y prácticamente oye a los soldados susurrándose en la noche hostil: Un chollo, tío, un chollo.

El hombre pasa de largo sin decir palabra.

Evelyn intenta encenderse un cigarrillo, pero tiembla demasiado. ¿Cuánto tiempo lleva tiritando? ¿Acaba de empezar? ¿O lleva así desde que salió de casa de Rowan? ¿O desde antes? ¿Mientras Rowan hablaba? No lo sabe. Altos almacenes con numerosas ventanas bordean la calle a su izquierda. Reina el silencio, pero no es un silencio fácil; es el silencio de las cosas pesadas, de las grúas y los barcos, parados y esperando a que los muevan.

Le ha preguntado dónde está la tumba del chico justo antes de marcharse.

«Lo enterraron allí.»

–Volví a la primera ocasión. Busqué la manera de ir. Un domingo por la mañana. Encontré su tumba. Lo habían enterrado en el rincón. Lo supe por la tierra. Estaba más fresca que el resto.

–¿No pusieron una cruz?

–No. Pero estaba rodeado de campos. Todavía eran campos como es debido, no como los del frente. Entré en uno y eran campos con su hierba y sus flores. Recogí un ramo de flores. Azules. No sabía cómo se llamaban. Se las llevé.

»Pero ¿sabe lo más curioso? Cuando regresé a casa, resulta que también crecían en mi jardín. Las había plantado mi mujer. Borraja, me dijo que se llaman. Para el coraje. Las había plantado para mí, para darme fuerzas. Para volver a casa. ¿Qué le parece?

Coraje.

No sabía lo que le parecía.

Ahora, de pie en el frío de la calle, Evelyn comprende algo. Que este encuentro es lo que ha estado esperando: que alguien compartiera su verdad con ella. Después de cuatro años de guerra y otros dos años de excombatientes día sí y día también, es lo que quería, es lo que buscaba. La verdad de alguien. No su alegría, no su valor, no su rabia, no sus mentiras. Y en cuatro años de guerra y dos años de posguerra, nadie –ni Fraser, ni su hermano–, nadie ha compartido con ella su verdad.

Y, no obstante, ahora la ha escuchado, ahora sabe que en alguna parte, río arriba en esta misma ciudad, está su hermano, el hombre que ordenó a Rowan fusilar a su amigo. Ahora que lleva dentro esa verdad, que es una parte de ella, no es dura y brillante como el diamante, como debería ser la verdad, sino sombría, bordeada de miedo y sudor y oscuridad y mugre. No contiene trascendencia alguna, ni respuestas, ni esperanzas.

DÍA CINCO

Jueves, 11 de noviembre de 1920

Cuando Ada se despierta Jack no está; lo sabe sin abrir los ojos, y cuando se sienta en la cama, incluso en la habitación a oscuras, ve que su lado de la manta está liso. Anoche Ada aguantó despierta cuanto pudo, imaginándole en el pub, bebiendo hasta reventar, liándose cigarrillos, hablando de ella con otros hombres.

Mi mujer.

La loca de mi mujer.

O peor.

Pero el vacío de su lado la llena de temor. Jack nunca, jamás, en todos los años que llevan casados, ha pasado la noche fuera de casa.

¿Dónde ha ido cuando cerró el pub? Habrá encontrado cama en alguna parte. Entonces se le ocurre, la idea la hace saltar como si le hubiera pasado la corriente por la espalda. ¿Y si está con alguien? ¿Con otra? Una mujer que le haya dado lo que ella no le ha dado o no le daba o ha olvidado darle. Recuerda cómo la miró anoche, el desprecio de su rostro contorsionado. «No eres una esposa de verdad. Eres un puto fantasma.»

Sabe que se encuentran mujeres. Fácilmente. Un hombre solo tiene que buscarlas. ¿Cuánto le costaría? ¿Menos que sus diez chelines? ¿Diez chelines por hablar con los muertos?

Pero anoche estaba dispuesta.

Demasiado tarde; había llegado demasiado tarde.

Se destapa y se levanta, se dirige a las cortinas y las separa un poco para asomarse a la calle oscura. La mayoría de las ventanas tienen las cortinas echadas y aunque a la izquierda el cielo comienza a clarear un poco, parece que el amanecer todavía queda lejos. Las casas están todas cerradas, salvo la ventana de Ivy al otro lado de la calle, donde se ve una lucecita. Ivy tiene las cortinas abiertas y Ada ve a su vecina en el dormitorio, de aquí para allá. Un brazo pesado se levanta a su espalda y le aprieta las ballenas del corsé. Una vez ajustadas, Ivy recoge algo de la mesilla de noche y se lo mete en la boca. Los dientes. Ada se acerca a la ventana justo cuando Ivy desaparece y, aunque esté mal espiarla así, sin que ella lo sepa, desprotegida, se queda donde está, confiando en que

vuelva.

Cuando regresa, se mueve con rigidez y lleva un vestido negro de cuello alto pasado de moda, de otra época.

Ada lo conoce, sabe cuánto pesa, cómo huele. Tiene uno parecido guardado en el arcón a los pies de la cama; se lo puso por última vez por su madre, hace veinte años.

Ivy se suelta el pelo y comienza a cepillarse la larga melena blanca, luego la retuerce formando una soga y se la recoge. Se la ve pálida, mayor y gorda, pero de pie junto a la ventana Ada todavía recuerda a la joven que fue: Ivy riendo, embarazada, con su bebé en brazos y sus niñitas correteando alrededor de su falda.

Ivy termina de peinarse y se acerca a la ventana, mira al cielo, como para comprobar qué deparará el tiempo. La estampa –con el vestido negro y el pelo blanco, el porte erguido, de luto por el hijo– es tan serena, tan deslumbrante, que a Ada se le eriza el vello de la nuca.

Y da media vuelta, apurada, y enciende la lámpara de parafina que está junto a la cama. La acerca a la ventana y hace señales a la oscuridad. Ivy la ve, mira al otro lado de la calle. Las dos mujeres se observan. Ada se acerca la lámpara a la cara. «Espera –articula en silencio–. Espérame.»

* * *

Tenues jirones de niebla cubren todavía las calles cuando Evelyn sale de casa, pero las nubes ya se separan para dejar ver el cielo azul de detrás y nota la sorprendente presencia del sol. Evelyn pone rumbo al sur, a casa de su hermano. Todavía no habrá salido, está convencida; ha madrugado tanto para pillarle en casa.

Pero por temprano que sea, las calles comienzan a llenarse de gente vestida de negro que se dirige a la ciudad. Evelyn supone que para conseguir un buen sitio para la ceremonia. Pues buena suerte. Mejor ellos que yo. No obstante, en la ciudad se palpa un ambiente nuevo. Cierta esperanza. Los senderos de Regent's Park parecen limpiados por una riada. Cuando llega al grupo de casas donde vive su hermano, se ven preciosas a la luz de la mañana, que rebota en el estuco crema y lo tiñe de un dorado suave. Evelyn sube al viejo ascensor traqueteante y baja en la quinta planta, donde Jackson, el criado de su hermano, sale a recibirla a la puerta.

–Buenos días, señorita Evelyn. –Parece sorprendido de verla–. ¿Viene a ver al capitán Montfort?

–Sí.

–Está vistiéndose.

Evelyn pasa al recibidor en penumbra.

–¿Sí? Pues será mejor que le espere aquí.

Y sin darle tiempo a Jackson a reaccionar, abre la puerta del salón y entra. Las cortinas están descorridas y la mañana luminosa inunda la enorme habitación. Le molesta que su hermano ya esté despierto. Es como si la hubiera ganado a algo, pequeño pero significativo, como los juegos a los que solían jugar de niños, esos a los que Evelyn detestaba perder. Sin embargo el salón está desordenado, la alfombra está enrollada y la mesa arrinconada, como si acabaran de barrer. La puerta del dormitorio de Ed está cerrada.

–¿Ed?

–¿Eves? Ya voy. Un minuto.

Evelyn rodea la mesita. Nunca le ha gustado mucho el piso. Era de su padre, que lo ocupaba cuando estaba en la ciudad. De niños, Ed y ella lo visitaban cuando iban al zoo con la niñera. Los mandaban pasar a saludarle y se quedaban de pie, perdidos en medio del salón, mientras la niñera se retiraba a una distancia prudencial, esperando a que su padre comentara la altura de sus hijos o el tiempo, como si fueran de otra familia a la que lo unía un parentesco lejano y un interés remoto. Por aquel entonces la mesilla le llegaba a la cintura. Ahora es el piso de Ed, ya hace años, desde que su padre se jubiló en plena guerra.

La puerta del dormitorio se abre y Ed aparece recién peinado, vestido con un traje negro y sobrio. Está anudándose la corbata, también negra. Lleva dos medallas en el pecho, cada una con tres galones.

–Eves. –Ed cruza el salón–. Qué bien que hayas decidido venir.

Se le ve cansado, como siempre, tiene las ojeras más hundidas y más oscuras, y cuando la besa, el aliento le huele a una mezcla de alcohol y dentífrico. Es raro, piensa Evelyn al separarse, siempre huele igual, desde hace años, pero todavía no le ha visto nunca borracho.

Evelyn mueve la cabeza con impaciencia.

–No pienso ir.

–¿No? –Ed se aprieta la corbata–. ¿Por qué no?

–No se me ocurre un plan peor.

–¿En serio?

–En serio.

Ed termina de ajustarse la corbata y levanta las manos. Le tiemblan un poco.

–Pues lo lamento. Pero no discutamos, ¿quieres? Hoy no.

–¿Por qué lo dices?

–Tu reacción es un poco exagerada.

–Bueno, todo este asunto me asquea bastante.

–Eso es un poco fuerte.

Ya están discutiendo.

–¿Ah, sí? Se supone que esto lo arregla todo, ¿no? ¿El entierro? Lo de desenterrar un cadáver en Francia y arrastrarlo hasta aquí. Y luego todos nosotros salimos a verlo y a soltar cuatro lágrimas. ¿Aplaudimos el espectáculo?

–Está bien, Eves. ¿Sabes qué te digo? ¿Y si preparo algo de beber para los dos?

–¿Qué?

–¿Un whisky?

Evelyn considera recordarle la hora que es pero, visto cómo huele, no importaría y además ella apenas ha dormido. El whisky le parece bien. Se dirige al mueble bar y sirve un par de vasos generosos, le da uno a su hermano y se lleva el suyo a la ventana abierta, donde se enciende un cigarrillo. Abajo, en el camino que bordea el parque, una riada constante de gente avanza de derecha a izquierda. Da un sorbo a su bebida. Por encima de las casas de enfrente el sol hace arder las nubes. La gente se mueve bajo una luz brillante, repentina. Algunos se detienen y miran al cielo. Evelyn mira la hora. Las ocho y media. Da una calada corta.

–Ayer fui a ver a Rowan Hind. El hombre que jurabas no recordar. –Se vuelve hacia su hermano–. Vive en Poplar. ¿Tienes idea de dónde está Poplar?

Ve que la mirada de su hermano se dirige hacia el reloj de la mesa. Eso la enfurece.

–Tienes tiempo de sobra.

–He quedado con papá a las nueve y media.

–Te da tiempo.

–Hay mucha gente… –La piel de la mandíbula se le contrae al apretar los dientes–. Está bien. Continúa.

–Fui ayer. A casa de Rowan Hind.

Ed asiente.

–Me contó algo muy interesante que creo que llevaba mucho tiempo con ganas de contarle a alguien.

–¿Qué cosa?

–Trata de un soldado llamado Michael Hart.

Los ojos de su hermano titilan.

–Que fue fusilado en 1917.

Ed bebe whisky. Una expresión extraña le cruza la cara. Evelyn no la identifica. Desaparece sin darle tiempo a intentarlo. Su hermano retiene el whisky en la boca antes de tragárselo.

–Sí. Correcto.

–¿Cómo que correcto?

–Quiero decir que sí, que me acuerdo. Estuve presente.

No añade más, se limita a permanecer inmóvil con las piernas ligeramente separadas y la copa a la altura del pecho, con el cuerpo tenso con un repentino porte militar que Evelyn había olvidado de él.

–¿Ya está? ¿Es todo lo que tienes que decir?

–¿Qué? –Ed abre las manos–. No es un secreto. Consta en los archivos militares, cualquiera puede consultarlos. ¿Por qué no me dices a qué viene sacar el tema?

Evelyn traga saliva.

–Me dijo que ordenaste al soldado Hart salir a enterrar unos cadáveres.

–¿Sí? –Otro tic en la mandíbula–. Bueno, pues lo lamento muchísimo, pero no me acuerdo.

–Rowan me dijo que se encontraba en un estado deplorable. Que habían diezmado a su compañía.

–¿Rowan? –La mira con incredulidad–. ¿Ahora es Rowan a secas?

Evelyn hace crujir los pulgares contra las palmas.

–¿Eso dice el soldado Hind?

–Sí.

–Bueno. –Sonríe, tenso–. Es evidente que has hablado con la máxima autoridad, Evelyn. Bien hecho. Has localizado a tu soldadito de Poplar y entre los dos os habéis montado un cuento y tú ya lo tienes todo claro. Y yo tengo cosas mejores que hacer que malgastar un tiempo precioso tratando de que cambies de opinión. De modo que si me disculpas…

Da media vuelta, entra en el dormitorio y cierra la puerta.

Evelyn se queda mirando la puerta y da una patada a la mesilla. El dolor casi hace que se le salten las lágrimas. Se acerca a la puerta y llama. A los pocos segundos, Ed vuelve a salir. Parece a punto de perder el control.

–De verdad que preferiría que te fueras, Evelyn. Se está haciendo tarde y tengo que irme.

–¿Por qué no le escribiste a su madre?

–¿Qué?

–¿Por qué no escribiste a la madre? A Ada, la madre de Michael

Hart. Se llama Ada. ¿Lo sabías? ¿Por qué no se la informó?

–Supongo que probablemente le dije que su hijo había fallecido a consecuencia de sus heridas. Lo cual es cierto.

Aparta a su hermana para acercarse al mueble bar.

–¿Cómo te soportas? –dice Evelyn por lo bajo.

–¿Perdona? –Ed habla con calma, con la licorera en la mano.

–¿Cómo te soportas? –repite ella, más alto–. ¿Cómo puedes ponerte las medallas y pasearte por ahí como un payaso con las manos manchadas de sangre?

–Puta zorra idiota. –Ed arroja la licorera contra la pared, donde revienta en mil pedazos minúsculos y forma una mancha oscura, horrible. Se gira de cara a Evelyn con los puños apretados–. No soy una puta costra que te puedas rascar, Evelyn. –Está temblando–. ¿Sabes qué problema tienes?

–A ver, dime.

Siente como si estuvieran tirándole agua fría por la espalda.

–Estás amargada. Y sola. Solo has querido a una persona en toda la vida y te la han arrebatado, es algo espantoso, terrible y lo siento mucho. Y siempre lo lamentaré. Pero mucha gente lo ha pasado muchísimo peor y siguen siendo personas. Puede incluso que sean más humanos que antes. Pero tú desde entonces usas esa muerte para alimentar tu odio hacia el mundo.

–No, te equivocas.

–¿Entonces? A ver, dime, Evelyn, ¿qué queda que no odies? Cuéntame. –Se le crispa la cara–. ¿Qué hay que no odies?

–Antes no te odiaba.

Por un momento Ed parece desconcertado, pero luego sacude la cabeza, prácticamente está riéndose.

–Por Dios, Evelyn. Eres puro veneno. Mírate. Te envenenaste en aquella fábrica nauseabunda y ahora sigues envenenándote en un trabajo horrible. Y no consigo ver de dónde sale tanta superioridad moral, tú, que estuviste rellenando proyectiles.

–Era distinto.

–¿Ah, sí? –Arruga los labios–. Por supuesto, Evelyn. ¿Cómo no? Por supuesto. Adelante, cuéntame por qué era distinto.

Evelyn abre la boca.

–Yo…

Vuelve a cerrarla.

Ed niega con la cabeza.

–Buscas lo feo y lo podrido y lo encuentras por todas partes, y luego dedicas el resto del tiempo a metérnoslo al resto del mundo por la boca. ¿Y sabes qué? ¿Quieres saber qué? Es puro egoísmo.

Porque lo único que te interesa es prolongar el dolor. ¿Alguna vez, una sola, Evelyn, alguna vez te has parado a pensar que la muerte de Fraser es algo que le pasó a él, no a ti?

Al principio no sabe qué es más fuerte, la rabia o la pena. Gana la rabia.

–¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a hablarme así?

Cruza la habitación hecha una furia. Luego abofetea a su hermano con todas sus fuerzas. Abre la mano a medias y pega raro, pero cuando la retira, el dolor le sienta sorprendentemente bien.

–Está bien. –Ed la coge de las muñecas–. ¿Quieres pegarme? Pues hazlo como Dios manda, vamos.

Algo crece en su interior y comienzan a pelear de verdad, Ed le devuelve los golpes y, en algún rincón de su mente, Evelyn es consciente de que es justo lo que quería. También le sienta bien. Pero Ed para, se aparta de ella y se ovilla en un rincón del salón y Evelyn cae de cuatro patas, tratando de recuperar el aliento.

Un ruido espantoso inunda la habitación.

La espalda de Ed está temblando. Evelyn tarda un instante en comprender que está llorando. Que su hermano llora a lágrima viva, a sollozos irregulares.

–¿Ed? ¿Ed?

Él no la oye. Está ausente.

–¿Eddie?

Fuera suena un cañonazo. Hace temblar el cristal de la ventana. Instintivamente, Evelyn se tira al suelo.

* * *

Avanzan un par de pasos más. El autobús, que tuvieron que esperar un buen rato porque todos los que pasaban por Hackney iban repletos, las dejó al principio de Charing Cross Road. El conductor, con la cara roja y sudada, lo anunció a gritos a la planta baja atestada y expectante:

–Me temo que no puedo acercarme más. Han cerrado Trafalgar Square.

Han ido caminando despacio entre una muchedumbre densa, vestida con pesadas ropas a las que no están acostumbrados. El sombrero de Ada, decorado con frutas y flores falsas, también pesa. La mañana es tan calurosa que hace un rato tuvieron que pararse a quitarse el abrigo y, además del abrigo, las dos llevan flores, como el resto de las mujeres de su alrededor, recogidas del jardín antes de que saliera el sol. Ivy lleva rosas, Ada margaritas. Pero la

mañana también les ha pasado factura y comienzan a mustiarse.

–No debe de faltar mucho –dice Ada, más como un deseo que una certeza.

No tiene ni idea de dónde están. La calle por la que avanzan se abre a una plaza grande, pero con tanta gente es imposible ver nada, orientarse.

–¡Ay, Dios! –Ivy coge a Ada del brazo–. ¡Mira! –Señala un edificio enorme con una torre coronada por una esfera de metal–. Yo lo conozco. Vine una vez.

–¿Qué es?

–El Coliseum. Hace años fui a un espectáculo de variedades. Me llevó Bill de joven. Por dentro es precioso… –El recuerdo le sonroja la cara–. Vimos unas focas. Y nadadores, en tanques. Ay, fue impresionante. Tendrías que haberlo visto, Ada. ¡No te lo creerías!

La presencia del teatro parece animarlas y Ivy analiza la estampa que tienen delante con renovado vigor.

–Vamos por ahí. –Señala la escalera de una iglesia grande a su izquierda–. Si subimos quizá consigamos ver algo.

Se abren paso entre la multitud creciente. Los escalones de la iglesia ya están llenos de gente, pero queda un hueco al fondo y consiguen llegar hasta él. La vista es extraordinaria: a sus pies, la plaza se extiende como un manto negro hasta perderse en el horizonte. Autobuses y coches han quedado atrapados en las calles repletas de personas que apenas se mueven, de modo que los vehículos parecen varados en un río de alquitrán.

–Ese es Nelson –dice Ada, satisfecha de reconocer algo.

La base de la columna está a reventar de gente. No se ve ni una piedra.

–No parece que por esta calle vaya a pasar nadie, ¿no? –Ivy parece preocupada, confusa.

Ada está al borde del pánico.

–Y entonces ¿dónde vamos? ¿Nos quedamos aquí arriba? Ni siquiera sabemos el recorrido exacto, ¿verdad?

Miran hacia la zona por donde han venido, desde donde no para de llegar gente. Pronto tampoco podrán moverse en esa dirección. Un ruido, grave y vibrante, como un trueno lejano, reverbera en los edificios y despierta a la muchedumbre.

–¿Qué ha sido eso? –Ivy agarra a Ada del brazo.

–No sé. Parecían disparos.

–¿Va todo bien?

La gente mira a su alrededor, murmura, busca confirmación, el consuelo de los vecinos.

–No pasa nada. –Un hombre alto y elegante se dirige al resto–. Es un cañonazo. Anuncia el principio de la procesión. Enseguida saldrán de la estación Victoria.

–¿Por dónde vendrán? –pregunta Ada girándose, contenta de encontrar por fin a alguien que sabe lo que ocurre.

–Por allí. –El hombre señala adelante–. Por el Mall; Buckingham Palace está al final. Saldrán de ese arco y cogerán Whitehall. –Señala una calle ancha, un poco más próxima–. Luego enfilarán hacia el cenotafio y, de allí, a la abadía de Westminster. No podrán acercarse al cenotafio, claro está, va con invitaciones, pero si se dan prisa quizá encuentren hueco en la esquina. Nosotros nos quedamos aquí. A mi madre no le gustan las aglomeraciones.

Detrás de él, una mujer joven y otra anciana saludan con la cabeza, y dos niños callados miran a Ada con sus ojos grises y serios.

–Gracias –dice Ada.

El hombre se levanta el sombrero.

–Buena suerte.

Se quedan mirando la multitud, la lenta marea negra humana.

–¿Crees que llegaremos? –pregunta Ivy, insegura.

–Para eso hemos venido, ¿no?

Ivy asiente, se arma de valor.

–Pues vamos allá.

* * *

Ocho soldados de la Guardia de Granaderos entran en el vagón de tren y cubren el ataúd con una maltrecha bandera británica. La bandera se ha utilizado en múltiples ocasiones como ropa de altar en alguno de los servicios improvisados antes de las batallas de Vimy, Bois des Foureaux, Ypres, Messines, Cambrai y Béthune. Los soldados depositan encima un casco de infantería y un cinturón de servicio.

El cortejo fúnebre forma: las bandas concentradas, gaitas y tambores, los gaiteros con falda escocesa; la cureña; los portadores del féretro –mariscales de campo, almirantes y generales–. Tras ellos, un millar de excombatientes se preparan, en columna de a seis. En el enorme espacio abovedado de la estación solo se oye el chasquido de alguna hebilla, un minúsculo roce de la tela.

Desde Hyde Park una batería de diecinueve cañones lanza la salva. Los soldados se ponen en posición de firmes. El eco de los cañonazos flota en el aire mientras la banda toca la Marcha fúnebre *de Chopin y el cortejo comienza a moverse.*

De pie entre el público, justo a la entrada de la estación, un joven contempla el paso del cortejo.

Está pensando en su mejor amigo, el chico con el que se crió en las calles de Battersea. Cuando murió tenía dieciocho años y era virgen. Le recuerda mirando arriba desde el suelo de una trinchera. Mientras la vida se le escapaba formando un charco a su alrededor. La blancura de su cara. El agujero donde debería tener la entrepierna.

El joven cierra los ojos. Nota que la piel de la cara se le tensa bajo el sol inesperado. ¿Por qué él? ¿Por qué se ha salvado? No era el mejor. Ni de lejos. Podría recitar una lista de hombres mejores que él. Ni siquiera es capaz de conseguir empleo.

Pero tiene una mujer, una chica que le esperó, con la que se casó justo al terminar la guerra. Y ahora también una hija. A veces las mira, cuando no saben que las observa. Son pequeños milagros, las dos: tersas e intactas. Adora escuchar la voz susurrante de su mujer cuando acuesta a la niña.

Piensa en lo que hará esta noche, al llegar a casa. Besará a su mujer, dará gracias por ella, y luego se enterrará en su interior, cuanto pueda.

* * *

Cuando el estruendo cesa, Evelyn levanta la cabeza.

Su hermano está sentado sobre los talones, con la espalda apoyada en la pared y la cara hinchada y enrojecida por el llanto.

–¿Qué ha sido eso?

–Formará parte de la ceremonia –responde Ed–. Seguro.

–¿Más disparos?

–Eso parece.

–¿No se les ha ocurrido una forma mejor de honrar a los muertos?

Ed abre las manos.

Evelyn se pasa la manga por la mejilla. Le arden las manos.

–¿Cómo pudiste hacerlo?

Ed suspira. Echa la cabeza hacia atrás, como si la respuesta pudiera estar en las alturas. Tiene un verdugón rojo e hinchado en el pómulo izquierdo y también, Evelyn lo ve ahora, un moratón de aspecto doloroso en el ojo derecho.

–Era el peor trozo de todo el frente. Llevábamos meses hundidos en el barro. Y en cuanto a uno le entra el pánico, se contagia. Al menos es lo que pensaban los generales. En cuanto tomaron cartas en el asunto, se acabó. Era 1917. Los rusos se habían retirado, los

franceses estaban retrocediendo. Les aterraba la posibilidad de un motín. Para cuando regresé de la enfermería, ya estaba en manos del tribunal. No podía hacer nada.

Evelyn asiente. Lo comprende.

–Pero ¿por qué lo elegiste a él? ¿Por qué lo elegiste para matar a su amigo?

–Práctica habitual. Para mantener el orden.

–¿Y funcionaba?

Ed aparta la mirada.

–Diría que probablemente sí.

–¿Y su madre?

–¿Cuál? ¿La de Hart?

–Sí.

–Se nos dijo que no escribiéramos la verdad. Y de todos modos, ¿crees que la pobre mujer tenía necesidad de saberla?

–Creo que tenía derecho.

–¿Derecho? No estoy seguro. –Ed se mira las manos–. ¿Y Hind? ¿Crees que volverá? ¿Que se lo contará? –Vuelve a levantar la vista.

–Creo que si fuera a hacerlo, ya lo habría hecho.

–¿Y te lo dijo? ¿Te dijo dónde vive la madre? –Su hermano tensa la expresión.

Evelyn niega con la cabeza.

–Pensé en preguntárselo, pero me pareció fuera de lugar. No me corresponde a mí.

–Entonces ¿para qué quería verme?

Evelyn mira a su hermano. Coge aire.

–Creo que quería entenderlo. Pero cuando terminó de hablar… no me preguntó. Ni tu dirección. Ni nada. Y se la habría dado. Pero en cuanto lo soltó todo y alguien le escuchó, creo que tuvo suficiente.

Ed asiente despacio.

Por fin la atmósfera que reina entre ellos se serena.

Ed saca dos cigarrillos de la pitillera y le ofrece uno a su hermana. Evelyn se inclina para encenderlo. Fuman un rato en silencio.

–¿Quieres saber una cosa, Eves?

–Dime.

Ed recoloca la espalda apoyada contra la pared y se limpia la cara con la mano.

–Dentro de un minuto, en cuanto me acabe este cigarro, voy a levantarme y a salir a la calle y a acercarme cuanto pueda al

cenotafio. Y confío en ver la ceremonia. Quiero verla. Tú pensarás lo que quieras, pero a mí me parece algo bueno.

Se frota un punto entre los ojos. Es el gesto de un hombre exhausto. Le recuerda a alguien. Le recuerda a Rowan Hind.

–Puede ayudar a que la gente se sienta mejor, quizá les ayude en el duelo. Hasta puede que me ayude a mí también. Pero no pondrá fin a la guerra. Y digan lo que digan, Inglaterra no ganó la guerra. Y Alemania tampoco.

–¿Qué quieres decir?

–Ha ganado la guerra. Y sigue ganando ella, una y otra vez.

Ed dibuja un círculo en el aire con el cigarrillo, como si englobara todas las guerras, millares de guerras, todas las guerras pasadas y todas las guerras por venir.

–Gana la guerra –repite con amargura– y hay que ser tonto para pensar lo contrario.

* * *

Hettie se sienta al borde de la cama en la pequeña habitación soleada mirando al vacío. Lleva despierta desde el amanecer, apenas ha dormido. Tiene la nariz tapada, los ojos hinchados, siente el pecho como áspero, dolorido e irritado. Está segura de que su hermano la ha oído llorar desde el otro lado de la pared.

Anoche, de vuelta a casa desde el metro, envolviéndose el vestido de Di con el abrigo, había rezado para que por un milagroso golpe de suerte su madre no estuviese.

Pero no tuvo suerte. No era su día.

Lo palpó en el ambiente, afilado como una cuchilla, en cuanto abrió la puerta. Su madre salió de la cocina sin darle tiempo a esconderse.

–Venga –siseó–. Cuenta. Suéltamelas. ¿Qué mentiras piensas contarme esta vez?

–Lo siento, mamá. Eh…

–Llevas fuera desde ayer por la tarde. ¿Dónde has estado?

–En casa de Di.

–No me mientas. –Su madre se acercó hacia ella, pero se detuvo en mitad del pasillo y se llevó la mano a la boca–. ¿Qué has hecho?

–Nada.

Hettie retrocedió.

–¿Cómo que nada? Si te lo estoy viendo. Quítate el gorro. ¿Qué te has hecho?

Solo entonces Hettie comprendió que su madre se refería al

pelo. Se quitó el gorro y alzó la barbilla.

Su madre palideció.

–¿Cuándo?

–Ayer.

–Es esa amiga tuya, ¿verdad? Menuda amiguita.

–No. He sido yo. Quería cortármelo. Ha sido idea mía.

–No me repliques.

Y entonces su madre le dio un bofetón, fuerte.

Hettie se toca la mejilla. Le duele la cara. Le duele todo. Es como si hubiera mudado la piel y solo le quedara el interior blando y dolorido.

Respira hondo, se mira las manos, en el regazo. En el cuarto de al lado oye a Fred removiéndose en la cama. Pronto saldrá a dar su paseo. Hettie no tiene mucho tiempo.

Se levanta y baja silenciosamente. Su madre está en la cocina, sentada con una taza de té. Hettie se planta en el umbral y la observa. Los hombros caídos y la cara, con la guardia baja, marcada por la decepción y la pérdida. No es una cara que quiera heredar.

–¿Queda té?

Su madre levanta la mirada, sorprendida. Asiente.

–¿Suficiente para dos tazas?

–Supongo.

Hettie coge una bandeja y dos tazas, sirve el té, añade azúcar y leche.

–¿Qué haces? –pregunta su madre.

–Le llevo una taza de té a Fred.

Hettie nota el silencio incrédulo de su madre mientras sale de la cocina con la bandeja. Sube las escaleras, deja la bandeja en el suelo y llama a la puerta de su hermano.

Dentro se oye movimiento.

–¿Fred? –pregunta Hettie en voz baja–. ¿Estás despierto?

Pasos dubitativos, y luego su hermano abre la puerta en pijama, despeinado de dormir.

–Ten. –Hettie se agacha a recoger el té y se lo ofrece–. Para ti.

Él mira el té, luego la mira a ella. Parpadea, pero acepta la taza.

–Gracias –dice Fred, interrogándola con sus pálidos ojos.

–Quiero que hagas una cosa por mí, Fred. Di que sí. Por favor.

* * *

El sol calienta mucho, brilla mucho. Aunque la calle donde está, la que bordea el parque, está tranquila, a la izquierda, en Euston Road, ve una gran masa de gente en movimiento. Se aleja de ella y entra a Regent's Park. Pero no escapa a las aglomeraciones; avanzan hacia ella sin tregua: familias con cestas de comida, niños en brazos de sus madres, mujeres, mujeres por todas partes, viejas, cansadas, con el pelo recogido bajo sombreros de otro siglo; mujeres más jóvenes, con el pelo corto y faldas negras igual de cortas. Con la misma expresión imperturbable en todos los rostros, como si se la hubieran cosido, como si estuvieran decididas a contenerse hasta la hora fijada, la hora que los diarios y los políticos han decretado para el luto. Las once.

Evelyn mira a la ventana de su hermano, se abre paso contra la marea y enfila colina arriba. A esa gente le espera un largo camino, un largo y lento paseo antes de poder diseminarse.

El 11 de noviembre.

Hace dos años que acabó la guerra.

También causó un gran impacto cuando se produjo, a finales de 1918.

Estaba en la oficina, rellenando facturas, cuando vio a un chico del piso de arriba bajar corriendo a la planta de producción. Le vio gritar y agitar los brazos. Desde donde estaba Evelyn no alcanzaba a oír lo que decía, pero vio el efecto que surtía en la gente de abajo, les vio levantarse todos a una, detenerse un momento mirándose unos a otros como pasmados y luego salir y dejar las máquinas en marcha. Evelyn también dejó lo que estaba haciendo y bajó, y entonces escuchó el eco de los gritos en el hueco de la escalera:

–¡Se acabó! ¡Hemos ganado! ¡Se acabó! ¡Hemos ganado!

Era un día húmedo y neblinoso, y fuera reinaba la confusión, las mujeres corrían de un lado para otro y sus voces resonaban, estridentes, inútiles. Nadie parecía saber qué había que hacer. Gritaban, chillaban, se abrazaban. Otros sencillamente se quedaban de pie con la mirada perdida.

Vio a una mujer que conocía de los años que trabajó en la planta de producción que la saludaba desde un taxi. Dentro viajaban seis o siete mujeres, apenas quedaba espacio, pero subió y se medio sentó encima de las rodillas de otra, con la cara aplastada contra la ventanilla mientras la lluvia golpeaba el cristal.

Las mujeres paraban constantemente el taxi para intentar comprar champán, pero se había agotado en las tiendas, y al final se rindieron y compraron unas botellas de vino blanco barato que se bebieron asomadas a las ventanillas a pesar de la lluvia, cantando las canciones escandalosas que habían aprendido en la fábrica. Se dirigían a Trafalgar Square, pero el taxi solo pudo acercarlas a Marylebone Road, de modo que pararon y bajaron para seguir a pie. Resultaba prácticamente imposible abrirse paso y Evelyn perdió a las otras enseguida; pero era más fácil moverse sola y consiguió ir avanzando por Oxford Street, donde el tráfico estaba parado, y luego seguir hacia el Soho. Los pubs del West End estaban a reventar; la clientela ocupaba las aceras y las calzadas sin hacer caso a la lluvia. Caras borrachas se tambaleaban delante de Evelyn. Se cruzó con una anciana, con la melena suelta y despeinada, que se agarraba del abrigo de un joven soldado. «Es por vosotros –le decía arrastrando las palabras–, lo habéis conseguido vosotros.» Se arrodilló delante del muchacho y le ofreció la botella de cerveza negra. El joven, avergonzado, intentaba zafarse de la mujer.

Evelyn se abrió paso a empellones entre las riadas de gente hacia Charing Cross Road, donde llovían papeles de las ventanas de las oficinas como si los edificios estuvieran patas arriba, y luego a Trafalgar Square. Allí el estruendo de la celebración era un fragor, los vehículos estaban atascados y la gente bailaba y saltaba en la calle, encima de los coches, corría dando vueltas como juguetes mecánicos estropeados.

Adondequiera que mirase, veía juventud. Jóvenes besándose en todas partes, en diversos grados de abandono; vio a una pareja entrelazada, con la chica con la falda remangada sentada en una tapia, clavándosele en los muslos blancos y carnosos. Evelyn tuvo la impresión de que, mientras había estado en la fábrica, mirando solo máquinas y papeles, el mundo la había dejado atrás. Se había pasado dos años sentada en un banco o un escritorio, mirando únicamente lo que tenía delante. Y ahora tendría que levantar la vista.

Bordeó la plaza. Había banderas por todas partes. Un vendedor tras otro, plantados junto a unas mesitas grises que crecían como setas bajo la lluvia. Un hombretón sudado que estaba comprando un lote le regaló una.

–Para ti, guapa.

Evelyn se quedó mirándola, y luego miró al hombre.

–¿Te encuentras bien, guapa?

Como no le contestó, el hombre se desinteresó y comenzó a lanzar banderas a la gente. Evelyn miró la banderita minúscula: no era mucho mayor que la palma de su mano, estaba hecha de papel y madera, tenía la punta afilada, como un palillo de dientes. Se la clavó en el pulgar. Le dolió, pero no lo suficiente, ni de lejos. Volvió a clavársela, y la sangre llenó la herida. Se la extendió por la boca.

–¡Haced lo que tendríais que haber hecho en el 14!

Un hombre vendía papel higiénico a su lado. Con la cara del Kaiser en cada trozo. Evelyn parpadeó; creyó que lo estaba imaginando.

–¡Haced lo que tendríais que haber hecho en el 14!

–Cielo.

Alguien la tocó en el brazo.

Un hombre con uniforme. Era alto, con acento canadiense o estadounidense.

–¿Estás bien?

Tenía la cara ancha, joven y tersa; le sudaba la frente. ¿De verdad era tan joven? No parecía posible que existiera alguien tan joven.

–¿Puedo besarte? –le pidió a Evelyn–. Un beso por la victoria.

Como ella no dijo nada, el joven la cogió y la besó. Él abrió la boca y Evelyn notó su lengua, el sabor de la cerveza, olió el uniforme caqui mojado y, por debajo, el sudor salado y acre. Cuando el chico se apartó Evelyn le vio los labios ensangrentados y por un instante creyó que le había hecho daño, pero después se acordó de que era su sangre.

–Ven.

La cogió de la mano y ella se dejó guiar al otro lado de la calle, cruzar el atasco y dejar atrás a una mujer cubierta de banderas británicas que montaba en una bicicleta gritando, borracha perdida, con varios soldados corriendo a su lado. Lo siguió hacia la iglesia de la plaza, Saint Martin in the Fields, cuya escalinata estaba atestada de gente, sentada, de pie, a cobijo de la lluvia. El joven la llevó a un lateral y bajaron por unos escalones de piedra a una zona fría donde el sonido retumbaba bajo los arcos y no había nadie más.

–Aquí –dijo, apoyándola en una columna. Evelyn notó la piedra contra la espalda–. Hagámoslo aquí mismo.

Empezó a tirarle de la blusa, no a desabrocharla, solo la sacó de la falda, y luego metió las manos por debajo, bajo la camisola, hasta que llegó a los pechos. Acercó la cara al cuello de Evelyn.

Ella se giró a un lado, contra la fría columna, mientras el chico le remangaba la falda. Le bajó las bragas, ella sacó una pierna y estas cayeron del tobillo al suelo. Cuando la penetró, ahogó un grito.

Podía oí el retumbar de los tambores fuera, los gritos y los cantos, y el roce del uniforme contra la blusa. Evelyn levantó la cara hacia el techo abovedado. Acabó en cinco o seis empujones, y luego el chico se apartó y se dio la vuelta para abrocharse los pantalones. Cuando volvió a girarse parecía un crío. Una parte de Evelyn quería cogerlo del brazo y explicarle que no pasaba nada. Otra parte de ella quería echarse a reír.

Salieron juntos de allí y luego, sin mediar palabra, como si lo hubieran decidido entre los dos, al llegar a la calle se separaron sin despedirse. Evelyn siguió caminando en dirección al río, lejos de la iglesia, por Northumberland Avenue. No paraba de llegar más gente en sentido contrario, sin cesar, inundando los puentes desde el sur, una masa densa, palpitante, borracha. Cerca de ella alguien se arrancó a cantar y los demás comenzaron a balancearse, y el balanceo se extendió hasta el infinito.

Al final Evelyn llegó al Embankment, con los barcos amarrados por toda la orilla haciendo sonar las sirenas. Cerca de donde estaba se había congregado una muchedumbre alrededor de un chico subido a lo alto de una farola. Al principio no entendió lo que hacía, y luego vio que estaba arrancando la pintura negra. La farola se encendió y la muchedumbre lo ovacionó. Luego volvió a la vida otra farola y otra y otra hasta que todo el Embankment, toda la orilla del río, se iluminó.

Evelyn se abrió paso hasta el muro y se apoyó para recuperarse. Notaba los restos fríos y resbaladizos del chico en las bragas. El estómago revuelto. Miró al río, al agua anaranjada por las farolas, y pensó que no le costaría mucho trepar al muro y saltar. Que nadie se daría cuenta. Todos miraban arriba, al futuro y al lugar que ocuparían en él. Y por un fugaz instante pensó que tenía el valor necesario, que quizá reuniera el coraje suficiente para hacerlo; pero el instante pasó y Evelyn seguía de pie, mirando al río, a la lluvia iluminada de naranja, atrapada, como si el tiempo se hubiera detenido y la lluvia hubiera quedado suspendida y no pensara caer.

* * *

Fred va elegante, con traje y sombrero. Hettie se siente rara caminando a su lado. Falsa. Como se sentía de niña después de estar enferma. El primer día de levantarse y regresar a la escuela,

caminando como si pisara huevos, cuando todo parecía cambiado. La casa donde vivía. La gente con la que se cruzaba. La calle.

Hoy la calle está desierta y toda la gente se ha ido. Las casas tienen un aspecto inquieto, como si no supieran si sus inquilinos regresarán.

Regresarán.

Hoy no quiere que vuelen las casas ni destrocen las calles. Quiere ladrillos sólidos y acogedores. Quiere que las cosas no cambien. Quiere que su padre no esté muerto y que los jardines mantengan la inocencia y los heliotropos solo signifiquen verano y no piel hinchada y una muerte súbita. Quiere que no haya habido hijas que han yacido con un hombre tras otro en las casas de sus padres en los pueblos de Francia. Ni mujeres en las últimas, esperando a que terminen las colas de hombres. Quiere que desaparezca el triste desfile de hombres del Palais o que vuelvan a estar enteros, que los remienden. Quiere que Ed se arregle. Y Fred. Quiere a su hermano de vuelta.

Pero sabe, en la mañana soleada y cálida, que nada de ello es posible. Que Ed tiene razón. No se puede volver atrás.

Pero su hermano está a su lado. Ha hecho lo que le ha pedido y la está acompañando. Y caminan, los dos juntos, al unísono, uno al lado del otro, paso a paso. Un pie delante del otro, avanzan.

Conforme se acercan al final de la calle, Hettie comienza a oír el murmullo del gentío de Hammersmith Broadway. La gente se agolpa en las aceras, en triples filas. Todos los comercios están cerrados, con los toldos recogidos y las persianas bajadas. Los coches y los ómnibus han parado a un lado y han apagado los motores. El reloj de la isla de mitad de la calle señala las once menos cuarto.

Fred y ella bordean la parte de atrás de la muchedumbre en busca de un hueco. Pero a medida que avanzan hacia donde la aglomeración se espesa y cuesta más pasar, nota que su hermano se inquieta cada vez más.

Hettie le da unos golpecitos en el brazo.

–¿Aquí te parece bien? No creo que podamos avanzar más.

Él la mira agradecido.

–Sí. Aquí está bien.

Ocupan sus puestos, codo con codo. La muchedumbre ha enmudecido: cientos de caras frente a otros cientos de caras al otro lado de una calle vacía.

* * *

Avanzan entre la gente hasta quedar tan encajadas entre espaldas vestidas de negro que se diría que nunca más volverán a moverse.

–Aquí no veremos nada, ¿no? –susurra Ivy.

Está tan pegada a Ada que le huele el aliento, ligeramente ácido, el aroma a naftalina del vestido, las rosas y, detrás, los otros cuerpos, miles de ellos, y miles de ramos marchitándose a marchas forzadas. Durante un segundo, en el abrumador olor dulzón y fétido de la muchedumbre, Ada está a punto de desmayarse. Pero se recupera y estira la cabeza intentando esquivar a un hombre alto que tiene delante, pero solo ve espaldas, cabezas y sombreros. Están, como mínimo, a quince personas de la primera fila. Hay tanta gente que ni siquiera ve las vallas. Nadie parece dispuesto a quejarse en voz alta, pero muchos refunfuñan por lo bajo.

Ada se vuelve hacia Ivy.

–Pues tendrá que ser aquí –comenta con ánimo fingido.

Deberían haberse quedado donde estaban. Allí al menos podían respirar y ver algo. Había sido idea suya cambiar de sitio.

Justo entonces se produce una escaramuza un poco más adelante. Algo pasa cerca de la primera fila. Durante un buen rato no está claro el qué, hasta que comienzan los gritos, «¡Abran paso! ¡Abran paso!», y la muchedumbre abre un estrecho pasillo por el que dos muchachos sacan a una joven con los pies por delante. El sombrero se le cae de la cabeza, sin fuerza, y Ada se agacha a recogerlo. Luego no sabe qué hacer con él, de modo que se lo coloca sobre el pecho. Es un sombrero moderno, bonito, uno de esos acampanados con florecillas de tela blanca en el borde.

Toca a uno de los muchachos en el brazo.

–¿Se pondrá bien?

La joven se mueve un poco.

–Está bien –dice él, agachándose–. No pasa nada, Mary, cariño.

Pasada la conmoción, la muchedumbre se revuelve y regresa a su sitio, luego carga de pronto desde atrás, como si los del fondo hubieran decidido empujar todos a la vez y por un momento parece que caerán como fichas de dominó, hasta que, como una ola, la parte de la aglomeración donde están Ada y Ivy avanza. Ada y Ivy se cogen una a la otra, y se aferran a sus flores, y terminan arrastradas por la gente.

Cuando la ola pasa, están pegadas a la vallas y ven perfectamente la calle: las espaldas de los policías que controlan la muchedumbre con las piernas separadas y los brazos a la espalda y la punta del casco destellando al sol; el ancho tramo de calle vacía

y, al otro lado, todas las caras en fila, expectantes, mirándolas.

Ivy está temblando. Ada la toca en el brazo.

–¿Estás bien, tesoro?

Pero cuando Ivy levanta la cabeza, está claro que estaba riéndose. Asiente, se seca los ojos.

–No he podido evitarlo –responde en un susurro–. ¿Qué te parece? Alguien quiere que lo veamos todo.

–Tiene gracia, sí.

Ada se endereza. A su derecha hay una pareja joven, con un niñito en medio, cogidos de las manos. El hombre habla con su mujer y su hijo en voz baja.

–Mirad las ventanas –les dice–. Mirad los tejados.

Ada sigue la dirección que señala el dedo y lo que ve la deja de piedra. Todas las ventanas están atestadas de caras y, efectivamente, hay gente en los tejados: la mayoría hombres jóvenes, pero también mujeres, sentados peligrosamente en los alféizares y los bordes de los balcones. Toca a Ivy en el brazo y señala hacia allí.

–¡Madre mía! –Ivy se estremece.

A lo lejos, oyen el retumbar lento y apagado de los tambores.

* * *

El cortejo fúnebre pasa frente a un joven irlandés. Ayer cogió el transbordador en Cork y llegó a Southampton para estar hoy aquí. No ha avisado a nadie de que venía, ha dicho que iba a ver a su hermana de Wexford. En Irlanda las cosas están cambiando. Ha tenido que mentir.

El joven irlandés se alistó en 1915 y luchó por Gran Bretaña, pero luego, tras el Levantamiento de Pascua, le escupían por la calle cada vez que regresaba de permiso. Tommy de mierda, le decían. Puto Tommy de mierda.

Ahora es partidario de Collins. Un hombre del Sinn Féin. Sabe perfectamente por quién lucha. Y habrá pelea. No le cabe duda. No hace ni tres semanas que el alcalde de Cork murió en la prisión de Brixton durante una huelga de hambre.

Y, sin embargo, tenía que venir. Tenía que mentir y venir. Por los compañeros con los que luchó y que murieron a su lado, a veces en sus brazos. Quienes, como él, fueron engañados, pero no obstante lucharon como héroes. Cuyas vidas fueron malgastadas a millares, por puñados de tierra. No puede olvidarles. No les olvidará.

Os recordaré, piensa, cuando pasa por delante la cureña con el

féretro y el casco dentado, y cierra los ojos.

Nada los devolverá. Ni las palabras de hombres acomodados. Ni las palabras de los políticos. Ni los tópicos de los poetas a sueldo.

«A la puesta del sol los recordaremos.»

No.

Os recordaré cuando cargue la pipa.

Os recordaré cuando alce una pinta.

Os recordaré los días soleados y los nublados. A la luz del verano, os recordaré.

Abre los ojos y contempla desfilar detrás a los militares. Sabe quiénes son, ha leído sus nombres en la prensa: mariscales de campo, almirantes y generales. De pronto, ve a Haig, lo bastante cerca para distinguir las canas del bigote. Le escupiría a la cara.

Sabe que el rey no anda lejos. Le viene una imagen repentina: de un hombre con una bomba atada al cuerpo, que sale corriendo de entre el público. Un golpe en el corazón del Imperio. Sería fácil, muy fácil. Sacude la cabeza. Todavía no, piensa. Todavía no.

* * *

El ruido de tambores se aproxima y, con él, un murmullo recorre la multitud: «Ya llega, ya llega, ya llega». Empujan desde atrás y Ada se agarra a la valla. No puede respirar, el sudor le resbala a chorretones por la espalda. Desearía no haberse apretado tanto el corsé. Si se desmaya, ¿quién la sacará de ahí? A su espalda, la gente se remueve y vuelve a pararse.

–Intente mantener los pies separados –le dice un joven a su lado–. No se preocupe. Ya no volverán a moverse. Ya verá.

Por la calle se acercan cuatro caballos zainos enormes, silenciados sus cascos por la paja que cubre la calle, y a medida que se aproximan, prácticamente al unísono, como si lo hubieran ensayado, todos los hombres se descubren. El joven de al lado se lleva el sombrero al pecho.

Detrás de los caballos llegan los tambores, forrados de negro. Suenan hueco, amortiguado. Les siguen las gaitas, que resuenan agudas, finas, en el aire en calma. Por detrás se abre un hueco, un vacío, y después seis caballos negros tiran de una cureña, con anteojeras y el pelaje reluciente. Transporta un único féretro, cubierto por una bandera raída, descolorida, como si le hubiera tocado mucho el sol.

Encima de la bandera Ada ve el casco dentado de un soldado. Es el mismo casco que tenía Michael. Por un instante cree que es ese, que ese es el casco que llevaba al cuello la última vez que le

vio, avanzando pesadamente por la calle bajo el pálido sol de primavera, rebotándole en la espalda por lo que Ada pensó que le saldría un morado; durante ese instante está convencida de que el cadáver de dentro es el suyo. Luego oye el sollozo de una mujer, hiriente y desconsolado. El eco rebota en los edificios de ambos lados de la calle. Luego se oye otro sollozo y otro, y en la acera de enfrente aparecen cientos de pañuelos cuya blancura contrasta con el negro dominante. A su lado, Ivy llora en silencio.

Y entonces lo comprende. Todos llevaban ese casco. Todos los maridos, los hermanos, los hijos de estas mujeres.

El cortejo pasa de largo, avanza hacia el cenotafio. Ada ve cómo aminora el paso y se detiene.

Se oye un murmullo y se hace el silencio.

Y comienzan a repicar las campanas.

* * *

Evelyn llega resollando a lo alto de la colina. Descubre, eufórica, que no hay nadie más, no hay nadie sentado en su banco. Es como si el gran imán de la ciudad los hubiera atraído a todos. El aire está tan quieto que, a sus pies, el humo de las chimeneas se eleva en línea recta. Hace un día espléndido.

Oye cómo dan las once. Las campanas de Primrose Hill, de Camden Town y más allá, muchas, muchas campanas repican al unísono pese a la distancia. Cuando llega el silencio, Evelyn prácticamente lo ve, avanzando como una ola colina arriba hasta su banco.

Entonces lo que ella había tomado por silencio se convierte en otra cosa. En algo sorprendente. Es el sonido de una ciudad sin gente. Sin paseos, charlas, corredizas, autobuses, coches, fábricas, oficinas, muelles; pero no es silencio, en la colina no, en absoluto. Evelyn oye el viento, levantando las últimas hojas quebradizas y tenaces, oye los cuervos, llamándose desde los árboles, y luego, a lo lejos, otras llamadas: las llamadas de los animales del zoológico, oye el parloteo de los monos, el rugido sordo de un felino. No se lo esperaba. Le arranca una sonrisa.

Esto también es la ciudad, piensa.

Y ella, sentada en un banco al sol.

Le recuerda a una mañana de verano, la ventana abierta y el calor de la calle. Tumbada al lado de Fraser, escuchando los ruidos de la ciudad. La sensación del sol colándose por la ventana, las plantas de los pies calientes. El olor cálido y cercano del hombre

que amaba. Luego se levantó, se desperezó, notó el frío de las baldosas del suelo, se volvió hacia él. *¿Salimos?*

El lento dibujarse de su sonrisa.

Te quería, piensa. *Te quería, Fraser.*

Dentro de dos semanas, piensa, *cumpliré treinta años.*

Coge aire, capta un tenue olor a tierra, nota el mismo sol, el inesperado regalo del sol –en noviembre– calentándole la piel.

Estoy viva, piensa. *Estoy viva. Estoy viva.*

* * *

Junto a ella, en silencio, Hettie nota a Fred, rígido.

Quiere preguntarle qué le parece. Quién habita ese silencio para él. De quiénes son los nombres que grita por la noche.

No puede creer que no haya querido preguntárselo antes.

En la acera de enfrente hay cientos de hombres con el sombrero pegado al pecho y cientos de mujeres, y muchos de ellos, hombres y mujeres, lloran; y si aquí, en Hammersmith, hay cientos, entonces están en todas partes, por toda la ciudad, por todo el país y más allá, allende el mar, en Francia.

¿Y la chica, la chica de la larga melena castaña? ¿Dónde está? ¿De pie en una calle como esta? ¿En un pueblo de alguna parte? ¿Todavía lleva el pelo largo? ¿O ella también se lo ha cortado? Y las otras mujeres, las mayores, las que se vendían una y otra vez. ¿Qué ha sido de ellas?

En cierto modo no le parecen lejanas.

¿Y Ed?

Le cuesta pensar en él. Le araña el corazón.

¿También está en una calle como esta? ¿No muy lejos de aquí? ¿Está con su familia? ¿O sigue donde le dejó, herido y solo?

Espera que no.

A su lado, Fred se mueve. Hettie levanta la vista. Su hermano tiene la expresión más serena, el cuerpo menos rígido. Hettie cuela el brazo por el hueco del codo de Fred. Al principio, él se estremece, pero no se aparta, no la echa de su lado, sencillamente cubre la mano de Hettie con la suya. Y permanecen así, cogidos del brazo. Hettie vuelve a mirar las caras alineadas al otro lado de la calle.

Dan testimonio, todos ellos. Es lo que están haciendo. Por eso están aquí.

* * *

Conforme se alarga el silencio queda clara una cosa. Él no está. Su hijo no va dentro. Y, sin embargo, no está vacío; pesa y está lleno de dolor: del dolor de los vivos. Pero su hijo no está ahí.

Suena una corneta, el toque de queda, bajito y lejos. Cuando se apaga la nota final, la muchedumbre respira. Permanecen un rato largo donde están, como si no quisieran moverse. Luego, muy suavemente al principio, a lo lejos, comienza a oírse el tráfico, el zumbido de la vida reanudándose, en aumento. Un sonido conocido que, no obstante, suena a afrenta.

Donde están, en primera fila, todavía no se ha movido nadie. Luego la presión aligera, la muchedumbre comienza a disgregarse y la gente del fondo se mueve.

–¿Adónde se dirigen? –pregunta Ada.

–Al cenotafio –dice una joven a su izquierda, con un ramillete de violetas–. A dejar flores por los caídos.

–¿Vamos? –propone Ivy.

Ada se gira. La cola ya es de unas veinte personas de ancho; avanza a pasitos minúsculos. Tardarán horas en llegar al final.

–¿Tú quieres ir? –le pregunta a Ivy.

–Sí.

Titubea.

–¿Te importa si no te acompaño? Quiero ir a otro sitio.

No da más explicaciones, pero Ivy tampoco la presiona, no le pregunta, se limita a señalar las flores que tiene en la mano.

–¿Las dejo en tu nombre?

–Sí, por favor. ¿Estarás bien?

–Sí. –Ivy asiente, le coge las margaritas.

–No les vendría mal un poco de agua.

–Ni a mí. O algo más consistente. –Ivy sonríe–. Cuando vuelva a casa. Pásate luego si quieres.

Ada sonríe.

–Sí. Quizá pase.

Se abrazan brevemente.

–Hala, pues, vete –dice Ivy.

Al principio le cuesta avanzar contra la marea de gente, pero en cuanto se abre paso hasta el fondo de la muchedumbre y consigue un hueco donde respirar, Ada da media vuelta para intentar despedirse de Ivy.

Entonces le ve.

Está a unos veinte pasos, junto a su mujer embarazada y su niñita. Un hombre menudo: con los hombros erguidos contra el

mundo, ojos azules y amargados, un bigotito fino que apenas le cubre el labio. Está haciendo cola para visitar el cenotafio. Lleva un ramo de flores azules. Todavía no la ha visto.

Ada da un paso hacia él. Justo entonces él levanta la vista y la ve. Aprieta la mano de su hija. La niñita grita y se suelta. Al principio, por la cara de espanto que pone, Ada cree que dejará a la familia y echará a correr. Pero no. Se queda donde está, tranquiliza la expresión y le sostiene la mirada. Cuando vuelve a acercarse a su hija y coge a su mujer del brazo parece más alto.

Ada no le llama. No se le acerca. Simplemente asiente, como si fuera un viejo conocido, y luego da media vuelta y camina, despacio, sin pausa, en dirección contraria.

* * *

Cuando termina el funeral, cuando los fieles se dispersan, cuando el rey y la reina y el primer ministro y las madres que han perdido a todos sus hijos y las madres que han perdido a todos sus hijos y a sus maridos también, se han ido, cuando la joven que ha perdido nueve hermanos –muertos o desaparecidos– y ha recibido una invitación especial y las cien enfermeras ciegas y los miembros del Parlamento y los lores que han perdido a un hermano o un hijo se han ido, cuando todos ellos se han ido, se cierra la abadía de Westminster.

Han levantado cuatro vallas de madera y depositado cuatro velas encendidas alrededor de la tumba. Se espera una multitud.

Un muchacho del coro, que ya ha terminado por hoy, se escabulle de la sala donde sus compañeros están cambiándose de ropa. No le dice a nadie adónde va. La puerta de la nave está abierta de par en par. El niño se cuela dentro. No hay nadie en la iglesia inmensa, reverberante. La luz de las velas es la única encendida. En lo alto, el techo se extiende hasta el infinito. El niño se dirige a las vallas de madera con el corazón en un puño. Antes, durante la ceremonia, desde su puesto en el coro, no alcanzaba a ver el ataúd. Quiere verlo.

Se cuela por debajo de las vallas y gatea hasta el borde del agujero. En la tumba, muy abajo, ve el ataúd cubierto por una bandera. Allí la luz de las velas apenas altera el rojo, el blanco y el azul.

Piensa en su hermano; en la última vez que lo vio, de uniforme, en lo alto y apuesto que le pareció. Lo recuerda bien, a pesar de que por entonces era pequeño, recuerda cuánto deseaba ser mayor para poder ir con él a la guerra.

Guerra. Esa palabra tiene algo que le estremece. Es un estremecimiento bueno. De los que indican que algún día, cuando

crezca, tendrá su oportunidad.

Entonces las grandes puertas del fondo de la abadía vuelven a abrirse y la pálida luz de noviembre tiñe el suelo. El niño se levanta, pasa gateando por debajo de las vallas y corre de vuelta a la oscuridad. Antes de desaparecer, ve una gran procesión de gente en fila de a dos que avanza hacia él por el suelo de la abadía.

* * *

Evelyn está de pie frente al espejo, sosteniendo el vestido a la altura de la barbilla y girando con escepticismo. Es rojo oscuro. Hace años que no se lo pone, pero tiene un buen corte. Tendrá que servir.

Detrás de ella, Doreen asoma por la puerta, acalorada del aire de fuera, con los brazos cruzados.

–¿Vas a salir?

–No lo sé. –Evelyn tira el vestido a la cama y se sienta al lado–. Había olvidado lo complicado que es esto.

Doreen se sienta a su lado en la cama, parece divertida.

–¿Puedo preguntarte adónde vas?

Evelyn coge la pitillera.

–A bailar. Se supone.

Doreen arquea una ceja.

–¿Dónde?

–A Hammersmith.

–¿Al Palais?

–Hum.

Se enciende un cigarrillo.

–¿Y con quién? –Doreen sonríe.

Evelyn echa la cabeza hacia atrás.

–Con un hombre.

La sonrisa de Doreen crece.

–Bueno, al menos es un buen principio.

–Del trabajo. Un compañero de trabajo.

–Bueno, bueno. Menuda sorpresa.

–No significa nada –se apresura a aclarar Evelyn.

–Claro, claro. –Doreen sigue sonriendo.

–¿Qué? Para de mirarme así. ¿Qué?

Pero Doreen no para. De modo que Evelyn se pone de pie, coge el vestido y lo sostiene delante.

–¿Qué te parece?

* * *

Ada se apea del autobús un par de paradas antes de casa y camina por las calles vacías hacia el canal. El sol todavía luce en el cielo y mientras pasea por los escalones cubiertos de líquenes que conducen al camino de sirga se siente más animada. Siempre le ha encantado ese lugar, desde niña, cuando iba con su padre a dar de comer a los patos; le encanta el olor a agua y algas, el verde exuberante que bordea el camino. Gira a la izquierda, nota el sol en la espalda, y luego se hace a un lado mientras espera a que pase una barcaza bajo el puente. El barquero la saluda levantándose la gorra.

–Buenas tardes.

El barco es un golpe de color, está pintado de amarillo, rojo y azul chillón. El aliento del poni, embridado y con anteojeras, huele dulzón en el aire de la tarde.

Ada cruza bajo el puente, ve las torres del gas a lo lejos, medio llenas, con sus entramados grabados en gris contra el cielo. Cerca de los huertos huele a madera quemada. Cuando enfila el sendero que bordea los huertos por detrás, dos torcaces gordas levantan el vuelo. Deja atrás manzanas que ha tirado el viento, zarzas resecas, marrones, huertas vacías y cuidadas.

No tarda en verle. Está de espaldas, arrodillado junto a un caballón, desplantador en mano. Ada se para junto a la cerca, observa cómo se agacha, preocupado por algo de la tierra. Se ha quitado la chaqueta, va en mangas de camisa y se le dibujan cercos de sudor en las axilas. Hay un montoncito de verduras en el suelo, a su lado. A su derecha, arde una pequeña fogata. Ada se inclina a abrir el pestillo y avanza un par de pasos. Él no se gira al oírla, aunque Ada sabe que la ha oído porque se queda quieto. Él se levanta poco a poco, se limpia las manos y se dirige a la mesa, donde deja el desplantador.

–Hola. –Ada habla primero.

–Hola. –Se yergue, se seca la cara con la manga–. ¿Hace mucho que has llegado?

–Ahora mismo.

Él asiente.

–No sueles venir.

–Bueno. –Cruza los brazos a la altura del pecho, cohibida porque viste de luto. Se quita el sombrero, se arregla el peinado sin soltar el sombrero y mirando a los huertos de alrededor–. No se ve mucho movimiento.

Él niega con la cabeza.

–No ha venido nadie en todo el día. Pensé en aprovechar la ocasión. He avanzado mucho. Lo he dejado listo para el invierno.

Ada se fija en los caballones recién arados y cubiertos por una malla sujeta a la tierra mediante estacas. Hay un montón de zarzas y hojas que echará en la fogata. Todo transmite sensación de calma y orden.

–Acaba de brotar otra calabaza. –Jack señala al suelo–. Y creíamos que ya no crecerían más.

La calabaza está rodeada por un montón de verduras pequeñas, cubiertas de barro. Es de un naranja chillón, con rayas amarillas y verdes, y todavía más intenso que la que le llevó el domingo. Jack se acerca al fuego y se arrodilla, se inclina y remueve las brasas hasta que se avivan.

Ada se sitúa enfrente.

–¿Dónde has estado? –pregunta despacio, con la garganta seca–. ¿Has pasado aquí la noche?

Él la mira y asiente.

Ada siente un alivio inmenso.

–¿Dónde has dormido?

–En el cobertizo.

–¿No has pasado frío?

–Me lo quitó el alcohol.

Ada se ríe. El ambiente se relaja un poco. Ada se acerca a las llamas, levanta las manos para calentarse.

–¿Echo más hojas?

Él la mira, sorprendido, y le indica que sí.

Ada se dirige al montón de rastrojos, coge una brazada de hojas rojas, amarillas y marrones y las echa a las llamas, que las lamen hasta que prenden y dan una llamarada breve, bella, antes de retorcerse y chisporrotear. Suben volutas de humo gris por el aire. Ada lo respira.

–Lo siento –dice Jack.

Ella le mira. Él tiene la mirada serena, observa cómo arden las hojas, con la cara arrugada por culpa de las llamas. Tiene las mejillas rojas y los ojos hinchados, como si llevara mucho tiempo contemplando la hoguera.

–No. –Ada niega con la cabeza–. Yo soy quien debería disculparme.

–No estoy seguro. –La mira.

–No te he visto. Todo este tiempo. Miraba para otro lado, buscaba otra cosa, y ya no te veía.

Jack lo piensa. Piensa en ella. Asiente, como reconociendo que es verdad.

–¿Has ido a la ciudad?

–Sí.

–¿Sola?

–Con Ivy.

Jack gruñe. Se sienta sobre los talones, retador.

–¿Y ha merecido la pena?

¿Ha merecido la pena?

Ada no responde de inmediato. Piensa en la multitud. La presión de tanta gente, tan apretujada, el olor; el silencio, extendiéndose, el ruidoso silencio del dolor. En el chico, su esposa y su hija y sus flores azules. En alejarse de él y la sensación que le ha provocado, como si hubiera mantenido el puño apretado durante años y lo abriera y descubriera que no tenía nada dentro.

–Sí. Ha merecido la pena.

Jack asiente.

–Bueno.

Se levanta y se acerca al montón de hojas, y regresa con una brazada que arroja al fuego, donde saltan y crepitan y las llamas retuercen sus tallos finos, que brillan un momento y luego se apagan y la hoguera vuelve a callar. Jack recoge la chaqueta, se la pone. El sol se está poniendo tras la torre de gas a su espalda, la luz vespertina tiñe el cielo de púrpura.

–¿ Jack?

–¿Sí?

Entonces Ada se acerca y él levanta los brazos para recibirla. Ella hunde la cabeza en él, apoya la oreja en su pecho. Le oye el corazón. Respira con él. Huele a humo de leña, a todo el día trabajando, a él.

* * *

A la salida de la estación, Evelyn para a una pareja joven:

–Perdón. ¿Tenéis idea de dónde está el Palais?

La chica, con un abrigo de lana y un elegante casquete, se la queda mirando como si no estuviera bien de la cabeza.

–Aquí al lado. Nosotros también vamos.

Al salir se encuentran una cola de unos quince metros que empieza en un edificio con aspecto de cochera para los tranvías.

–Gracias –dice Evelyn. *Santo Dios.*

No quiere esperar con ellos, sola no, no al final de la cola, para

que se apiaden de ella e intenten darle conversación.

–Tengo… Voy a comprar tabaco.

Se mete en el pequeño quiosco de junto a la estación y compra un paquete de Gold Flakes, luego da la vuelta a la esquina y se enciende uno.

¿Qué narices está haciendo aquí? Se asoma a la esquina. La pareja joven ha desaparecido. No para de salir gente de la estación para sumarse a la cola, que ha crecido, y se acerca a ella, pero como mínimo parece que avanza deprisa y que no rechazan a nadie en la entrada. Se acaba el cigarrillo y lo aplasta con el tacón, y luego, prácticamente como si en realidad no lo hiciera, da unos pasos y se pone a la cola.

Son jóvenes, la mayoría son espantosamente jóvenes.

Se toquetea el cuello, consciente del vestido rojo que lleva debajo del abrigo. Ojalá no lo llevara, ojalá no se lo hubiera puesto nunca. Se ha adelgazado demasiado y no le sienta bien. El color no le va: rojo. ¿A quién se le ocurre vestir de rojo? Y llamará la atención. Lo sabe con una claridad deprimente.

Quiere irse a casa.

¿Llega temprano o tarde? No lo sabe. ¿Robin la estará esperando dentro? Fuera no le ve. ¿La verá él primero? ¿O tendrá que esperarle, buscarle entre la gente? ¿Cómo se hacen estas cosas? Deberían haber quedado en un sitio concreto. De pronto, ni siquiera está segura de recordar qué aspecto tiene Robin, y todos los de la cola, tan animada y parlanchina, son jovencísimos, y por eso, precisamente por eso, no sale; porque estos sitios son para la juventud, para los que todavía tienen que aprender que el placer no es un derecho.

* * *

Hettie oye el parloteo de la muchedumbre que se ha congregado fuera mientras desfila hacia el Corral y ocupa su puesto al tiempo que Grayson acecha por la cola.

La noche es rara. Algo bulle en el ambiente. Lo nota en todo el mundo: en los chicos, sentados enfrente; en Grayson, que escudriña a un lado y a otro; en el entusiasmo apenas contenido de las chicas.

El Palais luce como nunca. Las limpiadoras han pulido el suelo hasta sacarle brillo, los cristales están relucientes y han quitado el polvo de las lámparas chinas. Las puertas de detrás del escenario están abiertas, entran los músicos. Una oleada sonora recorre el Corral cuando cogen los instrumentos y comienzan a calentar.

Hettie, Di y las demás se sientan un poco más erguidas que de costumbre.

El trompetista toca un solo, una pequeña escala, que termina en un trino. La orquesta transmite confianza, tiene la noche arrogante. Con todo, Hettie no está segura de que le apetezca escuchar jazz. Preferiría una música acorde con su ánimo, esa melancolía tocada de dulzura que la ha acompañado todo el día. Un estado de ánimo que, de camino al Palais, se parecía a transportar un líquido precioso: algo recién destilado que no quería derramar; que veía reflejado en las caras de la gente con la que se cruzaba, bajo los últimos rayos de un sol inesperado.

Se abren las puertas y la clientela inunda la pista. Una parte de ella retrocede. No quiere que le pisoteen ese ánimo tan delicado, todavía no.

Pero las puertas solo llevan abiertas segundos y la pista ya está llena. Aunque la orquesta todavía no ha comenzado a tocar, hay gente bailando, y se forman pequeños corrillos donde algunos improvisan pequeños rags. Hettie se fija en un hombre alto y rubio, con traje de gala, que está solo. Parece que busca a alguien, escudriña el gentío. Entonces, casi como si supiera que lo observa, el hombre gira la cabeza en su dirección. Cuando Hettie vuelve a mirar, está cruzando la pista hacia el Corral. Nota un codazo en las costillas.

–Ya está, Het –dice Di, a su lado–. Te toca salir.

El hombre avanza directo hacia Hettie. Un leve titubeo interrumpe su avance, un balanceo mínimo, como si tuviera una pierna más larga que la otra.

Pierna ortopédica.

El hombre se para justo delante de ella.

–Hola. –Tiene una expresión franca. Una sonrisa amistosa. Alarga una mano y toca la portezuela de metal con un dedo, como si comprobara su resistencia–. Esto es un tanto primitivo, ¿no? –Sacude un poco la portezuela–. ¿Por qué os encierran? ¿Sois peligrosas?

Hettie esboza un amago de sonrisa. Se sabe todas las bromas, ya las ha escuchado.

–¿Os dejan salir de vez en cuando?

–Seis peniques –dice Hettie, señalando a la taquilla–. Allí.

–Entonces ¿puedo liberarte por seis peniques? Me parece barato.

El hombre da media vuelta, pero entonces, como si acabara de ocurrírsele algo, vuelve a girarse con las manos en los bolsillos y

una mirada socarrona.

–Es decir, si te parece bien.

¿Se está riendo de ella? Hettie no lo sabe.

–Por supuesto. Es mi trabajo.

Mientras el hombre se aleja, Hettie vuelve a fijarse en la pequeña pausa, en el titubeo mínimo de su caminar que lo delata. Lo disimula bien; si no supieras cómo buscarlo, no lo notarías.

–No está mal –dice Di, inclinándose hacia ella–. ¿Cómo lo has conseguido?

Hettie se encoge de hombros. No sabe si Di intenta ser amable. Lo está siendo desde que Hettie ha llegado al Palais y se ha limitado a sacudir la cabeza cuando le ha preguntado por la noche anterior. No la ha presionado en ningún sentido cuando Hettie le ha explicado que no ha traído el vestido, que se ha ido un rato a Broadway a disfrutar del silencio.

Ahora Di frunce el ceño, coge a Hettie del brazo.

–¿Seguro que estás bien, Het? Esta noche estás muy callada.

–Estoy bien.

El rubio ha vuelto en menos de un minuto con el tíquet.

–Aquí tienes. –Se lo entrega–. Me han dicho que te dé esto.

Hettie lo acepta, se lo guarda en el bolso y sale por la portezuela. Se quedan de pie uno frente al otro, él con las manos en los bolsillos, ella con las manos a la espalda. Él no se le acerca. Permanecen así un rato, hasta que Hettie gruñe malhumorada.

–¿Quieres bailar? –le pregunta al final.

–¿Bailar? –Él arquea las cejas–. ¿Es eso? Se te veía tan triste ahí sentada que he pensado que debía liberarte.

Hettie lo atraviesa con la mirada.

–Perdona –se disculpa él, sonriendo–, es broma. –Se saca las manos de los bolsillos–. ¿Qué baile toca?

–Un vals. El primero y el último son un vals.

Detrás del hombre Hettie ve que los músicos han acabado de afinar. Están ajustándose las corbatas, colocando las partituras, sentándose más adelante. El director entra desde bastidores entre vítores y aplausos dispersos.

–El primero y el último –dice el hombre, asintiendo, como si fuera importante recordarlo–. ¿Y durante cuánto tiempo estás libre?

–Solo un baile.

–¿Y luego qué pasa? ¿Te transformas en calabaza? ¿O me

convierto yo?

–Luego vuelvo ahí dentro.

Hettie señala al Corral, donde acaban de contratar a Di y quedan solo tres chicas.

–Ah. –Hace una mueca–. Entiendo.

A su alrededor, las parejas ocupan sus puestos en la pista y el barullo va apagándose, dejando paso a otra cosa: un silencio expectante, emocionado.

–Bueno, pues –dice el hombre abriendo los brazos–. Será mejor que me esmere.

Hettie levanta las manos y sus palmas se rozan. Él le rodea la cintura con el brazo derecho.

–Tengo entendido que la orquesta es muy buena.

Hettie se pregunta cómo se las apañará para bailar con esa pierna.

El director levanta la batuta y comienza la música. La orquesta toca un ritmo grave, como una pulsación. No es un vals normal. Es más lento de lo habitual y suena triste, un poco extraño. A su alrededor se oye el frufrú de la ropa y los pasos de las parejas que empiezan a moverse.

Durante dos o tres compases el hombre con el que está no hace nada. Luego, justo cuando Hettie comienza a pensar que se pasará así toda la noche, se la acerca un poco más y la guía, haciéndola girar por la pista. La lleva bien, la coge con firmeza y deja los hombros abiertos y relajados mientras giran por la sala siguiendo el ritmo extrañamente marcado.

La orquesta mantiene largo rato esa pulsación peculiar, hasta que la extrañeza y la indecisión empiezan a parecer naturales, algo vivo, un latido fracturado. Mantienen el ritmo hasta que se levanta un trompetista y se pone a tocar por encima.

* * *

Dentro, todo es sorprendentemente suntuoso y sorprendentemente chino; hay signos indescifrables pintados en cristales colgantes y estampados de pagodas y cigüeñas por todas las paredes. Debería ser de mal gusto, pero, sorprendentemente, resulta agradable. Evelyn ve el cartel del servicio de señoras y se dirige hacia allí, aunque en realidad no necesita ir al lavabo, pero luego tiene que esperar, en una cola tortuosa, mientras las chicas se arreglan y se acicalan frente al larguísimo espejo. Cuando por fin se vacía un lavabo, se encierra dentro, saca el cepillo del bolso y se peina.

Quiere dar media vuelta y largarse. Este sitio no es para ella. No debería haber venido.

Fuera del lavabo, se mira de mala gana en el espejo, se alisa el vestido. ¿Por qué? ¿Por qué se lo ha puesto? Porque no tenía otra cosa, por eso. Pero si se mueve, si baila, se le ahuecará un poco. Está claro. Entonces ¿qué? ¿No debería bailar? Probablemente solo se pondrá en ridículo. No debería haber venido. *No debería haber venido.*

Entrega el abrigo a la chica del guardarropía y coge el resguardo, luego cruza las puertas dobles que dan a un salón inmenso, atestado de bailarines. Grandes faroles de colores cuelgan del techo, inundando la sala de luz rosa, azul y amarilla. En mitad de la reluciente pista de baile hay una curiosa montaña en miniatura por cuyas laderas corre el agua y, al fondo de la sala, bajo lo que parece imitar un templo chino, toca la orquesta: veinte o treinta músicos vestidos de blanco.

De modo que un salón de baile es así.

Alrededor de la pista hay mesas. Evelyn decide que las recorrerá una vez para ver si Robin está en alguna y, si para cuando haya completado el circuito no lo ha encontrado, entonces dará media vuelta y se marchará.

Pasa junto a un pequeño puesto de bebidas. Se pone a la cola, espera turno y entonces:

–Una ginebra con naranja, por favor –le pide a la chica uniformada de la barra.

La chica pone los ojos en blanco.

–No servimos alcohol.

Señala un cartel que cuelga sobre su cabeza.

NO SE SIRVE ALCOHOL. NORMA DEL LOCAL.

–Bueno –dice Evelyn, levantando una ceja–, pues ¿qué me sugieres?

–Té, o cóctel de verano.

–¿El cóctel de verano no se prepara con ginebra?

La chica se la queda mirando.

–Un cóctel de verano, por favor.

–Dos peniques –dice la chica, llenando la copa de un tanque enorme que tiene a la derecha.

Evelyn se lleva el cóctel a una mesa y lo deja un momento para encenderse un cigarrillo. Está cerca de la orquesta, cerca del director cuando entra al escenario y levanta la batuta y suena la música, y Evelyn comienza a dar la vuelta a la pista tratando de parecer desinteresada, intentando no saltarse ninguna mesa, procurando no parecer que está buscando; pero Robin no está.

Cuando ha recorrido media sala, se le ocurre que tal vez no se presente. Hace días que quedaron. Se habrá olvidado. ¿Solo supone que vendrá, que estará esperándola, por arrogancia? ¿Tiene ganas de verle? Se detiene, se apoya en la baranda y contempla la pista. Habrá cuatrocientas o quinientas parejas bailando y, sin embargo, pese a ello, el movimiento y el roce de los pies es ligero; pese a todo, oye al trompetista tocando un solo mientras la orquesta mantiene un ritmo pulsátil, sostenido, de fondo.

* * *

Es un bailarín extraordinario. Mientras Hettie gira en sus brazos al ritmo de esta música triste y entrecortada, con su mano en la espalda y su paso seguro y firme siguiendo el compás, tiene la impresión de que se siente, de que siente su piel, su sangre, hasta las partes más pequeñas de su ser. Y las nota cambiadas, recargadas, recolocadas.

No es la misma de antes.

Es Ed. Es como si parte de su vulnerabilidad se le hubiera colado dentro. Es Fred, y esperar con él en silencio bajo el sol. Es pensar en aquellas mujeres en Francia. Es la tristeza del vals.

Pero aunque siente toda esa tristeza, algo la sostiene: es este hombre. Es el modo en que la coge, la distancia constante entre ellos. Una distancia que él no parece querer salvar. El modo en que le da a entender mediante sus movimientos que quiere bailar con ella y que con bailar le basta.

El trompetista calla, la última nota flota en el aire y la música se ralentiza hasta llegar al final.

–Gracias. –El hombre se detiene con delicadeza–. Han sido seis peniques deliciosos.

Hettie quiere volver a bailar con él; quiere decirle que con gusto bailaría toda la noche con él; quiere preguntarle cómo puede bailar tan bien con…

Pero el hombre ha visto algo por encima del hombro de ella. Su expresión ha cambiado y se ha ruborizado. La suelta con una reverencia divertida.

–Perdona.

Todo él está concentrado en algo detrás de ella. Hettie sabe, sin necesidad de mirar, que es una mujer; que es la mujer con la que se ha citado.

Pues claro que ha venido porque ha quedado con alguien. Por supuesto.

Hettie se traga la decepción y se gira a mirar.

Hay una mujer vestida de rojo de pie al borde de la pista. Está apoyada en la baranda, mirando al vacío y fumando. Tiene el pelo ondulado y castaño, cortado a la altura de la barbilla. No es ni demasiado baja ni demasiado alta, y es guapa. No guapa de esa manera de las mujeres que quieren que las miren; esta mujer parece que sería feliz si nadie la mirase. A Hettie le recuerda a alguien, pero no sabe a quién.

La mujer todavía no se ha dado cuenta de que el hombre la mira y por tanto él todavía no está en guardia y su mirada se pasea con libertad. Hettie le observa. Quizá, piensa, la mujer se sienta observada y se vuelva a mirarle.

Se pregunta si la mujer piensa del hombre lo que él, obviamente, piensa de ella. Sabe, sin necesidad de pararse a pensar, sin ni siquiera llegar a formar un pensamiento como es debido, que el hombre ama a esa mujer. Y sabe también que es un buen hombre; que es un buen hombre del que enamorarse.

Hettie se aleja de él, regresa al Corral para no estar en medio cuando la mujer se gire.

La mujer se gira…

NOTA DE LA AUTORA

Existen diversas versiones sobre el proceso de selección del cadáver del Soldado Desconocido. Para este libro me he basado principalmente en el testimonio contemporáneo del general de brigada Wyatt, citado exhaustivamente en *The Story of the British Unknown Warrior*, de Michael Gavaghan. En él describe que se recuperaron cuatro cadáveres de las zonas de mayor participación británica en el frente occidental (Somme, Aisne, Arras e Ypres) y que se recuperaron de campos de batalla, no de cementerios, como se ha apuntado a veces. La idea de que el cadáver seleccionado provenía de los campos de alrededores de Arras es mía.

AGRADECIMIENTOS

Leí mucho durante la investigación y la escritura de *Despertar* pero consulté varios libros en particular en diversas ocasiones.

Para conocer la sociedad británica tras la Primera Guerra Mundial: *The Great Silence, 1918-1920*, de Juliet Nicolson, y el maravilloso *The Long Weekend, A Social History of Britain, 1918-1939*, de Robert Graves.

Para conocer el impacto que causó la guerra en las mujeres de la generación de Evelyn: *Ellas solas*, de Virginia Nicholson.

Narraciones contemporáneas sobre mujeres de aquella época: *Hay novedad en el frente (hijastras de la guerra)*, de Helen Zenna Smith; *The Virago Book of Women and the Great War*; *Testamento de juventud*, de Vera Brittain, y el sorprendente *¡Zona prohibida!,* de Mary Borden, las cuales, pese a no haber influido directamente sobre el texto, suponen una lectura esencial para cualquier interesado en las experiencias de las mujeres durante la Primera Guerra Mundial.

Para ahondar en el contexto de los soldados destinados al frente occidental: *La gran guerra y la memoria moderna*, de Paul Fussell, y *Death's Men*, un emotivo relato sobre el día a día de los soldados de Kitchener escrito por Denis Winter.

Para investigar sobre los monumentos y el duelo: *Sites of Memory, Sites of Mourning*, de Jay Winter, y el extraordinario *The Missing of the Somme*, de Geoff Dyer.

Dope Girls, de Marek Kohn, es un libro fantástico y merece mayor reconocimiento. Con él aprendí sobre el fenómeno de las instructoras de baile y me proporcionó el trasfondo y la inspiración para los personajes de Hettie y Di.

The Story of the British Unknown Warrior, de Michael Gavaghan, y *The Unknown Soldier*, de Neil Hanson, han resultado indispensables.

También quiero dar las gracias a mi fantástica agente, Caroline Wood, y a todos los miembros de Felicity Bryan Associates.

A Jane Lawson, gran editora y lectora ideal.

A Susan Kamil, por su perspicacia y por las notas adicionales del texto.

A Kate Samano, Alison Barrow y a los equipos de Transworld y de Random House Estados Unidos.

A Thea Bennett, Martha Close, Pippa Griffin, Keith Jarrett, Olya Knezevic, Philip Makatrewicz, Josh Raymond, David Savill, Matthew Weait, Ginevra White y Cynthia Wilson, conocidos como Los Inescribibles; un maravilloso grupo de escritores, por su inspiración, amistad y apoyo.

A Philip Makatrewicz y a Toby Dantzic, que amablemente aceptaron leer el manuscrito y ofrecieron su inestimable ayuda durante un período crítico del proceso.

A Christine Bacon, por dejarme tranquila cuando más lo necesitaba.

A Allan Mallinson y Christopher Wood, por aclarar asuntos militares.

A Cherry Buckwell, Jennie Grant, Hazel Sainsbury, Beth Weightman, Lou Rhodes y Emma Darwall-Smith.

A Sandy Chapman.

A mi adorable y alocada familia, Dan, Emily y Sophie, y a todos los demás.

Haría falta otro libro para agradecerles a mis padres todo lo que les debo, pero de momento:

A Tony Hope, por su amabilidad, su generosidad y por inculcarme el amor a los libros.

A Pamela Hope, que me leía antes de que fuese capaz de hacerlo por mí misma y que ha sido una infatigable y entusiasta lectora de las diferentes versiones del libro.

Y finalmente a Dave, por su apoyo incondicional y su jubiloso amor. Gracias por haber construido el cobertizo y por decirme que me pusiese manos a la obra. Eres el mejor.

Este libro no hubiera sido posible sin vosotros.

Gracias.

Anna Hope nació en Manchester en 1974. Estudió lengua y literatura inglesas en Oxford, y cursó un máster de escritura creativa en Birkbeck. Por otro lado, estudió la carrera de arte dramático en la Royal Academy of Dramatic Art de Londres. Ha publicado varios cuentos y compagina la escritura con su carrera de actriz. *Despertar* es su primera novela.

Título original: *Wake*

Edición en formato digital: mayo de 2014

© 2014, Anna Hope
© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2014, Cruz Rodríguez Juiz, por la traducción

Adaptación del diseño original de la cubierta de Joshua Crosley: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de la cubierta: © Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-2902-0

Conversión a formato digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice

Despertar
Día uno. Domingo, 7 de noviembre de 1920
Día dos. Lunes, 8 de noviembre de 1920
Día tres. Martes, 9 de noviembre de 1920
Día cuatro. Miércoles, 10 de noviembre de 1920
Día cinco. Jueves, 11 de noviembre de 1920
Nota de la autora
Agradecimientos
Biografía
Créditos